

bla bla

Cuento a cuento

Saúl
Ibargoyen



Cuento a cuento

SAÚL IBARGOYEN

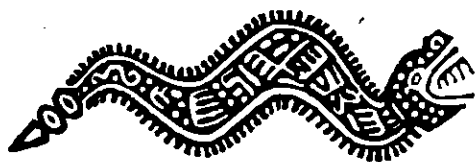
Maquetación
y coordinación general:
Blanca Mateos

Digitalización de textos:
Berenice Garmendia



1ª edición digital
PALABRAVIRTUAL.COM
2014

Cuento a cuento



SAÚL IBARGOYEN

Cuento a cuento



Colección



Diseño de la colección: Mónica Martínez

Diseño de portada: Kristoferson Macías

Viñeta: Helio Rola

ISBN: 968-5353-09-3

Primera edición: Primavera, 1997

Segunda edición: Verano, 2002

© Derechos reservados

Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V.

Av. México-Coyoacán No. 421,

Col. Xoco General Anaya,

México, D.F., C.P. 03330

Tel.: 5688-9112 / 5604-1204

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico



SAÚL IBARGOYEN
Cuento a cuento

Saúl Ibargoyen nació en Montevideo, Uruguay, en 1930. Poeta, narrador, periodista, crítico, traductor y editor, ha publicado cincuenta títulos a partir de 1954. Recientemente, obtuvo la ciudadanía mexicana.

Su obra narrativa comprende cuatro novelas: *La sangre interminable*, *Noche de espadas*, *Soñar la muerte* y *Toda la tierra*; y tres colecciones de cuentos: *Fronteras de Joaquín Coluna* (1975), *Quién manda aquí* (1986) y *Los dientes del sol* (1987). Estas últimas conforman mayoritariamente el presente volumen, al que se agregan tres relatos no incluidos en libro.



narrativa

Para Margarita Martínez Duarte, cuya amistad sin edades hizo del tiempo una sustancia del amor.

Para Carlos Véjar, Silvia, Kaarina, Claudia y todos los archipiélagos.

Para mi carnal Ricardo Aguilar y toda su bella gente.

Para Zoila y Alejandro, amigos en mí.

Para Jesús Gardea, por mero frontereador sin límites.

Para Jaime Labastida, Eduardo Langagne y Guillermo Samperio, porque dieron fe de estos confusos pueblos de frontera.

Para Rosa María Grillo, Fernando Ainsa y Rómulo Cosse, quienes ayudaron al autor a comprender mejor su propia frontera.

C O N T E N I D O

Saúl Ibargoyen: su mundo, su frontera <i>Alejandro Expósito</i>	9
--	---

FRONTERAS DE JOAQUIM COLUNA

La María, el viento	21
Cometas de viernes santo	27
Otro traguito, Joaquim Coluna	33
Las uñas del loco Jesús	41
Las dos tentaciones del señor Coluna	49
A usted, que no es de por acá	55
La tijera de sal	65
El caballo de Alfonsiño	71
Los mundos de la luna	77
Seu Chico, una deuda larga	83
El carnaval de María Boneca	89
Un día domingo para dona Cota	95
Este hotel es de respeto	119

¿QUIÉN MANDA AQUÍ?

¿Quién manda aquí, Nenguno Naide?	131
Tiempo de plátanos	155

LOS DIENTES DEL SOL

Buen día señora Amandina	183
Las guitarras del mar	191
Paseata bajo el sol	205
El blanco cielo	217
El dueño de las flores	227
El vuelo de Bagualdino Cuervo	249

CUENTOS SUELTOS

Veterano	269
Los gladiadores	275
El niño del nombre escondido	281

GLOSARIO	285
-----------------	-----

SAÚL IBARGOYEN: SU MUNDO, SU FRONTERA

UNO DE LOS más lúcidos aciertos que ha tenido el célebre novelista y teórico checo Milán Kundera, ha sido afirmar, cual lo hace en su *Arte de la novela*, que el narrador es un explorador de la existencia. Vista así, la dimensión del narrador podría diferir sustancialmente de la del poeta, en el que primaría, en todo caso, un aspecto subjetivo que puede llegar a limitar su percepción exacta del todo existencial; su afán exploratorio tendría necesariamente que atravesar el tamiz personal que puede rehuir la capacidad expositiva y analítica concomitantes al hecho narrativo. No obstante, el poeta estadounidense William Carlos Williams aseveró siempre que “todo arte es objetivo” y, en su caso, se refería fundamentalmente a la poesía. Es indudable, pues, que aún falta un largo trecho por andar para llegar a una conclusión definitiva sobre aspecto tan cuestionable. Creo que desde la antigüedad hasta nuestros días, ha sido un tema agudamente controversial, que hasta cierto punto —sólo hasta cierto punto— quedó resuelto cuando Juan Bautista Vico, en el siglo

XVIII, estableció la teoría del “pensamiento lógico” y el “pensamiento por imágenes”. De acuerdo con Vico, en el narrador sobresaldría el pensamiento lógico, mientras en el poeta sería el pensamiento por imágenes el que tendría la primacía.

Esta teoría de Vico, que ha sido analizada hasta la saciedad en los últimos tres siglos, no llegaba a plantear una definitiva exclusión de un tipo —o forma— de pensamiento por el otro, sino que es dable advertir subyacentemente que ambos pueden, eventualmente, coexistir. Véase si no, el caso de Shakespeare, cuyo teatro netamente narrativo (no importa que fuese escrito en verso) y hurgador de y en las pasiones humanas, no está para nada en contradicción con sus antológicos sonetos; o el caso de Goethe; o Pushkin. Y, para traerlo a zonas y tiempos más cercanos a nosotros, hombres latinoamericanos de este fin de milenio, el caso de Jorge Luis Borges, José Lezama Lima, entre otros: *Fervor de Buenos Aires* no excluye a “El jardín de senderos que se bifurcan” o a “Hombre de la esquina rosada”, como *Paradiso* no excluye a *Muerte de Narciso* o *Enemigo rumor*. Más bien yo diría que se incluyen, se complementan, forman parte de un *corpus* orgánico cuya razón primigenia está en la acentuada necesidad de devenir soportes de una macroestructura literaria abarcadora, no de lo humano pero sí de un ser humano.

Pienso que algo similar sucede con Saúl Ibargoyen, un uruguayo pleno de sueños y ausente de rencores, que nació en Montevideo en 1930 (él suele llamarle Montevideú, para aproximarse al origen del nombre de su ciudad al ser encontrado el lugar por los navegantes portugueses). Saúl comenzó atraído por la narrativa, y comenzó a escribir cuentos; pero luego, la síntesis de la poesía, así como su notable capacidad para transmitir emociones y estados de ánimo en una apretada sucesión de imágenes, lo sedujo, a tal punto, que hoy en día es conocido mucho más como poeta (en esta zona Saúl ha publicado más de 30 títulos en los últimos 40 años) que como narrador, aun cuando en esta faceta de su obra ya cuenta con tres

novelas (*La sangre interminable*, publicada originalmente en México; *Noche de espadas*, cuya primera edición es cubana y *Soñar la muerte*, salida de las prensas mexicanas hace tres años) y tres libros de cuentos: *Fronteras de Joaquim Coluna*, *¿Quién manda aquí?* y *Los dientes del sol*; el primero de los cuales apareció inicialmente en Caracas y los otros dos en Montevideo.

Saúl hace indistintamente poesía y narrativa: sabe que cada tema requiere de un tratamiento diferente: hay el que demanda una cadencia expositiva y un desarrollo épico y de personajes que no pueden brindarle los recursos netamente asignados al poema; sabe igualmente que lo fugaz (que curiosamente puede ser eternamente perdurable), la sensación del momento, una frustración o un éxito pasajeros, reclaman un pequeño, un mínimo espacio donde reflejar su hondura, que se explica por sí misma. Parafraseando un tanto a Kundera y a Williams, con los que comencé estas líneas, Ibarгойen es un explorador de la existencia para el que toda manifestación estética es objetivamente viable. En su conducta estética (aparte del compromiso con "los pobres de la tierra", como dijera el gran José Martí) hay la suerte de escritor que complacería a Vico, el que logra conjugar los pensamientos lógico y por imágenes, para devolver una realidad enriquecida, trasmutada en oraciones o versos, pero siempre de sincero y contumaz aliento que perentoriamente reclama un lector cómplice que no se acerque como advenedizo de esquina al mensaje que trasunta las noticias de su corazón, para recordar a un buen amigo de Saúl, el poeta bonaerense Juan Gelman.

Cuento a cuento agrupa, íntegras, las tres colecciones de relatos que Ibarгойen ha publicado, más tres narraciones no incluidas en libro y que han aparecido en revistas especializadas. Hay algunos marcos denominadores en este feliz conjunto: uno de ellos es su sorprendente coherencia. Debo aclarar que esta condición nunca la he considerado *sine qua non* para hallar un libro de buena factura, pero acuso su presencia en *Cuento a cuento* porque en este caso deviene indicativa de un muy personal universo que ha ido

paulatinamente integrándose, formándose con voces y personajes, con giros lingüísticos fronterizos (de la frontera de Brasil con Uruguay) amalgamados con experiencias semánticas de otras latitudes, mexicanas, nicaragüenses, cubanas. Un universo que piensa en mulato, "mixturanza" o "mistura", diría Ibarгойen, de credos religiosos africanos diversos y la presencia católica; que piensa también como únicamente se piensa en la frontera, con la certeza de su estabilidad inestable, con "el dolor de dos patrias", como dijera la espléndida poeta hebrea Lea Goldberg, refiriéndose a otra realidad pero aplicable a ésta; que piensa también en la injusticia, que la sufre y le amarga, en las persecuciones, en el contrabando transfronterizo; un universo que no se polariza maniqueamente en policías y ladrones, sino que se autoproblematiza por el poder de la palabra y resulta eficazmente denunciante de un mundo atropellado en sus derechos, sangrante y fiero, en busca de su propia e irreductible dignidad y reconocimiento; un universo de amor y muerte, de antiguas familias señoriales y asesinos a sueldo, de juegos de azar y prostíbulos olorosos a jabones y perfumes baratos, semen, whisky adulterado y violencia, de premoniciones y aparecidos, de circos trashumantes y caballos viejos y leones desdentados, de payasos que no hacen reír y de trapevistas sin trapecio, de supersticiones ocultas y misas descubiertas; un universo, en fin, tan mágico y real como cualquier otro, que ha sido dotado de vida genuina. Porque no puede haber la menor duda de que al igual que la Yoknapatawpha de Faulkner, o el Comala de Rulfo, la Santa María de Onetti, el más real (éste sí, pero tan abrumador como los otros) Dublín de Joyce, el Rivamento de Ibarгойen tiene arterias propias.

Otro de los elementos que confluyen de manera definitiva en estas narraciones es de otro orden, lingüístico y sintáctico: mundo de frontera entre dos países de idiomas diferentes, los lugareños han adquirido una forma dialectal muy peculiar y *sui generis* para expresarse. No es español ni portugués (y nótese además que el uruguayo no es precisamente el español ni el brasileño es el portu-

gués); es simplemente *portuñol*, según es conocido y considerado como de baja estofa, como una suerte de caló digno de ser empleado sólo por gentes sin educación, de dudosa moral y menos conocimientos. Saúl hace suya esta forma de comunicación, con lo que reivindica el derecho de los pueblos, cualesquiera que sean, a expresarse en la lengua que han adoptado como propia. Es un caso, si bien no nuevo en la literatura uruguaya, sí muy acusado en este libro (y en toda la obra narrativa de Ibarгойen, en general). Lo que ha sido tratado de forma esporádica por otros narradores uruguayos, como Alfredo Gravina, Carlos Reyles, José Monegal, Juan José Morosoli, con la rara excepción de Agustín Bisio y de Aldyr García Schlee, no ha sido incorporado tan fehaciente y orgánicamente como lo ha hecho Saúl. Casi siempre el portuñol ha servido para “dar color local”, para “ambientar”; pero muy rara vez lo que el autor de *Cuento a cuento* realiza, es decir, hacerlo efectivamente recipiendario del mundo en el cual transcurren sus historias y que justamente fue creado en esa mítica realidad, como ha dejado dicho García Schlee. Pienso, para buscar un correlato con la extensa literatura latinoamericana, en la hermosa simbiosis que logra José María Arguedas entre el quechua y el español, bien lejos del color local de Ventura García Calderón y hasta de cierto Ciro Alegría, que lo intentaron también en Perú. No creo que haya un real bilingüismo, aun cuando las familias de clase media y alta de la zona hablen español y portugués. Se trata de otra cosa, prácticamente de monolingüismo, sólo que, por cierto como todas las lenguas, fruto de la confluencia de dos troncos diferentes. ¿Qué podemos decir los que hablamos castellano, que no —en puridad— español, pues en España se hablan muchas lenguas, idioma en cuyas raíces están el visigodo, el latín, el árabe y, en estas tierras de la América nuestra, las lenguas africanas y autóctonas?

Otro aspecto a considerar es el sintáctico, como es anticipar el adjetivo y concluir la frase con el verbo. Hay quien ha señalado, en un acucioso estudio sobre la obra narrativa del uruguayo (Rosa María Grillo, en “El portuñol. De espacio fronterizo a espacio

literario”, *Fundación*, núm. 2, Montevideo, 1994), que se vale de este recurso para insuflar al discurso mayor musicalidad y ritmo. Yo, por mi parte, no creo que sea ése el objetivo, sino que, unido a la profusión de gerundios y a la constante calificación de los sustantivos, Saúl deja constancia de signos sintácticos y semánticos propios del portugués que en la frontera son trasladados al portuñol como aportes a su representación en tanto habla fecunda y en constante transformación. Sobre esta característica del portugués que se habla en Brasil, o sea, el brasileño, basta remitirse a Graciliano Ramos, Dionélio Machado, João Guimarães Rosa, Caetano Veloso... Es más, creo que es su justificación literaria, pues ciertamente no logra —si fuese buscado *ex profeso*— los efectos de musicalidad y ritmo que anota la crítica italiana Grillo, sino más bien una afectación arcaísta que tanto rechaza Saúl.

Quiero, por otra parte, señalar en su narrativa lo que advierto como un simbolismo nominativo, si bien no a la manera de los “Mundonovistas” (Rómulo Gallegos, Jorge Icaza, José Eustasio Rivera...), sí, igual que aquéllos, fatalista y, por tal, definitivo. Presiento que en el caso específico de Ibarгойen, está dictado por la atmósfera opresiva de la frontera, que él quiere acentuar. O sea, si bien, por ejemplo en *Doña Bárbara*, el personaje central es Barbarita (lo que sugiere ingenuidad, limpidez, lo que unido a la función del agua será determinante), luego del drama, será la Doña, así, con mayúscula, con sequedad, con brío, con vengatividad. Santos Luzardo (donde es fácil leer el santo de la luz que arde) será el abanderado de las buenas acciones, el reivindicativo, el hacedor de nuevas esperanzas y expectativas; y todo esto es muy claro para el lector avanzado. En Saúl, en sus narraciones, hay un nombrar, un designar; no funciones dramáticas, sino más bien sentimientos o hasta podríamos decir, alegorizaciones. Por ejemplo, un personaje se llama Doña Pelona Morte; en otro cuento, será el protagonista Ángel Siemprestá; en otro, Nenguno Naide. En este sentido, lo aproximaría más al Miguel Cara de Ángel, de *El señor presidente*,

de Asturias, o quién sabe si al Fulgor Sedano, de *Pedro Páramo*, y hasta al mismo Pedro Páramo, de lugar seco y polvoso, yerto y agreste. Me refiero, claro, a la función, siempre, del simbolismo nominativo que asumo en muchas de las narraciones de Ibarгойen.

Falta considerar el papel que desempeñan en la narración algunos recursos poéticos, como es, digamos, la fuerte aliteración en “r” del cuento “El blanco cielo”, cuando se expresa: “rememoras repeticiones de cerros serruchados”, con lo que se evoca efectivamente el hecho mismo de serruchar algo por la onomatopeya; o la alusión franca a un mundo como de serpientes, cuando el narrador dice en “¿Quién manda aquí, Nenguno Naide?”: “subterráneos sitios de severas reclusiones”. Lo sibilante, en este cuento, va a ser transmisor de lo bajo, lo oculto, lo serpenteante. Otra circunstancia a considerar —y que ya apunté antes, cuando dije, pero soslayé su explicación, que Saúl constantemente calificaba los sustantivos— es la proliferación adjetival. Una aproximación ligera pudiera suponer que se trata de una transposición del hecho poético al narrativo; pero otra, más serena, puede evidenciar que se acude a ella en tanto demostración de que se trata de un mundo *otro*, de una *otredad* que precisa ser perfilada, definida; en fin, nombrada y especificada. Es el caso de “cacerías planificadas, repensadas designaciones, esperados suplicios”; de “delgadísimas tripas o metales filudos en su cilíndrica mudez sonorante”; de “sábanas conyugales y trapitos de infantil incontinencia”.

Es necesario, siquiera, hacer mención a otro recurso que utiliza el escritor. Es lo que yo llamaría neologismos, o en realidad lo son para mí; pero no para una realidad que historia, narra y recrea Saúl y en la que vivió muchos años. Son ejemplo: “administración inteligentil”, “sala reunionística”, “instrumento metrallístico”, “lujiento prostíbulo”. No hay perífrasis, lo usual en español; hay contracción funcional, recurso del que se vale el narrador para indicar, una vez más, a su lector, que su obra debe y tiene que ser asumida desde una perspectiva diferente. Saúl ha tomado los giros caracte-

rísticos del portugués y también los ha recreado en sus cuentos, de forma tal que nunca sabremos con certeza absoluta hasta dónde llega el autor como creador de un metalenguaje ficcional y hasta qué precisa frontera llega el lenguaje de la frontera. Pero este enigma, lejos de constituir una falla estética, deviene enriquecedor del mundo narrado.

También quiero abordar un aspecto algo espinoso que ha suscitado polémicas diversas y al cual han echado mano muchos de los teóricos de la ciencia literaria, bien para sustentarlo, bien para contradecirlo. Lévi-Strauss, Tynianov, el Círculo de Praga, Kushnet, Angenot, han defendido o atacado la teoría de origen estructuralista de la frase motriz a partir de la cual es posible diseñar un texto y resumir su alcance. Otros le han llamado “frase gancho”, “inicio de estructura”, “motivo multiplicador”. En síntesis, se trata de la frase —o las frases iniciales del texto narrativo— que debe acumular una dosis de información y suspenso programado para que el lector encuentre en el desarrollo de la pieza narrativa la justificación y sirva como acicate para la lectura, que, subliminalmente, estará motivada por la —o las— frase en cuestión. Advierto en prácticamente todos los relatos de Ibarгойen ese feliz hallazgo. Voy simplemente a mencionar algunas breves (el lector encontrará probablemente sensibles correlatos en autores como O’Henry, Poe, Maupassant, Borges, Cortázar, Rulfo...; que de cierta forma pueden explicar, lo más científicamente posible, buena parte de su éxito): “Así que usted quiere que yo le hable de Joaquim Coluna”, de “Otro traguito, Joaquim Coluna”; “Pueden empezar así: el hombre llegó a Rivamento, hace bien poco, durante una tarde sin ningún cielo”, de “Este hotel es de respeto”; “El Chapulín Negro sintió que las frecuentes manotas de Pancho Amargo le punzaban la espalda”, de “Los gladiadores”; “Duro era, ahora no es más, Alfonsiño”, de “El caballo de Alfonsiño”...

Cuento a cuento es recorrer el mundo creado y recreado por Saúl Ibarгойen, pero no de la nada, no de la fantasía, sino de una

lacerante realidad que merece ser asumida en toda su diversidad: la de la frontera entre Brasil y Uruguay, que se extiende por kilómetros y kilómetros, con discriminaciones, sudores, amores, desafíos, contrabandos, mujeres, hombres, idioma, ciudades, poderes de las naciones colindantes, burocracia, mentiras, fidelidades y sueños, muchos sueños. Como bien sentencia Ibargoyen al inicio de uno de los cuentos más conmovedores de este libro, "El vuelo de Bagualdino Cuervo": "En toda su largura indecisa y en toda su enajenada anchura, la frontera entró a llorar." Nosotros, pues, entramos junto a ella, a llorar y también a luchar por su identidad propia, por sus caricias y temblores, por su perennibilidad y todo su amor, de la mano de Saúl Ibargoyen.

Alejandro Expósito

Es mayo y 1996 en el Distrito Federal de México.

FRONTERAS DE
JOAQUIM COLUNA

*(Mención Casa de las
Américas, 1973)*

*Durante un tiempo, la sombra de los objetos
le perseguía, y no había forma de hacerle com-
prender que aquello no era nada.*

JOAQUÍN TORRES GARCÍA

LA MARÍA, EL VIENTO

¿CUÁNTO VIENTO, don Coluna, vio? Viento de lluvia, no sé, viento del norte, creciendo en el calor. ¿Cómo estarán los locos de las Casa Santa? Chiflando fuerte, seguro, con su baba, a los saltos, prontitos para el tren de los jueves, a la capital se los lleva. Viento del norte, bruto mormaso. Tengo que ir a ver a la María, en el hospital, antes del agua. Porque agua, habrá, y gorda. Agua de invierno entre el sol. La María anda bien jodidita, la pobre. El doctor dice que está emerculosa, tosiendo, tanto servicio que hacer, días y noches. Imagine, del Paso de las Estibas al centro, por los cinemas, tempranito a las seis, por ahí. De vuelta a la tardecita, o ya oscuro, siempre de pie, sin conducción. Pobre como yo, don Coluna. Una enormidá esta pobreza, como ricos en traperas, latas, pan de ayer o nunca, somos. Usted conoce bastante a la María, de cuando era moza, claro, vecinos. Si hasta acredito que anduvieron de namoro, no ando errada, no. Porque usted ha salido bandidazo para namorar, con sus pasitos de quieto, la camisa de colores limpios, ojos de todo mirar.

Buena piedra ¿eh? Don Coluna, piedra tirada en un charco, eso era usted. No sé agora, las cosas cambian. El charco era aquel barrio ¿se acuerda? Barro hasta en el verano, humedades soltándose del cerro, escapándose del lagunón. Mala gente, no, desconfiada, dura de boca, mucho ojo y apenas de hablar. Mucho engaño, sí. Mucho santerío, el santo San Jorge, cantos, velas, despachos. ¿Quién toca una galiña muerta, colocada en una esquina, quién apaga su velita, quién saca la garrafa, quién espanta a soplidos los billetes picaditos? Esperanzas, ni había. Eran así, de pobres nomás. Como yo, trapo y lata y tabla. Usted cayó en el charco, poco barullo, pero el agua se mueve, avanza, chupa los ranchos de ese barrio mojado. La María resultaba cosa fina, si la viera agora, dobladita en su cama, de casualidad halló cama, arrollada como trapos para lavar. Gastada, mugrienta, sola. Dicen que usted era fuego en la ropa, digo lo que dicen. Y ella, la María, tenía la sangre de la madre, su buena temperatura. Fiebre no, temperatura. Nada de aumentar lo que ya tiene sombra. Usted se fue embora, no demoró demasiado, cada uno con su camino. Ella, la María, me dijo para mí que se iba a Montevideú, de tren. Más barato no había, sólo de a pie, pero la tierra se come la piel, tanto aire se lleva la sangre.

¿Qué viento, vio? Ya se olfatea el agua, agua gorda, de quién sabe dónde. Yo tengo mi curiosidad, don Coluna, donde veo gallo pienso en gallina. Soy así de chica. Mi padre rezongaba, me echaba al campo, inventaba un mandado de caminar. Mi madre, en el rancho, en el catre grande, como si no estuviera. Una aprende rápido, elige lo que olvida. Se lo digo, no por interesera, una cosa por otra ¿no? Si una es así, lo dice ¿no es? Dice y es, don Coluna. Igual una tiene que olvidar ¡qué más remedio! La María recuerda todo, parece. No le afloja a cuando dijo para mí que se iba, de tren. Me fui, me dice me fui, tuve que volver pero me fui. Orgullo sin apetito, pienso, porque tantas se quedan clavadas en los ranchos mojados. Y allá, en Montevideú ¿cómo fue que anduvo ella, la María? De eso contó muy poquito. Tenemos gente de la frontera, por allá, ni sé bien cuántos.

Gente que no pierde su saudade, ni el mate amargo, que vive allá sin irse de acá. Yo mesma estuve, de curiosa, casa de una hermana, un par de meses. Viaje largo, en segunda, horas y horas. ¡No se imagina lo que fue aquello! Los huesos blandos, sin corazón, así llegué. Se estraña todo, una se cansa, tanto ruido, mejor es andar despacio con los pies en el polvo amarillo. De chinela, por lo de la piel, que le dije. A mi gente también le gusta eso de pata en el suelo, yo no. La María ¿se acuerda, don Coluna?, de zapato ruin, pero zapato, o alpargata blanca, nada de olores malos. ¡Si la viera agora, en esa cama, toda estragada por la enfermedá! Una de las monjitas la visita seguido, día a día, como un empleo. Trabaja de ese yeito, rezandolé nada más que a ella, la María. Y le llora a ella, nada más. Y los otros enfermos, que hay pila ¿no sufren también, don Coluna? Si la María, de pronto, se va por un momento, en un tren sin ruedas, lejos y con mucho silencio... Y vuelve otra vez, el dotor la mira y me mira. Yo me quedo sin mirar a lado ninguno. Pienso que es demás para mí, ya estoy ficando vieja, llevo mis años. Digo que si ya no tengo dónde meter los ojos, para qué llevarlos puestos ¿no? No haga caso, lo de ser vieja es bien triste, de tanto usarse en los otros. Que lava, que plancha, que cocina, igual que la María, y cosas de lo pior, aguantando manotazos, resmungos, dejándose sobar mientras se piensa, se siente lo distinto, viviendo, don Coluna. Eso digo yo, viviendo, estando por aquí, nomás. ¿Quién me reza a mí, quién me llora?

¿Qué viento bárbaro, ve usted? Lluvia de los cerros trae, para llenarlo todo. Calles tendrán piedras, torrentes que las arrastran, carros sin pasar, qué pueblo, apretado entre cerros chatos. Por ahí subía y bajaba la María, toda mañana, todo año, invierno y verano. Ella me contaba, ese caminar, con tamaña barriga las veces. Porque se juntó con Chico Bonito, hijo de la gorda Santos. La conocían nada más que por la Gorda, el apellido lo supe yo una vez, lío de comisaría, recién agora lo digo. El tal lío fue, verdá. Dos gallinas que se van de paseo con sus franguños, pío pío, patita y patita. ¿A dónde?, dirá usted, don Coluna, pues a la panela de la gorda Santos. Muy esperta

en comer a lo porco, en chismear, ella. Denuncias, papelerío, declaraciones, encrenca grande para diversión del bagaso. Ella, la Gorda, como calzón de vieja, pura boca. Hablando y chillando, batendo papo, dale y dale, casi enreda al comisario, hombre de bigote, serio y colorado. Colorado digo, por la cara, no por esos trosos de pulíticas. Pero algo había, calculo, ella, la Gorda, era blancaza, y le dijo que su abuelo y que Saraiva y que un tal Herrero con su sombrero. El comisario empezó a reírse, daba risada, vichó de costado, yo vi que la Gorda entraba a perder y yo entraba a ganar, seu Coluna. Que diga sus cosas la gente de arriba, voz tiene, la escuchan, el pobrerío que vaya de tranquilo, nomás. Pura boca, la Gorda, en el comer y el hablar. El Chico Bonito, con sus gorduras firmes, ojitos dormidos, mano larga para casi todo, lo que hacía y lo que dejaba de hacer, en su silencio. La María recién andaba a los tropezones con él. Pueblo sin salidas, éste. Así andamos, a las pechadas, unos con otros, unos contra otros. Se toparon tres o cuatro veces, y ya arreglaron su asunto. La Gorda Santos pataleó, después vio la ventaja. Mujer del hijo en su casa, sí, joven, fuerte aínda, caprichosa para el trabajo...

¿Qué viento grande, vio, don Coluna? Como dijo uno, grande y sin tamaño. Lo que pasa con tanta charlatanería, que si es de uno, que si lo dijo otro, palabras que son de todos. Pero no todos dicen lo que se precisa decir, gente callada, como Chico Bonito. Quien calla, hace, y hace porquera. Chico Bonito, un cara de buena pinta, lucido entre esa bagasera, distancia con ellos, los del barrio mojado. Usté, don Coluna, supo de él ¿no es? Alguna ocasión se habrán cruzado, todo es bien cerca por aquí, pueblo de gente apretada entre cerros. Ella, la María, ya había vuelto de Montevideú, no me acuerdo si le conté. Hay argumento largo y argumento corto, por eso me entrevero. Contarle algo, acreditado, es seguir la huella, no salirse mucho para los lados. Como le dije, palabras que son de todos, yeito de cada uno, estamos misturados en muchas desgracias, y todos los días, en estas pocas. Bueno, don Coluna, usté es persona sabida,

una anduvo siempre batiendo el pilón, buscando agua en su lata, midiendo la fariña, feiyoadada negra sin arroz blanco, alguna pipoca, algún mocotó. Una sabe lo que sabe, fuerza de esta cabeza.

La María, lo mismo casi. Ya había dado su regreso, ella, olvidada de amores, trayendo de allá dos o tres nombres que recordar. Nunca supe bien, se sabe lo que se aprende, se aprende sin entender. Después, lo de Chico Bonito. ¡Boa merdiña este negro!..., respetando. Un cara lucido, una pinta firme, piel estirada como el pelo, no quería ser de mulato. Pero la sangre llama y da nombres, se cruzaron con la María, viento con lluvia el tal Chico. Pobresiña, ella, haciendo servicio para él, nego sinvergoña, para la madre, esa gorda noyenta. Los dos sangraron ella. Tuvo de hijos, gurí tras gurí, con el tiempo. Yo la vía pasar sin verla, subiendo y bajando, con semejante barriga. Empezaba a no ser ella, la María. Menos pocas que antes, le iban quedando. Le empezó como una tos, de a ratos, cachorro parecía. Le duraba un momentito, pero volvía a darle, la tos. Por más cierto que resulte, da vontade de mejor callarse, de dejarse ir. Porque la María, ella, por más que subiera aquellos cerros, desde las Estibas al centro, cada mañana, bien tempranito, bajaba y bajaba, se resumía, digo. Una cosa es subir y otra es bajar ¿no es? El señor dirá que no paro de contarle, aquí somos de lengua sobada, soba que soba, ni se nos estraga. Y los dientes de ella, la María, los dientes grandes, de morder mandioca. Dientes especiales para abacaxí, con jugo, blancos en la cara redonda y suave. Entre esos dientes pasaron tersos cantados con su voz, los rezos a San Jorge, su caballo blanco. Yo la acompañaba, me gustaba cada año llevar la vela prendida, luz nacida de mí, por la calle, éramos muchos, cantidá, como iguales, hasta patronas había también, empleadas. De blanco íbamos, cantando, siguiendo el caballo blanco de San Jorge, ella, la María, cantaba con sus dientes blancos. Dientes de morder. ¿Cuántos le quedan ainda? Piensa eso, sí, don Coluna. Le deben quedar cuatro, a lo mucho. Ya no son de morder, para nada sirven, eso son, lo que va quedando ahí, en su boca sin cantar el terso, sin llamar más a San Jorge. La María,

coitada. Mire, don Coluna, viento misturado con agua gorda. Me voy, pué. Si el señor quiere, después le cuento cómo anda la María. ¡Que nosa Señora y don San Jorge la ayuden a morir! A vivir, no la ayudaron muito. Es que una acredita, pone su fe. Ya veo al dotor que me mira, fijo, como si no importara la María tirada en la cama, de quietita, respirando sola. ¿Sabe qué locura se me ocurrió, don Coluna? Que usted venga conmigo, sí, a mirarla nomás. Ir con cualquier gente, no es lo mismo, vamos como iguales, viento y lluvia, al hospital. Usted tiene ojos, don Coluna, el señor me entiende. Ya que se levanta, voy a agradecer, se apura ¿no es? Yo lo sigo, vaya al frente. Ella, la María, precisa que alguien la mire con los ojos de usted.

COMETAS DE VIERNES SANTO

FUI SUBIENDO por aquel cerro, morro de los Estados, con su lomo chato, un ventañón que no soplaba, quemado por el sol de la media mañana. Muchas gentes también trepaban, cuánto probrerío, viernes santos era. Ruido de charlas, risadas sin saber por qué, algunos de ropa béin limpiña, los pelos acomodados, baños de caneco se notaban. Aguas precarias habían corrido, dando santidá a tanta piel gastada, oscura de sudor, cansada de conocer los aflojes del hambre. ¿A qué iba yo? Cargaba mi montón de pandorgas, mis manos como fábricas, trabajé las semanas enteras, tú te acuerdas béin, sí: dedos sin capataz juntándose con las formas, los colores, los hilos, las cañitas finas que había visto de gurí. Antes nunca había hecho ese servicio, no tenía aprendido ser un sabido de tal yeito. Tuve muchas sin hacer ninguna, de esas cometas béin armadas, fortes, levantadas contra todos los aires del viento. Una vez sola, o dos, armar no es hacer, me parece, armé una: dos palitos cruzados, papel de envolver, engrudo espeso, una cola corta, cadena de trapos

que fueron camisa, corbata, pantalón. Olores de hombre y mujer ya estaban perdidos, fedor de mugre quedaba, sólo. Las cosas también recuerdan a su modo, las memorias son distintas en la cabeza, ¿no es? De aquella pandorguiña, me acuerdo del piolín azul colgando del cielo. De lo demás, los nombres que ya dije. Las que tuve después vinieron de otras manos, tantas que hice volar, no eran propias de mí mismo. Me las daban un momento, porque yo sí entendía de alturas: los que no saben, miran, calculan el largo de la piola, que el marimondo no se lastime, que la bomba no reviente, que el roncador haga su ruidito, que el morsego asegure sus alas en el día, que el pájaro sea más que pájaro. Yo medía la luz entre los ojos y la curva del cielo, más que las nubes iba midiendo. Por eso las pandorgas volaban bien lo lejos, devolvía el palo corto con el hilo enrollado. Algún nicle me daban, monedas de poco precio, para personal de pandorgas caras trabajaba yo, los que no fabrican y pueden comprar. Para otro asunto era, en verdá, mi servicio: para ver los colores brillando en aquellos bichos que se olvidaban de la tierra. Colores allá arriba, por mí. Yo era gurí bien poco de estatura, brazo flaco, medio barrigudo: con los años fui distinto. ¿Quién no es? Anduve por otros oficios. En una escuela perdida entre esos ranchos, entre las patas del cerro, una mestra me enseñó a dibujar mi nombre que llevaba encima. Primero le preguntó a mi madre:

—La señora tiene que decirme el nombre del gurí..., del niño.

Mi madre, la desgraciadita, nada de falar. Tres veces preguntó la mestra, mujer un poquiño sudada y con paciencia. Llamó a mi padre, a mí me pidió que fuera.

—Señor Coluna, quiero saber el nombre enterito de su gurí..., de su hijo.

—Joaquim, nomás... —dijo mi padre, nada en las manos quietas. Enseguida se fue, sin costumbre de formar palabras ¿qué más podía decir? Me hicieron sentar en una silla, cuaderno como mesa, lápiz puesto en la mano izquierda, cañoto siempre fui, de eso no me curo.

—A ver, niño Joaquim, hágame esas letritas, están aquí, en el pizarrón, no tenga miedo. Jota... —decía la mestra, sudando en aquellos calores.

¿Cómo un dibujito tenía un sonido adentro? Nunca pude entender diso. Me sirvió el oficio de gurí de escuela. Ansí pude colocar mi nombre en cada pandorga: Joaquim Coluna. J. Coluna, Jota Coluna, Fábrica Coluna, según fuera dando lugar el espacio ¿tú te acuerdas béin, hé? Lo bravo es empezar por el nombre, después es ir poniendo la cometa todita alrededor. Algunas veces me pasó, salieron figuras raras, jodidas de vender, hay gente que no quiere lo que no es. Hasta un hombre pude armar, difícil fue hallar las cañas largas, cortarlas, pulirlas como huesos lisitos. Papel y náilon puse en su carne liviana, ropa y piel hechas de lo mismo, lo mismo eran. ¿Cómo dos pueden ser uno? Misterios de las pandorgas.

—Igualsiño al señor— me dijo la Miriña, llegando de pronto.

¿Te acuerdas, verdá? El ojo puesto en mí, desde que empecé con el trabajo, de antes no la conocía, agora tocaba los hilos sin sangre ninguna, las luces coloridas danzando en el cuerpo vacío.

—Muy prolijo, don Coluna, usté sí que hace todo béin resoldido...

Y pasaba la mano por la cara, el pecho, las piernas de aquel hombre que no era yo, que era tan igual a mí mismo, que llevaba mi nombre para leer. Las pandorgas en la vereda, paraditas contra la paré o aguantándose entre los árboles temblones, nada de espaldas en el suelo, quietitas, esperando dueño, con un airecito que les viajaba por los flecos de cada costado.

—Barata no es, si está béin fieta, no sé. Tiene mi nombre, mais nada —le dije.

Casi estrago una cañita, casi rompo un pedasiño de papel amarelo, casi misturo los hilos con los flecos. El hombre resistía la mano corriendo por su esqueleto flaco, palpando las plumas de náilon, separando un color de otro color. Seguí en el trabajo ¿te acuerdas de esos tiempos? Dos días para viernes santo.

—Don Coluna, su hombre no usa corazón. Con tanto servicio, seguro que el señor ni se dio cuenta —la voz de la Miriña soplando en el pecho abierto.

—Mais, mosiña tan simpática, eso es sólo figura. Palitos, papelsiños, piolines sujetando lo que no dura mucho. Esta Miriña...

Dejé que los dedos trabajaran solos, obreros sin patrón, quién sabe si con salario. La forma estaba en todo lo que tenía visto, de gurí, de ese momento, de agora. Porque el tiempo es río parejo, un agua por aquí más fría, un agua por allá más caliente. Como el viento, como el mismo aire es, por donde caminan las cometas: unas volando, otras remontando, unas caídas, otras haciéndose. Yo andaba en hacerlas, dos días nomás para viernes santo.

—¿No me la vende, don Coluna? —la voz de la Miriña movía un hilito suelto, sin nudo.

—Vender, sólo a los fregueses, los que pueden y pasan. Si algo sobra, vendo en el cerro de los Estados, con tanta gurisada queriendo. Usté, Miriña, clienta no es. Amiga de estos días...

—Yo puedo pagarle, don Coluna. Pandorga tan bunita, pienso que es só pra mí. ¿Usté no halla, lo mesmo? —la voz en el hilo sin atar.

—Bunita no acredito, es porque usté la mira, porque habla de ella. Si es igualsoiña a mí, linda no debe ser, no. Distinta, sí, a las demás cometas.

La Miriña agarró un papel, béin colorado, vermello, rojo hasta lo negro.

—Hágale el corazón, aquí tiene el engrudo, se lo pega, que no se escape.

Los dedos hicieron todo aquello, béin rápido, cerraron el pecho con dos huesitos delicados, alzaron al hombre, terminado estaba, lo entregaron a la Miriña. ¿Cómo no hacer lo que uno hace?

—Muito obrigada, seu Joaquim. ¿Cuánto debo al señor?

—Póngale usté mesma lo que vale —dije como pude decir.

Me dolían con un ardor, los dedos, en la punta, querían

seguir haciendo. Lo terminado no debe terminar. ¿Por dónde empieza una pandorga: por el hilo que se cruza y se mezcla, por las alas moviéndose, por el vuelo?

—Nos vemos en el cerro, después que el hombre vuele, le digo. No es mal probar primero ¿qué piensa el señor?

—Tá béin, mosiña, hallo yusto iso. Yo hago todo menos el aire. Pandorga boa, voa sosiña, sin mano de quien la hizo.

—¿Sosiña? —dijo la Mariña, se abrazaba al hombre como a un árbol — ¿Y las manos de hacer remontar, de hacer volar, no valen para usté?

—Valen, sí, tudo iso presta.

Ella abrió un poquiño la boca ¿te acuerdas béin cómo?, para decirme que sonreía, que no volvería a encontrarme hasta el viernes santo, dos días, en el morro aplastado, a la entrada de la ciudá. No quise ver cómo se iba. Agarré unas cañitas medias verdes, suaves de tocar, corté a lo largo, saqué lo que no importaba, elegí colores, ya no me gustaban, papel contra papel puse, lo distinto, con el mejor hilo tejí las distancias de aquella figura, sangre de las manos me saqué, veía lo que no veía. Muy tarde me fui para la casa, suerte tuve, algo había vendido. Al pasar, compré una cerveza en el boliche, la garrafa en la mesa tomé despacito, a trago apretado, afirmado en el vidrio frío, sacándole su piel de agua. ¿Cómo todo se parece a todo? Dos días más de dale y dale, fabricando, vendiendo, estando en la vida. El viernes santo, por la mitá de la mañana, marché para el cerro, cargando mis cometas, colocando alguna por el camino. Dios da una sola oportunidad, y a veces se descuida. El diablo regala muchas, y todas las aproveita. ¡Qué diabluras haría Dios si el diablo le permitiera! Fui subiendo entre la tantísima gente nerviosa y gritona, apurada. ¿Para qué tanto lío? Aires del viento siempre habrá, y manos que hagan pandorgas. Todo aquel día estuve en lo mío, que era lo de todos. Vendí bien, quedé sólo con dos. Una se la di de gratis a un gurí, los ojos muy agrandados, ni agradeció ni miró para mí: lo nuestro era sólo de él. Gurí es gurí, uno comprende. Menos gente

ficaba allá encima, el cielo estaba lleno de un viento amarillo. Miré y vi mucha pandorga muerta, las pobresiñas enredadas en los postes grandes, en los cables duros, en las ramas como víboras de escama blanda, en el suelo, rotas de tanto pie por arriba, de tanta piedra, hasta el aire a veces las volteaba de golpe. Miré más, sabía lo que buscaba. Allá béis abajo, estaba el hombre, caído en un charco de colores misturados, los huesitos, béis quebrados, un hilo suelto en el pecho vacío. Allí llegué, revolví entre el cuerpo, encontré el pedasiño donde tenía mi nombre. Agarré la pandorga que llevaba, la última, la mujer, la mosiña que había hecho con el mejor hilo, con colores de papeles que nunca había usado, con cañitas medias verdonas, jóvenes, con las manos que habían tocado aquello que ahora estaba estragado, tan quieto. La puse, la acosté al lado del hombre muerto. Pensé en hacerla remontar, volar por las alturas del viento, hasta que no tuviera más. Subí al lomo del cerro, sin ver la vi a la Miriña, solita, gente ya no había, ni gritos, ni risas perdidas, pedazos de pandorgas sí, casi no daba para caminar. Le alcancé la caña pulida donde estaba mi nombre.

—Le pago lo que no me debe, mosiña. Es mi yeito de pagar.

No vi que lloraba para ver que lloraba. Agarró lo que le di, lo dio vuelta, a ña nomás fue dibujando sus letritas. Miriña puso, béis clariño el nombre mojado. Después me tocó los dedos, el dolor de las manos, los brazos, el pecho abriéndose en su camisa blanca.

—¿Te leembras, Miriña, te acuerdas béis cómo bajamos de juntos el cerro, aquella noche de viernes santo?

OTRO TRAGUITO, JOAQUIM COLUNA

ASÍ QUE usted quiere que yo le hable de Joaquim Coluna. No es nada fácil hablar de alguien, menos de alguien como él, que uno nunca sabía si era o no era, si conversaba su poca palabra o si estaba empezando a callarse. A más, casi ni Coluna se llamaba. Más bien le decían Cuna, y una sola gente, la negrita Bicho, pudo llamarlo de señor Columba. Cosas de hablar y hablar, digo yo, más que de la propia persona, palabras que van y vuelven. Usted, veo que sabe escuchar: tiene silencio y espera. Pero antes de seguir, quiero decirle esto: la plata, se la devuelvo, en realidad, ni la agarré. Con mi conversa, alcanza. Usted entiende, mi oficio es otro. Lo que uno dice, no es como el trabajo de las manos. Puro sonido, aire. Cigarro sí, le aceto. Sin mirar la marca. Importa el trabajo, el humo, es como la caña, ¿Un traguito? El vaso es limpio, de esta sola boca. Coluna, sabe, era hombre con su sed, pero no siempre bebía. Chupaba de a ratos, por temporada. Precisaba andar sediento, parece. Raro hasta en eso. Yo conocí al padre, don Juan Francisco. Tenía su yeito para

ir por los boliches. Sólo después de morir el sol, como él decía. Cuando el sol salía de nuevo, entonces empezaba a dormir. Tranquilo, enredado en su sueño. Lo enterraron una tardecita con lluvia quieta. El cajón no era nada, sin peso. Cuatro tablas locas y aquellos huesitos de gurí, plumitas de adentro del cuerpo. Joaquim Coluna agarró del viejo, creo yo, esa tal costumbre de recorrer la noche. De otro modo, claro. En lo suyo. Caminaba para su adentro, digo, yéndose de donde estaba, tomando distancia, pasos cortos, arrastrados, descalzos. Así caminaba, con muchos pies y un solo movimiento. ¿Fuego? Sí, ahí tiene, de la brasa misma, eso. Buen tabaco el suyo, un humo lindo, blanco. Cuna fumaba a veces un cachimbo fedorento, sólo a veces. No le gustaba, pitaba igual, para fastidiarse, creo. Y cuando se rascaba, era más por rascarse que por la picazón. Las cosas le pasaban como en cuerpo ajeno, tal vez. Digo yo, quería sentir las en el suyo. Alto y flaquero, un magriño de tantos, con un hambre que ya había dejado de importarle. Pero eso fue más bien al final, porque antes se procuraba su comida, su trago cada tanto, ya dije. El abuelo fue algo distinto, buscó oro por Corrales, pasó sus buenas vacas para los dos lados, cueros también. Tuvo su hembra en el Chalé Rojo, hombre de un solo día para todo. Vivió de corrido, sin mirar para atrás. No quiso ser soldado, y pudo ser: decía que era ventaja, él corría de solito. No tuvo fronteras en la sangre, digo. ¿Si está vivo aún? Bueno, es bravo de saber. Los días también son años ¿no es? Nada que ver con Joaquim, según veo. ¡Qué gente! No parecían venir unos de otros. Cada cual nacía por su cuenta, y así vivía. ¡Meu Deus! ¡Quién entiende tus ocurrencias, tus caprichos! Ahora que pienso, esa gente así, sufriendo o gozando, sueltos, perdidos en estas tierras, ni aquí ni allá. ¿Otro traguito? Déle nomás, está para eso. Vaso limpio, de una sola boca, para amigos. Cuna era un tipo solo, aunque mujeres, conoció unas cuantas. Tenía olfato fino, sí. Nariz de perro solitario, rastro y rastro, pero soplando con aliento de otro, como dije hoy, en lo ajeno, esquivándose, sin pisarse la sombra. Nunca juntaba las manos, fijesé. Nunca cerraba una

puerta. Nunca miraba para arriba. Asuntos que todos hacen, negocios de cada hora, diría yo. Ah, sisí, las mujeres. El viejo Juan Francisco, una sola, porque madre no se le recuerda. Una sola, la primera mujer de Joaquim Coluna. Es costumbre del tiempo, así empieza la carne de cada uno ¿no? Pero en Cuna nada continuaba, dije. Era y no era, estaba y no estaba. Buen tabaco el suyo, buen tabaco. Humo blanco, nube que se escapa, que es de uno. ¿Para qué tanto nombre? Lucía o Ana Lía ¡qué sé yo! Lavaba en el Cuñapirú, en todo sitio donde encontraba agua. Las lavanderas no tienen agua, señor, su agüita. Ni esa que vino después, como regalo municipal. Con canillas y algún techo. Pero el agua es el sudor, se lava con eso. El sudor sucio limpia el sudor limpio, digo yo. Tal vez Coluna traía de ahí su presencia de no estar. Como agua escurriéndose, sumiéndose en la tierra con arena, desde la ropa apilada y la espuma. Mujer bonita, morena, cintura apretada, eso sí, temblando sin quebrarse. La única en los años del viejo Juan Francisco, hombre de una sola mujer y de una sola muerte. ¡Vaya uno a saber por dónde anda, ella, en estos días de miserias! Aunque el agua no sea de uno, tampoco dura toda la vida. Más un traguito ¿eh? El vaso, yo mismo lo lavo, sin trapo ni jabón. Lo pongo al sol, para que cante. Me viene de la vieja, ponía todo al sol, mate, bombilla, panela, faca, la cruz de madera santa. Todo, por un ratito. Para que junten calor, decía, para que enciendan su verano. Es que era media curandera, media dotora, y creía o hacía acreditar, que las cosas, piedra, animal, gente, llevan un verano por dentro. Linda mujer, mi vieja. No me lembro cuánto tiempo vivimos juntos, uno camina mucho, va y viene, es difícil ser hijo de alguien. ¿Le hablaba de quién? Coluna, sí, Joaquim Cuna. ¿Las mujeres? Unas cuantas, buen olfato, seguidor cuando le daba por alguna. Las miraba como poniéndose lentes ¿sabe? Con ojos de carne por un lado y ojos de luz por otro. Agua y aceite esos ojos. A ellas les gustaba aquella mirada empujadora, porque querían acercarse y no podían. Iban hacia Coluna, no llegaban nunca, iban hacia ellas mismas, no se daban cuenta, les gustaba. Después de mirarlas,

Coluna hablaba, así como usted, hoy cuando llegó, disculpe. O un poco como yo mismo, uno mismo, en toda esta conversa, alguna vez. Si alguien pasaba cerca, no oía nada. Sólo ellas podían oír, una poca palabra callándose, digo yo. Nada nuevo decía, bien diferente para cada mujer. Todas eran parecidas, casi iguales, Coluna les hablaba de aquella manera, con yeito especial. Las manos contra el cuerpo, cayendo. El pelo entreverado, acomodándose, ni largo ni corto, peinado y despeinado, con su vida propia. Camisa siempre llevaba, con limpieza, seca de cualquier humedá. Podía ser blanca o verde o roja o amarilla, ningún color fuera de éstos. En otro hombre, sería capricho, mañas de apariencias, por lucido. En Coluna, era un hombre con su camisa que perdía el color de un día para el otro: nadie podía acordarse del color de ayer ni adivinar el de mañana. ¿La negra Bicho? Sisí, hoy le dije. ¿Fuma? Me sirvo, si permite. Buen tabaco. ¿Sabe? Es como si muchas otras veces, dos hombres conversaran de algo que los demás ya escucharon. ¿No entiende? Bueno, palabras, frases reptiéndose, orejas que escuchan, costumbre de siempre, de todo tiempo. Palabrerío y oreja abierta, van y vienen, alambrado de ley con siete hilos, vibrando, alrededor de un campo redondo. Vaso con caña, usted bebe, usted es el vaso. ¿Comprende? La negra Bicho, linda y buena hasta ser fea y danada. Linda de amor, fea de vida, buena de corazón, mala de cuerpo. Cuna la encontró una noche de bastante caminar, contra las tablas de su casa de otros, no de ella, llorando. La miró a través de la sombra, sólo estrellas había, el farol de un boliche. Dijo lo de siempre, lo distinto. Hizo lo de siempre, sintiendo aquel calor, contemplándose mientras temblaba junto a la negra Bicho. Ella dijo señor Columba, y le tocó la cara. Coluna anduvo, parece, tres o cuatro o más noches por ahí, caminándose, encontrándola a la negrita. En otro hombre hubiera sido la tal pasión, un jodido amor para años y años. En Columba fue un ir de sangre que se juntaba con un venir de sombra. Una puerta abriéndose y cerrándose: ella era el gozne, la bisagra, la juntura entre las hojas. ¿Cómo lo sé? Bueno, somos hombres, tenemos lo nuestro, lo que

Dios no necesita. ¿Se sirve un traguito? Vio, el vaso está limpio, como si nadie hubiera tomado. Dios no precisa vaso ni caña blanca ni tabaco. Menos necesita gente como la negra Bicho, la muertita, porque se murió de un hijo no nacido. Nacía y no nacía, la atendieron mal, pero no la castigaron, no le dieron laso, como tanto chismoso y falador asegura. Entre las tablas de la casa estuvo gimiendo dos noches, Coluna afuera caminaba, pisaba la sombra, se iba y se iba por los callejones cerrados. ¡Señor Columba!, gritó, nada pudo nacer de su cuerpo dañado, todo se quedó en su corazón. Cosas de Dios, digo yo. ¡Vaya uno a meterse! ¿Coluna? Le vino una temporada de caña, borracho nunca fue, ya dije. Uno se explica, hay quien toma porque la botella está arriba de la mesa, nada más. O porque el alcohol es un agua mala caída del cielo, no sé. Coluna trabajaba en changas, llevando algún bagayo, anduvo por Tacuambró, por Cicaquí, juntaba plata para la bebida. Pero le pasó pronto. Ni un tipo como él puede estar tantas semanas sirviéndose una copa con una mano, y con la otra, un trago va y un trago viene. En Joaquim la caña nunca volvía, como el humo de su cachimbo fedorento. Algún resto quedaba, creo, eso era lo que parecía volver. En fin, usted sabe. Son asuntos de hombre, no cuestiones de Dios. Después, Joaquim Coluna se quedó quieto por un tiempo. Todo el día en casa, las noches sin caminar, un pedazo de vida sin historias. Pero era sediento, clavo que cambia de madera. Se había acabado el arroz, el charque, el feiyón, y aunque no se sirva, se come ¿no es? Coluna volvió al bagayo, sin ganas, con su amargura de poca sombra, yendo y viniendo. Jamás estuvo preso. Como era bulto chico, sin privilegio, la policía lo cuidaba, la aduana también ¿para qué? Estaba y no estaba, pasaba lo vacío, regresaba con lo lleno. Bolsas y cajones, vacas no, porque en esa familia, las palabras pueden repetirse, pero las voces son distintas. ¿El señor me entiende? Pregunto, es bravo que a uno lo entiendan, los cuentos del hombre son los mismos, hablar, hablar es lo que cuesta. Sí, ya sé, señor: lo que cuesta, vale. ¿Y las palabras? Sigo, entonces. Coluna juntó un dinero, en papel y

en oro. El dinero es como caballo caborterero, usted conoce. Uno se le arrima y vea cómo dispara. Comió y siguió flaco, alquiló mujer por pereza de faltar, y tuvo sed, bebió otra vez y caminó sus calles, sus noches. No le bastó caminar, y compró aquel cachimbo asqueroso. Madera de palo santo, le dijeron, y fumó. Miraba el humo, la fumasa volando, la mano lejana apretando la boca redonda, dura, un pozo en medio del aire. Pozo, cachimba sin agua, beber para afuera. Tal vez por eso fumaba poco, por lo mismo que chupaba poco. Todo era poco, acreditado. Cosa alguna tenía extensión para él, ni cielo ni noche. Creo que ahí está la maisiña, la madre del borrego. ¿Cómo? Es decir, uno se explica como puede. Usted quiere que yo le hable de Joaquim Coluna ¿no? Y le hablo. No se enoje ¿qué pasa ahora? Ah, bueno, otro traguito ¿eh? Ya me parecía que nos íbamos a entender. Lo que pasa es que la vida es esto: dolor y sufrimiento. Poca cosa, no es negocio de Dios, sino de hombre. Sí, poco y poco, pero de hombre, de Coluna, de Cuna o del señor Columba, de usted o de mí, de cualquiera que cuente, que oiga, ¿no es? Y así se fue derrumbando, tapera vieja de ladrillo mozo, por lo escaso, afirmándose igual en los colores trocados de su camisa, en los pasos descalzos, en la mirada que se le perdía, agua y aceite los ojos. Hoy dije raro, creo, oiga de nuevo lo que dije. Más bien, no. Nada de raro, usted se da cuenta. Lo que pasa es que no es fácil hablar de alguéin, menos de él, con sus casi nombres, su casi modo de faltar, de labio apretado y sin aire. Hablar de él es hablar del viejo Juan Francisco, de aquel abuelo como un día entero, de mujeres y madres, de esta frontera de dos líneas moviéndose como una víbora, hoy la boca mordiendo por aquí, ayer la cola mordida por allá. Mire, a decir verdá, ni sé qué decirle de Joaquim Coluna o Cuna o como el diablo quiera. Sí, alcánceme un cigarro. Buen tabaco, el suyo. Humo bien blanco, nube de cada uno, de mirar y mirar lejos. ¿La plata otra vez? Ya le expliqué que no, que la conversa basta. Mi trabajo es otro, zafras de lo que venga, oficio para manos de hombre, Dios no trabaja, descansa y no puede cambiar lo que hizo. Usted sabe escuchar, tiene silencio, pregunta con

todo derecho. Para eso estamos ¿no? Juntándonos, haciendo lo posible entre estas miserias de antes, de ahora, no sé si de mañana. Casi me olvido de Cuna, hijo de un padre sin hijo. Me olvidaba de Cuna, con abuelo sin nadie después. ¡Qué gente! Sí, ya sé, ya sé. Usté me va a preguntar que cómo ando sabiendo todo esto, todo eso, que cómo me llamo, es ¿no? Hace rato que está con ganas. Si usté se anima y pregunta, le digo que me llamo Joaquim Coluna. Y le dijo también que a usté le sentaría bien llamarse el señor Columba, como lo nombraba la negra Bicho, la muertita. No se descuide, que hablar no es fácil. Agora, tómese otro traguito. Hay mucho tiempo aínda para seguir la conversa ¿no le parece? Van y vienen, las palabras.

L A S U Ñ A S D E L L O C O J E S Ú S

¡YA VIENE de nuevo ese loco, dándole a la uña, dedo y uña, metalé! Con las calsas por allá abajo, sin ropa interior, sucio como chanco ¡y de corbata! Esa costra en la parte de arriba de la cabeza, hubo que raparlo, el cuero como piel de lagarto. El peluquero no quería saber nada, una imundicia, dijo, tal vez pagandó el doble... Le dieron unos nicles de propina, aínda. Había que pelarlo, un asco. Ese día lo bañaron, entre cuatro o cinco, y apenas pudieron. Abajo del puente, un agua limpiña, que pasa. Mojó a todo el mundo, bufaba, resollando, pataleando, a los chillidos. Un elefante parecía: nunca vi. Un carpincho: tengo cazado alguno que otro, y comido tambéin... Lo largaron así nomás, pelado, con aquellas cosas al aire, se las mostraba a todos, furioso estaba. Se había arrimado doña Eufrasia, conocida, amiga nó, de la familia del loco. Al principio, amagó réirse, después la raíz de la risa se le perdió en la cara, me extrañó. Una sola gente sin réirse, apunté ese dato como para una quinela, por si había que apostar. Doña Eufrasia llevaba sus costumbres,

moraba cerca del puente, pintaba el destino en un vaso con agua bendita. No era muy bien, no, aunque había usado sus lindos inviernos. Le echaba caña al mate, no convidaba, por el contrario, o de borracha, mejor, ni sé. Atendía en su casa, sin horario, ni dormía. A veces, de noche y bien oscuro, le caía algún médico, de consulta el tal dotor. Ella curaba de lejos, al enfermo ni lo veía, escuchaba nombres sólo, mo- vía sus poderes, el dotor, muy fasero, cobraba. La vida es eso: el que da, no tiene. El que tiene, aproveita. Lo esperó a que se vistiera, al loquito, la corbata al final, rezongando para nadie. El loco trepó al puente, apretando el pantalón con la piola gruesa, así andan muchos, si hay piola. Doña Eufrasia lo llamó, estaban solos, el agua limpiña, pasando.

—Déjeme ver, mirar esa cabeza, rapaz, ahora que estás sin pelo.

El loco Jesús, que no y nonó, bufando, estirando la mano hacia lo de atrás de ella, lo de adelante. Porque la locura también le dio, y le da, por eso. ¿De dónde le nació la inclinación? El padre Berón, buenísimo el curita, no pudo con él. Ella, desentendida:

—Déjame ver la sarnita, vamos, muchacho ¿qué mal te han echado?

El loco se puso contra ella, la nariz moquera oliendo, una bolsita de buenos olores, yuyos, laurel, en el pecho de madre sin hijo. Le encerró la cintura, le vino como un hipo, daba grititos de cachorriño, de alegría.

—Vamos a casa, te limpio esas cáscaras, sanito quedarás, loco Jesús, afloja agora —dijo ella ¡qué paciencia!

Fueron, medio abrazados, él un tantito así más abajo que ella, apoyándose, dándose los dos lo que en los dos había. El loco volvió como bautizado, virtud del vaso bendito, no quiso contar para nadie. Las costuras se le fueron cayendo, barridas por escoba que no se ve, los pelos empezaron a salirle de nuevo, más oscuros, parejitos. Otros baños llegó a darse, abajo del puente, después se iba a lo de doña Eufrasia, bien sano ficó de la cabeza. En este pueblo ¿quién se

aparta de enterarse de lo que sucede? Unos cuantos costrudos hicieron sala en lo de la dotora, las horas pasaban allí, cascaritas de toda edá. Ella desbordaba la cuia de agua verde, unos pingos de caña, su mate continuo. Y les hacía unos pases:

--¡Póngase la mano donde le duele, donde le pica, mano sin uña, dedo y palma! ¡Mire el vasito, el copo, el yuyito del fondo, mirelo usté, con todo sin nada! ¡El futuro, el mozo que será el señor, la moza que está en la señora!

Ella no cobraba, pero le daban cierto diñerío, tenía sus gastos, sustentaba un pobrerío de media docena de viejitos al pedo, que no se morían, sentados al sol, con gallinitas ensuciándoles los pies. El loco andaba de mirada brillante, loco Jesús era agora, casi Jesús solo, sin manchas de asco en la cabeza. Se encontraba con alguno, curado por doña Eufrasia, saltaba con su hipo, como cachorro, de alegría. Había alguien como él, sin los cascarones que a él le habían borrado. Cuando andaba en eso de la alegría, se trepaba a los óminus, bondis... ómnibus, sí, tiene razón, los que van por la calle Brasilia. Le daba por remedar al loco Luisiño, se ponía de guarda, bondiiiiiiií, uauuauauá, auauauá, lo dejaban un rato, tiempo de él, pasajeros con risa, disimulando, pasajeros con miedo. Se largaba de pronto y a subir al bondi de atrás, la tarde entera, boletos llegaron a pagarle. Esa noche dormía con ganas, abajo del catre, porque arriba descansaba la madre, murió hace años, oscura entre la sombra...

¡Pues, eh! Hablando en locos, le traigo ahora a Ciriaco, bobo más que loco, escupidor de dientes misturados, masticando para lados distintos. Amigo del loco Jesús, salían a veces, días de tantísima gente en las tiendas, época linda para el cambio, al rebusque. Por acá, los asuntos son más bien de pescar, aguas de entrevero, frontera al fin. El Ciriaco, medio vivo de bobera loca, recibía unos pesitos o unos cruseros, y largaba sin parar ni respiro alguno Horizontalina, Cagambo, Latencia, Ambrosino, Agustiana, Nurymedes, Bigamio, Nocimidio, Teguncia, Macramé, Reguldina y Ciriaco, los hermanos de él, y Ciriaco también por hermano de ellos. Hermano de

hermanos, nombres de ellos todos ¿no es? El loquito Jesús imitaba el paso de Ciriaco, renguito, mucho andaba con su tranco de pato. El andar se imita, el camino no. Cada loco en su lío, en su barullo, con sus diablitos alrededor, Jesús, el loco Jesús, no se metía con persona normal, los normales terminaban por enloquecerlo. El cura Berón, buenísimo, Dios lo ayude, le enseñó a ir a misa ¡qué paciencia! Le explicaba el catecismo, el palabrerío sagrado. Doña Eufrasia quemaba sus yuyos santos:

—¡Las costras se las saqué yo! ¡Que la Virgen se lo diga al Señor!

El loco salía de la parroquia, ángeles a la parrilla, santas ensartadas en fierros, el amor de Dios ¡cómo dolía! Un día se fabricó una tamañaza cruz, dos tablones con polilla y bichitos de humedad, para juntarla con su nombre.

—¡Jesús con su cruz, Jesús con su cruz! —decía el loco. No aguantó demasiado, ni que fuera un don Jesús en serio, con respeto. Pero así lo vio el Limpiapiso, un loco religioso, con una pelambreira a medio lomo, atada con cinta sucia. Una promesa hizo, su madre jodida de cuanta doensa hay. Aquel revirado lavaba y enceraba pisos de rico como quien se lava el alma. Tablas, baldosas, parqué, tenía adentro de ese pobre cuerpo, se estragaba rodillas y brazos para lavar los pisos escondidos. Todavía está en eso, tanta suciera hay en casas de ricos. Él, no digo... Limpiapiso lo vio, yo me di cuenta, casi le pide la cruz, se largó enseguida, promesa contra promesa, no presta, no sirve. Ciriaco y Jesús andaban por el centro, risa y risa, palabritas raras entre ellos, buscando al Gauchiño, Dios lo tenga en algún sitio, porque en este pueblo danado, no tuvo ninguno. Por eso estaba en todo lugar, esquina, media calle, quecos de la línea, puerta del cinema, iglesia no. Con su gaita de boca, soplando con música, gorra de guarda de tren del otro lado, boca de trapo con hambre arrugada.

—¡Bon sambiña, bailando, eh, Gauchiño! ¡Y después y antes también, cachasa! —decían los que pasaban, los que miraban, los que decían.

Una oportunidad, la única vez que anduvo por la parroquia chica, escuchó al padre Berón diciendo que el que chupara caña, hiciera su persinación, se persinara, dedito y saliva las viejas. El Guachiño le dijo al curita:

—Yo y usted, no. ¡No me falle en ésta, cachasa no es agua, no!

Bailaba y soplabá aquel loco de la música, igualito al artista Teseriña de las radios, y la canción de la madre, maí, maisiña, mama, daba lloro en serio el Gauchiño. Ciriaco y Jesús bailando, risa en las patas locas. El Gauchiño, con los ojos colorados de conejo borracho, calculando cédulas misturadas con monedas, cuántas garrafas de caña, si blanca o amarilla. La última vez que se encontraron, fue así, no oyeron más la gaita de boca, más no bailaron. El loco Gauchiño vivía por el cementerio, usted dirá qué lugar jodidazo para vivir, lo mataron a la semana, por falta de motivo, tal vez. Culquier muerte vale menos que esa poca vida, es ¿no?

Güé, ya viene ese loco, mire cómo se rasca, uña y uña, rompiéndose la piel del cuero, cabeza pelada. Dos vueltas más lo raparon, dos peluqueros diferentes, el primero ni con propina agarró de nuevo la esquila. Así lo dejaron dos veces más, porque la familia de él, del loco Jesús, tuvo encrencia con doña Eufrasia. Toda la familia, a decir verdá, no.

—¡Usted se lo lleva para otra cosa! —le dijeron grito y grito, llanto y rabia.

—¿Para qué se lo lleva a su casa, cerca del puente, lo baña primero, no? —dijeron y acusaron.

Boberas nomás, tías de barriga seca, tíos de comercio y casita con hembra aparte, sordos para los sermones, limosna con cuota fija, sin seña y sin intereses. Ella, puro silencio, se aguantó mateando, estudió el revés de la yerba. La sala tupida de personal, enfermos o no, tristes o no. La familia grito y rabia, llanto y moco fino. Doña Eufrasia escuchaba, dándole al mate, sus pingos de caña, atendía igual la clientela, los pacientes, sus necesitados. Gritos, furia, el agua bendita, con todas sus gotas, en el vaso. Entró una moza de vestido

celeste, de calzado blanco, panza hinchadita, sí, se notaba un resultado de amor. Con lo celeste, clarito, más aún. Las tías, muy mudas de golpe. Los tíos con la boca como bagre sin laguna. Sobrina era, sobrina de un par de ellos, hija del otro par, cuatro habían ido. Los cuervos se juntan cuando hay comida indefensa. Patalean, resiste el animal, revuelan, dan sus corridas por el aire, bajan, picotean, revuelan... La familia voló, con la sobrina barrigoncita. Tanto cuidar vecinos, novios en los cinemas, en las plazas oscuras, no habían visto a la moza, digamos que les nació barriguda. Eso no sale en el diario del pueblo, pué, y así en casi todo.

Según dijera el marica de Venancio Gúndez, béin borracho hasta las orejas, oyéndose:

—...que uno porque es pobre, ¡es puto nomás...! Ellos, porque son ricos ¡son monosesuales!

No se me ría, es así en todo, digo yo. Doña Eufrasia chupó el último mate antes del último, era tarde esa tarde, enderezó el cuadrito de la Virgen, siempre se movía para la izquierda.

—Es su corazón, late por nosotros —dijo, sabiendo que había oídos para aquel decir.

Siguió con su gente, enfermos o tristes o solos o perdidos. Aburridos no, el carnaval está afuera. Curiosos, tampoco, la felicidad es una ciencia. Los cuervos revuelan, los chimangos dan sus vuelitos. El loquito Jesús entró en la mugre, de a poco, como antes, que me pica y que uña no, desde el puente sentía el agua limpiña, pasando. No se animaba a ver a doña Eufrasia, no podía entrar a animarse, no entendía. No más risa con Ciriaco, no más música del Gauchiño, no más cruz para tentar a Limpiapiso, no más ser Luisiño en los bondis... Encontró a la Manoliña, enana con muletas grandes, cabeza pesada, luz nublada en ojos con ganas. La Manoliña era mujercita de amores, quién la viera, acomodándose con Jesús entre los árboles del Cerro Alto. Doña Eufasia sabía, lo vio dibujado en su vasito con agua bendita.

—Pecado no es, Dios está de acuerdo conmigo.

El cuadrito de la Virgen se iba para la izquierda, su corazón contra la paré, paré que no iba a estar, los cuervos revuelan, chimangos dan sus vueltitas, yo nunca pude con esos pájaros. El loco Jesús, una noche, salió de abajo del catre, no despertó a su madre, en lo oscuro desde hace años. Llegó resollando a la casita del puente, al fuego que se comía la casa de doña Eufrasia, que masticaba furioso las tablas tan parejitas, las cortinas con su bordado, las plantitas en sus macetas. Le picaba la cabeza, dedo y uña, uña y uña, el fuego saltaba, santos a la parrilla, corazón asado de la Virgen, agua ardiendo, vidrios en pedacitos. En un vaso de agua limpiña, que pasa, no puede entrar cosa tan sucia, porquera tanta. El curita Berón fue a buscarlo, al Jesús, se mojó la mano en los ojos de los dos, bendijo el humo, el montoncito negro que estaba cerca del puente. Coitado el loco, triste estuvo, dale a la uña... Ya viene, ya viene, con su paso propio o haciéndose el renguito o chiflando una música.

—Ya está, venga loco, loquito, venga Jesús. Su pan y su café calentito, está servido.

Y ahora miro para usted y le digo:

—Aquí lo tiene al loco, don Coluna, tomando el café, salpicando. No sé cómo pudo salirme un hijo así.

L A S D O S T E N T A C I O N E S D E L S E Ñ O R C O L U N A

FUE SEU COLUNA, ese que anduvo creyendo en el Dios del Pastor nuevo, el que tuvo que irse, de apuro. Otros vinieron logo, después, pero igual por Pastor nuevo lo recuerdan. El pastor Esmite o algo por tal sonido, rubio y estirado, una cabeza por encima de cualquierún. El que trajo la carpa más grande, para las curaciones, carpa de circo viejo. ¡Quién puede acreditar porque sí, por su sola cuenta! Este seu Coluna hace, larga el bolo sin decir nada, queda como distraído, sigue manejando sus asuntitos, los demás empiezan a inventar. Le explico mejor. La mujer de seu Coluna, mujer de mucha enfermedá, como tantos, piernas retorcidas de nunca caminar, nunca levantarse, nunca nada. Una vida, así. Él, cuidándola, dándole su comidita, mismo un gurí bien chico, sin recurso ninguno. Él, claro, hombre era, y es. Fuerte y sano para todo servicio, con yeito para se defender, con su chacra trabajada y sus negocios. No ha sido pobre, no será rico, era y es. Hombre así, busca mujer. En casa, mujer, digamos, no había. Una enferma para cuidar, só iso. Se

procura y se encuentra, con tanta desgracia, tanto queco en estos pueblitos ¿dónde no hay? Mujeres sueltas también, de no esperar en una pieza, cuerpo caliente, cuerpo frío, según para qué, según cómo. Se busca y se tiene, dura o no dura, es. Seu Coluna no contaba sus salidas, aquí todo se sabe, hablar o callarse, lo mismo. Hable bien de alguno, todos oyen mal. Habla mal, todos oyen bien. Él no se contaba, todos oían lo más peor, como si ellos hicieran lo que él hacía. Pero nadie oía cuando seu Coluna cuidaba a la mujer, oír bien, no. Él escuchaba el chismerío, que Fulana, que la Sirléi, que la Robaldina, la de la telefónica ¡ahí sí que fala, y no por los teléfonos! Que la María Boneca, até. De esta pobre ya tendrá más noticias. De ser verdá ¿quién aguanta? No importa la verdá, lo que pasa, la mentira, lo que no pasa. Esta gente sólo acredita lo que inventa. ¿Dónde vive uno? ¿Atado a sus huesos, atado a la lengua de los demás? Somos como barullo en boca ajena, es ¿no?

El pastor Esmite pasó por la chacra de él, venía de auto, iba para el pueblo. El tal auto, noviño, se notaba pese a la suyera. Estaban arrumando la ruta principal, como para una guerra la preparaban, polvo colorado, la puera interminable. Bajó de su carro, preguntó y preguntó, pidió agua fresca, visitó a la enferma. Una Biblia grandota llevaba, tapas azules, cinta dorada. Leyó en voz fuerte, que la cruz, que la sangre del cordero, la altura de la casita medía, para llenarla de palabras. Seu Coluna sin ojos, de quieto, fumando contra la puerta. El pastor Esmite, más fuerte, eso de los pecados de la carne, como si los pobres tuviéramos mucha, y esas tentaciones que joden. Le dijo a él lo de la carpa, pronto bien instalada, que fuera con la mujer.

—¡A prestar ese servicio vengo, tarea de Dios, curar las enfermedades de adentro y las dolencias del mundo! ¡Piernas torcidas de nunca caminar, retorcidas de tanto pecar!

Y miraba para seu Coluna, adivinando, como si Dios le pasara información. El pelo rubio se misturaba con el polvo colorado, dos llamas de un mismo fuego, la voz más alta. Alzó una mano,

serio y de mirada movediza, metió en el aire la forma de una cruz, subió al auto, otro andaba en palancas y ruedas, salió como fuyido entre la polvareda. Tres ayudantes traía, rubios toditos, y una gringa que era lujo de mujer, entraba en la carpa y entraba el Diablo. Así, siempre ficaba algo sin curar, o el cuero o el alma. Seu Coluna no fue, se quedó pensando, trabajos de la tierra poca. El pastor Esmite, carpa bien puesta en postes y palos, volvió tres o cuatro veces, con el lote de rubios, con la gringa, leían su libro grandote, cantaban, Dios andaba entre ellos, entre el algún maíz, el montón de gallinitas, las vacas pensativas, el triguito verdón. El pastor recorrió la chacra, tan chica no es, sus valores tiene, la gringa de atrás, con la biblia azul, de narices abiertas, respiraba aquel olor del mundo. Seu Coluna fumando, enseñaba su reino ¿dónde estaban sus ojos?

Al final, llevó a su mujer, el pastor quería, tan atento, preocupado. Probar no cuesta nada. La lavó, la vistió, bien peinadita, como si estuviera muerta, curioso fue. La acomodó en el sulqui, hombre rápido al hacer las cosas, no era de este pueblo, seguro. Carpas de ésas, cada tanto, una, o dos, negocio de competencia. Curate en ésta, curate en aquella, quien puede, puede. Tarea de Dios la del pastor, servicio grande para esa gente. Puro bagaserío, llenando la carpa, pagando su entrada. Al principio, la plata salía de algún rincón, de alguna changa o bagayo, de algún bolso. Con el tiempo, al mes era bravo pagar más boletos, y hay que curarse. Yo fui tres veces, nomás, otras tres viché y escuché, sólo, del lado de afuera. Fui bien sano. Traje sarna en la careca, peste en cierto lugar, porque anduve a las topadas con una pardita contenta, uno es así, no se cambia con facilidad. Enfermo de todo vine, el pastor me dio pomada amarela, que me callara, unos cruseros para caña, precio tienen las cosas... Bueno, seu Coluna la llevó, de noche era, vientito apenas por las estrellas. La tal bicha para entrar, amontonados, con los ojos virados, largando baba los béin viejos, meándose encima, tosiendo como gato con tos, toses bien de perro, escupiendo cosa oscura, manchas, quejándose entre lloros, con desespero de temblar, gritan-

do lo que no se entiende, arrastrándose los descaderados, empujando los más jodidos, apuro ¿para qué?, echando olor los podres, desmayándose los más muertos, dejando afuera sus carritos, sus carretillas, sus bichos de ladrar, entrando en la carpa, el pastor cantando, Dios estaba quieto, sin nariz, arriba, mirando. El pastor cantando los hinos, con el micrófono ¡qué tamaño de voz! Los vio, mandó a la gringa. Él, seu Coluna, la vio a ella, alta, pasando entre el basago alborotado, soltando aquel pelo como fuego. Yo también la vi, quedé temblando, y la pardita cerca, rodilla y mano boba. La gringa caminaba, el Diablo con ella, verla era perderse. Seu Coluna se perdió, o se encontró, inclinación pensada tenía, que digan lo que digan. El pastor le dio la preferencia, claro, hombre con chacra, lo subió a la tarima, la mujer con la gringa, abajo. La tamaña voz se abrió como bocina, silencio grande como la voz, sólo algunas toses, respiraciones secas, quejidos despacito, y yo, de mano boba meta y meta, con el faltar de callado para la pardita contenta, con los ojos de ver para la gringa y su pelo ¡qué pelo!

—¡Los caminos de Dios conducen al hombre, al hombre enfermo! —empezaba la fuerza de aquella voz.

—¡La fe, sólo la fe puede curar el mal de la carne y el mal del espíritu! ¡Debemos entregar nuestro corazón, limpio de toda culpa, puro de toda podredumbre, sano de toda corrupción! ¡No hay precio que pague la acción del hombre, del siervo humildísimo del Señor que cura su alma por la fe, la fe, la fe en el alto y único Dios de la tierra, del agua, del aire y del universo entero! ¡El Dios gigante que ha establecido su imperio entre los hombres, entre ustedes, entre vosés, hombres enfermos de pecado, mujeres contaminadas con los apetitos de la carne! ¡El pecado no es la pobreza, la pobreza es virtud ante el Señor, el dolor es una prueba que vencemos para satisfacción del Señor, pobreza virtuosa, dolor purificador, fe que nos salva de los pecados del cuerpo y del pensamiento! ¡Fe, fe, fe, mil veces fe para alabar y bendecir al señor Dios que tiene su imperio eterno en la tierra y en el cielo!

El pastor se calló, palabra de Dios, garganta de hombre, sudaba poro por poro, le aflojó al micrófono. Aquello sí que era silencio, reconozco, se afogaban en tos antes que toser, en jugo antes de escupir.

—¡Yo soy el pastor de su rebaño, del rebaño de Dios, ustedes son su rebaño, yo soy su pastor, yo los dirijo, les enseño a combatir los males del mundo!

Había soltado el tubito negro, tamañaza voz, no precisaba, miró para arriba, todos miraron, sólo él veía, es. Seu Coluna estaba paradito al lado de él, sudando, muy duro, sin ojos. Pero yo sabía para dónde miraba, a quién estaba viendo.

—¡Ah, mi Señor, tú eres mi reino, mi testigo, tú das testimonio de mi fe en ti, de mi amor por este rebaño de pecadores! No dejes que la tentación los alcance, no permitas que quieran poseer lo que otros ya tienen y que tú mismo repartiste! Los actos de Dios son moneda de una sola cara, por eso ¡no dejes que se aparten de tu justicia, no permitas que oigan a quienes predicán la justicia de los hombres!

La voz rompía la carpa, daba miedo ver el miedo de la bagasería, ojos de grillo macho, como asombrados, de ver lo que no se puede ver.

—¡Al suelo, al suelo, de rodillas, más fe en el Señor, más fe, canten, recen, arrepíentanse, besen las llagas asquerosas del leproso, más fe, más fe, para que las piernas caminen y los pechos dejen de toser, más fe, más fe, dolor y miseria, gloria del Señor!

El gringo, porque bien gringo era, se calló, silencio y más silencio, tumba con mucha gente, era aquella carpa. Ahora quedan marcas de postes y palos, maderas podridas de la tarima, volvió el basural de antes, el otro, ratas por cuanto lado. El pastor Esmite bajó la cabeza, como envuelta en el papel amarillo, la levantó bien de a los pocos, se acercó a seu Coluna. Lo señaló, dedo adelante, se le acercó más aún, sin tocarlo. Él, duro nomás, el único parado, midiéndose frente a los demás, a la montonera tirada en el suelo, arrastrada, mentada, derrumbada por la tamañísima voz del pastor,

atropellada por el silencio de Dios que estaba en el hongo vacío de la carpa.

—¡De rodillas, tú también, de rodillas! —dijo la gran voz.

—¡Más que la lujuria, el orgullo es tu enfermedad, tu pecado, tu castigo! ¡Estás solo, lejos del rebaño, cuidando tus bienes terrenales, debes salvarte por la fe más humilde! ¡Yo soy pastor de este rebaño extrañado en el mal, yo te lo ordeno, en el nombre del Señor! ¡De rodillas!

Seu Coluna lo miró, al pastor, silencio también en sus ojos, sacó un billete del bolsillo, una cédula de quinientos, verde y nueva.

—¿Le pago a usted mismo, don Esmite? Nadie me cobró la entrada, por eso le digo, además ni imaginaba, con el tal lío para entrar, al menos le pago la salida —le dijo, así mismito, le juro al que me pida juramento.

Le abandonó la plata en la mano, el silencio era doble, sin la voz del pastor. Seu Coluna avanzó hasta su mujer, la levantó como si fuese una niña, mosiño de cinema, dijo para la gringa:

—Quiero hablar con usted.

Al subir al sulqui, respiró hasta quedar sin aire, la mujer ni lloraba, no pudo curarse. La gringa salió de la carpa, corriendo, empujada por Dios o por el Diablo, por el fedor de adentro o por la noche limpia de afuera, por la gritería del pastor o por el callarse de seu Coluna, por los enfermos para salvar o por la mujer para cuidar nomás, con sus piernitas retorcidas. ¡Son tan raros estos gringos! La rubia trepó, ligero, se puso en el solo lugar que había. Yo ya estaba en la entrada de la carpa, mirando y tratando de creer. Adentro, el tal relajo de opiniones, el agua empezaba a correr, ya estaban imaginando. Antes de empezar casi, empiezan. O antes. Y el asunto todavía sigue, dio su bolo complicado, que pasó ayer, que está pasando ahora, que pasará mañana. Trozos de invención, hablar y oír, lo bueno y lo malo, verdad y mentira. El tiempo al revés, al derecho. Guría de piernas torcidas, para curar. Rubia que casi no es gringa, para mujer. El pastor, lejos, caracol con su carpa a cuestras. Dios, quién sabe. El hombre, sudando entre el polvo colorado, en la tierra.

A USTÉ, QUE NO ES DE POR ACÁ

¡PUES, EH! Que si conozco esta ciudad, más pueblo que ciudad, hundida entre morros altos. Del Cerro Coqueiro se ve casa por casa, ladrillo y tabla, la iglesia grande, las parroquias piquenas, de campana gritona, viejerío en la pinta, mucho perfume, los domingos. El cuartel se ve, como una fábrica sin humo, muros blancos, portones verdes, estirado entre la arboleda. Escuelas de techo buero, sólo dos, tejas ferruyentas, dos palos con su bandera. Si usa los párpados para ese lado, lo tiene al viejo Artigas, en una punta de la plaza, ésta de más acá, señor, paso al frente, su espada que no corta ni pincha, como cuchara, disculpando, de ojos puro buraco, sin bronce, cuerpo duro, metales dormidos, suciera, mugre de paloma. Si ve un poco más, y si no ve, no importa, yo se lo cuento, tiene contra el pedestal, ramos de fiesta patriótica, alambres, maderitas, flores falsas que aguantan, flores vivas que se deshacen...

¿Que por qué hablo así? Como usted no es de por acá, no le pregunto a qué vino, con tanto vigarista y contrabando, una tienda

hoy, macoña al otro día. Negocio de cuanto hay, y de lo que no hay, se inventa. Fronteras llenitas de agujeros, si hubiera ballenas, ballenas pasan, no tengan duda ninguna. Según el cambio, para acá, para allá. Diñero es como un viento, gente y bagayos van para donde mejor sopla. Hablo así de viejo, nada más. Ni se dan cuenta que me escuchan, hablo de siempre. Uno dale y dale a estas historias, como revista a cuadriños, ellos viviendo, es lo mismo. Escucha el que no es de por acá, como usted. Los de este pueblo, esta ciudadá, hacen sus cosas como si alguno las fuera contando...

¿Qué pasa conmigo, dice? De pronto, alguien cuenta lo que yo estoy diciendo ¿no es? Sucede que ahora ando viejo, medio usado, que oigo voces, que el diablo me anduvo siguiendo, que estuve en la gaiola del otro lado, asunto ruin fue ése, que tuve mi campito poblado, que salí para la Sierra Negra a pelear, en mi momento, que leí mi par de libros, creamé. Por aquí, nadie sabe leer, dicen que el pobre no precisa, agora libros no vicho, más, no me dan para mucho las vistas. Sólo aleo un diario que me trae un mozo amigo, ya lo va a conocer usted, y más gente también. Taller de chapista, el baxiño, bien petizo es, unos rompen autos, él arregla. Así es, en estos pueblos: unos estragan, otros arrumando. Los domingos me llega ese diario, lo reparten entre el bagaso, hay vueltas que ni cobran, una vez estaba mi fotografía, festejando los tantos añitos de empezar la jubilación. Morirse es mejor, jubilarse de viejito, por lo natural, sin tarjetas ni desespero ni acomodo. Uno es así, le digo a usted que no es de este pueblo doble, que aún no tomó el agua de la fuente, el que toma aquí se queda, de caliente. Ese mozo me dijo:

—Usted peleó bien, siga hablando su verdá, que es larga como el hambre de estos desgraciaditos, gurisada comedora de tierra, panza con lombrices. Siga diciendo su verdá, siga peleando, lengua como lanza. La gente aprende, creamé.

Pocas voces me van quedando, callarse a esta edá, es caerse hecho un montón de cosas que no prestan. Mirelá, si la ve, a la cieguita Blanca Rosa. Doblada en cuatro o en seis, bastoncito

gastado, gris de no pintarlo de blanco, a ella no le importa, color no se toca. Dice asuntos feos como insulto de madre, rabia de no ver, no. Rabia de que otros vean, no. Cada uno anda con su oscuridá, es ¿no? Rabia tiene la cieguita, digo, de pedir que la crucen, los autos, acá maneyan a lo loco. ¿A dónde irán tan liyero? Si esto enseguida se termina. Fuyidos de ellos mismos, parecen. Rabia tiene de querer hacer un mundo con cuestiones que se le escapan. Si Dios fuera ciego, y cieguito está las veces, o distraído, pienso ¿andaría juntando plata para los viejitos? Hogar de no sé cuánto, le pusieron. Cuando un viejo no quiere mais nada, de gastado, lo llaman anciano... Cimienta ya tiene, alguna paré, más barato enterrarlos a todos juntos, ésta es la solución. Les han chupado todo, qué pueden darles ahorita, diga usted ¿qué? Usted los ve, uno atrás del otro, las horas al sol, al frío, muriéndose mientras el señor de la caja va contando los pesitos. Por eso renuncié a los papeles, tantos añitos, déle un presente a este uno, aflojelé un presentito a ese otro, juntelé sus votitos a tal candidato. Cuando me muera, sí, estaré béin jubilado. Hombre soy, conozco este pueblo. Hubo uno, el gordo Erva o Yerba, un fiasquento ladronazo, se guardaba los nicles, las moneditas, pagaba de menos, los viejitos ni protestaban, de aralfabeitos. Yo me di cuenta, hice mi escuela, acompañaba a un amigo, don Virgiliano, de esos hermanos que uno tiene. Al tercer mes, sumé y resté, con lápiz corto, punta gruesa, números ciertos. Presentamos la denuncia, pataleamos, los viejitos temblequearon un poco, se asustaron de la injusticia, del robo, coitados ¿qué podían hacer? Los que robaban eran varios, después se supo. Mi amigazo, el mozo de los diarios, dio una mano, y buena. Y los jodimos bonito. El gordo Erva o Yerba, terminó mateándose a él mismo, en la jefatura de policia, chupándose el verde que le salía del corazón, lindo veneno. No es siempre así, no. Comasé usted un corderito flaco, ya le han comido sus cuantas vaquitas de las suyas, servidas y todo, con ternerito adentro. Así es, no acredito que será para lo eterno de tal yeito, uno es viejo, y conoce. Hay otros, con experiencia, sufridos en alambrar y tozar oveja, en

pocear bien hondo y armar galpón y levantar corral, y en irse de cuartel, guiso carretero y techo de no caer, sufridos, bordeando este pueblo de paso...

Porque usted se habrá fijado, personal que llega por negocio, viene de paso. Doctores de papel o de cuchillo, de consultorio doble, en oro acá, en cruseros allá, de paso, a llevarse el lucro, llegan. A uno de ellos fui a ver, por las voces, las oigo, qué voy a hacer, dije para el doctor.

—¿Qué voces? —como riéndose de mí— Es la sangre que camina mal, a los tropezones por esas venas, arterias estragándose. Tomesé este vidriño de pímulas, dos por día, mañana y noche, no se me olvide. Es la edad, amigo Coluna, muy natural...

Mano sobre el hombro, golpecito, hablando medio como uno, haciendo algún fiasco con la pronuncia, queriendo hablar como uno, acomodándose a esta frontera. Las pildoritas las tomé un tiempo, soy de respetar la ciencia. Pero que oigo, voces, claro que oigo bien clarito. Sólo para mí, las voy apartando, voces buenas a un lado, voces flacas al otro. Es más fácil creer que la sangre fala con uno, voluntá de contestar, alguna vuelta. Según lo que se escuche. Voces, pienso, no sé usted qué dirá, que rebotan para adentro de mi conversa para afuera... Me pasó entre otras, cuando tuve el campito en la otava sesión, única vez que tuve alguna cosa. No me pregunte el año, es problema de tiempo...

Andaba por las cuatrocientas cabezas, pastura boa, sin suya ninguna. Unas cuantas cuadradas, limpias, frontera con frontera. Un pión tenía, con familia, de la otra cara de la frontera parecían todos, porque acá todo se parece a algo ¿qué es lo que es? El mozo trabajaba lindo, mujer joven y dos hijos, ayudaban. Yo oía de noche las voces finitas, agrandándose, con el nombre de la mujer del pión. Terminaban gritando, esas voces. Les dije, al final, que se fueran, que eligieran algunos animales. Me acuerdo mejor de las vaquitas, cebú con jérefor, fíjesé. La cara de la mujer se me perdió, humo de carne. Cuando uno tiene, tiene por uno mismo ¿usted qué piensa, que

no es de aquí? Pues ¿eh?, la vida es eso: voces que se escuchan, que a uno se le borran. Quedé solito, en aquel campo. Batendo las patas, mucho ganado pasaba cerca, de bien lejos el pasto se erizaba. Para algún sitio iba, buscando algún buraco. Hoy dije para usted, según el dinero, según el viento. Quisieron comprarme, tierrita y vacas, todo. Dije para ellos, hombres serios, con gente atrás:

–No, señores, cuido lo mío, así vivo, si no ¿qué?

–Piense el señor en la revolución, se viene, mucha faca, mucha lanza, hasta cañoncitos, hambre también. Ahora puede vender, después, pierde –uno de ellos dijo, boca con mucho tabaco.

Vi cuántos eran uno por cada dedo, contando los pies.

–Si vendo, no me vendo, ni me regalo –dije, por lo suave.

Tiempo siempre hay. Vendí. Usted no es de aquí, de este pueblo y sus tierras coloradas, verdeando por encima. ¿Sabe? Coloradas de sangre, tanta muerte al santísimo pedo. Tres de ellos me siguieron, para quitarme lo pagado, lindo negocio. La plata en el bolso, me metí en un montecito, para el lado de Curticeras, horas y horas de caballo, horas de hombre, muchas más. Ya sé, no me va a creer, usted no es de acá. Solté el caballito por el monte, ramas bajas, hoja apretada. Me subí a un árbol, palo con tijera de tozar, faca grande. Pasaron los tres, confiadazos, pitando iban, humo que se va sin color por el aire. Al de atrás, puntazo en la nunca, sequito. Al del medio, ojo, nariz, pelo, sombrero. El de adelante, se enredó entre los arbolitos, animal asustado ahora. Le mandé la faca por lo blando, sin revolvérsela, matando limpio. Los caballos de ellos, les saqué todito, freno, montura, desnudándolos. Los largué, los corrí a gritos, con voces que no eran mías. Así, ellos quietitos, sangre y ya mosquerío. Los caballitos corriendo, campo como la vida...

Usted no es de este pueblo, tal vez no sepa béin lo de la revolución. Sierra Negra, gente juntándose, pocos agora quedan, mentirosos, eso son y fueron, degollando mentiras sus hazañas... Usted ya va a oír al tal don Salsipuedes, entró a peliar sin nada, salió con cosas demás, chupandolé las botas al caudillo, embolsando sobra

ajena. Pensión le dieron, por patriota, a él, yustiño, que nació del otro lado, apuntado en el registro, como tantos. A mí me ofrecieron, no quise. Tuve mis batallas, no vaya a creer, si le digo que pelié para los dos partidos y para la gente que pasaba la frontera, también. Nada de jefones ni caudillitos ¿por qué entré a peliar? Estaba solo, casi todos así. De trabajo, changa ninguna, y eran cantidá, los desanimados. La esperanza era como un lujo, me acuerdo. Bueno, maté de acá, maté de allá, siempre a lo limpiño, nada de sufrimiento, que de eso ya bastante había. Quería lo justo, vivir es más rápido que morirse ¡qué troso más feio! Anduve de voces otra vez, recorriendo rancheríos, reses patas arriba, hinchadas, cuerós pudriéndose. ¿A qué?, dirá usted. Procurando viudas anduve, cabeza del caballo donde antes la cola. Hablando con hijos de padres muertos, repartiendo mi diñerío de las vacas y el campito. Bravo de acreditar, pero fue así. Mire que le di a estas historias, nadie escuchó, nada más que el mozo del diario, los domingos, ése que le dije,...

El que me traía mal, era el señor Diablo, bicho seguidor. Yo largaba la plata, él de atrás, juntando. Pedazos míos juntaba el sinvergoña. ¿Qué le iba a dejar, ya sin diñero? Y el bicho de mano estirada, méndigo de mucho poder, hay que darle. Llegaba a mi cuarto, puerta abierta, por aquí estuvo. Usté no sabrá, diablo y ángel se parecen, no pueden dejar puerta cerrada: uno, por la cola; otro, por las alas. De tal yeito eran, o son. El señor Diablo me traía mal, me acordé de don Tamborena, tantísimas seismarías con línea borrada entre ellas. Ofrecí servicio, y nada. Elegantón el cara, dándole destino a la gente. Esperé tres días enteritos, mandó un gurí, dijo que nada, que ni de capanga, nada señor, béin para calentarme. Cuando el Diablo quiere ahorcar, Dios le alcanza la piola. Hombre de tamaña influencia, cuanto lugar yo iba, pidiendo servicio, nada de nada. Por la revolución, seguro, yeitiño el de los tales jefones, usando sus pulíticas. Pedí consejo al señor Diablo, voces me mandó, que namorara tal sirvientita, que entrara a la casa, al escritorio, plata había. Namoré sin hacer hijo ¿para qué soltar más desgracia?, entré a la

casa, familias enteras cabían allí, en el escritorio levanté unos diñeros. No por ladrón, cuentas de muchos pagué con esa plata. Más personal, no dude usted, jodió el don Tamborena, casado con una Blancornoz para mejor, señora de lujos caros, gustaba de morar en Porto Triste. El jefón supo todo, empezaron a seguirme, sin prueba ninguna. Me calenté con el señor Diablo:

—¡Ya tuviste que contar! —le dije, y escupí para el suelo, al fondo de la tierra colorada, tres veces, saliva no tenía para siete.

Igual me agarraron, de puro bobalión, sesteando en el Cuñapirú, soñando con degollados y con monedas de oro grandes como galleta de campaña. Don Tamborena, amigazo de veinte comisarios, cuñado de todos los dueños de la aduana, padre de hijos de él, padre de hijos de otro, así era, fuera de eso ¿qué? Me pusieron diante de él, torazo béin vestido, bañado ese día, se notaba. Ventaja hasta en el cuero, quería. Su gente alrededor, risada y risada, sus buenas cañas, asado había, a punto.

—Vamos a comer primero, éste que mire —dijo.

Y comieron, dos o tres horitas de mastica y mastica, ruido y trago, vino negro en los garrafones... ¿Qué? ¿Que cómo estaba yo? Suelto, parado contra una paré, conozco estos pueblos, nada de moverse, no. Estaba até don Da Silva Rosa, uno béin bruto, con bigote de suegra vieja, intendente era o había sido, se hizo una calle para él, que le entraba en el chalé. La Avenida Da Rosa, la llamó el bagaso. Imaginación y verdá se juntan, es ¿no? Comieron y chuparon, don Tamborena me dijo:

—Desnudate, Joaquim Coluna.

—No y no, que no y no —dije, negando sin mover nada.

Trajeron a la sirvientita, hecha un asco, la coitada, de tanto lazo. Nos quitaron toda la ropita, no era tanta.

—¡Bicho de merda!, —grité, no para don Tamborena, para el señor Diablo.

—¡Aquí nos tenés! —grité y grité.

Adán, huesos en punta y sin ganas de trepar. Eva, la cabecita

doblada, rodillas cuadradas y negras, pelo revuelto con ceniza. Fue así que pensé sin voz:

—Si aguanta, me la llevo...

—Arriba de la mesa —dijo don Tamborena, mandaba sin un solo gritito.

Lo que se hereda, no se roba, lo único que no había robado. ¿Usted qué opina, usted que no es de acá?

—¡Vamos, hagan lo que hicieron, nada de apurarse, vamos!

Me pusieron encima de ella, y usted no creerá, no tiene por qué acreditar, no es de por acá. Pero agarré una faca, tirada en la tabla ancha, la barriga de don Tamborena estaba cerquita, puesta ahí por él mismo, regalada, ni fuerza hice, corté por lo blando. Se misturaron las dos grasas, sabores del triperío, por decir. Los demás ni se movieron, les dio un temblorcito. ¿Quién mete mano en Dios? Nadie imaginaría, no acreditaría, no aceptaría, ni viendo. Así escapamos de la estancia, salvados por fe de otros. Salimos como los caballitos que solté una vez. “El Paraíso” se llamaba aquella propiedad, después vino el hijo, un hijo de él muy similar a un cara de otro apellido, dicen. Está allá aún. Me contaron que manda ponerle flores a mi muerto, cuando es fecha de recordación. Hasta un cura manda traer, porque esa es gente que no hace, que manda hacer. Vida es eso, quien manda, quien hace y deshace. No durará por lo eterno, no, según dice mi amigazo, el mozo que le hablé, el del diario del domingo. Con Eva, doña Eva, levantamos unas taperitas, sobre el Lunarejo, el pasto es camino ancho hasta Masoller. Sitio lindo era, no habrá cambiado, hasta que el señor Diablo me recordó mis deudas, gerente de banco el bicho.

—¡Ya pagué todito! —le dije— Me querés cobrar los intereses, el yuro, ¡multiplicado!

Fui a la frontera, a la línea, pasando unos cueros en carro, estaba en eso, con sol bien redondo, de uniforme llegaron, denuncia de quien no falta, gaiola con este viejo, un arma me encontraron encima. Usted no es de por acá, debe estar enterado, mucha arma en

estos pueblos, demás, revolver es normal, faca es legal, muertes son dudosas. ¿De qué lado se muere uno? Tripas de este lado, aliento del otro. Hay muertos con frontera cruzándoles el lomo. Gaiola con este viejo, papelaje, declaraciones, los de allá, no me aflojaban. El asunto, como dijo uno, iba tomando esccremento.

—¿Quién es el señor Diablo? —preguntaban, jodiéndome.

Creyendo, seguro, que era mi patrón, que yo contrabandeaba para él, aquí se usa mucho. Me preguntaban, yo daba risada, aunque doliéndome ¿qué iba a hacer? Sin agua, sin comida, garrote y lazo con este viejo.

—Usted, don Joaquim Coluna, si no aclara esto, sobre todo lo del arma, béin aclarado, lo mando para Porto Triste, allá la cosa es dura, se jode para siempre —dijo al final, bien serio, el delegado.

Lo miré adentro, todo lo que pude y me dejó, hasta los bofes, vi que a él, no le importaba aquel troso, otros asuntos tendría.

—Creamé, eselentísimo señor delegado... —empecé a decir.

La boca se me abría y se me cerraba, no podía con ella. Me salían envidos, flores y retrucos, el delegado sí señor, lo entiendo, con la cabeza. Al otro día me soltaron, apretaron primero, saben apretar, le aseguro. Cuando me iba, llegué a oír la repartija de los cueritos, del carro, del caballo que no prestaba ni para mortadela. Lo pasé mal, esté bien cierto. Diga que el señor Diablo tiene su prosa, y yo, buena oreja. Los dos se precisan ¿qué le parece a usted?

Pasó un tiempo que no me acuerdo, dolores, barullos, ruidos en la cabeza, hospital conmigo, a doña Eva, nunca más, solita como estaba. Seguí en lo mío, muchos oficios, poco trabajo, cansado andaba. Un tiempo que ni sé. Fue ahí que empecé el trámite, con menos voces, esperando las tardes en la casa del doctor, recomendado fui. Era o no era doctor de esas leyes, candidato sí, dueño de queco, también, y su negocito de autos, vaquitas con ruedas, pensaba yo, y pienso. Trocaban la marca, la pinturita, les faltaba sólo la credencial. Figúrese que me hice caudillo, por la jubilación ¡qué desgracia! Andaba tan cansado, como aborrecido. Me vine a morar a este Cerro

Coqueiro, sembrar promesas, cosechar votitos. ¿Quién me enseñó a hablar así, lengua de merda? Puse, güé, pusimos un clú, secretario me mandaron, empleado de la intendencia, a mis órdenes y mandos. ¡Cuánta engañada, yo quería que fuera verdá! Las elecciones, ni le cuento, vergoña me da. Nada más le digo que votaban de los dos lados, a votar venían, en camiones, y se iban logo para los campos, los frigoríficos. Después fue peor, aínda. El diputado, que el dotorcito salió, se largó para Montevideú. ¡Qué buena memoria para olvidarse, tenía! Y yo ¿qué iba a hacer con mis votos?

—¡Somos gente del dotor, somos gente de usté, don Coluna! —decían los coitados, un lamentadero de ponerse a gritar.

Yo pensaba en ellos, primero en ellos, también pensaba en mi trámite. No lloré porque nunca supe, y eso que vi llorar. Me voy o me quedo, me quedé. En el mismo clú, un local regularcito, hice rancho. Cansado estaba, encontré unos libros. De dónde, dirá, usté casi lo dijo, bueno, una donación de tál señora lujosa, de esas que dan para no darse. ¡Acreditan que el pobre es polilla, que come papel y cartón! Yo juntaba a mi gente, no toda, como tuve mi escuela de boca, mi jodido maestro en la oreja, les contaba lo que los libros hablaban. Esas cuestiones de un dotor sabido, curandero de ciencia, sus líos como yo, con el que usté ya sabe. ¡Mire que es diablo el señor Diablo! ¡Anda por cuantas partes hay en cada sitio! Y ese poeta, hombre de versos como Bisio o don Olinto, que se zambulló con un amigo por los buracos de la tierra, que yo ni sospechaba... Pero usté no es de por acá, otro día se lo voy diciendo, hasta lo que enseña mi compadre el del diario, mientras escucho todo eso. ¡Sobran y faltan tantos cuentos, faltan y sobran tantas historias! Yo, Joaquim Coluna soy, sigo en mi nombre.

L A T I J E R A D E S A L

HACE TIEMPO, le contaba, tiempo que alquilamos una casa grande, cuartos muchos había, techos con cáscaras, nubes aplastadas, cayendo. En el patio del fondo, hacíamos guerras, uno podía morirse las cuantas veces que quisiera. Baldosas como la tierra, coloradas, cuadrados de sangre dura. Al patio, una puerta, cuarto del frente, pieza vacía. No nos dejaban entrar, limpio estaba, esperando inquilino, su letrero que anunciaba disponibilidad. Un día llegó una negra, verdá, como nosotros. Vichó la pieza, halló buena, con luz, dijo. Y el airecito tocando las nubes del techo, alquiló, no supimos por cuánto. Diñero es comercio de persona crecida. Trajo sus malas, bolsas, mesa y tres sillas, cama no exagerada, para medio casal. Una cuna de hamacarse, una guría adentro, bico rosado y nada de llorar. Paquetes trajo, bien atados, la curiosidá no rompió el papel grueso. Uno era gurí chico, de todo cuanto había queríamos saber. Quien no conoce, no vive, ciego queda, ve y nada puede ver. La negra, doña Miúda, salía a trabajar, con el sol por la mitá de la mañana. Emperifollada, arrumada con su gracia, blusa, pañuelo y

saia corta. El dueño del boliche, en la esquina, era una estatua cuando ella pasaba.

—¡Bon día, seu Poletto!

—¡Bon día, siora Miúda...!

Estatua era, cobre con azul, con rojo, el sol ardiéndole en la cara. Después se entraba a atender gente, comentarios había. Todos los días así, que yo me acuerde. ¿Por qué siempre igual? Lo repetido así, ¿vale? Ella, la negra, estaba de vuelta de noche, la guría solita las horas enteras. Bico rosado tenía, manos de agarrarlo, berso de se hamacar, un cielo lejos, con nubes. Pensábamos, a esa edá también se piensa, ¡eh!, que la negrita no se aburría, un consuelo. No lloraba ni en joda, baruliño de moscas, un poco, en la pieza. Yo quería ver para adentro, para afuera, uno se cansa. Ahora es al revés, ¿sabe? Pero ya, ¡qué importa!

El ojito de la puerta, tapado con trapo apretadazo, maderciega. Llegó Miúda, yo queriendo mover el trapo.

—¡Sái daí, desgrasado!

Me apreté el brazo, fuego abajo de las pestañas, se le van a quemar, pensé. Apreté sin que me doliera, tal calidá tenía, dedos finos, salí despacio, el patio estaba abierto, la noche también.

—Disculpe, doña Miúda... La guría, tan sin llorar...

Eso le dije, o parece que le dije. Silencio es como viento, desparrama las tantas palabras. Le conté a mis hermanos, eran tres, yo era el más viejo. La puerta quedó cerrada, más que antes, portón se hizo, alto y oscuro. La casa, ya le comenté, era grande, olores de la familia, en los cuartos. Cuadriños del señor Jesús, yuyos de santidá, el señor San Esteban, mirando para arriba, con una tamañaza piedra por caerle en la cabeza, indefenso, ¿por qué? Eramos gente de iglesia, misa de hoy no queda para mañana; no hay novia sin lensol ni domingo sin misa ni sábado sin sol, mi madre decía. ¿Pero, ¿chupábamos anillos de cura? No, ni las patitas estragadas del Crucificado, eso sí que nada de eso. Se cree lo que uno precisa, acreditar demás es necesitar demasiado, el pobre con poco se com-

plica, uno se entrevera de la cabeza. Mi padre estaba para la campaña, para allá fora, seguido. Se sumía en los tales campos, capataz en tierritas de otros, güé, suele ser de ese yeito. Acá es así, unos miran y otros ven. Él, mi padre, hombre como de lejos, algo de blanco en el pelo, verde de ojos, creamé, quieto de voz. Lo vi poco, muy poquito, cada tanto y tanto, hacedor de hijos, era. Cuando crecí, y fui creciendo, otros hijos de él encontré, varios eran, a lo Coluna, serán aínda. Verde de ojos, ninguno. Cabeza blanca, menos. De conversa larga, todos, de acercarse. Negros, nosotros sólo. Un tubiano le salió, ¡vaya usté a averiguar de qué barriga! Cada tanto y tanto venía, un hijo cada otro tanto. Mi madre, mujer de esperar y mandar, nos tenía a paso corto, éramos rapasiada como marimondo, zumba y zumba a cualquier hora. Cuando mi padre venía, colocaba sus miradas para la pieza del frente, con sol o con luna, bombeaba para el cuarto. El portón cerrado, oscuro y fuerte en su marco. Doña Miúda vino una noche, luna bien llena, de luz amarilla, completa. Pidió para mi madre, una tijera.

—La señora disculpe, me perdona, estó precisando —dijo la negra, palabras bein sabidas.

Dulce parecía su piel, ropa distinta traía, me acuerdo. Saia cumprida, larga hasta el piso, blanca teñida en leche, blusa clara, pie en el suelo, desnudo, fuego blanco entre las pestañas. Esperó.

—Aquí tiene la tijera, corta bien, está filosa —dijo mi madre.

Miró para nosotros, los cuatro estábamos, después fuimos dos o tres más, cosas de mi padre, cada tanto, ahora somos de menos. Nadie se iba, doña Miúda agradeció:

—El bon Deus se lembre de la señora. Me la deja por unos días, ¿no es?

—Lo que usté precise y le haga falta, uselá nomás, no hay problema. Dios le dé ayudita en su trabajo.

Al mes justo, según mi madre, pasó aquello de las ventanas. Medianoche era, reló de la iglesia dan, dan, dan, hasta doce. Y las ventanas, de golpe, se abrieron, todas juntitas, batendo y batendo. Y

las puertas, cocina, cuartos de dormir, patio colorado. Menos la pieza del frente, ni portón ni ventana. Cerramos todo, ¿quién duerme si se van a abrir bocas entre paredes? Doña Miúda, al otro día, media mañana para sus negocios. El dueño del boliche dueño de la esquina, estatua de cara caliente.

—Bon día, doña Miúda...

—Bon día, seu Poletto...

Mi madre se compró una tijera, qué iba a hacer, estaba preparando unas calsiñas, con marido hacedor de hijos, ¿qué mujer no? Se la pide, no se la pide, jugábamos a morirnos en la guerra, la tal brincadera. Mais, ni un gurí puede morirse todos los días, ni de brinquedo. Uno se aburre, qué noyo de aborrecimiento, las veces. Espadas, fusiles de palo en el suelo, tirados, quebrados en medio del patio vacío. Yo miraba las baldosas, mojadadas de lluvia, bien secas al sol, nunca las pisé, nunca les puse las dos patas arriba, ni una marca, pensaba. De tarde era, el calor como fariña trasparente, lo afogaba a uno. La guría lloró, un berro de pronto, contenido, saliendo de ese yeito, con todo. Corrimos hasta el portón, puerta nos parecía ahora. Mi madre vino, rápido, mandando, sin duda ninguna.

—¡Vosés se van daquí, insiguída!

Se largó contra la puerta, mano, hombro, pierna, peso de su cuerpo entero, esperto. A la tercera empujada, entró, soplando aire caliente. Aproveitamos, entramos también por ese camino abierto.

—¡Coitadiña, loca de hambre, tan solita! Yo le traigo su alimento, su comidita, sisí. Y vosés, ¿qué están haciendo aquí? ¡Vamos para fora, insiguída, rapasiada!

—Alguna ayuda, mae...

Salió, a la cocina, leche trajo, máquina ligera, todo rápido y bien hecho. Le dio su mamadera, garrafiña de cocacola, bico de goma, estirado y desabrido. Trocó pañales, limpió la colita de aquel bichiño, la guría aaah aaah, se durmió, en la boca el otro bico, rosado. Gurí no era, si no, bico celeste, cuestiones que vienen de atrás de uno. Nosotros sentimos fedor, a trapo quemado, a pasto quemado, a

algo que debe ser quemado. Mi madre, una mano en mi cabeza, yo era el más viejo, ¿por qué a mí? En un rincón, bien arrinconado, tamaño San Jorge de grande, con velitas de iglesia a los costados, ensartando al dragón, estaba. El dragón de la maldá, que nació con el mundo. Este santo mataba, santo bien macho, el jodido San Esteban se llevaba su pedrada en la cabeza, nunca entendí, le juro. San Jorge miraba fijo para el dragón, perro verde con alas en punta, cola de víbora enroscada, patas de lagarto, lengua doble tenía, colorada en su fueguito. Después que lo mata, ¿qué hace? ¿Qué hace el santo sin su dragón? Pregunta de gurí, ¿quién la contesta?

Mi madre se hizo más rápida, pero despacio. Nada perdía de lo que allí estaba. Ramitas de matabalho, redondeles pintados, más velas derretidas, el fuego les habían quitado, sangre amarilla que se oscurece. Cuecas había, atadas con cintas, perfume de mujer en el olor que tenían. Yo sí, me di cuenta, de eso sí, ella procuraba calzoncillos de mi padre, a veces se perdían, tantos viajes y ropas para lavar en el limpiadero. La tijera estaba también, rodeada de sal, porque usted sabrá que la sal, tiene su fuerza para la lluvia. Y la tijera, pensé de gurí, agora mismo pienso, ¿qué cortaba, qué cortará?

—¡Vamos, vamos, gurisada, tudo mundo pra fora!

Salimos, la guría durmiendo atrás del portón alto. Barriguiña llena, espíritu bien contento aunque duerma. A las horas, volvió doña Miúda, con un ojo escuchaba, con el otro veía. Llamó a mi madre, que se iba, mañana mesmo me voy, nadies me toca lo mío, nadies se mete en mis asuntos. Temprano se fue, había conseguido un carrito del bolichero, estatua moviéndose fue el hombre esa mañana.

—Le pago hasta fin de mes, eu pago sempre, siora, sí —dijo, palabras de sabiduría.

—Muito béin, doña Miúda.

—La siora pase béin —dijo, yéndose, la negra.

—La siora también, y la guría, tan bonitaña...

—Hasta loguiño, siora...

—Bon día, seu Poletto.

El carro dejó de hacer barullo, mi madre ya estaba en el cuarto. Todo limpio, como para alquilar, esperando inquilino, el cuarto del frente. Lo único, la tijera, en el suelo, abierta en cruz, puntas y ojos para los cuatro rincones del mundo. Y dos líneas de sal, cruzándose, tapando el tornillo de la tijera, ¡qué mano esperta la tal doña Miúda! Había también bolitas de mataballo, de comer y reventar, ¿estarían para eso? Pregunta de gurí bobo, la sal para la lluvia, la tijera, ¿qué cortaba? Mi madre, rápida de escoba y de brazo, nada quedó, un olorcito a ervas quemadas, nada feo, abrimos la ventana, ruido y aire de la calle, sol rebotando en los morros. Pusimos un cartelito: “Se alquila” “Alúgase”. Nunca más alquilamos nada, un cuarto tan alto, con cielo interior como una iglesia, su luz de respirar, su airecito movido. Una sola vez más, al tiempo, noche justa por la mitá, noche con lluvia, dan dan dan, las campanas de los señores curas, se abrieron las puertas, las ventanas. Mi madre corrió al cuarto del frente, el portón se abrió en sus manos, separó la ventana en dos pedazos. Yo llegué zumbando, marimbondo oscuro, cuando ella, mi madre, salía. Cansada estaba, me di cuenta.

—Venga, meu filio Joaquim, vamos a dormir... Ya está todo cerrado...

—Ya voy, maisiña, primero al patio, a hacer chichi.

Pisé las baldosas casi negras, mojadas, secándose. Dejé salir mi lluvia, una gota larga, sin color en la oscuridá. ¿Quién cortó el agua del cielo, con qué tijera cortó? ¿Quién abre y quién cierra tanto vidrio y madera? Pregunta de gurí chico, pregunta de hombre grande, digamé usted, ¿quién la contesta?

EL CABALLO DE ALFONSIÑO

DURO ERA, ahora no es más, Alfonsiño. Amigo, muy amigo de don Coluna. El mismo fue que le consiguió el empleo, sus conocimientos en la barraca. Al primer día lo domaron, pilas de tablas había, trabajo bravo. De entrada le pusieron la tabla en el hombro, en el derecho, a correr, gritaron. El otro, el de la yunta, un negrón pura risada, la punta firme en el hombro izquierdo, sin soltar, sin aflojar, sin moverla. Apurado iba Alfonsiño, la madera bailando en el lomo, separándola un tantito con la mano, subía, bajaba, subía, caía, subía. Astillas, puntas finas, tocaban la piel, rozaban, picaban, pinchaban, raspaban, rompían, entraban, el cuerito levantado, tierra bien roja, arada, soltando jugo, revuelta entre pellejos y sangre, por fin la sangre. Una tabla, dos, cuatro, seis tablones, veinte, cincuenta kilos, Alfonsiño no entendía de numeritos, las pulgadas, una, una y media, dos y tres.

—¡Cortamos dos ahorita, desta pila! ¡Vamos, meu nego!

—decía el negrón, con su risa por cuantos dientes cuadradaos llevaba.

—Sí, dos...

—Tres cortamos, ¡ahorita, meu pretiño!

Y tres sacaban de la montonera, corriendo salían, al vagón. Alfonsiño no veía nada, sudor blanco le tapaba las formas de mirar. Medía su camino, saltaba, maderas danzándole en la espalda, trocó de hombro, quedó mejor, zurdo era, cañoto con ganas, más fuerza para alzar la tabla. Aguantó hasta el mediodía, otros no pudieron, a escaparse llegaban, permiso para mear, disparaban, en carne al aire, camisa en pedazos, los desgraciados. La campana del descanso, gritando también, pura gritaría el jodido trabajo. Alfonsiño no comió, ¡si estaba para el servicio, cobrar y comer, recién luego, más tarde, algún día! Se lavó los hombros, los dejó al sol, con la mano inquieta hacía volar las moscas. A las tablas de nuevo, pilas aquí eran pilas allá, en el vagón. Terminaron de noche, en la boca de la noche, él salió después que los otros, rengo de una pierna, astilla sería o clavo. Al boliche fueron, no sabía llevar cuenta, dos, tres, cinco cañitas. En la garrafa, etiqueta pegada, con unos fuegos. Los brazos le temblaban volcados en la mesa, bailaban los vasos, el negrón y los demás, de conversa continua. Cerca, en la estación, el grito del tren, adentro de la cabeza le nacía ese grito, trabajo de merda, sí.

—Quiero cumer —dijo, para él mismo, no para los otros.

El que anda con hambre, ¿oye al hambriento? El panza llena, ¿oye al que tiene hambre? El hambriento, ¿oye, a quién? Estaban por irse, cuando llegó don Coluna, a verlo, amigo amigo era, y es, no dude. Le vio la espalda comida por la madera, todita estragada, ni camisa pudo ponerse, los pelos retorcidos levantando motas oscuras, tapados de cascarones de ceniza, parecían.

—¿Cómo le fue, meu amigo? —preguntó don Coluna, mano derecha sobre mano izquierda.

—Tudo bon, tudo bon, quedé cansado nomás. Muitas horas de serviso, asunto nuevo para mí.

—¿La última, eh? Mañana tiene que madrugar, ganarle al sol, sabe cómo es este troso...

—Don Coluna... quiero cumer, don Coluna.

Lo dijo nada más que para Coluna, en otro idioma, todos escuchaban y nadie entendía. Saludaron, marcharon con poco apuro, a la estación fueron, menos de una cuadra. Cruzaron la vía, tablas moviéndose entre fierros largos, como la frontera. Enfrente, un boliche con comida.

—Una buena porotada, Alfonsiño, charque tiene, ¡tóquele fuego nomás! Usté aguantó sin comer, otros, ni comiendo.

Alfonsiño, de cara contra el plato, cuchara y pan, masticaba, tragaba, vivía.

—Hablé con el capataz, mañana usté arregla el sueldito, empleo seguro.

Terminó de comer, el plato muerto, la frente mojada, sintió un barullo de árboles entre el viento, madera viva bailando, alta y negra en la noche.

—Muito obrigado, don Coluna. Cuando cobre, arrumamos tudo isto.

—Primero arregle con usté, después conmigo. Tiempo tiene, logo arreglamos con cada uno. La vida es eso, torcer y enderezar, mejor por lo direito. Cuando se cure, use hombrera, Alfonsiño, el cuero le defiende la espalda.

Así siguió Alfonsiño, sus cuantos días, hasta que Coluna vino a despedirse. Lejos se iba, a cuidar un campo, volvían a verse prontiño. El ficó medio como triste, no pudo decirle que había llevado mujer al rancho, casita de tablas había armado, ella ayudó también. Tampoco le dijo que no usaba hombrera, su buen callo ya tenía, una suela donde caminaban los tablones, más gruesa se haría, madera y piel, las dos en lo mismo. Los pies igual, su camino de tablitas hacían, pulaban, ajustándose al salto de los árboles cortados, balanceándose, corriendo, con su carga sin agarrar, él solito, agachado, dejando resbalar lo que estaba apilado sobre las pilas formándo-

se. Meses, días pasaron, tabla a tabla, montes enteros se llevó de un montón a otro, tablones más largos quería, más pesados, secos hasta donde empezaba el juguito de adentro, sangre con olor, que se aguanta húmeda, que no muere, que hace su peso. Alfonsiño, le pedían, hay que domar a este rapaz. Él le largaba la primera tabla al muchacho nuevo, salían apuradazos, el maderón de través, hombro izquierdo a hombro derecho, una punta firme, la otra punta saltando.

—¡Déle, mosiño, que yo mando pezuña!

El otro a los resoplidos, empezaba la sudadera, el dolor empezaba, el miedo de los dedos apartando la madera saltona, alejando las astillas, los nudos salientes, mordedores.

—¡Vamos a trotar, ¡iso mesmo!

Don Coluna se demoraba, mucho campo entre aquella fazenda y la barraca. Oía los gritos del tren, más vagones, gente como madera: se cortan de a dos, de a tres, astillitas, virutas entre ellos, cuando caminan, cuando viven. Con su amigo, no: ramas de la misma planta. Hoja distinta, iguales raíces, fruta diferente, el mismo árbol, casi. Hombre duro era, cada pila más duro, de darse contra las tablas, hueso y carne contra madera, se sabe quién gana. Con la mujer, no, de dejarse llevar era con ella, hijos fueron teniendo, hijos que venían, nadie los llamaba, ahí estaban de golpe, pobresiños. Don Coluna perdido, solo en la distancia verde. Empezó a usar la hombrera, una vez que otra, faja llegó a ponerse, por los fríos del riñón.

—¡De recado completo, así le ando yo, bon cabaliño estoy quedando!

En las manos, costra de no sentir, pata de cuero, cicatriz por el lomo, callo como una quemadura, sin humo, ¡la piel quién se le ocurre dónde!

—¡Vamos, al trotesiño, rapasiada, caballo domando gente!
¡Este caballo preto, caballo viejo, domando madera y árbol!

Un caballito de tablas bien recortadas, le hizo al hijo mayor, Alfonsiño también de nombre.

—¡Don Coluna con su caballo, por esos campos, usted parece, meu filio!

La espalda doblándose, cambiándole el cuerpo, ayudándolo a ser a su yeito. Uno se hace a lo distinto o a lo que es, los jugos se mueven por las tripas, mandan cáscaras, endurecen los pellejos. Y las cosas de afuera, tablones pesando, panza con aire, manos partidas, mandan cosa espesa para adentro. Según los otros, el negrón, los señores de la administración, los capataces, Alfonsiño iba siendo lo que mostraba: cuero, pezuña, lomo, crines no, las motas no le daban, hombre duro era; ya no es.

—¡El santo y el caballo yuntos, este seu Alfonsiño! —dijo un día el negrón, su domador que ya no domaba, que ahora levantaba sus troncos achatados, livianos, de a uno y despacio, cargaba tablas secas, ayuda del aire.

—Me enfermo de lo que soy, meu amigo. Sin esta enfermedad de las caderas, ¿qué puedo ser yo?

Al terminar la frase, pensó en don Coluna, allá por la distancia verde, cuidando vacas, ovejitas, dándole al trote por campos gordos, de ninguna gente casi, él conocía bien. Volvió para su casa, tablones ordenaditos, pintados de tres colores, el hijo más viejo estaba de lloro, su caballito estragado, en dos partes, roto quedó, bérin quebradito.

—Venga para acá, meu filio, aquí tiene su caballo grande.

Alfonsiño subió al lomo del padre, horas estuvieron, la mujer en la puerta de la casa, miraba y sonreía, con un gurí al pescuezo y otro pataleándole, pateándole la barriga, patitas sin nacer.

—Vamos, vamos a comer, gurisada —dijo—, y entró entre las tablas pintadas, unas de azul, otras de amarillo, otras de verde, colores que el sol va cambiando por los suyos.

Don Coluna no regresaba, pero amigazo era. Mandó saludos con un conocido, en la estación bajó el hombre, pasó en seguida por la barraca, tan cerca.

Que anda muy bien, manda decir. Mucho trabajo para

cumplir, todo él solito, un pión, a veces ninguno tiene, pero vendrá, manda decir, el señor pase béin...

–Muito obrigado –dijo Alfonsiño–, un ruido le chocaba en la cabeza.

–Ah, y aquí le manda este charque, el mismo don Coluna, se lo preparó. Y aquí le manda también un saco de poroto. Arroz no había, dice. Y que el gurí estude, libriños llevan su importancia... Bon, el señor pase béin.

–¡Muito obrigado, meu amigo amigo, muito obrigado...!

Dijo en su idioma de él, el hombre sólo entendió el barullo de las palabras. Parado quedó Alfonsiño, mirando las dos bolsas, solito en el depósito alto, pilas de madera, montañas, calor y polvo. Caminó para la canilla, a lavarse de todo aquello, le vino el dolor. Dobló más la espalda, encorvó el lomo, los hombros derrumbó, igual dolía, o más. De ahí en adelante, le dolió siempre.

–¿Y ese cabaliño? ¿Ya no troteia? –preguntó el capataz un día, a los tantos tiempos, hombre de darse cuenta.

–Cabalo viejo, meu amigo, sólo algún trotesiño, nomás.

Campo tranquilo quería, pastos verdes, distancia para mirar, con don Coluna, allí estaría bien. A cuidar el jardín, casa blanca de los patrones, señores de ciudá, lo mandaron. Del tronco a la raíz, pensó, dejando la humedá, nada de madera mojada, yendo a lo seco, dando su agua a las plantas, cortando lo que sobra, dejando nacer lo que no está, lo que tiene que venir. A su hijo más viejo, a Alfonsiño, lo pidieron de la barraca, servicio liviano, mandados, esas coisiñas. Emparejando el cerco estaba, había dicho que sí, el gurí después estudiaría, como mandó decir don Coluna, tiempo por siempre hay. Sudaba sin fuerza, herramientas de cortar en la mano, chapéu de paja, que fuera, sí, que fuera, allá lo vio ir.

–¡Qué cumprido estás, meu filio, más alto que tu padre...!

Desde el cerco, Alfonsiño pudo ver, muy de lejos, a Alfonsiño empezando a barrer el escritorio, a ordenar las maderas, a levantar sus primeras tablitas.

LOS MUNDOS DE LA LUNA

HOY ME AGARRA medio cansado demás, como de hacer tanta diablura, mismamente, y pensando en mi cansera, es lo pior. Mariposa dando vueltas, girando alrededor de lámpara apagada, uno piensa que así. Quiere que le haga un cuento de locos o bobones, ya le hicieron uno, el de Jesús, pura uña el pobrecito, hijo de cualquiera pudo ser. Usté me pide, ofrece un trago, depois un cafesiño, puedo pasar sin eso. Ya estará tomando cuenta que hoy le toca escuchar a alguien distinto... yo, cansadazo y todo, soy.

Para qué entrar en estos bailes, rapasiada complicadora la de este pueblito. Si uno dice verdá, por lo direito, sin revueltas ni viravoltas, la gente non gusta. Basura abajo la alfombra, tapete tapando mugre, eso sí. No se ve, no existe. Está, pero no está. En fin, loco, pero bien locazo, don Coluna. De mozo, loco de vivo. De viejo, de viejo, só. Hombre de hablar y hablar, reconozco que nada de falatorios, contaba lo suyo cuando contaba. Claro que en lo de cada uno, entran siempre unos cuantos más. Qué le vai fazer, la vida es

eso: vaso lleno, agrega una gota y se le cae otra. Locazo, don Coluna, nadie lo escucha ya. Si se muere, que no le falta mucho o menos que poco, lo van a oír, sisí.

La mayor de él, fue la del viaje a los mundos subterráneos de la luna. Iba a ir de solito, después procuró compañero, lo convenció a don Virgiliano, viejo de palabra seca, juntos habían peliado en la Sierra Negra, tiempo de otras fechas. Vivía de una pensionsita, apenas el hambre le daba, bajando el Cerro Comunicaciones, la paré principal era el cerro mismo. Construtivo, era don Virgiliano, a cada hora o minuto misturando sus manos con cosas. Don Coluna lo visitó, conversa de no terminar, salieron en un abrazo. Combinaron el día, la hora béin esata, se largaron por esos campos sin Dios. Luna no había, estaba seguro del otro lado, escondida, frontera es todo esto. La puerta de la cueva, yuyales altos, quedaba sobre el Paso Camejo, más allá del que fue almacén de los Gutierre. Estrada ruin, llegaron en pedacitos. Don Coluna apartó los yuyos, su buena faca, cortó los que pudo, le dijo a su amigazo:

—Usté primero.

—Yo diría que usté, don Joaquín.

Vieron que el buraco era grandón, entraron juntos, avanzando, siempre con buena luz, cosa rara, ¿no? Piso de cuanta piedra, puntiagudas, chatas, redondas como lo que usté se imagina.

—Si respiramos, don Joaquín... —resolló don Virgiliano.

—Usté mañda, amigo.

Sentaditos estuvieron, picaron su naco, tabaco oloroso, don Coluna empezó a joder con las voces, hizo referencia a éste que está hablando. El otro viejito no se contuvo, con respeto total:

—Pero usté no vino a oír, vino a ver. En eso quedamos, arreglo serio. Muestremé el mapita.

Bien dibujadito estaba, papel de fideos, manchas de grasa, un nudo de gusanos los caminos, idas y venidas, con numeritos de quinela. Don Virgiliano no entendía, ganas de doblarlo o hacer un bote o una flecha o una casa.

—Don Coluna, usted me complica.

—Güé, el señor está más viejo que hoy, parece.

Y le dijo que todo estaba legal, seguir para abajo, dejándose ir. Empezaron a dar vueltas, mariposas lentas, después de respirar. Dijo Coluna:

—Diez voltiñas yustas, diez. Ya oigo las voces, eso dicen por mí.

—No complique más con eso de oír, le digo. Amistá es amistá, pero paciencia es paciencia.

Bajaron más aínda, casi corriendo, sin pulmones, dieron con un sitio alto, paredes lisas y negras como el lomo de mi mujer, una que tuve. Soy distinto, no tengo por qué privarme, y no se me confunda, esto es idea mía, nadita que ver con esta historia, comparando un poquiño, para no aburrir. Ya le dije que me agarró cansadazo, de dar mis caminos por estas tierras, esto va a ser corto, dudas no tengo. Como quien diría, soy el patrón del carro. Llegamos hasta donde se me ocurra llegar, es ¿no?

Bueno, sentaron de nuevo. Don Virgiliano, seco de voz, escupiendo aire. Don Coluna, garrafa en las dos manos, sed en la boca, o más adentro, su cañita. En el suelo estuvieron, quisieron dormir, nada y nada. Salían cobras de cuanto lado había, silbando como unas músicas que no son de gente humana. Troso de misterios era, los dos viejos se miraron, sin susto, hay que seguir, bajaron más, siete vueltas.

—Siete justitas, mi amigo, las voces indican.

—¿Otra vez con eso, usted parece sordo para adentro?

Porque el mapita, digamos, era jodido de falso, un mapa frío. Lo hizo un gurí de escuela, uno de esos retardaditos esesionales, pobrecito el meu filio, con un solo lápiz lo hizo. Garabatito de placer, la mano va y va, salen esas cosas, de gratis, así mismo, como salen vuelta y vuelta las palabras. Descansaron sus buenas dos horas, con luz en todas partes, raro, ¿no? Hambre tenían, más bien por no haber hecho gran cosa, bajar, sólo. Aquí me tranco, ¿sabe? No me acuerdo

béin, cansadazo estoy, tengo derecho, si fue que apareció la víbora grande, la crusera azul y amarilla, o el tal carpincho con alas blancas, la verdá que no me acuerdo. Pero piense usted en cualquiera de ésas, que igualaño sirve. Dijo don Coluna:

—¡Tres voltiñas, las voces dicen, mundos subterráneos de la luna!

—¿Me permite? Las voces, no; la suya, amigo, la suya. ¿O usted no es más usted? Fijese que si usted no es más usted, yo no soy más yo. Piense también que si alguno cuenta esto, ¿cómo va a ser él si usted no es más usted? Pienselo, don Coluna. Y no se me olvide del que escucha. Jodida responsabilidad tenemos.

Bajaron y bajaron, el camino es mucho más largo que mi cuento, estoy con la cansera, años contando lo parecido a esto mismo. Calcule, si dejo de contarle, capaz que don Coluna, viejo como anda, se me muere, y don Virgiliano, menos, pero también, hoy le expliqué con claridá.

—Una vuelta más y está, la última voz me lo dijo.

—Don Coluna, ¿está seguro el señor que es la última?

—¿Voz o vuelia?

—Voz.

—Si y sí, las dos.

Llegaron, una luz tamaña, quedaron como ciegos, pisaron una arena béin finita. ¡Playas blancas, mundos blancos de la misma luna! Era para no irse, tan lindo todo aquello, mejor que de verdá, Coluna sin voces, Virgiliano sin seca palabra, ¿quién resiste? Sólo para usted le digo: anduve por callarme para siempre. Lo bueno dura poco, la luz se fue volviendo gris, oscura, negra, se hundían los coitados en la arena gorda, pegajosa, engrudo sin luz y sin medida. Uno se prendía del otro, el otro de uno, así fueron saliendo. Diez vueltas, siete, tres, una, la última.

—¡No puede ser! —gritó don Virgiliano—. ¡Repetimos las vueltitas!

—¡Las voces, me fallaron las voces!

Entonces yo le cuento a usted así: fueron saliendo, una vuelta, tres, siete, diez vueltas, tropezaron con las tantas piedras: puntas, redondeces, chaturas. ¿Para qué incomodar más a los viejos? Guapos como eran y son, por eso yo le digo a don Coluna que se salgan de la cueva, o que entren, pero que no exagere con las tales voces, que atienda bien mi prosa, que pare bien la oreja, que oreja tiene para rato así. Cuanto más nos escuchamos, más hablamos, ¿no le parece? Unos con otros, boca y oreja.

SEU CHICO, UNA DEUDA LARGA

SEU CHICO fue persona de trabajo, sus padres también, toda la familia fue siempre turma de ese yeito. Panadero fue, pescador de espinel y de paciencia, armador de carpas en tantas cacerías, bagayero menudo como todos cuantos por aquí van haciendo sus días, tozador de oveja, agarrador, marcador de ganado grande, fuego y sangre, atendió chacras de diverso tamaño, mandadero fue, bultos, paquetes, cartitas de negocios de amor, manejó camiones, conduciéndolos, llevando a las bocas tarros de leche, hasta aquello de las cañas sin contar y la volcada. Patrón por aquí, no perdona. Ése perdonó, él le lloró bastante, ¿qué otra defensa tenía el que no era defendido por mais nadies?

—Patrón, años juntos en cuanta coisiña de hacer, cuidando gurises piqueños, de calsas sucias, hasta eso. Juntos nos criamos, patroncito, yo de guacho y usted por lo legal —dijo Seu Chico.

—Es una vida enteriña, una vida de uno mesmo...

Hablaría como pensando en la Josefina, ancha cadera en

cuerpo de voltear por lo difícil, con sus dos hijitos que de él propiamente eran, ella, en la cocina, entre las panelas sin medida, con los arroces y las galiñas bien preparadas, salsa gruesa con el jugo rojo de la sangre misma, y la feiyuada con sus negras cabecitas, el día enterito allí pasaba, un pecho a este gurí, por mamón, un tapa de revés a ese otro, por barullento.

—Gente de trabajo somos, don Floresuña, para servir en lo blando y en lo duro —siguió diciendo Seu Chico, su lamentadera.

—Güé, estás falando lindo, quien bien habla, bien cumple ¿o no?

Lo miraba desde arriba, sentado estaba Floresuña, pero de arriba lo miraba. Quien manda es así, quien obedece, abajo, aunque paradito y más en la altura.

—Cumple sí, como el señor dice...

—¿Y cumplirá, mismo?

Se tomó su golosiño, su trago, su buche de güisque con piedra de yelo, antes de almorzar, meñodía en punto, yustiño en la hora, barriga inquieta, con costumbre de lo lleno. Seu Chico, imagínelo, con los ojos empapaditos en el alcol amarillo, tomaba sin probar, se emborrachaba, otra vuelta emborrachándose.

En eso entré yo, de nombre sabía que el coitado existía en estos mundos, alguna ocasión lo tenía visto, de ésas de poco mirar.

—Bon día, seu Floresuña, bon día, Seu Chico —dije.

Presentado igual fui, medio a la fuerza, dueño de casa y gente, sin mucha voluntá, mosca que tanto vuela, pierde las alitas. Sus cuentas hacía, el yelo volviéndose agua amarilla. Entregué mis nombres, ¿quién no sabe quién soy?

—Joaquim Coluna, el señor mande —le dije a Seu Chico.

Me dejó sin mano enseguida, dedos largos, duros, de haberse cortado en cuanta cosa hay, oscurecidos hasta en la luz del patio, luces verdes bajaban de la parra, uvas creciendo, un silencio de verano estirado. Buen vino encerrado en traguitos redondos, habrá pensado Seu Chico, seguro, pensé. En su cara estaba lo que yo pensé. De lo mío conversé con el patrón, patrón mío no era, suerte tenía yo,

hombre jodidazo, de misterios sucios, con muertes por faca de otros, por revólver de otros, hechas por otros, pero bien tuyas, sí, de él. Sólo dos se juntan para que uno pueda nacer. Con Floresuña, varios se juntaban para uno morir. Leyes de estas fronteras, no siempre será de tal modo, no ¡meu Deus! Conversé lo suyo con lo mío, troso de complicaciones, costumbres de aquí, alambrados que se corren, vacas que trocan de pasto. Arreglamos rápido, ese patrón con sus influencias de delegados y funcionarios habló, personal conocido.

—Mañana, ya verá el señor, tudo prontinho, seu Coluna. Eu vo agradecer su servicio. Palabra clara, eso me gusta.

Terminó así, yo parado, con Seu Chico en su quietú, no me ofreció trago, de arriba me miraba, levanté la cabeza, patrón mío no era, iguales estuvimos, un momentito. Aproveché y me fui, saludando a los dos.

—Bon día, Seu Chico. Bon día, seu Floresuña.

No los vi más, creamé, siendo esto tan apretado, y pasaron sus diez años, lo menos, acredito. El almánaque es para los santos, el tiempo de Dios. Uno se noticia de las cosas, va se enterando, fica sabendo, las dice como son o no las dice: una persona no es una palabra...

El hombre fue perdonado, lo mandaron a cortar leña, mucha leña, carros y carros de leña, a pagar el camión estragado, la volcada. Por el monte anduvo, meses, meses, meses de los cumplidos, que no terminan, casiña de madera, precaria sí, agua cerca, cortando y pagando, deuda larga era aquélla. El perdón trae el castigo, digo ahora, me parece. Muy diablo el patrón Floresuña, sin números calculaba todito, erraba en las cuentas, para él erraba, a su favor. Bichito diablo sí, fuego prendía, no se quemaba nunca, cuántos se quemaron: ni ceniza queda de ellos, malas memorias de estas fronteras. Seu Chico, de bebida, sólo el agua que dije, agua de moverse siguiendo un declive, entre piedras que la enfriaban, levantando un vapor fino, defensa contra el aire recalentado. Para la sed trabajaba, para los daños del camión ¿o no? Uno sabe de estas gentes, lo de

afuera es menos, mucho menos, que lo de adentro, entreverados son, complicados resultan. Desnudos están, hablan en ropas. Vivos andan, de capricho andan vivos, hablan de la muerte. ¿Y la Josefina? En la cocina seguía, como antes, nada pasaba por esa mujer en lo firme, ni Seu Chico ni nadie, ella solita en el calor de las ollas, ni sabía sudar, repartiendo grasa, sal, carne, lo suave y lo picante. Un gurisiño se le murió, pura caquita el coitadiño, de no parar, pocos días de un verano incendiado. Algo lloró, madre era, el velorio fue en la pieza, en la misma cocina, cucarachas corriendo, piso y paredes, con su lengüita en las grasas, cascudos, bichos de patas negras contra la lámpara, moscas chupándose al angelito. Seu Floresuña la esperó, sentado, después de un día, patio con luz de la poca, su güisque antes de cenar, ella fue, a recibir el pésame, de arriba se lo dieron.

—Siento muito, doña Josefa. Pobresiño el gurí, Deus lo cuide agora...

—Muito obrigado, gracias, meu patrón. El señor siempre bueno con una —dijo ella, firme, hablando ¿con quién?

Seu Floresuña miró una cara, un pelo estirándose que no conocía, luz escasa dije, unas caderas anchas, para llenar con calores de hombre. Hombre soy, habrá pensado, uno conoce estos porqueras, me van sobrando. Josefina siguió de cocinera, ayudanta le pusieron, una piona para limpiar panelas, traer agua, poner la mesa grande, invitados había, ordenar lo sucio, servicio de más abajo.

Noticia vino un día, con sol a media luz, un alambrado roto, vaquitas en todos los campos, y dos piones que hallaron cueros de ovejita, enterrados, el patrón Floresuña escuchando. Ah, y Seu Chico con la cabeza en el arroyo. Ahogado lo encontraron, otros piones de más lejos, agarrado a las piedras del fondo, piedras que enfrían el agua. Lo demás en lo seco, en la orilla, sólo cabeza y brazos. No fue accidente, creamé usté, yo tengo mis teorías... ¿Me escucha? Emborracharse, eso quiso, con agua. No vi, pero veo y digo. Quien mira el cielo ¿qué aires no ve? Imaginélo, loco de sed y sed, cortando y

pagando, pagando y cortando, solito en el monte aquel. Un trago probó, gusto a caña blanca, un día. Al otro, dos tragos, sabor de agua amarilla, bien fría, al otro, bebiendo el vino encerrado en bolitas gostosas. Y así, más y más trago, y mayor sed. La cabeza sumió en el agua que se le iba, se afirmó en las piedras enfriadoras, ruido habrá hecho, su barullito de burbujas, no quiero verlo en eso, el agua le ardió en la sangre, negra, oscura, esa sangre apagándose. Silencio del monte, los hombres llegaron a buscar la madera cortada, muchos bichos ya estaban en él, bichos de trabajo tambéin ellos, cortando y llevándose su cuerpo flaco, sin pagar deuda ninguna.

La Josefina algo lloró, esposa ya no era, en la cocina quedó un tiempo que no vi, otra ayudanta le pusieron, una negriña para achicar la leña que Seu Chico cortó y pagó, leña que siguieron trayendo por un tiempo, cada semana, del monte, en un carro viejo.

EL CARNAVAL DE MARÍA BONECA

MARÍA BONECA, María Bunita, Maríasina Boa, María Bonsiña, María Voinsiguida, todo ese palabraje pensé, bastante se piensa, iba a llamarla, estamos en carnaval, esta frontera vuela. Ya oía su sambina, de machucar los corazones, deja el agua correr, déjala, nosotros en la orilla, eso es, deja que el agua corra. Iba a llamarla, sola andaba, la noche empezando recién, boliches con sus luces demasiadas, vasos goteando su alcol, las casas de bailar abiertas, un bochinche de músicas, alegría de todos, tristezas de cualquier uno. La miré, ganas de mujer tenía, en eso estaba, el diñero era poco, vestidita como de seda caminaba, pasito aquí, pasito para allá, máscara fina tapando los ojos. Ella será, fama llevaba de hembra de buen amor, me habían falado béin de ella. A muchos dio felicidad, me dijeron, de la estancia, alguno anduvo con María Boneca. Cualquiera con un diñero, podía estar con ella, y ella ¿con quién estaba, con quién estaría, con quién era? Preguntas de no hacerse, respuestas de no contestar.

Semanas de verano, días largazos sí, el sol se junta con el sol, sudor que se va, y aquellos nombres sin cuerpo, sin boca, sin pelo de mujer, misturándose adentro de uno. ¿Cómo será, así de alta o gordiña, petisona o flaca, de qué color teñida, qué color su natural? Tanto hablar, va cambiando las personas, hasta el que habla cambia, ¿cómo no trocarse en otros, los referidos? De ella, María Bunita, bien me habían falado, bien de bien, varios medio brutos, guascones como yo. Piernas de tal yeito, de agradar, de tocar a lo largo, a lo ancho, boca de beso apretado, manos piqueñas, de irse por los rincones erizados del cuerpo, lengua corta, rosada, de moverse. Bien moza, sí, era, los veinte pasados, y apenas, bien plantaditos, sin cansancio, poderes del carnaval tenía. Y danzaba, además, con muchos ritmos, seguía el pushacordón, marchiñas eran nacidas de ella, para ella, de sus pies salían las medidas de la música, ella mandaba parar o seguir. Por el clú principal, también entraba, Clube do Comercio de allá, Clube da Patria de aquí, personal de otros poderes, esa gente, uno, a su lado, miñoca, gusanito es. Entrada especial, con nombre redatado, un cartón con oro y verde, con oro y azul, según de qué parte. El oro, el mismo, el verde y el azul distintos parecen, en carnaval, igualsoños, y en otras coisas también. Con trayo de etiqueta o vestido largo, las veces. Carnaval, boa mistura aquella, las tales timbas, ropas que son un lujo, telas que ni una bandera, venidas de Porto Triste o más lejos, la jodida sudadera, amontonados. Como uno, pero solo, entre los soles que se juntan en la estancia sin medir.

Iba a llamarla, la Maríasña Boa, zapatos altos, casi tamancos, de ruido que no se oía, tanta escuyambazón, uno se aturde. Me acerqué lo que pude, dos caras con ella, ya le hacían manito. Se soltó, nada quería con ellos, no. Caminando salió, ligerito, pobresiña con sus tamancos. Ni la siguieron, quedaron contra la puerta del bailable, dándole a la risa, al falatorio de machitos bobaliones. Más me arrimé, para el lado al que ella iba, ningún lado, en verdá, sin rumbo estaba, extraviada entre tanta gente perdida. De un auto la llamaron, María

Bonsiña fue, puerta abrieron, una garrafa mostraron, güisque seguro, platita habría.

–¡Vamos, muchacha, carnaval es carnaval, sube con nosotros: nos falta una!

–Güé ¿a dónde van vosé? Prisa tienen ¿por qué?

–No es apuro, no. Necesidá es. ¿Vamos, mosiña?

–Vosés no son daquí ¿no es? Si no conozco, desconfío. Así soy.

–¿Quién conoce a la siora? Si nadie, es malo, si todos, peor. ¿Vamos o no?

–No voy, no, soy así.

Otros autos atrás del auto, bocinas y cuanto grito había, personas alborotadas, el cuero se les despegaba del cuerpo, ojos para afuera, largando alcol, soltando bichos. Uno se aturde.

–¡Boneca de trapo: ninguéin quiere contigo, desgrasada!

–De trapo tu mae ¡fresco!

María Voinsiguida en la esquina, en su vestido, como de seda ella toda, brillando tan solita de pronto, me le acerqué del todo. Los ojos bien oscuros, tapados por la máscara, un abanico en la mano, cualquier mano, recéin veía. Su bolsiño en el brazo, con unos flecos dorados, brillaban tambéin. En la cabeza, su panuelo con flores, flores coloradas, de ésas que no hay. Moza bunita era, ropas de bailar, escondiendo lo de ella. Perfume sentí, demás, un frasquito volcado, chero, olor de calidá, nada de fedores de galpón, acordeona chillando, viola sin cuerda, polca de negros. Hablarle, me costaba, no sé cuánto. Hablé.

–Boa noite, siora... La siora disculpe...

–Disculpo, sí, mosiño béin educado –dijo, ojos tenía ahora, seda fina en ellos, máscara desatándose.

–Yo... eu quiría falar con la siora, si la siora quizer...

–Sí, lóyico, aquí mismo da.

–Si la siora no encuentra mal, puedo invitar una cerveza, digo, un licorsiño, para falar mejor...

Miró alrededor, panuelo y perfume, hombres, mujeres, gu-rises, disfraces de esa noche, disfraces de casi siempre ¡vaya uno a investigar! Luego miró para mí, de las patas al pelo, todo miró, no voy a decir lo que vio, que ella se acuerde.

—¡Nunca tiña visto mozo tan bunito! —dijo, mostró la lengua, cortita era, sí, rosada, moviéndose.

—La siora disculpe, soy medio guascón, me llamo Joaquim Coluna.

—¡Quéin no es guascón pur aquí, mosiño! Tudos son, con plata o sin plata —dijo, encerrando la lengua, bichito rosado, escapándose.

—Tambéin no soy daquí, de la ciudá, vengo poco, es cerca y lejos ¿cómo esplicarle?

—¿No me convidó con un licorsiño? —el bichito rosado, escondido, en su cuevita.

Yo salí de atrás, rápido iba con sus zapatos altos, sin ruido entre el barullón. Enderezó para el bailable, organizaba el señor Parrandell, dueño del local, un cartel habían puesto, pintado parejo, buena letra el pintor, artista el hombre, sin duda de nadies. Damas de gratis, caballeros tanto ¿tanto? Un platal, pensé bajito, papelsiño en la mano, pisando las baldosas, el pórlan, la tierra aplastada con agua, al fondo. Mesa libre quedaba, en tragos anduvimos, se nos fue yendo la noche, papel picado entre los dedos, danzábamos apretándonos, más y más, ella a mí, yo a ella, todos a nosotros, nosotros a todos. ¡Qué bicho grandón formamos entre tanta gente, montones de cabezas, a los saltos las piernas, los brazos! El perfume de María Boneca, borrándose en el fedor del aire cerrado, olores a panuelos con éter, a fumasa de macoña. De golpe, se apagaron las luces, todas, “El baile de la apagada” se llamaba. Algo yo sé, de eso no sabía. Tampoco supe de mis piernas, mis brazos, con otros se misturaban, entreverado estuve con María Bunita, abajo de una mesa, de la mesa nuestra o de alguéin, oscura estaba aquella oscuridá, todos negros, otros yeitos de ver. No voy a contarle lo que se oyó, lo que se vio

después, cuando las luces y las garmendias de colores se prendieron, alguien, un fósforo primero, loguiño las luces, casi todas. Que cada uno se acuerda de lo suyo, yo de lo mío, apenas si digo. Silencio es como palabra.

—Ya vuelvo —dijo Maríasiaña Boa, disparando para el sitio del mujererío, cantidá fueron.

Levanté los dos vasos, enderecé la garrafa, busqué cigarro, sentadito quedé, la música dale y dale. Ella no volvió para la mesa, en el camino la atajaron, unos cuantos gritaban como dóidos, enloqueciéndose con su gritar. Estaban los dos, aquellos dos que le habían hecho manito, afuera.

—¡Que se suba, que se suba! —a los gritos, chillaban como llorando, los chanchos también lloran, tampoco sabía.

María Voinsiguida se trepó al mostrador, la treparon, empezó por el pannelo, las músicas cambiaron, trompeta y batería, despacito tocaban los desgraciados, conócían los movimientos.

—¡La ropita, toda, la saia, las calsiñas, tamancos fora, tudo, tudo! —el lloro aquel seguía, un desespero.

Me levanté, nada de mi poco diñeriño, empujando gente, escupiendo a alguno, topé sin querer, tal vez, con uno de aquellos dos caras, saqué la faquiña, le pinché la panza ¿quién iba a ver? Sólo él sintió, tampoco pudo ver nada. No lo agarré ni lo solté, por ahí quedó, la boca abierta, quebrándose. Al salir, miré para atrás, muchas manos en ella, muchas bocas a las risadas, ella se reía también ¿de qué? No voy a contarle, no, lo que pasó con ella, muñeca de trapo sin vestidito de seda, sin pannelo de flores que no hay, sin tamancos, con perfume borrado. Que se acuerde María Boneca, nomás. Mejor, en verdá, que se olvide.

UN DÍA DOMINGO PARA DONA COTA

DONA COTA estaba sola, la Faustina costurando fora, una sola jornada más metida en aquella soledad. En la pieza del marido, compañero de años que ella nunca tuvo vontade de contar, quedaban los olores que brotan de camisas usadas hasta hacerse las camisas de nadie. Trapitos eran de limpieza desprolija, telas populares compradas de oportunidad medio fácil en las tiendas "Nambucanas", esas que están en la rúa más principal del centro, con precios para turistas alborotadores, turistas todos son en Rivamento, de los que terminan comprando a cualquier moneda justo por tantas desconfianzas. Peleando por lo chico, pagan demás por lo grande.

Saber vender, y el Robertiño y la Juliana Rosa sí que tenían aprendido, es una ley muito rara que cambia según las caras, los bigotes, los lentes oscuros, los bolsillos, las lágrimas. Cuando a alguno de los tales turisteadores le dicen:

-Con isto, sucede o siguiente... -el tipo quedará bien jodidito.
¡Quéin no adivina lo que va a suceder!

Sola quedaba dona Cota, casa o casiña de ladrillos mercedos, madera y palos gastándose, perdiendo gotas de pintura seca, pedasiños de maderita cansada, ella también tenía perdidos los bienes suyos. Diferencia está en que tablas de madera ya vienen hechas desde adentro, desde el mismo árbol. Después se desmanchaban en un tiempo sin cuento, para afuera, yéndose del árbol que ya no eran. Y ella, dona Cota, perdía trozos para afuera y para los adentros. Muy separados iban ficando, juntarlos sería resucitar, nacer de nuevo sí, pero ya de mujer grandota, con ciertos pelos en la mitad de la boca de arriba. Nacimiento, regreso de no acreditar hubiera sido el suyo.

Ese día anduvo mal desde el primer sol que salió de paseata por el patio de las galiñas. El gallo único que tenía, miraba las rayitas que a pata gruesa marcaba en aquella tierra misturada con arena y piedras no altas por muchos lados.

—Piedras rosadas —dijo dona Cota—, caídas o fuyidas de las paredes bajas que antes fueron fronteras de corral, cuando las vacas del señor Maneco Tross eran gorditas como las hijas del señor Maneco Tross.

Algo mais se recordó en dona Cota:

—Mujercitas locas por piones ¡y qué locura permanente! De chiquitas nomás empezaron: para trabajar en la estancia, siempre había una bicha de candidatos... Épocas no fueron de don José de la Asunción, encontrador de toda coisa que hay...

Anduvo mal desde el principio de ese domingo: lo llamó domingo porque era el primer o segundo sol de tantos días de lluvia muerta, clavada en el aire béin mojado. Respiraba con sus ganas, labios y narices como buracos sedientos, poco soplido hacía, pulmones cerrando banderitas de colores rosados, que no se agitaban, que no temblaban, que eran como las piedras quietas donde las gallinas levantaban su aliento de alas.

—Sin aire en este airecito —dijo para el único macho del gallinero.

Los pollitos, franguiños de piopío, eran sólo eso. Bichitos de andar buscando madre picotedora, comidita escondida. Como macho, el gallote negro, pesado con las plumas de brillar, pescado de tierra y sol duro.

Dona Cota se sentó en su tronco, silla natural saliendo del árbol frente de la casaña. Un ombú sucedió que fue, para ella, árbol nada más ni menos. Nombre justo de las cosas ¿para qué darles?

—Mejor las cosas justas, medidas, eso es —le pareció que así pensaba.

Muchas veces lo había dicho así, o hecho de ese yeito: palabras también le resultaban modos de hacer.

—Hombres del señor Dios, no se dividen, no se parten. Si tengo mi aire, mi respirada continua, soy dona Cota. Si los dedos se van de las manos, como el pan béin caliente, demás caliente, quemando, que una saca del calor de al lado del fuego, ya no hay casi manos. Y si no hay casi manos, también no van ficando brazos. Y el resto sigue de tal manera —le pareció que sentía que pensaba, más o un poco más que antes de los minutiños que la luz marcaba en la tierra con arena, como las hinchadas patitas del macho negro.

Quedó sentada en tal sitio del tronco viejo, sombras daba muchas o bastantes el montón de ramas, sombras que las hojas tejían en una piel fresca, humedecida, sudor del sol, de mozo joven. Abrió la boca, sus dientes sueltos, nada se escapó de allí, nada entraba tampoco, ni ruidos que uno conoce de andar con oreja pronta: cada oreja se conversa en charla ajena.

—¡Aaaaaaahhh! —quiso decir lo que apenas supo.

Y el airecito entró, le movió las banderitas con dedos de cosquilla, con dedos de dolor también. Añares de años ese sufrimiento, algo le raspaba, costumbres malas de cigarro oscuro.

—¡Meu Jesús, no te me pierdas! ¡Aaaaaaahhh...! Meu Jesús, minino Deus, debés volverte todo un hombre, mosiño barbado de pelo como esta sombra, no te me pierdas...

Bien solita estaba, no le dio por acordarse del marido. Él

andaría o no andaría con sus contratos como pedrero o alambrador de dirigir alambradores o levantando paredes de materiales de durar, rejas les colocaba, tiempos de bandidos, basuras de las sierras, los montes, los campos anchos, que hasta por ahí barrían los de ropa verde, apretándose contra la frontera, rayita de dos líneas, con viravoltas quebrándose, estragándose sin mapa cierto en más cerros, más campos, caminos.

O puestero el marido, seu José de la Asunción, atendiendo a lo capataz, con sus tres peones de servicios completos como tuvo, degolladores rápidos en paces y guerras ¡cuánto huesería iba dando historia a los cuentos que no contaban, que no gustaron contar!

¿Tendría agora? De antes tuvo cuatro ayudantes recibiendo las órdenes, hasta que uno supo que tal día iba a pasar don Antonio Pabiacunda, plata en moneda pesada llevaría, sueldos a pagar o compra de animales. Leguas de fazenda propia de la familia, el muchacho fue cruzando, arroyos bajos, pajaritos ni volaban por el balanceo del caballo. El peón lo esperó, nadie lo tenía mandado, quería porque quería. Atropelló como indio béin loco, como negro en desespero, última sangre que rompería en el mundo. Don Antonio, veinte años cortos, lindo sería hasta en el cajón de tablas enfeitadas, quedó con el revólver en la mitad del ruido, en la pólvora sin el humo, con el plomo sin la herida del otro. Con su muerte de sí mismo, quedó don Antonio. Muerte jodida, pescuezo partido, el cinto desangrado.

—¡Nada eu teño que ver en esto! —gritaba don José de la Asunción. ¡Yo mismo voy a agarrar a este filio de putísima, criminoso! Por plata matar ¡una vergoña!

Lo buscó por aquellas tierras, mucho tuvo caminado, dejó a la mujer, a ella, dona Cota, y a hijos también. Procuró y procuró, pudo entender de estradas, rancheríos y morros variados, lo que tenía sabido y lo que otros contar o mentir. En un bolicho con una especie de queco y un silencio de fichas y baraja, lo halló. Gastando las monedas que manos de otra gente habían malganado, estaba. Con una miseria de hembra flaca en un catre extendido, cama quería ser,

algo era. La mosiña vio que la puerta se abría sola, nada dijo ni quiso decir: se habla para la vida, por eso se calló con toda la boca.

—Date vuelta despacito —pidió don José de la Asunción—. Y la siora también se da volta.

Sólo las fichitas de la otra pieza, las barajas chocando y tocando la suerte de cada uno, tocando, máis nada. Un vaso contra una garrafa, vidrio contra vidrio, caña que ardía, una gota agarrada a otra gota, tragos sumiéndose en caminos medio estragados, hombres de cansancio y de olvido. Ruidos de labios, apenas. En una pieza, más lejos, como unos quejidos de amor, de garganta, barullos que no alcanzan a tener memoria.

—Es usted, don...

—¡Bajate del catre, de pie en el suelo, merda de porco...!

El hombre, medio alto en la oscuridad calentada por una vela, arbolito blanco mordido por un fuego de muchas veces, dejó de temblar.

—Vamos pra fuera —dijo.

—¡No, meu amiguiño! ¡Quéin no da carne, no procura asado!

El hombre soltó medio cuerpo para la derecha, dedos con humedad rozando un metal que allí estaba. Don José de la Asunción era zurdo cuando se ponía, aquello le vino béin. Le sumió la faca yelada hasta que tuvo hoja, siguiendo el movimiento, barriga flaca llevaba el peón, carne es carne; es dura, pero no dura.

—Tantos días que mató para vivir una noite sola... —fue diciendo don José de la Asunción, para la mujer huesuda, faló así.

Ella ni se tapó con nada: estar desnudita era lo suyo propio.

—Saqueló, don. Logo se viene usted. Si no termiño el servicio ¿cómo cobrarle a alguén?

Él le puso dos o tres monedas, o cinco, al pie desparramado de la vela. Se vieron bien, más por el tintín de una plata o de un oro. Moneda contra moneda, linda canción para la desgraciada, guitarras oíría, ella también pondría su voz a cantar.

—Entonces vuelva otra noche, don. Una ni toma cuenta de

cuando espera: separemé lo que vale de lo que cuesta. Yo no puedo, en esto ando, contentos y tristes pasan por aquí...

Don José de la Asunción contestó que volvería, mucho no interesa que haya vuelto. Primero, tenía que arrumar un asunto bravo con los Pabiacunda, gentes eran de armar capangas, de ordenar relaxamento en vidas de cuantos otros se daban de enemigos, o de amigos. Tradición de miles de diñeros, de vaquitas que no les importaba saber, de ovejitas con lana media con suciera, pero mucha y tantísima. Hermanos, como seis. El viejo, organizando y criando hijos por casitas en la ciudad, en Rivamento o Santo Amaro, o por ranchiños en sus campos de no medir. Quien tiene todo, no precisa tocar nada: igual sigue siendo de él, y de los que son de él.

Cargó con el cuerpo, donde el cadáver empezaba a formarse, lo ató al caballo del que estuvo vivo, narices agrandadas el tamaño bicho. Un bulto con las ropas, sólo dejó pegoteándose la poca sangre de aquella panza apretada, para la mujer flaca lavar. Don José de la Asunción ni miró para las luces del bolicho, que las luces no lo miraran a él. Se fue por lo oscuro, ocho patas aplastando los pastos que alzarían de nuevo su verde antes de que bajara la luna.

—¡Meu Jesús, abre este corpo viejo, que entre lo que vos le mandes!

Contra la sombra de la tierra borrada, dona Cota sintió el rascar de las patas de las gallinas, el golpe de los animales llegando. Batían el suelo como tropa de paso, pero llegaban. Pudo salir a ver lo que a veces tenemos que ver, ojos nos pone Deus, y por ahí andan las cosas vistas. Los gurises dormían, sólo ella se despegó hasta el corral chico, don José de la Asunción le dijo:

—Fui a encontrarlo, aquí lo traje. Mañana béin sedo lo arrimo a la fazenda. La madre es vieja brava, vos no la tenés conocida a la Pabiacunda. Muerto por muerto, estas manos siguen limpiñas, naides piense que yo anduve ordenando matar por diñero. Mi puesto de puestero, eso estoy queriendo.

La miró, muy de pelos rubios, mirada medio azulona con

violeta, que no se trae sino de otros lados. De los hombros colgaba el poncho, en cualquierún sería mortaja hasta los pies, botas de cuero sucio, aguantando todo.

—¿Dónde lo va a dejar por esta noche? A usted, meu rico marido, no le gusta recibir mal a ninguén...

Sabía el gusto de esas palabras, cómo sacudirían los caminitos de aquella cabeza complicada.

—En la pieza de posar, no sangra mais, duriño está. Vos te ocupás del señor muerto, con la cansera vine, uno duerme, se pierde un poco y sale aclarando los asuntos de pensar.

Dio comodidad a los caballos, agua con sabores de lluvia, alimento de maíz con pasto a punto de ser masticado con dolor.

Dona Cota estuvo forseyando con el tal cadáver, nada de obedecer, huesos sin conciencia, desatentos a la prisa por ponerlos en disposición de dormir. Lo apuraba contra el piso del cuarto de posar, patadas le metió de la cintura pra sima, caderas como tronco por quemar. Mucho peleó, no se pudo acordar del nombre, tanto no era lo que había para entregar mañana, a la vieja Pabiacunda. Sintió que un gurí llamaba, algún sueño de no soñar, colocó el cuerpito en su yeito nuevo, dobladiño como quién nace, fue para la casa, don José de la Asunción como siempre en lo más lejos, dejándose arrastrar por el propio peso de la noche.

El gurí se calló, tropezó con un silencio, dona Cota dio sombra al farol. El destino de la próxima mañana empezaba a andar, tapado de poera, de sangre reseca. De la estancia de la vieja Pabiacunda arrancaba a caminar, buen sitio para ir por lo seguro.

—El destino... —casi pensó aquella vez dona Cota— una nube manchada o sucia pasando por arriba de los campos, de la gente, de los bichos sueltos lamiéndose la sal del cuero.

Nunca supo si lo pensó o no. Recordaba, sabía, acomodaba el palabraje entre la boca y el pecho, del mismo yeito como juntaba en los brazos y las piernas, los movimientos para mover al otro día. Fue así, entón, que cargaron el muertito en el caballo de don José de

la Asunción. El marido se largó sin chupar su mate, ni mirar para la casiña de maderas oscuras. Meses tardaría en volver: suele ser larga la muerte en tierras de los Pabiacunda. Y dos muertes, de más largor ainda. Y una valía mucho más que la otra.

—Otra vuelta que se me va y yo con la barriga cheia ¡de novo!
—dijo dona Cota para dona Cota, ¿a quéin falar, de qué?

—Hubiera dejado un nombre, meu rico marido, para batisar el gurí. Si sale machito, le boto Ney, nombre de alguéin debe ser.

Le pareció que era el modo de ser nombrado que el muerto tenía. Y se le vino de pronto Gabrieliño, una ricura de gurisiño lindo, que le naciera en los recuerdos de Itabipé. Por allí moraron su par de años, no fueron malos, en verdad que no, hasta que Gabrieliño dejó de comer. Así mismo fue: hoy comió su leche con gorduras y pan blandito, después de hoy le dio un tal noyo por toda comida.

—Béin magro me va ficando, haga alguna coisa, marido —le pidió dona Cota al hombre de pelos rubios. Busquemé a la dotora, perto de pur aquí ella vive y sirve.

—Vo procurar esa dotora. Y si no presta ¿qué? —contestó don José de la Asunción, pensando en Ana Lys, ya pensando en Ana Lys, la hijita extraviada en estradas ruines, las bochechas con una sangrecita de fruta vermelia, tantas risitas que tuviera las horas de cada uno de sus pocos días.

Dona Cota vio los ojitos azules de la guría en la mirada azulona y paralizada del marido, cielo misturado con tormentas de otras partes, de otros territorios creciendo entre un río grande cruzado por los pájaros.

—Si no presta, procuramos al doctor Terrapreta, bastón tiene, chapeú de señor fino y polvos de quemar con humo blanco.

—Ta bien, mulier.

Y a los momentos salió con su animal alto y diferente.

—¡Cómo cambia de caballo ese homen! —estuvo por decir dona Cota con su voz de falar.

¡Cuántos le había conocido desde el baile en su casa de

moza, casona de ventanas y paredes gordas, en la ciudad de Caraquí! Con todas bailó, menos con ella: así pudo saber que la había elegido. Hombre no como los de por allí, o allá, era el muchacho, le gustó lo diverso, lo que se escondía en el pelo con tremendas claridades, en las alturas recorridas para llegar a los ojos azulones, acostumbrados al sudor de andar por los tales mundos.

La dotora no estuvo esa tarde ni otra ninguna. Don José de la Asunción empezó a visitar velorios y bailables, todos los lugares donde hubiera chero a caña. Y se trajo al dotor Terrapreta, tres días había de menos en el pobrecito Gabrieliño.

—Alguna agüita se tomó, con culiersiña —explicó dona Cota al dotor.

—¿Só iso?

—Sólo, mais nada, dotor...

Terrapreta miró para el techo, los siete collares de colmillos de siete bichos le danzaron en el pescuezo. Los acomodó con manos lentonas, pidió una cañita sin dejar que los ojos se le fueran de allá arriba.

—Ta servido, dotor —observó don José de la Asunción, y el vaso no era chico, no.

El dotor separó las alas caídas de su chaleco de piel de leopardo viejo, sacó unos polvos, los mandó bien a lo hondo del vidrio, esperó que se hiciera como una espumita, de un traguito hizo viajar aquello por sus tripas negras.

—Obrigado, boa yente, calores de vida tan haciendo falta.

En el pantalón de terciopelo color verde gastado, tenía bolsillos especiales. De uno tomó su varita de santiguar, tocó la frente apagada de Gabrieliño, con una punta primero, al rato con la punta donde acababa la acción de mejorar.

—Meu Deus de los pobres, meu Pai Santo de los tristes nosotros, ayuda al gurí, filio de yente con sus trabajos de sacrificio. ¡Ayuda, meu Pai Santo, que este dotor cure donde vos le digas!

Después, abrió los brazos hasta donde le dio el huesaje, la

camisa amarilla soltó como una luz en la cara de dona Cota, la mirada azulona del marido tuvo salpicaduras de pastos verdosos, polvorientos.

Al fin, puso los polvitos de quemar sobre la mesa, en un plato partido y solo. Con un golpe de fósforo levantó aquella fumasa blanca, Gabrieliño algo se movió en el catrecito, dona Cota sintió que le entraba la cosquilla con el blancor del aire, nunca más se le iría, no. Dolor sería mais en adelante, gotas de dolor o lluvias, hasta ese día como un domingo.

—Mai Santa de las playas que están lejos, cura al gurí por este dotor, que vos me digas dónde hay que operar...

Y apretó la panza, de encima para las zonas de abajo, de abajito para los costados, amasando fariña seca, sin más agua ya, con un restito de baba entre las piernas que no habían caminado, con pisadas frías de caracol saliendo de la boca que no había llegado a falar.

—Me lo opera béin, dotor, béin operadito —tosía dona Cota.

Terrapreta siguió haciendo su pan inútil, a mozo no llegaría Gabrieliño, por vez última lo tocó, pasándole los dedos todos por la punta de carne floja que no entraría en barriga de mujer.

—¡Mai Santa, meu Pai Santo Deus, cuántos amores tuyos se nos pierden!

Mientras dona Cota y el marido escuchaban el terso final del dotor, cada uno de los dos según su distancia y oído, el bastón quedaba envuelto en una mano suavísima, el chapéu de paja ancha se enraizaba en las motas con sudor.

—El Pai Santo no quiso curar. Dotor ninguno así opera a ninguén. Si antes me procuran, meu Deus se hubiera apurado. Tal vez tivera falta de un angelito lindo...

Don José de la Asunción agarró los siete collares juntos, dientes vivos que mordían, miró la oreja izquierda de Terrapreta, el aro de plata con dibujos de oro.

—¡El dotor no presta ni pra atender porcos!

Era rápido el marido, dona Cota ni vio cuando arrancó el adorno de la oreja ensangrentada. Se lo tiró por encima del gurí que por un año fue nombrado Gabrieliño.

–Me prepara el entierro, siora. Con eso paga, vende y paga.

Dona Cota escupió una tos larga, recuperó lo que pudo de los aires perdidos, día feo para vivir, como cuando el Ney apareció oscuro y federento, sostenido por dona Piquena. ¡Qué yeitiño de nacer, aquella criansa!

La comadrona dijo:

–No llore muito ni tosa, dona Cota. Quein así nace y llega, no está aquí ni allá, ni muerto ni vivo. Un poquiño de sua vida, siora, que se le ha escapado ¿sabe?

Y se fue con el bulto.

–¡Meu marido, ah, siempre echando sus vueltas en lo mais lonye! Y yo aquí, criando coisiñas que se me mueren...

De ahí resultó que las caderas se le abrieron. Dona Piquena fabricó tres simpatías seguidas, casi no le acomoda los huesos saltados, casi no le borra los sufrimientos.

Pero igual ella abandonó el oficio de dormir:

–Quería y no hallaba sueño: por rincón ninguno estaba. Lo busqué por abajo del travesero, entre las sábanas amontonadas, en los revoltijos de la colcha, en las mantas para la noche. Como a los bastantes días, acredito, lo encontré al relajado, más cansado que estos pobres de ojos. Paré de llorar para que el sueño no se afogara..., pur iso es que dormí de novo.

Mal día para andar sentándose en la silla de tronco, los frangiños de boca cortita y atenta, el gallo desprendiendo plumas en sus saltos de esposo agresor.

–Aaaaaaahhh... –pretendió recordar de nuevo sus lágrimas, como antes y tantas veces.

Pudo.

–Yo lloraba para pensar, remando entre aguas noyentas. Muito difícil, una se entrevera, se hunde y no se moja.. Entre lloro

y desespero fueron pasando cabalos. En uno, gordote, y medio colorado, venía meu marido.

—Me hicieron trabajar los Pabiacunda, este tiempo no corto y entero. Fijate vos, dona Cota, meses de mis años tirados por esos potreros, asudes y corrales, de gratis, por nada, por la carne y la fariña y unos pingos de yerba. Pior es la cárcel, don José, me dijo la vieja, bravísima siempre fue. Con su pioncito de merda, no me alcanza. Por eso me demoré. ¿Y vos cómo andás? ¿Tudo bon?

Demasiado habló aquel hombre danado, mucho para una vez sola. Tenía sus maneras, a ella se las descolgaba por la cabeza, a los demás también, a él mismo se le caerían pur sima. Dona Cota lo vería, así como veía el sol caminando a los saltitos entre las sombras de las gallinas.

—Si usted dice, verdá debe ser nomás —le contestó.

No hallaba modo de ponerse diante de la tal mentira. Prefirió creer que la acreditaba como palabra santa. Casos así hubo y repetidos, el de Seu Chico bastaba, toda la frontera estaba enterada. Pero don José de la Asunción no tenía la espalda blanda, ni ante Dios se agacharía ese lomo estirado.

Lástima para dona Cota que jamás pudo acercarse a las memorias de la vieja Pabiacunda:

—Hasta aquí vino el Rubio, se mandó fazenda adentro, ni que su corral fuera. Mi gente no lo oyó ni lo vio entrar. Yo sí que lo vi, lo cuidaba, lo esperaba, le oí las patas puntiagudas al tordillo flaco. Al asesino de meu filio Antonio traía, lo hizo tumbarse frente a esta misma puerta. ¡Para qué lo quiero, Antoniño no está conmigo, quedate con esa merda! ¡Vos sos igualsiño a él, porqueras, ordinarios, caca del diablo! Y lo mandé cazar, no fue facilongo, encerrado y solito, rebenque en esos lomos duros. Mandé depois que lo dejaran ahí, o pur ahí, pie en la tierra y sin la faca. Hombre de no quebrarse, reconozco. Dos o tres piones me había revolcado, sin procurarlos matar. Hombre Rubio, lindo para hijo, él en lugar de otros, no sé si yo hubiera querido.

Mal día resultaba aquel domingo, era bravo respirar, chuparse el aire fino por donde en veces ella, dona Cota, había sentido y sentía el ruido de los angelitos volando. Parecido a las hojitas del ombú, a la boquita de los franguños raspando el suelo, así era el barullo que le viboreaba en los adentros de la cabeza.

—Sí, meu cura y sacerdote, yuro que los oigo —confesó una de las pocas ocasiones que confesó.

—¿Estás segura, miña filia? —preguntó la voz sin cara.

—Pues sí, meu señor cura, mais que nada cuando es aniversario de los gurises que no se hallan cunmigo. Mejor respiro si el baruliño viene.

Los labios invisibles tuvieron un silencio. Después:

—Entonces, filia de Deus, te mando escuchar lo que debe ser escuchado. Palabras de gente, batidas en panelas, herramientas de hacer trabajo, conversas de tu marido...

—¿Meu marido don José de la Asunción? Mais... ¡si es el tal problemita con sus mintiras! Yo hago que acredito para no brigar muito cun ele, se va por ahí los meses, vuelve y dice y cuenta cosas cualesquiera...

—Es tu marido, esposo en gracia del Señor Deus...

—¡Linda gracia, meu sacerdote y cura! ¡El ruidito de los ángeles, no será verdá, pero no dice mintira!

La cara que no se veía, una cara vieja y quemada por la oscuridad, con arrugas hundiéndose entre sorpresas muertas, dijo:

—¡Basta, chega, afloxa, nao da pra mais cuntigo! ¡Te rezas en voces fuertes cien veces lo que sepas rezar! ¡Nada te olvides, nada! ¡Deus te bendiga, yo por ahora no, otros esperan depois de ti, andate a la casa de tu marido...!

Dona Cota miró para abajo, por donde estaban sus rodillas, habló para el que no podía ver:

—A toda igreya volveré, a meu Deus volveré, pero a cura ningún aunque bueno sea.

Y le dio por toser, tanto le dio, que apenas anduvo por la

placita de la iglesia, sacó sus tabacos y empezó con el humito. Lo hacía recorrer a empujones de aire dolorido, lo soplaba para formarle las alas que ella oía y que no podía volver ciertas del todo. Terminó su tabaco oscuro. A la casa del marido volvería, casa suya, sí, para irse volvería.

—Vamos, Robertiño, añaña tuas coisas. Y tú, Faustina, as tuas. Eu vo preparar as mñas, arrumar cabalo y carrosa. Logo me matan dos gallinas, limpias las traen. Y me agarran otras cuatro, en ese cajón las meten, gallo no quiero. Huevos juntan, charque sí hay, vamos, antes que el pai de vosés voltar.

Los niños la miraron, un poco la miraron, once o doce añitos entre los dos, hicieron lo que había mandado dona Cota fazer.

Muchos hijos puso ella en esta historia: Robertiño había nacido en Rosedal, él no se acordaba que una noche lloró, despertado por las batidas de un par de caballos. Faustina tenía nacido en Alegrote, de propia mano de su madre como el otro: depois dona Cota aceptaría que la atendieran.

—El cuerpo no aguanta lo que muchos quieren que aguante — pensó en las oportunidades de sus primeros cansancios.

Robertiño dejó que la casa, el corralito, el patio con polvo y barro se le fueran entre los árboles del costado de la estrada nueva. Faustina pasaba de unos deditos a otros, algunas plumas blancas. Dona Cota tosía y le gritaba al caballo, no precisaba castigar a nadie.

—Es lonye Bayeté, mais que llegamos, llegamos, ¡eh, cabaliño!

Y llegaron, cuatro días con su tiempo sin sol, con sus partes de noche, días eran, no han podido cambiarse hasta ahora.

—Robertiño, cuida tua irmá, al frigorífico voy, servicio dicen que pueden los gringos tener.

Ocho años completos que no averiguó, estuvo de friyera, con una faquiña que se fue yendo por el filo cortador y peligroso. Degollando carnes calientes, sacando grasa de lo bueno de comer, amontonando corazones endurecidos por el frío, viendo pasar los

pedazos mejorados a faca y mano retorcida. Si el cuchillito se equivocaba, la enfermera limpiaba el tajo, ajustaba la venda, decía:

—Muy rápido anda usted, dona Cota, sus diñeros se ve que quiere ganar.

—Pobre, pobre soy, usted ya conoce. Dos hijitos que también trabajan, por eso me corto y deajo sangre pur aquí.

Había un capataz, seu João, que la miraba. Ella, dona Cota, moviéndose con su faquiña, tirando las contas de lo ganado ese día, horas de no terminar, con su túnica blanca llena de jugos diversos, con el trapo blanco apretando la cabeza, el pelo negro sin canas ningunas, aliviado a tijera por su mano propia.

—Dona Cota, que la siora trabalia béin... Eu gostaria falar con vosé, la siora va a disculpar...

—La siora Cota lo disculpa, mais no tiene tiempo pra andar de conversas con ninguéin.

—A vida no es sólo trabajo, dona Cota...

—¿La vida de quéin? Servicios tengo aquí, y en miña casa, aínda un poco más.

—La siora disculpa de novo, entón...

—Esta siora lo disculpa, sior capatás.

Y la seguía mirando, una semana menos, otra semana bastante mais, palabras de los dos llegaron a mezclarse. Robertiño una vuelta le dijo:

—¿Sabe, mai? Estes días a siora parece otra siora.

Y salió para seguir con su reparto de viandas, viandero fue durante años extendidos, antes de aprender de cajero de tienda en dos o cuatro tiendas, y poner su quiosco de lotería, cigarros y paquetitos de venta escondida.

Dona Cota tosió y chupó un poco de aire reseco, tres nietos le vinieron de aquel filio bueno y acompañador si la podía acompañar, en sus problemitas andaba, tudo el mundo así.

—¿Dona Cota, eu, otra dona Cota? ¿Mais, qué dice este gurí?

Y vos, Faustina, ¿lavaste la túnica de tua mai? Hoy tenemos no sé cuántas cabezas de bichos gordos, cabezas con buey abajo.

La niña, flaca con piernas de rodilla fina, solterita sería después de novios numerosos. Con su madre quedaría siempre, ni esclava ni patrona, con hilos y con agujas armando trapos lindos y horribles para mujeres de espejos, bailes y perfumes locos. Mucho iba a besar aquella niña Faustina, boca ninguna se estaría permanente con ella. Ella diría, mujer grande:

—¡Tanto amor sin amor, meu Deus!

Dijo para su madre:

—Lavadita está, maisiña, y pasada en el fierro béin calentito.

—Obrigado, filia. Vo indo pra lá. Té logo y me sigue con sus costuriñas.

Antes del horario yusto iba, con memorias entreveradas de una conversa última. Seu João la tenía dicho, en una pasada de vigilancia:

—Pare, descanse un minutinho, la siora Cota. Veo que usted siempre ayuda a seus camaradas de servicio. Iso tá bon, ¿no es?

—Si eu poso, ayudo. Como yo, ellos son, doblados o quebrándose, por los pocos papeles y nicles que aquí agarramos.

—Hay más yeitos de ayudar, siora, a usted le digo, en confianzas debemos estar.

—¿Cuáles yeitos y confianzas?

—Personal tamos yuntando, unos con otros, aquí y fuera de aquí, más diñeriño por mes nos hace falta, mejor enfermería, más tiempo en el servicio y sin estragarse, leite pra las criansas, danados son los gringos, vivir precisamos, siora Cota.

Ella le dio nuevamente a la faquiña, dijo:

—Depois falamos, seu capatás, cuando esté por entrar la faena grande, poco es eso ¿no halla?

—La siora ande que va béin, quedamos falando —y se sumió entre las mujeres y los animalitos que balanceaban sus carnecitas abiertas, indefensas.

Dona Cota pasó el portón, mostró su tarjeta, se arrimó a las friyeras que se amontonaban en los alrededores de la máquina mayor. Correas, cadenas, tubos, cables, un güinche pesado moviéndose arriba de todos los metales que ainda temblaban. Hombres había también, de otras instalaciones llegaban, de las cámaras más frías, cuartos de hielo donde colgadas estaban las carnes de piedra. El puro silencio en cuanto ojo miraba, depois hablarían, días de faladeras y culpas inventadas o ciertas.

—¿Qué está pasando neste lugar? —preguntó dona Cota, antes de su turno había venido ella.

—¿No anda viendo, siora? ¿Reconoce? Eso que está por los pisos, es uno de los capataces, seu João. Se lo llevó la máquina, no fue descuido, dicen. Su turno terminaba, el cansancio de tantas horas, seguro.

Las palabras bajaron hasta los huesos partidos, las ropas como una piel desprendida, el rostro donde no hubo ni un grito solo, no era señor de quejas, João el capataz.

Hay asuntos que empiezan cuando se acaban. Dona Cota permitió a las manos correr por la túnica béin planchada. Faustina sabría hacerlo hasta ahora, pasando vestidos debe estar en este minuto mismo.

—Pero hay negocios que es mejor terminar cuando acabando empiezan —pensó que recordaba dona Cota.

Y así debió resultar, nunca la túnica llegó a ser tan limpia como la mañana o tarde en que entraron los interminables bueyes gordos al corral de morir.

A los no demasiado tiempos, estaban los tres paseando, como olvidados, entre las gentes del centro que llenaban la rúa de las flores. Robertiño batiendo con su lengua rápida el helado de fruta o crema, Faustina caminando para miradas de gurises como ella, flacos y de primer cigarro.

Dona Cota no precisó enderezar los ojos, menos chicos que agora estaban, costosos por la fuerza para fijar bien el sitio del tajo,

los rumbos entradores de la faquiña. No precisó, ni adivinar era su ciencia. En la esquina estaba, por eso dijo para los dos:

—Ahí tá el padre de vosés.

Los pelos más largos y más claros, sombrero sobre la espalda, poncho cortón y enfeitado, botas de cuero de naranja con espuelas de aguja fina, luz azulona bajo las cejas, pestañas amarillas con el sol de tantos mundos. Parecía de fiesta o de fiesta estaba o andaba.

—¡Al fin veo a la siora mujer que eu teño! ¿Cómo vas, dona Cota? ¿Y los filiños? ¡Creciditos van pra sima, eh! ¿Tudo bon?

Ella tosió, recogió después el fedor a caña branca.

—¿De trago estamos, meu marido? ¿Desde cuando esos tales vicios? Olor más chero es vicio ¿no es?

—Un poco de alegría pra antes de hallarla, a vos y a los gurís. Mi tiempo ya hace que procuro vosés. Marido y padre soy, no hay negaciones...

A Rivamento se fueron o volvieron a empezar, en una carrosa grande, dos caballos fuertes, troteando los caminos aplastados y ruines del verano.

—Pensar que a esta ciudá nos vinimos, a que naciera la Juliana Rosa. A los comienzos, tudo azul. Meu marido con sus servicios seguros, amigándose con los hijos, hasta empregada me puso, logo supe para qué. No sé si intención tuvo, hombre era para toda mujer, una negrita como aquella negrita, o yo misma. Robertiño los descubrió en el cuartito de al lado de la cocina. El arroz blanco ya estaba casi prontiño, la feiyoada en sus últimos hervores, la fatura de porco dando sabor a todo. Pra eso no hay hora, supo meu filio, por arriba de unas bolsas mandaban brazo y movían pierna. Yo tenía a la Juliana, le daba chorros largos del agua blanca de este cuerpo. Corriendo se apareció el gurí, y yo vi que gurí más no era. Acomodé a la guriasaña, su almuerzo interrumpido, un llorito nomás, tranquila hasta hoy ha sido, primero de costurera y tiendita en estos días, cerca del Hotel Viejo, paso de personas y diñeros.

—¡Venga pra quí, meu filio Robertiño! ¡Venga pra quí, homen! —le grité entre las toses de merda.

Se toparon en el corazón de la cocina. La negrita llorando se me tiró a los pies, probresíña pionera de patrones machos, cunmigo se quedó igual, al año se casó con un rubio gringo, vocación tenía para esos amores, y se nos tuvo que ir, nadies quería. Meu marido se prendió de su faca, ciego y sin azul estuvo el segundo que duró la puñalada. Una puñalada al vacío le tiró a Robertiño, su hijo era. Arrastrando a la negrita, me crucé entre los dois, meu Deus ¡dale fuerza a meu filio hombre, hijo tuyo él tambéin! Robertiño nunca anduvo armado, su arma era Deus, mais igual agarró la garrafa: noso Señor se disfraza de muchos yeitos, botella fue contra la cabeza de meu marido. La muerte me sopló la oreja, frío tuve, más muerto iba ficando don José de la Asunción, los pelos manchados de vinos parecidos. Atendimos ele, cama de hospital le conseguimos, una tropezada del cavalo dijo para la pulisia.

—Ya estoy compuesto de tudo, dona Cota. Servicios conseguí por pagos de Santo Amaro, plata adelantada me dieron, aquí le pongo esto, tranquilidadá tiene hasta que más le mande —dijo meu marido, en caballo oscuro se había subido.

Las noticias iban a demorar, y la platita mais todavía. Dona Cota las mañanas sabía aumentar trabajos, de tabulero con pasteles, instalada estuvo en calles de buena importancia, frutas vendía por las casas ricas, verduras tambéin, cocinera experta en pensiones no muy barateiras. Varias mujeres fue, cada una en su oficio rindiendo lo suyo de cada una, más no pudo aprender, su tiempo para otras coisas necesitaba.

—Ah, meu Deus Jesús, béin sabemos como vos perdonás: das lo mesmo para todos, mais todos somos distintos. La culpa no es de él, nao mesmo: recibir es difícil, dar lleva tambéin su medición.

Y dona Cota oyó a la Juliana Rosa:

—¡Mai, tá falando sosiña agora?

—Nunca falo so pra mi —respondió tosiendo su poca tos de los mediodías—. Terminié se se arrumar pra escola, vamos, mía filia.

Estudió la carita que se iba, los bracitos cerca de cada costado blanco, pensó en la piel oscurecida que vestía aquel cuerpo ligero, y no quiso acordarse, pero Joaquim Coluna le dijo otra vez:

—Catalina, meu bém ¿tá falando sosiña hoy?

—Cuntigo falaba, de calladita, pra vos escuchar mejor.

Coluna fue su único novio, don José de la Asunción fue el que llegó al baile, en su casa de moza, y al poco resultó marido.

¿Cuáles cosas no aprendió de aquel panadero de Caraquí? Agua de arroyo no se repite. Pasa. Y Coluna pasó depois del bailable, como una música de polca o de valse. Harina siempre le flotaba por encima de lo que él era, un santo sacando panes dorados y bizcochos de azúcar de los tamaños montes de arena clara, de polvo purísimo.

—Así usté, tú, vos, hace, haces, hacés la masa. Loguiño se corta y junta, se pone la rica carnegita, el dulce colorado de adentro.

Maestro casi parecía, le enseñaba el granito de sal que no hay que agregar, la leña que sobra, la violencia de las manos que se apuran.

Por eso, tal vez, ella se cruzó entre Robertiño y el marido. Por eso, quién sabe, respiraba ese mal día, midiendo las gotas de cada aire. Por eso, vaya dona Cota a saberlo justo, escuchó que alguéin decía: “¡Usté no deje sus terras!”, y entonces se mandó en un tren de segunda hasta Santo Amaro, ciudad piquena, con personal de hambre y raro vivir, fazendas de anchísimas seismarías la rodeaban.

—¡Lo que tuve caminado y agorita mais! —se pensó dona Cota, y mandando pie estuvo, desde la nohecita de su misma llegada.

Preguntó a mujeres de no contestar, a hombres mudos como árbol de invierno. A la iglesia entró, ni señor cura había, un Pai Jesús de madera colorida y mugrienta, un mosiño solo que cuidaba los restos de tanto silencio.

—Nadies dentra aquí, una misa al mes con cura de otro lado. Y ni así vienen, ni con facilidad de espíritu —habló el muchacho, una escoba llevaba en los finales del brazo.

—¿Vos no me conocés o no me vistes a un tal don José de la Asunción? —y le explicó el yeito de ser y de andar de su marido.

Y agregó:

—Sus añitos hace que se largó para Santo Amaro, a trabajar en estancia de las grandes, de cuanto existe sabe hacer, sus ricas cañas se manda por lo seguido.

—En verdá, a esta igreya no tuvo entrado ele. Yo lo vi, sisí, en los boliches de esta frontera, y por los terreiros lo vi. Disculpemé, siora, mais su marido ¿sabe chupar lindo, es, no?

—¿Y agora? ¿Por dónde está de servicio? —tosió ella, atajando la salivita poca que ya se misturaba con los puntitos de tierras nacidos de la oscuridad.

—En la fazenda de Pampeiro Verde, acredito, allí estaba, sisí...

—Tomá estas monedas, unos trocos chicos, para el Pai Jesús o para vos, mosiño de la escoba. Y obrigado.

Dos días más caminó, a campo desnudo, pensando, tratando de no lembrarse de los tres hijos, cuidándose entre ellos quedaron. No resultaba cerca, no, esta otra frontera. En Pampeiro Verde no lo encontró, pero preguntó, tosió, escupió, gritó, averiguó sin lágrima ninguna: de ferias andaba su marido, en la ciudad de pocas casas, por los quecos, los boliches, las salas de bailar, los terreiros.

—¡Lindísimo su yeito de descansar, aquí desparrama la platica que en años no le manda a los hijos, no digo a mí, por mí no vengo!

Esto le dijo a don José de la Asunción, apenas hallado en el Caboclo Bar, enfrente yustiño del terreiro de seu Bochica, famoso el local y más raras las gentes que entraban. A ella, esa fama no le importaba ni un rabo de miñoca.

“Chegou, chegou,
 chegou com Deus.
 Chegou, chegou,
 a cabocla das Sete Encruzilhadas”

Estaban en la vereda de tierra y piedras pisoteadas. Los cantos, la música de los pontos le dieron al marido un descanso corto, dos resuellos fedorentos, pegajosos.

—¿Vos de novo, dona Cota? ¿Por qué no me largás en estos lugares? Ya no estoy de padre ni marido, en nada estoy, sólo en campos y boliches... Es lo mío, me canso y dejo de seguir aquí... Melhor, no te incomodo mais, ni a los filiños, cuntigo béin que marchan...

—¡No me digas que estás con arrepentimiento, meu rico marido! ¡No poso acreditar: recéin aparece tu vergoña, béin escondida que la tenías, José de la Asunción!

“A água com areia
 não pode demandá:
 a água vai-se embora
 a areia fica no lugá...”

—En Santo Amaro sigo, dona Cota, usté ya tiene sabido...

—¡Vos, cunmigo te venías, nao da pra mais falar!

Y con él volvió, a Rivamento. Lo puso en un cuarto no grande ni mediano, con puerta estreita al callejón que sale a la caída del cerro de los Marcos. Cerca, un bolichito de mostrador para tres codos. Nadies de la casa se encontraba con él: caminos diferentes, nada más. Flor en su rama, tortuga en la laguna.

Don José de la Asunción, de los que siempre se mueven o andan en eso de moverse. Cortas las señales borroneadas entre su pieza y el sitio apañado a trago y trato en el barcito catigudo. Corta

la distancia entre las paredes donde enfriaba o entibiaba su pasado, sin recuerdos ciertos en los otros.

—Dona Cota —le informó antes de treparse a un cabaliño con ceniza por casi todo el cuero oscuro—. Dona Cota, tengo pensado en ir a prestar unos quehaceres no lejos de Rivamento, pra cá de San Caetano, mal no pagan ni cobran, han sabido decirme.

Ella respondió, logo de un silencio sin ansiedad y un fósforo con sonido a fuego que se muere:

—Hallo béin iso, vas nomás y que trabajes lindo en lo tuyo.

—Coisa de un mes o dois, o semanas, talvezs...

Humo ya tenía para toser, dijo:

—El tiempo lo hacés vos, tu pieza ficará con su ladrillo y catre.

—Con lisensa, dona Cota.

Y a caballo estuvo colocado, levantó la espalda, el chapéu planchándole la pelambreira clariña, los ojitos azulones desnudándose al sol.

—Y así comensó a fuyirse de novo ¡qué mozo estaba aquella mañana, como en otra edá metidito! Iba y venía, hasta en revueltas de justicia y sangre se misturó, de a pie no voltó nunca, pasaba como hoja de almanaque: papelsiño cai, la fecha marcada, no se borra, não. Si la Faustina chega agora y pregunta ¿qué puedo decirle yo, estará o no estará, lo vi o no lo vi, me faló por casualidá o no me faló, cuándo? Porque hay vez que la Faustina pregunta, los otros ni se lembran de nada, en sus negocitos y ventas andan, ayudas me dan, meus filiños. Piezas de material superior van a hacerme, arreglar la casa, no sé si me importa, não sei...

Los aires bailaban en el calor del mal día crecido, le agitaban las picazones, los dolorcitos que castigaban su respiradero de sangre despaciosa. No bastaba la sombriña del arbolito con su nombre de ombú, las hojas desteñidas que de noche serían negras. De la luz venía un polvo sin color, las galiñas, los piopíos, el machito gallo no

estaban en esa parte de la misma luz, por la casa o casiña caminaban, personas de pico y pluma.

—Azúcar parece, podría ser, si tuviera gusto dulce, baja y baja. Meu noivo, Joaquim Coluna, el panadero de Caraquí, sacudiéndose la ropita al terminar el pan, quedaba de este yeito, un santo el tal mozo, meu Jesús Dios, haciendo las formas para yo aprender... ¡Aaaahh!

Dona Cota tosió, enganchó un viento que pasaba con un poco del fresco de arriba, ahogó sus pulmones en buen aire, el dolor la calmaba.

—Toses pra un día cumprido eu tengo hoy. Tú me jodes algo, no creas, meu hombrecito Jesús, en vos confío, carne o madera.

La Faustina demoraría sus horitas en volver, sola seguía, seguiría ficando dona Cota, en su domingo para ella, patrona sin dueños del patio, de la casa, del árbol que iban iluminando aquellas harinas finísimas y blancas, abandonadas por el cielo.

ESTE HOTEL ES DE RESPETO

PUEDEN EMPEZAR ASÍ: el hombre llegó a Rivamento, hace bien poco, durante una tarde sin ningún cielo. Le ponen nombre solamente, hasta que pueda ser nombrado. Cada palabra procura ubicarse entre las cosas que por todos lados y rincones abiertos andan. La palabra con su nombre no va a demorar, estará cuando tenga que estar aquí, en el medio o al costado de tantas otras. A Rivamento llegó pues, nada de cielo quedaba ese día, suceso como los que nadie explica con luz de verdad en esta frontera. El hombre parece que venía a explicarlos. Pero pocos son los que para arriba miran. En la misma plaza del Barón de Río Preto se paró, mirando piedra a piedra los muros de la casa de los delegados, mirando también hasta la punta de la iglesia, encima, donde las campanas estarían sin cantar hasta el domingo. Tres días muy completos sin sonar, sin soplarles con su ruido el vuelo a las palomas. Yo acredito que ese silencio ya tenía algo mal a la mitad del pueblo, la mitad del otro lado al menos. De este lado de nosotros se pensaba en ir de

pescaría, más bien. O a cazar carpinchos o bichos de volar bajo, en fin, aprovechar los soles anunciados para la Semana Santa, raro el anuncio porque para esas épocas llueve y llueve muy tupido. El hombre después se cruzó hasta el hotel, yo lo tenía fichado desde los principios, dije. Bueno, ustedes sabrán que él también me había puesto a mí como lámina de San Jorge en un marco. Y eso que sin verme, de adivinar o algo así. No les puedo decir de otro modo, yeito casi les pido que pongan con esa máquina de escrituras que están batiendo. Distinto hoy les hablo y bien saben por qué. Punto y aparte.

Me dijo si había pieza para una noche o dos, que de mañana o a la siguiente, tendría que salirse, de tren marcharía para Corral de Oro. Sí, una quedaba bien libre, ventana a la principal arteria, baño puerta con puerta, ropero nuevo, un mesita para escribir por si estaba de carteo, cama de casal y medio, espejo de imagen clara, y nadita de palangana: un buen lavatorio de pie blanco. Barata la tal pieza, los pesos que dice la ley. Si mujer podía meter, me dijo. Yo, que cuando anduviera en eso, con avisar bastaba, claro que cuidando no traerse una ordinaria, una bagasa de las que por ahí caminan y ustedes conocen. Hotel decente es el mío, de calladito puede hacerse todo nomás bien. No, seguido, de corrido ahora pongan. Fui a preparar sus toallas, nunca mando de primera a la mucama, hasta un jaboncito con olores dulces. Mala ropa no tenía, un baño pidiendo estaba el hombre, sin pedirme nada. Esperé que terminara su limpieza, a la puerta di unos golpecitos, salió con una pinta que hacía dudar. Documentos pedí, les aclaro para ustedes que siempre hago lo mismo: los dejo instalar, luego reclamo papeles en regla, orden de esta ciudad, control de toda gente que pasa. Nunca ninguno entró y salió de mi hotelito sin poner de lo suyo en mis fichitas, ustedes las tienen vistas a todas. Marché con la célula, la cartera de votar, un cartoncito con los datos que chofer era. Y ahora sí que podemos nombrarlo: Joaquim Coluna, tantos años vividos, con nacimiento en Lambaré pero apuntado en Soturno. ¿Profesión?, le pregunté al rato de anotar lo que ustedes precisan. ¿Cuál?, me contestó. ¿La primera,

la de ayer o la última? Toditas, entonces, si el señor cliente quiere. Y me dijo: administrador de estancia grande, comerciante, dueño de cabaré, vendedor ambulatorio, hacedor de galpones, vacunador de ovejas y cristianos, escritor de diarios, comprador de vacas para matar enseguida, desocupado, soldado en la edad de ser muchacho joven, fabricante de caña. ¿Y la última?, pregunté otra vez. Ando buscando, nada seguro hay en estos pueblos perdidos, me dijo. Rápido en contestar, eso lo apunté al pie de las profesiones. Y de religión ¿en qué está? Tengo mi Dios, y él a mí me tiene. ¿Y de casorio o matrimonio? Casado no soy, vivo con una señora. ¿Y de domicilio o casa de morar? Antes, en Bayeté; desde hoy, aquí, en este hotel de usted, mañana en Corral de Oro. Agarró su papelería, en bolsillo de adentro la puso, se mandó para la calle, llamó al gurí, a Pedrito o Pedriño, ustedes saben cómo escribir. Le dije que les trajera la ficha, bien rapidito, mi hotel es de buen servicio. Volvió en menos que respira una mosca: contentos quedaron, don Curitiba, casi saltan con locura de alegría. Quiso decir que eran lindos datos, no los esperaban, ni al tipo también no. Su tiempo sin acercarse a estos campos y edificios de frigorífico y saladeros, en qué vueltitas estará ya revirándose, eso dijeron ustedes, sí. Quiero explicar, es lo que me supo contar Pedrito, pueden escribir Pedriño, que así lo llamamos desde que muchachito es. Aclaro que sólo eso habló, siempre le tuve enseñado a ser discreto. Nada de repetir por rúas y boliches lo que puedan oír de boca y expresión de los señores, ustedes. Seguido puede ser, o aparte.

El señor Coluna regresó cuando la boca de la noche era de tamaño, pidió su llave, miró el número de la chapita de plata. Trece, dijo como si anduviera distraído, pero no andaba. Mujer espero, agregó, morena y alta, favor de hacerla pasar. Problema ninguno, señor, este hotel es modesto, lujos no me gustan, rincón tranquilo y todo muy por lo legal. No demoró la mujer, bien elegida digo, si permiten poner eso. Si no hay algo en contra, la pinto como vi que era: morena y alta, buen testimonio el del hombre. Piernas duras

yéndose por caderas justas para ser del ancho de más agradar. Unos pechos, por hablar así, que abrían el aire como a golpes de carne redondita y segura. El pelo le tocaba abajo de la nuca, danzaba aquel pelo en la libertad del perfume a fruta abierta. Escriban también que la cara llevaba una piel con un color que yo nunca había visto. La boca no era gorda, beso tal vez y silencio. La hice entrar, recién se fue con el primer sol, él la acompañó hasta un carro de alquiler, tuvieron una conversa corta. Nada alcancé a escuchar, el motor jodía, perdonen, con su run y su run. Buen día, dijo después, y volvió a su pieza. En el labio de abajo tenía como una cicatriz vieja, pero colorada y nueva. ¿Se entiende lo que explico? Lo demás estaba todo igual, la mujer sí me pareció que tenía algo diferente, que antes no había estado en ella, como un vientito suave adentro de un viento grande. ¿Eso da para ser escrito? Si no da, yo hablo, es mi modo. Ustedes cambian lo que quieren. Coluna salió otra vez, más tarde, cerca de las doce o las once largas. Pedrito lo siguió, ustedes le habían pedido y este hotel es de servicio aceptable. Cruzó las rayas de la línea, bordeando los canteros con las flores de la Plaza Nacional. De la fuente para un costado, ustedes saben que hay un negocio de santería, cerquita de los mercados de los turcos, de todo comprar. Allí se metió, derecho el hombre en su traje gris limpio, botas bajas, lustradas de pasadita en el quiosco de Chapadón, ustedes conocen de sobras, el medio enano que se desempeña con droguitas y macoñas. Sí, continuando. Se metió, me contaba luego el gurí, pasó para el otro lado del balcón, quiso decir del mostrador, a uno le dio la mano y a un tal Negro Pinto, un abrazo. Distinciones de amistad, pensó Pedriño. Pongan Pedriño en todas, de ahora en adelante, es mejor para mí contar. En los cuartitos del fondo se entraron, como una hora y bastante más estuvieron. Yo, impaciente, con los trabajos juntándose y el muchacho sin estar haciéndolos, que salario exacto le pago, para cumplir las leyes somos primeros, ustedes saben y en las oficinas impostoras también. Y dale que no me volvía a lo suyo, por más que se meneaba con lo de ustedes, es fácil comprender, ser

patrón chico resulta un sacrificio. No es como el Hotel Viejo, gallegos con parentela que ayuda, y con una suerte que este patriota no tuvo. Ahí los tienen; un piso por año le amontonan encima y la cosa va de crecer, con el personal muchísimo que se mueve y no para. Eso es trabajo de rebote para ustedes, que fulanito viene, que lo vieron de tren, que de auto, que esto trae y esto lleva, que arreglan o que no arreglan, que los delegados de enfrente dicen que ustedes lo dejen pasar, que ustedes son los que dicen que pase. El Pedriño llegó con la lengua que le colgaba como una corbata floja. Disculpen si hablo así, es mi manera especial, vayan escribiendo lo que mejor les guste, sobre todo pongan las verdades principales. Ustedes son los dueños del reglamento, ponen la música, yo algunas letras, que baile el que le toque danzar. De seguido nomás. Bueno, les decía que el gurí llegó con las babas de arrastro, asustado, pidiéndome disculpas y perdones. Soy patrón chico, de respeto cualquiera me trata, más mi empleado, que tanto tiene ayudado a ustedes, el pobre. ¿Qué está sucediendo contigo?, le pregunté sin darle afloje. ¿Por qué me tenés demorado tanto? Respiraba y hablaba, todo junto, ni sé cómo hacía aquello. El hombre, me dijo, el hombre, le anduve de atrás, lustrada de botas, Plaza Nacional, santería, lo que les conté de antes para ustedes, encuentro con esa gente. ¿Y después?, pregunté de nuevo, sólo podía preguntar. ¿Quién más viste? Los tres salieron, iba respondiendo, caminaron sus diez cuadras o quince, por la estrada de eucalitus que va para el frigorífico, a un local de madera entraron y yo con hambre de un rico almuerzo de hotel, una horita de minutos largos quedaron en el sitio, aparecieron con dos más o tres, negros me señaló, el Negro Pinto empezó a llamarme, que te conozco, me parece, gritaba, y yo a correr me largué, a toda pierna y bofe.

¿El hombre te vio, decime, Pedriño, el hombre, el tal Columna, te vio o no te vio?, le pregunté ya con estas manos con un puño en cada una. No, don Curitiba, no me vio, de espalda nomás, creo, pero de frente no, seguro, don Curitiba, el señor esté tranquilo. No

me quedé tranquilo, por eso les avisé a ustedes de apuro, bien a lo rapidito, de mientras el gurí comía su almuerzo pegajoso, comía y respiraba, no sé cómo pudo. ¿Se acuerdan que les traje el asunto yo mismo? ¿Para qué habré cruzado hasta aquí? Era bravo andarse de quieto, con ustedes averiguando, los otros juntándose, el Pedriño a las corridas locas. Conmigo se enojaron ustedes, que no debía cruzar nunca, que ya sabían todo, que los buenos colegas de enfrente estaban pensando la cosa, a alguno de ustedes se le escapó eso. Y más, que era muy mejor un arreglo entre ellos y ustedes. Escriban eso, es realidad como fue, nada de inventos son los míos. El tal señor Coluna tenía costumbre de juntar operarios o cualquier personal de trabajo que fuese, con uno nomás le venía justito para empezar, ¡qué gorda paciencia! Por eso tantas profesiones y las que faltarían, ya no tengo dudas ningunas. Entonces aquellos hombres, ustedes me explicaron para mí, se ponían a joder con que los jornales no daban para la diaria, ni los sueldos, y que trabajaban como bichos, y que en el campo no eran personas, y que en la tabacalera de los gringos griegos hasta los gurises sudaban sus doce horas, y que en las tiendas se aprovechaban con las muchachas, y que echaban para fuera a los mozos de los restoranes por una sopa fría, y qué sé yo cuántas injusticias de tal yeito, pues así las llamaron ustedes mismos, y aclaremos bien, cuando me explicaron lo que Coluna tenía por agrado enseñar para tantos que en la frontera se revuelven. Y aparte.

Escriban bien claro, clarito que si lo digo es porque ustedes me lo dijeron, y que la cosa estaba en que el viaje del hombre era para se organizar una huelga o unas jornadas de brazos quietos, más bien en el comercio, para que las ventas bajaran justo en medio de la Semana Santa, con turistas en lote. Y pongan más claro todavía, que los del otro lado ya venían con sospechas de eso, y sin ruido se movían cuidando las entradas y los caminos posibles, y que las veces se pasaban para acá, de distraídos, como tomando cuenta de lo de ellos y de lo de ustedes. A mi hotel volví, que las vacas no se ordeñan solas, a Pedriño le dije que en su casa se estuviera por dos días, era

el plazo que ustedes mandaban avisar. Que lo ponga para entender por quien lea. El señor Coluna pidió su llave, no era tarde para el sol, ¡pero qué silencio! Tengo mis criterios de hablar, por eso anoten bien limpio: era otro día con puro silencio en todas partes, en cuanto gente conocida pisoteaba la arteria principal. De noche volvió la morena, la vi a ella y a su ropa, ropa de brillos no usaba, ni de loca, ni de bagasa, ni de ordinaria. ¿Qué resultaba, de dónde sería? Nada de pinturas ni teñidos, pelo era pelo bajándole la nuca, boca era beso de amor, lo demás más eso, mucho para cualquiera. Para el hombre, el señor Coluna, parecía lo justo. No me pregunten por qué parecía de esa forma, impresión que tuve. El hombre se fue de mi hotel a la otra mañana, con la morena se fueron, él llevando su valija. Lindos pesos me pagó, reconozco que ciertos modales de caballero lucía. Le cobré tarifa de ley, porcentaje de justicia. Esto para la mucama, me dijo, no es mucho lo que ganan las pobres. Casi le contesté que yo cumplía como buen patrón patriota que soy, y me contuve porque con esas palabras no viajaría hacia ninguna verdad. Nos saludamos y ya se subieron en un carro de alquiler, creo que el mismo de la primera vez, según va escrito. Era el que maneja Luisiño, como peón lo maneja. Junta plata para comprarse uno igual, muchos viajes de oscuridad y madrugadas, ustedes tienen conocido esos negocitos de cabaretes, casas donde las parejas van a pasar sus horitas, otras casas para juegos de cartas y tales timbas. A él, al Luisiño pueden preguntar si gustan, sabrá bien mejor hasta dónde los llevó. Yo me pasé el día en atención de turistas que venían de Montevideú y de Ycaquí, apenas tuve un momento para mirar el cielo, pongan si quieren que desde gurí traigo como ese vicio. Y ustedes se habrán dado cuenta: no encontré cielo por ningún lugar del aire, ni entre nubes estaba. Así se me fue el día, estuve por cruzar cuando vi que bajaron los delegados de enfrente. En su camioneta negra entraron, paseándose por la calle como piojo en costura grande. Se ve que conversaron con ustedes, serios los vi largarse, y contentos. Sí, un poquito aparte ahora.

Esa noche yo saltaba revirando de los nervios, y el Pedriño no estaba, y yo no podía salir de mi hotel. Sacrificio de patrón chico, ganar para vivir en la decencia, el lucro gordo se lo tragan los que ustedes se saben y aprenden de memoria. En el fin de la noche, en el momento en que algún gallo empezaba o terminaba de darle al canto, se oyeron los tiros, sobre la línea parecían sonar, seguiditos, unos con otros y todos a un tiempo solo. La calle estaba pelada, alguno de ustedes aquí, no me soporté más la nerviosura y me tiré hasta el barullo del tiroteo, balacera le dicen por la televisión ahora. En la Plaza Nacional, en la línea misma y algo para este lado, la montonera de cuerpos quietos, acostados en cama dura, por la sombra parecían más de los que resultaron ser. Pero fueron. Yo vi que se iban ligerito dos o tres camionetas de las negras, chapa blanca y letras al costado. Como cuatro colegas de ustedes vi salir que corrían, para atrás mandaron una mirada entre todos, y yo quedé en el medio de los ocho ojos. Al suelo me largué, entre muertos me caí, unas cuantas balas hicieron buracos en esa línea de frontera que, al fin de tantas cuentas y vueltas, ya nadie puede señalar dónde está quedando. Ustedes escriban todo con estas palabras mías. En el suelo con sangre que no veía, sintiendo los suspiros de alguien que no quería morir, así me mantuve bien de inmóvil, paralítico, sordo hasta para escuchar el corazón que me andaba como perdido por los recovecos de mi jodido miedo. ¿Dónde estoy metido, dónde me han metido?, escriban que pensé.

Porque cerca pude ver el pelo sucio de la mujer morena, y menos cerca la barriga manchada de un tal Negro Pinto, y a dos negros montados en una cruz oscura, uno algo temblaba, suspiraba con sus pocas de vida. Aquello era un asco de cosas calientes arrastrándose, había tres más, acredito. El hombre Coluna no estaba, el que estaba era Pedriño, cuando me levanté lo vi, soltando caldo espeso por cuanto agujero le habían arrimado. Ustedes sabrán por qué lo llevaron a él, a mi empleado de buena confianza, y quién me lo llevó, sabiendo que a Coluna y su gente los iban a castigar por

hacer unas propagandas aquella noche. Que las hicieron bien sí, muros, paredes y veredas con pintura roja, difícil que puedan borrarla así como así, se ve de cuanto lado, tal me han dicho. Fue mucho para mí, demasiado, mis maneras son de conversa, no de esos tales estropicios. En lo cortito, como patrón chico que soy. Cuando volvía, me topé con el señor Coluna, ya había gente corriendo hacia el matadero de la plaza, de timbas y boliches salían asustados. Usted tan hundido en este feo asunto, yo creía que más que usted, su empleadito, el tal Pedriño, me dijo. Llevaba la mano izquierda en un trapo blanco y colorado, sangre le bajaba por la boca, muy tranquilo me habló. A usted ni lo toco ¿para qué?, siguió con su palabrerío serenito, como nadando en arroyo conocido. Total, va a quedar, usted, entre los de acá y los de allá, porque hasta la familia de Pedriño sabe, porque mi gente de por aquí sabe, me terminó de decir. ¿Yo qué le iba a contestar? Preguntas no tenía. Y se hizo como una sombra entre los dos, quiero decirles para que escriban bien clarito, que se fue de golpe. Y yo estuve hasta ahora en mi hotel, tratando de cuidar lo poco mío. Otro día de silencio, sin campanas y sin cielo ninguno, y crucé y no me importó que ustedes iban a enojarse otra vez y más, y pedí para declarar esto que ustedes escriben, para que se entienda bien, porque soy patrón chico y mi hotel es de respeto, siempre en lo legal y con mucho reglamento, y traigan nomás los papeles que ya se los voy firmando.

¿ QUIÉN MANDA AQUÍ ?

El autor deja expresa constancia de que cualquier semejanza que estos relatos puedan tener con la realidad, se debe más a la realidad latinoamericana que a las secretas razones de toda coincidencia.

*Pour comprendre la nuit
il faut dormir près d'elle.*

LOUIS ARAGON

¿ QUIÉN MANDA AQUÍ, NENUNO NAIDE ?

EL CENTURIÓN Nenguno Naide ensartó su firma patuda y despilfarrada en el último oficio de condenación de aquella tarde o mañana, que la residencia cíclica del sol o los giros planetarios no caben en esta frase de la tal relación que ahora empuñamos.

Puso en posición los ojones que tenía, unas hinchadas miradas color café del más tinto, y los hizo pasar a través de la delgada lámina de papel como quien busca —desde las palabras que eran nombres y apellidos solamente— rostros y configuraciones estrictamente humanos, más precisos que el nomenclator que allí estaba, resultancia de cacerías planificadas, de repensadas designaciones, de esperados suplicios.

Porque alguien siempre falta, siempre se halla incompleta la lista, las generaciones son incontables, las amibas se innumerabilizan, las liebres se aparean antes de morir llorando, los perros lamen basurales enteros y agónicamente se conjugan, y los compadres cuyos Pedros, Raúles, Sebastianes, Franciscos, Juanes, Gualterios,

Leonardos, Luises, Eduardos, Pablos estaban en el formulario condenatorio, también sin duda habían multiplicado sus sémenes ingobernables.

Y el centurión Nenguno Naide, candidato posible a rápido centurión mayor, y, si las brisas jerárquicas venían de popa, a una subida prepotencial a nivel de Gran Centurión, no admitía consolaciones. Ni otra cosa que firmar y firmar —ya habiendo cambiado garrote por pluma o bolígrafo— y así escurrir personas en la vejación y el martirio, y así llegar a desvanecer gentes encueradas y rotas en las tierras babosas por el invierno o en las correntadas irregulares del Estuario del Sur. Ni admitía ser, pese a su discutida candidatura, un grado o escalón más de lo que era, quién sabe por qué envericuetada imaginería de la autosatisfacción:

—Centurión seré, nadita más, y qué, ¿eh? Para qué encajarme en lo más superior, si iguales a yo nenguno queda. Sin subir la escalera ascensional, por encima tengo y mantengo los rangos ganados. Güevos quiero, no tantos galones ni charreteras, ni tantos cursos de esto y estudios de aquello, que al buen desconchar llaman Pancho...!

El hombre de su continuo servicio, indormible al parecer, oficiante de impotencias verbales, educado para el terror y la ofensa, lo miró (o remiró) apaciblemente.

—Ché, Juan Degollado, tomá la lista firmada. Pedí que saquen a estos cuantos subversivos, y que les hagan su tratamiento completo. Como en tintorería: lavado y planchado. Y si hay que limpiar alguno, ¡que lo limpien y chau para él! ¡Deciles que procedan nomás...!

—...ta... bien... mi...

Fue trisilabeando Juan Degollado, y recogió el trágico papel membretado y sellado, y con él salió hacia los subterráneos sitios de severas reclusiones.

El aire del patio le descostró los sudores: el vapor a mierdas de caballo le encantó súbitamente las narices primarias: el respirar

de los que estaban de pie, desbraguetados, desnudados, despedazados por el plantón, no pasó por sus orejas, ni tampoco el íntimo crujido de los brazos que se desmesuraban en los colgamientos, ni el abrirse de las llagas en las nalgas de los montados en los filudos caballetes de fierro.

El patio era un campo sin extensiones mensurables, un cielo de piedras levantadas, un cerro de torres agresivas, un socavón por el que ahora bajaba y volvía a bajar.

—No...

No, no le agradaba totalmente aquel destilarse por túneles escalonados, por rampas de difícil camino; pero fuerzas trascendentes lo arrimaban hasta allí. Y en tales hondos asentamientos, las celdas de a uno, de los incomunicados, de a tres, de a ocho, de a veinte.

—Bué...

Sí, entregó la lista, la nominación prolongada que incluía tantas ejecuciones, tantos tormentos, tantas tareas que él, ese día, vería cumplir.

—Sí... no...

—Bueno, dejala por aquí, y andate que la cosa está de pelar chanchos.

—Yo...

—¿Qué andás queriendo? ¿Meter mano en esto vos también? Ya la ocasión pasada probastes, ¿no? Y te gustó, ¿eh?

—Sí...

El otro juramentado soldadesco lo miraba, lo volvía a remirar, nunca lo inauguraba en imagen aclaratoria, en lúcido retrato. ¿Qué había en aquella cara casi destrozada por golpes de fuego, fuego envejecido en cicatrices, en valles sin lágrimas, en junturas de sudor, en sonrisas despreciadas por una carne deformante que los huesos a su vez aventarían?

Fue por esa misma indefinición, por esa precisa inasibilidad, quizá, que le dijo:

—Mirá, si tenés un tiempito, dale...

La puerta con el número veinte desocupó su espacio de hierro de chapa aplastada.

Juan Degollado transpiraba con las manos, nada más: allí en la celda estaba el olor de la ropa corrupta, de las mantas y cobijas envilecidas, de los colchones socavados por el vómito o el sueño. Allí estaba aquel olor, y el humano origen, la inmovilizada y alentante fuente de la cierta hediondera.

El otro soldado armó breves señales:

—Bueno, ahí lo tenés. Está mudo y callado desde que lo trajeron, hará como un mes, digo yo. De vez en cuando chilla y patalea, más nada...

—Yo...

—Pero ché, ¡ojo que éste no está en la lista del centurión Nenguno...! No te vayás a pasar...

—No...

—Si cae el oficial de guardia, tomáte los vientos o la quedamos, ¿ta?

Juan Degollado invadió el cerrado habitáculo: los muros se estiraban, deslizados del frontal horizonte de rejas raigales que ensuciaban la alejada ventana. Observó al yacente, se agachó sobre las arrítmicas fiebres, lo dio vuelta, la espalda aparecía entre la camisa soltada y mugrosa. Ahí puso un dedo sudado, los dedos de a uno y de a pandilla ahí puso, todos los dedos, todas las manos que tenía en todos los brazos, retiró totalmente los pantalones, directamente vio manchas violentas en las fibras del muslo, en las ásperas curvas destensadas, vio comarcas despojadas por eléctricos metales y agujas y relámpagos quemantes. Y olvidó los patios y los campos enmierdados por caballos lustrosos y brutales.

Y se encucilló más, se inclinó hasta paralelizarse, incrustarse, sacudirse y temblar.

El otro juramentado se regresó al momentico o enseguida, vigilaba la devastación en las demás celdas, indicaba nombres, o números, números inscriptos en carteles, que flotaban desde el cuello

de cada uno de los designados para esa día: “veintidós-noventicuatro... veintiuno-ochentisiete...”.

Iba a entrar a la número veinte, se entrepasó como si arreglara la altura de sus botas o los botones de su vestido verde.

—Igual que otras veces... es un podrido y yo lo dejo entrar cuando me pide...

Vio la distribución de los elegidos por el centurión Nenguno, los fue contando mientras los arrastraban o a patadas los metían en la sala común; porque el método había cambiado, la necesidad —que suele exhibir rasgos fatalistas, cuero de viruela, muelas picadas, popular cara de hereje— empujaba hacia el martirio colectivizado; muchas gentes presas, muchas.

—Ah, ché, ¡a ése me lo apartás del lote!

Los casos especiales eran especiales, y en ellos el tratamiento seguía manteniéndose en lo individual, también con especialistas que a las ocasiones solían llegar de las calientes fronteras del norte, o que cruzaban el estuario ancho como el mar, o que muy a lo gringo descendían de aviones brillantes como poderosos espadones de dominio.

Y el juramentado ratificó lo particularísimo del caso:

—Sí, sacameló y pasalo pa dentro. Y me vas llamando al Negro Flor y al Gorila.

La lista del centurión Nenguno Naide agregaba entre paréntesis “hábil declarante, suversibio metido en negocios sindicales, responsable de asiones de masas, ofensivo del símbolo patrio en consecutiva reiteración real, vilipendista de la moral de las patrióticas fuerzas de los juramentados centuriones y soldados, jefe de grupo de compadres y gladiadores con fabricación propia de armas clásicas y caseras, importador de basucas y cuetes del Lejano Oriente, vinculado a embajadas diplomáticas marxistas”. Luego, una alta cruz en lápiz rojo lacre, símbolo de que se había fracasado, amenaza y orden de completar desde esa jornada el trabajo hasta el fin.

—¡Dale, ché, dale!

Los tres soldados y el hombre con ropas cualesquiera y el oficial centurión con su insignia de trapo en el brazo derecho, una faja de luto con dos eses blancas, los cinco pues que ya se iban con el caso especial (“Ahora sí que la cosa se pone más jodida, en ésta la quedo, es mejor gritar que cantar, de entrada me llevan como calzado, en pelotas y todo cagado, y no poder ver a ninguno, ¿qué soy yo?, ni uñas completas ya tengo, ni casi pelo, unos restos de saliva para mandarlos a la puta recogida que los mal parió, no es poco, los compadres, los amigos, el partido, se sabrá todito, ésta se las gano de vuelta, aunque me van a hacer puré...”), solamente el oficial centurión de seguridad no tocaba al sentenciado, sólo él habló para el juramentado que manejaba la lista:

—¿Qué es eso de dale y dale? ¿O no sabés quiénes mandamos aquí?

El espantado papel tamaño oficio casi se derrumba entre los baldosas grasientas, esfínteres se desajretaron y apretaron.

—Ya sé lo que dice tu centurión Nenguno Naide en el formulario, pero nosotros usamos otras recetas, ¿entendiste?

—Sí, mi oficial centurión de seguridad... Ordene, sí...

—Y todo lo que él ponga, lo pasamos por los huevos. Seguí con lo tuyo ahora mismo, ¡y que esto no se repita jamás! ¿O querés que a vos también te colguemos de las patas?

—Sí, mi oficial... Usté manda...

El otro hombre, el especialista, el técnico en sufrimientos, arropado con cualquier traje o chaqueta o chamarra de cuero o suéter azul o camisola violeta, se rió sin voltear una cara tan parecida a centenares de narices, cejas, bocas, pestañas, dientes, mejillas, frente, lentes de humo envidriado. Los cinco se largaron, portadores de lo que quedaba del caso especial, ¿qué quedaría?

Ya se había difundido el pedido que el soldadescos hiciera, y por eso llegaban el Negro Flor y el Gorila, pero tarde llegaban. Y el solicitante, reponiendo espasmos de glotis y pupilas, extendió explicaciones y excusas:

—Sí, no me lo digan a mí, ése era pa ustedes dos, les corresponde por antigüedad en la repartición. Pero vino el centurión oficial, ya saben quién es, ¿no? Y pues, olvidate.

—¿Y yo ahora qué? Me rebajás la categoría...

—Clarito, ¡era un asunto pa nosotros dos!

—¡Si justo nosotros ya le habíamos dado como adentro de un gorro!

El Gorila más bien era un mono flaco y bigotudo, con sobacos intocados por el agua y rebasados por las espumas de la más romántica perfumería; se vestía imitando a alguien, tal vez a un consumido James Bond o a uno de esos boxeadores de fama y laurel que terminan asesinados a la puerta de algún lujiento o pulgoso prostíbulo. Un barato especialista sí, sin rango ni emblema ni divisa ni apellido.

Y su hermanito de roñoso compadrazgo, el Negro Flor, tan bañadito diariamente, constantemente, repetidísimamente, tan enajenado por jabones y desodorantes, por pastas para sus incompletos dientones amarillados y por betunes para tantos zapatos de insólito diseño. Más o menos barato también; ninguno de los dos conocerá nunca el depreciado precio de su baratura.

—Ustedes entienden, ¿no? Por encima de uno, siempre hay otro... y otro... y otro... hasta algún gringo pelotudo... ¡Yo qué sé lo que pasa ahora!

—Si vos no, que estuviste desde tiempo acá, ¿qué nosotros?

—Sí, ¿qué? Porque hasta hace bien poco nomás, nos daban pilas de gente, casi los elegíamos nosotros, ¿no?

—¡O los salíamos a buscar por la libre...!

El juramentado produjo imágenes con aquellas palabras que alcanzaban a flotar en la verdad; cuatro semejantes manos añadiendo hojas meritorias a respectivos expedientes, a las carpetas que indicaban sus borracheras, sus robos en las casas asaltadas, sus violaciones más pavorosamente secretas, sus cohechos más descarados, sus fechas iniciáticas en tales sanguinolentas milicias, sus actuaciones

impúdicas, las cifras de su obsecuencia, de sus arrestos, de su salario (“...y yo en lo igualito que ellos, diciendo que sí señores centuriones, haciendo horas demás sin cobro de servicios, procurando merecer como una pelandusca bien reputa, gastándome las botas y comprándome otras botas en la cantina, porque si hasta pago por quedarme aquí, por joder y hacer joder a esta gente que no quiere aflojar, ¡recoño...! ¡carajo!, ¿quién será el que más se jode?”)

Estaban justo frente a la número veinte, llevados por el costoso azar de sus pláticas y chismeríos. Y de allí salió Juan Degollado, desafogado de salivas y jugos y sudores.

—Qué se están mirándome, ¡milicos del carajo! Carne pal gancho, sí, ¿y qué hay?

El silencio era triple, alguna cosa no agarrable florecía abismos y germinaba alejamientos entre el Negro Flor, el Gorila y el soldadesco, de un lado los tres sin estar en el mismo sitio; de un lado el Juan Degollado, con su cara desfibrada, perforada, despedazándose sin tumbarse desde una sangre a bajopiel, azulmente perturbada y trabajosa.

—Y... gustos son gustos.

Dijo el Negro Flor, nunca había escuchado al Degollado hablar así, tan así, de corrido y todo, como si continuara algún afanoso tráfico que no debió jamás interrumpirse.

—Parece que los amores lo inspiran...

—Nadando en lo seco...

—Barrero el tipo este, ¿no?

Enunció el Gorila, como si él no estuviera para enturbiarse más y mucho más en cualquier asunto de conversa o cualquier tópico de carne y mugre juntas. Pero, ¿para qué definirlos si allí estaban?

Y allí unos pocos más de tiempo siguieron estando, aunque ya silenciados entre ellos, mirando para los gargajos negros del piso, empezando a escuchar, como reciencito, las griterías locas, irritantes, exasperadas que llegaban desde las habitaciones de suplicio.

Juan Degollado sintió los picores de la incomodidad, pues

las potencias que hasta allí lo arrimaran se habían agrisado, sólo que deseaba orinar y volverse con su centurión Nengüno Naide; a pasar su informe de lo cumplido y a esconderle al señorísimo superior los desmanes de su bragueta.

Y se regresó por el patio enmiasmado por las caballadas torrenciales, y a la pasada vio a uno de los colgados; los guantes de sostén le agarraban medio brazo y después las cuerdas o cables que se afincaban en el marco de madera cruda, y la capucha negra y visitada por densos moscones chupadores, ¿por dónde andaría aquella cara escondida?, ¿en qué irrefrenables visiones de amor?, ¿en qué paisajes?, ¿en qué nuevas gesticulaciones del horror?, y el calzón que le caía desde el enredado pendejal, y los pies no clavados y sin rozar aquel suelo donde reposaban orines incontinentes, desechos naturales y deslizantes.

Lo vio, y su apetencia de mear resultó multiplicada. Allí mismito dio libertad a un chorro tal vez brutalizado por las no asimiladas cervezas de la noche.

—¡Ja...! ¡Ah...!

El colgante apenas continuaba sus menesteres de aguantar, pareció hamacarse bajo la movilizada tensión del aire, de los hálitos amargosos y salpicantes. El término demoró su tantico, Juan Degollado retuvo las aguas finales y las eyaculó enseguida hacia la entropiada descalzonada y afrentada por moscas y tormentos.

Y sin preocupación por algún testimonio o interferencia, ubicó una patada exacta en el centro de tanta indefensión, y no supo si el colgado, ese otro cuyo rostro nunca conocería ni le interesaba conocer ni podía pensar en conocer; no supo si gritó o maulló o se quejó oscurecidamente o esperó la soledad para gemirse lengua adentro.

También obtuvo provecho rapaz de alguno que estaba en el plantón, y le explotó un manazo atrás de la oreja, o le robó un grupo de enrojecido pelo si la venda era baja y permitía, o le apisonó los tobillos o le dejó las piernas más y más separadas, alejándose del

cuerpo, destruyéndole los pasos cumplidos, las caminatas caminadas, las correrías de huyente imposibilidad.

—¡Uhhh...!

El centurión Nenguno Naide se esta soplando su aguardiente, a pura botella nomás, cuando él entró a la oficina principal de la Repartición No. 6.

—Ah, ¿así que ya te volviste vos?

—Sí...

—¿Y cómo anduvo la cosa? ¿Estaban todos los de la lista, ché?

—Sí...

—Mirá que éstos son míos, naides me los toca, ¡que los de la seguridad no se hagan los vivancos...!

Siguió prendido al vidrio, ternero en teta, lechón en pezón, niño en seno, ballenato en mama, víbora en mujer; la luz burbujeaba en la garrafa que al fin quedó con un trago último, el caminero, el estribero, y así como estaba, babiento y tabacoso, fue ofrecido a Juan Degollado.

—Tomate lo que está en el fondo, que en hora de servicio o de fajina, no te conviene chupar.

—No...

El asistente se inyectó aquel resto, y luego situó respetuosamente el botijo ahuecado sobre el escritorio, a la izquierda del mandante, porque a la derecha estaban el teléfono y una banderita de la patria, desgachada y sin brisa, sin nada parecido a un retazo de los cielos.

—¿Qué hacés? Llevatelá, ¿o querés que alguien piense mal de esta digna repartición? Procedé nomás...

Juan Degollado recogió el envase sin vida y lo metió en el cajón que funcionaba como papelera, y que él mismo vaciaba cada día, noche o tarde, antes del ajetreo normal de gentes y agentes, de cuerpos y papeles, de sellos y ordenaciones, de juegos de baraja y siestas entre grito y aullido, de radios chillonas y voces sin voz, de

mujeresmadresesposasconcubinasamantesnoviashermanasamigas-compañeras con bolsos de comida y mudas de ropa interior y cigarros y lágrimas tejidas con las sales de la paciencia y la rebelión.

Luego se sentó de nalga torcida en su banco o silla o sillón (el mueble es cosa aparte; él solamente buscaba un plano rincón horizontal o de ínfimo declive donde poner el culo) y amagó dormir o se durmió o se sonó durmiendo o fue el telefonazo que lo embarcó nuevamente en el mundo autoritarial de su superior centurión.

Quiso manejar el tubo de sonidos, pero el centurión Nenguno Naide no dormía ni menos gustaba soñar; llegó primero, y así se le oyó decir:

—Pero... qué es eso, ¡mi oficial de seguridad! ¡No me diga que se les quedó este hijo de mil putas...! Un caso tan especial, mi oficialísimo... sí, clarito, quien no entiende... Flojo del corazón, sí... Y el doctor, ¿no lo fue revisando mientras le daban su tratamiento? Pues, supongo que usted supo tomar las providencias del asunto, ¡mi oficialísimo...! Lo que pasa es que... bueno, era un detenido nuestro, de esta repartición, mi oficial de seguridad nacional... Lo agarramos nosotros, un procedimiento de hace unas semanitas nomás, y el hombre era de los durazos, nada jodido el infeliz putón, ¿eh? ¿Que nosotros no podíamos con él? Mire que le dimos en la nuca, como quien lava y no tuerce, ¡con todo! No va a ser más macho que uno, ¿eh?; ¿no cree usted? La lista... sí, ahí le puse una crucecita colorada, con la indicación de peligroso subversivo, gente alta del partido parece que era... No, bien pero bien qué era, no sé... Y usted que tiene resuelto, ¿mi oficialísimo? ¿Quién se carga con el mochuelo, sí, dije con el muertito? Era de nosotros, mío, pero se lo pescaron ustedes a la pasada, como están en todas las reparticiones... con avisar nomás, le hacía una boleta, ¡se lo traspasaba y chau...! Sí, un traspaso, de la seis a la seguridad... ¿Cómo? ¡¿Que así nomás me lo devuelve, que lo mande a buscar...?! Pero... mi oficialísimo de seguridad, ¡imagínese usted qué van a pensar los de esta repartición, mis inferiores! ¿Dónde van a poner mi responsabilidad de centurión,

mi jefatura de estas investigaciones pulíticas? Hagasé cargo, mi oficial mayor... Sí, sí, el espíritu patriótico... sí, entiendo todito, pero que igual me embromo, me embromo...

Fue colocando el auricular en su posición precisa, desenredó el cable, corrió un poquito así la bandera desbaratada en sus colores de dudoso cielo, corrigió la angulación de la gran carpeta de cuero hasta centrarla bien centrada, tomó el lápiz rojo, sacó la copia de la lista y luego de estremecida búsqueda, tachó, borró, lapidó, sepultó el nombre del caso especial con un montón de trazos espesos, anchos, definitivos.

Miró para el su asistente, allí estaba, sentadito de nalga esquinada, entre dormido y ensoñado.

—Ché, Juan Degollado, auxiliar de tu centurión, enterate que tenemos un muerto propio, pero despachado por los del servicio de seguridad, lo liquidaron, lo hicieron caca enseguida, ya estaba muy trabajado por nosotros... Así que tenés.que ir a traerlo, le echamos un vistazo, que nuestros médicos lo pongan lindo, y después hacé que el Negro Flor y el Gorila lo encajonen y se lo regresen a la familia... Ah, y al menos tratá de averiguarme bien lo que en verdad pasó, prefiero ahogarme viendo la orilla... ¡Putá...! ¡Estoy podrido de que me jodan así!

Antes de que el otro saliera, terminó:

—Si está muy reventado, lo dejan como está, con prohibición de levantar la tapa cuando lo entreguen, ¿tamos? Y un cajón de segunda, en la funeraria de siempre. ¡Andá, procedé, carajo!

Juan Degollado no estaba, el centurión se metió en el retrete y ya sentado y fumando, empezó a estimar los pesos que se ganaría por esta nueva compra a la empresa de pompas fúnebres; uno menos y unos cuantos más, como otras veces, simplemente.

“...adónde me llevan estos desgraciados, dale de nuevo con eso de asunto especialísimo, de que soy un elemento especialísimo, y en bolas me cargan, me patean, me arrastran, una semana desnudo

adentro de un pozo, pero por las voces no son éstos, los otros eran de la repartición número seis, y discutieron con el encargado de la lista, un pobre miliquito de mierda, lo basurearon bonito, así pasa entre ellos, lo del pozo fue jodidazo, no sé cómo no reventé de frío, moquiando y escupiando y tosiendo, y oyendo los gritos de mi tanta gente, como ahora, pero no sé si no soy yo el que estoy gritando, ¿qué me hacen?, ah, si me quitaron la capucha, igual no veo un ca-
rajo, de entrada me rompieron los lentes, cuando me agarraron, me venían siguiendo, ¿y ahora qué?, la pucha que los tiró, me están haciendo el teléfono, un cable en cada oreja, veo luces cuadradas, un cuadrado adentro de otro, de todos colores, no hay paredes ni milicos putos ni nada, no hay mundo, se me agranda la cabeza, un cuadrado amarillo verde blanco amarillo verde blanco, ahora es oscuro con muchos puntitos como luces que bailan, y yo no sé ni dónde estoy, y me arrancan mechones de pelo, parece, me deben estar tironeando la cabeza para atrás, me preguntan por los compadres, sí, dan nombres ciertos y equivocados, se entreveran pero algo tienen, y qué hice yo en tal fecha y en tal otra, les grito que estaba cagando, ah, me dan como para tabaco, y que si anduve por tal país y en qué misión me mandaron y cuándo entré al partido, pues que ese dato ellos ya lo tienen, que me serrucharon las patas, que alguien me cantó, que me venían cuidando desde hace tiempo, que si creo que ellos son idiotas, que saben todo, las mismas preguntas y yo sin boca, más mudo que mi tatarabuela, debo chillar, ¿y qué me importa?, ¿y qué me hacen ahora?, la mierdita, ¡esto sí que es dolor!, extirpación de uñas, creo que van dos o tres, las que me iban quedando, total. ¿qué me voy a rascar estando así?, y de vuelta a quemarme con los cigarros, ah, esto es fuego puro, debe ser con el encendedor a gas, y me lo pasan por los huevos, ¡mierda!, siento que vomito, saliva, baba, vómito más diarrea y me ahogo, ¿dónde está el aire?, ¿se lo comió el fuego?, se lo tragó el agua asquerosa del submarino, porque ahora sí voy de punta cabeza hasta el fondo del tacho, ¿será la bañera de la vez pasada?, y el aire, ¿dónde está?, con

pensar no se respira, se vive un poco, ya me sacan, ¡la puta que andan apurados!, eso es malo para uno, pero cuando se demoran también puede ser de lo peor, ¿y entonces?, me abren las piernas, siento como risas, hay uno que grita en serio, es el de las órdenes, ah, el de la seguridad, son los más mierdosos de todos, me vocifera a lo bestia en la oreja, en cada una de mis dos orejas, mi número me chilla, el veintidós-noventicuatro, ¡como si no lo supiera bien!, creo que lo mando a la puta madre, que revientes, cornudo, ¡marica culo sucio!, me parece que le digo, me grita, me zarabandea, me pregunta, te vamos a liquidar, ¿entendiste?, eso dice el patriotístico, el facho perdido, te colgamos de las patas, y me cuelgan nomás, siento un calorón en la cabeza, no sé si es mi sangre o es un fuego de abajo que se levanta, no, me levanto yo, todo yo, y el aire, y me ahogo de aire, de la voz que no tengo, y el calor que se sube, y me bajan, me tiran al piso, abro la boca, la nariz, abro hasta el ombligo, quiero aire, ¡por los poros que me entre a toda esta porquería de cuerpo!, panza contra el suelo, me separan las piernas, el de seguridad otra vez a los aullidos, que te zampamos un fierro por atrás, les grita a todos, está bien caliente el sorete, y este golpetazo en la boca, deshaciéndome los dientes, dientes para qué, muelas para qué, si ya no mastico desde hace ni sé cuánto, un poco de agua me dieron, y una vuelta cocacola, y si comí, fue cuando me descolgaron, me tuvieron haciendo de bandera, me tenían una hora o dos, calculo, y me bajaban al plantón o me sentaban por un ratito, y de vuelta a colgarme, los brazos hinchados, las manos sin movimiento, los hombros deshinchados, no podía ni sacar el pito para mear, y me mojé como gurí chico, y fue ahí cuando pude comer porque me largaron al suelo y después me pusieron cerca unos sánquiches medio pasados de viejos y unos pedazos de manzana, y me los morfé a lo perro, hasta papel llegué a tragar, y me vino una sed del mismo carajo, y alguno de ellos me alcanzó de tomar en un aparato redondo de plástico, que tomara rápido y lo sostenía, porque él no estaba autorizado, yo pensé que era una joda, pero no, era un tipo pierna, lo hizo por lástima o yo qué

sé, o lo mandaron para que hiciera eso así yo me ponía a pensar que no son tan verdugos, que tienen también su rico corazoncito, aunque de arriba los traigan apretados, ¡el aire, el aire!, ¡se me han comido todo el aire!, y esto que se me va de los labios es una muela, digo, y me chupo las encías para que no caiga más sangre, me la trago, vivo un poco más de mí mismo, ¡aaahh!, la picana de golpe, no esperaba que viniera tan de pronto, grito grito grito, ¡es mejor que cantar!, me la ponen en las quemaduras, en los agujeros de las quemazones, a chillar sin asco ni vergüenza, a la María del Carmen le hicieron igual, y yo mirando, me obligaron a mirar, yo les grité que estaba preñada y que era mi mujer, mi esposa, mi patrona, mi compañera, que ya andaba como de cuatro meses, y se rieron como yeguas locas y más todavía le encajaron la picana en los senos y entre las piernas, hasta el fondo, adonde yo no podía defenderla, en los sitios míos de su cuerpo suyo, y el hijo a las horas nomás se le saltó, claro, una piltrafa el pobre hijito sin madre, y a los pocos días me la trajeron de vuelta del hospital, y le dieron hasta fundirla del todo, y uno que le decían Degollado o algo así, se la quiso montar el degenerado, no lo dejaron, tenían miedo de que se les quedara fría, y entonces la llevaron otra vez al hospital de la milicada, y ya más no la vi, un compa me dijo en un descuido de la guardia que la pasaban a juez, porque las cosas estas se saben siempre, y ellos siempre saben que se saben, ¡aaahh!, ¿qué me hacés, cornudazo?, ¡ahhh!, y otro preso y machacado me dijo también que habían ido a mi casa y nos robaron todo, que nunca tuvimos mucho, y que en esa aventura estuvieron el Negro Flor y el Gorila, ¿quién no los conoce por aquí?, y andaban comentando para que yo escuchara que mi ropita les caía rebién, como de justa medida, y que los libros los iban a vender como papel viejo, ¡si a mí ahora me importara!, ¡que los pongan en la cola!, ¡aaahh!, aflojale a la capucha, ahora te venís con el submarino seco, es el peor, porque si es con bolsa de nailon transparente los podés ver a los conchudos, el aire, el aire, ¿dónde se ha metido el aire?, ¡ah!, bueno, una respirada pronto, antes que aprieten y yo sin nada en el pulmón, ¿para qué

aguantar?, que terminen con esta gran joda, me voy como vine, ¿qué les dejo?, carne hecha mierda y silencio y más nada... ¡ahh!, el aire, María del Carmen, acordate que no dije ni esto, se las gané a todos, tiras, milicos, y a la seguridad también, se las gané pero yo me pierdo, el aire, ¡qué han hecho con el aire que andaba por aquí, por mí, por todas partes...!”

–Dale un alce, una chance, ¡mirá que se nos va!

El oficial centurión de seguridad medía los tiempos y conducta del especialista, cronometraba la asfixia, tanteaba resistencias, inventariaba los estragos, balanceaba urgencias, estimaba la cerrazón de aquella atmósfera cloacal.

– Y usted, doctor, ¿qué opinión puede darme?

El examen fue sumario, la respuesta exacta:

–No me lo apuren demasiado, puede haber un paro cardíaco, el hombre viene muy castigado. No le vayan a dar en el hígado; si se lo rompen, no tiene arreglo. Ustedes quieren que hable, ¿no? Pues trabájlenlo más despacio, señor oficial de seguridad...

–Cada uno en lo de cada cual, doctor...

Le desenganchó una voz distinta y un ademán de acuerdo con los ojos. El otro se enderezó adentro de la túnica blanquísima; sólo atinó a oír:

–Usted sabe de sobra que tengo permiso para matar.

Y al caso especial:

–Ché, dame la positiva de una vez, dale, o adiosito contigo y venga el que sigue, ¿oíste? Cajón con voz, camarada, y a tu mujer la traemos de nuevo, nada de juez ni juez, ¡aquí hay quien se entretenga con ella!

El hombre estaba desparramando latidos, interferencias, sustancias de jedentina, ronquidos, escupidas coaguladas, arcadas debajo de la máscara transparente asegurada con un cordel al pesquezo. Uno de los soldados también apretaba, bien dispuesto aprendiz que no dejaba de apretar, y el rostro como una piedra violentada

por la sombra, y la piel de plástico hundiéndose, clavándose en la boca y en los dientes desesperados; el hombre ya estaba dejándose ir, abandonándose en muecas desfibradas, retemblando la barriga para hacer un vacío, para llamar a los mínimos oxígenos que precisaba y así estirar derrotas y victorias. Y de ese modo las encías deformadas permanecieron, abiertas y vomitantes, nauseosas y encharcadas.

—Doctor, revisemelo en serio, ¿no trajo nada de instrumentos?

—Si con los suyos basta, mi oficial...

En ninguna sonrisa hizo camino aquella broma acobardada por los terrores jerárquicos.

Como un zopilote blanco, un buitre clarísimo, el médico se agachó y en una simple acumulación de dedos tanteó diestramente las hendiduras intercostales, designó el esternón, percibió los últimos espasmos del diafragma, luego la oreja estuvo sobre el pecho de pellejos descolgados por el fuego, arrasados por la fritura de la picana, astillados por puntas de botas y tacones de zapatos, y la oreja nada oyó, sí tal vez el huyente rumoreo de médulas y linfas y un raspar de íntimos animalitos que buscaban rincones de quietud o se querían salir por cada orificio de la final aflojadura.

—...mi oficial, ya no respira, puede ser un colapso al miocardio...

El de la seguridad nacional miró todo aquello, ¿tres soldados sin dominio de la propia crueldad, un experto con su deportiva vestimenta goteando qué materias confusas y ajenas?, un médico principiante asimilado a las patrióticas centurias, todos inclinados sobre uno solo, despedazado, papillado, triturado, pasado por la picadora, él atento también sobre aquello, pero apenas, la mirada doblando por encima de lo habitual, aunque ahora allí estaba el fracaso, él debió tratar el asunto desde el principio, no por el fin, y ese burro del centurión Nenguno Naide, trepado a fuerza de méritos innombrables, responsable sí de que el tipo ya no respirara, de los

duros había resultado el 2294, en esto rara vez se sabe de entrada, el número pasaría para otro, ¿cómo sería el siguiente?, se verticalizó con la espalda molesta, y ordenó:

–Déjenlo por aquí, mismito y tal como está, no me lo toquen. Descansen media hora, tenemos que seguir con el veintidós-ochentitrés. Y a ése lo capturamos nosotros, es bien nuestro.

Ya se marchaba; finalizó:

–Doctor, no haga certificado de defunción ni papel ninguno. Si preciso su palabra, se la pido.

Ya casi no estaba en el cuarto de suplicio.

–Mi oficial de seguridad nacional, ¿quién se lleva el cuerpo del detenido?

Era el experto, el verdugo tecnocratizado.

–Vienen de la repartición número seis. Doy orden por teléfono enseguida, que esos ordinarios se arreglen... el muerto es de ellos.

Dejó de estar allí, el médico resignó su túnica, los otros traficaron cigarros, adecuaron chaquetas, cinturones, relojes, camisas, fierros, manoplas de cuero, la espina de metal y los cables, herramientas salpicadas, cochambrosas, fatigadas, desgastándose.

“...por qué ahora estoy en esta cama, descansando de qué, me vaciaron de mi hijo, me lo arrancaron como de un tirón solo, de un picanazo y otro y otro, todo me dolía, debo haber gritado pero no sé si lloré, ahí una no sabe cómo usar las lágrimas, para qué usarlas, y los malditos se reían, se carcajeaban entre ellos, y le decían a él que viera para no olvidarse, que mirara bien todo, que viera adentro de mi barriga, que iban a aliviarme, que estaba muy pesada, que a los comunistas hay que matarlos ahí, adentro de una misma, antes que se les ocurra nacer, creo que él les dijo entonces que nos tenían que cortar los huevos a todos, que las mujeres éramos de más cojones que ellos, sí, fue ahí que les dijo, y cómo les gritaba, y también gritaba mi nombre María del Carmen, María del Carmen, no les

digás nada, no les aflojés a esos verdugos, les pagan para eso, y los de arriba la gozan por ellos, son mandaderos de los yanquis hijos de puta, cómo les gritaba, si me pareció que ellos se callaban un momento, hasta que el jefón que tenían mandó apurar la cosa, y empezaron a reírse otra vez con más fuerza, estaban como enloquecidos, escondiendo quién sabe qué asuntos suyos con tanta risa, y a él lo sujetaban, estaba así apretado y sin defensa, hecho una lástima de persona, sin sus lentes, desnudo como yo, ah, aquella cara, y sin tocarme y hasta sin gritar después, porque le zambulleron en la boca la bombacha que me habían quitado, sin poder acercarse, sin tocarme, él se juntaba conmigo igual, y yo casi empecé a hablar, a decir cosas que ni hay que pensar estando así entre ellos, y se me cerró la boca para hablar, abierta a todo viento sí, a todo gritar, y hasta ahora les debo cada palabra, pero por qué estoy en la cama del hospital de los milicios, si hasta me atienden y me dan comida, me hacen dormir con sus pastillas, la enfermera viene y que si quiero este caldo o mejor con sus pedacitos de pollo y que si manzana o si café, es como un ablandamiento, para que una se deje llevar, y el oficial que vino ayer, que fue un tremendo error, señora, que disculpara, a lo más que paso a juez militar, un par de actas y afuera conmigo, que yo no puedo ser responsable de las cagadas de mi marido, que yo pensara el sacrificio de tantísimos centuriones, cansados en su servicio a la causa patriotística, y en no sé cuántos juramentados y humildísimos funcionarios, sí, que a veces se podían equivocar y que se les iba la mano, pero hay que pelear contra la subversión, estamos solos en esta nueva guerra total, solos en el mundo, se da cuenta, ¿señora?, por eso hay alguna actitud digamos desconsiderada, y gentes como usted que pasan incomodidades, porque fueron engañadas, gentes tan honestas casi como nosotros, y nuestros hombres están muy cansados, dándole al físico para arriba y para abajo en todo el sagrado territorio patriotístico, muy cansados sí, tantos días y noches sin ver siquiera a su familia, separados de la familia por su sentido del honor y por culpa, señora, de los subversivos que están en todos los

rincones, esperando, acechando para destruir lo que ahorita estamos afirmando; la tradición patriotística que viene de una historia llena de bravos centuriones, nada que se parezca a ese alucinado de José Artigas, y yo callaba mientras el oficial dalequedale con su discurso, simpaticón y buen mozo, elegido y preparado, y fue por ahí que le pregunté si era casado, ya que me hablaba de la familia, de la patria, sí, señora, y le pregunté al tiro si tenía hijos, sí, señora, pues dos por el momento, dos varoncitos, seguirán mi carrera, no haya dudas, y yo entonces le dije que no tenía ninguno, y que usted señor oficial conoce por qué no tengo ninguno.

—Porque usted estaba cuando me picanearon, bien que me acuerdo, me sacaron la venda para que viera cómo mi marido me veía, usted estaba viendo también, y tuve que abortar, ¡qué otro nacimiento podía darle al niño, entre ustedes sólo podía morirse...!

—No te pasés de viva, atorranta, agradecé que no te hicimos coger por toda la repartición, ¡bastante buena estás todavía...!

—Hagan lo que quieran, ahora o después, lo que es hombre-hombre siempre, tendré uno solo...

—Escucháme, idiota, apenas camines te mando al juez, él hace lo que nosotros queremos, pero primero te paso a la repartición, tus amiguitos andan con ganas de verte de nuevo con las patitas bien abiertas...

—Ya se va, ¿señor oficial? Bueno, dele un beso de mi parte a cada hijo suyo.

Y al oficial centurión como que le vinieron impulsos de putearme, los insultos le empujaban músculos y tendones de la cara, le volaba el bigote, se aguantó apenitas y se largó de la pieza, se las tomó, y no volvió, desde ayer que no vuelve, por qué estoy aquí, en esta cama, a él qué no le habrán hecho, ¿qué le estarán haciendo?, ah, como decía en broma mi marido, que Dios y Lenin me ayuden..."

El centurión Nenguno Naide esperó un par de horas, a reloj de arena fue esperando, a puro trago y a puerta trancada, "el señor

centurión descansa” mandó que un soldado repitiera a la puerta de su oficina, fue revolviendo su entreverada memoria, datos soplados, fichas en trámite, domicilios dudosos, encerramientos sin pruebas, asaltos depredatorios, detenciones sin límite de edad, golpizas abusivas, picanazos donde más duele, balaceras imprevistas de muchos tiros, plantones de exterminio, submarinos a plena mierda líquida, viejas pidiendo piedad por sus pelotudos hijos inocentes, documentos de identificación demeritados, llaves de uso revelable, dinero extraído de billetes y monedas, lentes rajados, tipos durmiedo en el suelo congelado, tipos sentaditos todo el día en los mugrosísimos colchones del gran barracón, montones de tipos parecidos como si fueran un familión de muy emparentados, ¡recoño!, y las llevadas y traídas al patio, a los colgamientos, que quiero ir al baño, que me traigan un médico, que tengo pus en las quemaduras, y las griterías, aulladorías, lamentadorías de toda hora, y la radio a todo trapo, ¡gooooool, goooooool de...!, ¡basta, basta!, sintió que gritaba también su memoria revuelta, y él mismo:

—Basta, carajo del cielo, ¿no están oyendo al centurión Nenguno Naide?

Tiró la botella hacia la mayor lejanía del cuarto; abrió la otra enseguida, con mecánica habilidad, y no tuvo paciencia para andar de copa o vaso.

—¡Basta, pues sí, basta, llegó para mí! Que me encajan el muerto, y yo qué, ¿eh? ¿Me lo como, me lo meto en el forro del culo? ¡Ellos lo limpian y yo me ensucio hasta el cogote! ¿Y el respeto a lo que era, y las apretadas de arriba...?

Tragó aguardiente como el que se hunde en el mar.

—Ah, ¿quién será quien manda en este país?

Lo que no esperó, pues aguardaba nada más que a su asistente Juan Degollado, fueron los golpes en la puerta, discretos y anhelosos, y las voces atolondradas del soldadito que cuidaba sus precarias soledades:

—¡Señor centurión, señor centurión! ¡Hay un despacho urgente para usted!

Gritó siguiendo al trayecto de su enturbiada furia:

—¡Ta bien, hacemeló dentrar nomás...!

El despachador era el soldadesco de abajo, el cuidante de los presos subterráneos.

—Con su licencia, señor centurión.

Derecho el uniformado, como palo de billar, pero las bolas le temblaban, una arruguita movediza en la tela verde.

—Descanse y dé parte, ¿qué pasa, eh?

—Pues... señor oficial centurión... resulta que en momentos de hace un rato, cuando el relevo de guardia, y no estando presentes los soldados de rigor por andar en otros procedimientos, y faltando algunos juramentados de la repartición número seis...

—Terminá, querés, ¿qué tanta labia?

—Sí, ¡señor oficial centurión! En ausencia de los susodichos funcionarios de diverso grado y por haber mucha atividá en el tratamiento de numerosos detenidos...

—¡Dale, terminalala... menos conversa!

Más derecho y más estremecido notó que el inferior estaba.

—¡Sí, mi oficial centurión...! No pudo ajustarse la debida vigilancia... y cuando se cambiaba la guardia, bueno, pues que se nos escapó el preso de la celda número veinte, sí, señor centurión...

A Nenguno Naide se le volcaron las alcohólicas babosidades, se le naufragó la sonora garrafa contra el baldoserío inlavado de su aposento oficinesco.

—¿Qué...? ¿Que se te escapó qué...?

Endurecido, rígido, yerto, tieso, sostenido por global tembladera, el soldadesco pudo alentar:

—El de la veinte, señor... Era otro de los especiales... Ingresó hará como un mes...

—Sí, y ahora no hace nada, que no está más, ¡concha de la Virgen y del Santo José, putazo del caballo de San Jorge...!

—Señor don centurión, yo no tengo responsabilidad, yo andaba con las listas tuyas y con las órdenes de los otros jefes, es mucho control para uno solo... Traen a todo el mundo para acá...

—¿No sabés, cagón, que todo está lleno? Lo que pasa es que ustedes ya no pueden ni dar una orden a los presos, ni pueden cuidarse ni ustedes ni las locas de mujeres que tienen ni...

Metió cerrojo a la boca escupidora, la memoria revolviéndose le preguntó “¿Quién carajo manda aquí? ¿Mando yo? ¿Manda el servicio de seguridad, los de las esas blancas en la faja negra? ¿Los de más encima mío? ¿Los nuevos? ¿Quién?”

Descargó un chillidazo con una voz que nunca había tenido:

—¿Quién manda aquíiiiiiií???

Y echó al horrorizado soldadito bajo arresto e incomunicación, borró al soldadito que sellaba la puerta, expulsó a su Juan Degollado que recién nomás se aparecía, dio de patadas al vidriaje botellal del piso, eructó ecos de náusea y fue repitiéndose, como parado en el centro de una silenciosa expansión:

—¿Quéin carajo manda aquí...? ¿Quéin carajo manda pur aquí...?

Porque había gente que aprendía a organizar su dolor, porque los vivos y activos se le escapaban, y porque él, el centurión Nenguno Naide, ya no tenía ninguna influencia, ningún mandoneo, ninguna prepotencia, ninguna autoridad, ninguna forma de poder sobre los muertos.

México, agosto/octubre 1976

TIEMPO DE PLÁTANOS

LA CALLE DEL MERCADO, la calle central, amoratada por la sustancia de los mangos amarillos, cada mamey cercenado hasta el brillo de sus macizos evasivos, los grandes plátanos rojizos ennegrecidos por la pesada cargazón del ruido, los chícharos o arvejas en su redondo arenal verde, las ciruelas esplendentes, todo aquello y el olor de los hígados dudosos, los perros lamiendo el suelo con gusto a perro, las voces como ondas de una vibración continua, caliente hasta la noche, hasta los hielos breves de la noche.

Malaventura Nervio, su traje prieto desde cada pliegue de las mangas o cada línea o arrugazón de los pantalones medio orinados o con grasas desgranadas de pedazos de chorizo colorado o de cualquier comida donde el diente se afincara o hallara domicilio de desgarrar o trituración; Malaventura Nervio, integrante espinudo del sector selecto de espiones del Organismo No. 6, adjunto y conjunto a/y de la Inteligencia de los centuriones, miró lo visto cada hora y pensado en cada sueño.

Y así como si la mano de su costado derecho fuera de algún

otro la proyectó contra una penca o cacho o racimo poderoso de plátanos o bananas; arrancó, despojó, fue comiendo. Que en esta crónica plátano es eso: banana.

La mujer de las frutas, la vendedora platanera o bananera gordezuela y barbona dejó que el acto gestara su culminación; el eructo burbujeante se soltó como una nube podrida. Luego, la risita también escupidora del semejante macho del apretado orden público, y la marchanta escupió corto, una gota de rechazo, voladora y apenas secreta; en tiempos de sombra, la luz suele agrisarse.

—Rico su platanito, sabrosa su bananita, señora Gordabarba.

—Si usted dice, pos que así será, don Nervio.

—Entonces, me da otro, otra. Hoy tengo voluntad de mandarme dos.

La frutera cortó uno, una, sin elegir, todo era bueno. El cartelito ensartado en la penca aseguraba: “Muérdame, soy mejor”. Lo alcanzó, pero limpiándolo primero con un trapo ensuciado por la higiene del oficio, tal vez (ella lo imaginó de ese modo) para darle de menos al espión Nervio. El polvo amiboso, quitado y asemillado en el trapo, llevaba sus perfumes después de un cierto asentamiento en la piel madurada.

“Si no te doy, te estoy sacando algo, ese olorcito que te gusta”, era su pequeña ley en tales encrucijadas de comercio desigual.

Reinsistida la acción de regüeldos y salivas, don Malaventura buscó rumbo por las callejas de cajones y sitios de venta, desasido de su apetencia platanera y rutinaria. Sólo eso le quitaba al mercado total y a la doña Gordabarba en forma tan específica. Su rapiñaje tenía otros niveles (estimulante vinculación la Chismes and Company le planteara por eludición de molestias fiscales, porcentaje por prostíbulos no autorizados...), y los ínfimos mercaderes de duraznos semipasados, los mercachifles de pulmón y hocico de puerco o cerdo, los transadores de baratas artesanías de barro lejano, los despachantes de vacas desmenuzadas, los ofertadores de pesca-

dos del golfo de Montevideú —pescados azules, rojos, espejeantes—, los rápidos colocadores de ajos y limones, los sôstificados preparadores de flores de ananá, del fruto llamado jícama, de sandía, melón o chirimoya, los traficantes de papas extranjeras o zapallos de tierras acercadas por los despropósitos crecedores de la ciudad, los mercaderes de quesos de la República de Chiapas o de la provincia litoral de la Colonia del Sur, los negociantes nomás que hacían papalotes o cometas, máscaras o juntas de flores (zinnias, mercadelas, claveles, rosas, siemprevivas, margaritones descomunales como tortillas de coco) según los pujos de la época en los latidos de la gente, los mercantes de cosas de plástico negro o de cualquier color disponible (imágenes venidas en el eléctrico viento de los televisores, de los impulsos imperiales y sus aciertos de dominio de juntovecino permanente para tantos pueblos rejunados en sangres y protestas) o sea gorilas sin testículos visibles con muñecas pequeñitas entre las zarpas y tales o cuales bicharracos de una fauna sin zoológico ni jaula; en final, al fin, de reflexión inventariante; los vendedores de cuanto es vendible lo sabían.

Don Nervio sólo hacía pillaje cotidiano de bananas, y en el mismito puesto de frutas de la misma señora Gordabarba. Nada más. Pero esa sapiencia era fluctuación de ánimo; ¿hasta cuándo aquellas manotas de espiación se obstinarían solamente en tales repeticiones? En tiempos de desierto, también el sol se seca.

Malaventura fue cruzado en su indesviable vereda, luego de dos ángulos muy rectos y una curva de cestos de mimbre fresco, por un rapaz mugrientazo, que gritaba tras su venta de revistas coloridas con formatos para toda posición de lectura y mujercitas rubias en bombacha o pantaleta y múltiples supermanes que las salvaguardaban de lúbricos seres acechantes; muchachito que cabeceó la panza del servidor de Inteligencia y resignó papelerías en el piso de la feria fija en su área municipal, y se agarró de su cabeza, ya inclinado y con respiro de haberse jodido en los huesos de la avanzada frente.

—¡Ah, panzón putazo, joto, pájaro, marica desgraciado...!

Don Nervio, que estaba por lanzar unos fragmentos de su salvación reidora, se volvió muy lento y así, sin dar un chance de narrar o referir el caso, le punteó un martillazo de su puño izquierdo. El chavo o chiquilín se hizo una súbita línea de crispamiento. Hacia atrás cayó destartado, las caries de los dientes reventadas, las costillas chasqueando en las baldosas con sabor a perro, no pudo encontrar enseguida su estatura, las horas estúvose enterrado, intocable, con la marca que la manija de la pistola de don Nervio —que contra ella se esgrachara— le descifró en el cuero de la frente hasta una rápida vejez, pistola encinturada en los niveles del ombligo.

Intangible, invisible, sangroso, por allí estuvo, respirándose el aliento negro, con la lengua revirada. Penumbras y luces, banderas de blanco fulgoroso, el gritar constante de las mujercitas de tetas inusitadas, los brazos de cada héroe (todos parecidos parientes de una familia continental, aquí en español; en el mar Caribiánico, pues en inglés; en las islas negras de Aquití, pues en acriollado francés; y en Vresil, pos que en portugués; y meños entre el quechua, porque un indio abrazó una revista, un librito donde la heroína abría las piernas con un talón en cada página, y la traspasó de un corto porotazo, enfriando el semen inmediato en lo alto de las planicies apunadoras); y sus quejidos propios de él, más resplandores, tocado por nadie, el mercado cerrando su día, puso las nalgas en magrísimo apoyo, perdidos los esplendentes puntillazos amarillos en el primer silencio del mundo que ahorita y ya le llegaba a las orejas.

Se juntó con lo posible de sus negocios revisteriles, los libros gastados a dedo con humedad y a ojo con anestesiado asombro. Salió con su carga al caer las últimas cortinas de reja y metal ensortijado. La carota del tira le daba picor en las retinas confundidas; en temporadas de lluvia, pues que el agua suele mojarse.

Sólo que los cuidadores, tres amestizados con sus batas azulinas y las blancas distinciones de la delegación del barrio Escandocordón, lo miraron salirse hasta las rutas ondulosas de la banqueta, entrar en el anchor de la avenida Agricultores, írsele de

las vistas en la mera esquina con la José Artigas. Y ayuntados dos de ellos se fueron a barrer lo que había estado debajo del muchachote, como un pellejo desorganizado en cáscaras, trocitos de chorizos al pan, granos de choclo fresco, pies o colillas de cigarros quemados, tamarindos masticados, paja volada de los huacales o cajones, suero de papaya jugosa, hilos de alguna ropa o paquete, vidrios de tragos perdidos. Se barrió con gruesas escobas. Luego, cada cuidador a sus vigilancias cuidadosas, lonas encima de las complicadas mercancías, mostradores penumbrosos, mosquerío soñando ya con trompas chupadoras clavadas en fangales de color estremecido y podredumbre.

Malaventura se allegó a sus dependientes e interiores habitáculos de administración inteligentil. Allí dormía, además, y se daba sus duchados bañitos cotidianos. Pero antes de las ordinarias platicaciones y charlas con los demás iguales o nivelados o por su encima de él, le dio jabón a las manoplas castigadoras (el costumbre que tenía desde que descogotó a aquel pollito de guajolote o pavo, tan joven como él en la proporción de los tiempos); pescó la toalla muy individual que usaba, observó cualquier viable y húmedo rescoldo de otras manos, no vio, y entonces de uña a codo despejó los sedimentos de sus pieles sin pelo. Se recalzó la chaqueta, porque el traje se le quedó en el corpachón, revólver asegurado ahora en la sobaquera (que en el mercado se lo vieran, macho resuelto y eficaz en exámenes, piñazos y pericias), piernas desplegadas desde el baldoserío en cuadrados grises, blancos y azuloscuros, golpeando los tacos de sus zapatos ahora, sin caminar a medio pie ni darle a los terrenales apoyos la superficie que va de la punta al comienzo de las raíces del talón (caminar precautivo y acechoso de bicho como él era), pisando con energías que allí se saltaban, pasó como cruzándole por arriba al guardia de adensado uniforme que sostenía sus celosas posturas agarrado a la metralleta y a los sostenes de cuero negro, pasó como si lo tocara, sombras en rápida rozadura o colisión silenciosa. El guardia se había enderezado en un saludo automático, no del todo

porque ya Malaventura Nervio, semi-oficial centurión ya no estaba, el batir de cada taconeo quedó en las dimensiones del piso del pasillo; el guardia lo vichó cuando pasaba la puerta final de la sala de juntas, allá se le movieron las nalgonas al espión, un temblorcito sin pretensiones, un rasgo nervioso, un punto nada más con el justo espacio para el ojo y el parpadeo, quién lo sabrá si el asombro o la delectación; el guardia bajó su tartamuda dejándola colgar, apuntando hacia los cuadrados donde él se reflejaba, solo y sin luces, y entonces hizo un clic-clic de seguros y disparadores; prohibida exhibición de dominio bélico que podía ser un exteriorismo del cansancio o de la impaciencia o del deseo.

Nervio entró a la sala reunionística, el último siempre, así se agregó a los otros. No eran más que cinco los todos ellos. Portona bien cerrada a llave, él la trancaba y nadie más, merísimo privilegio de antiguo. Una mesa con los depósitos para la ceniza, los cascos o envases y sus refrescos de variado sabor, vasos no, en el centro aproximado pero con las letras frente al sitio del oficial-principal de centuriones de la Inteligencia, el pilón de expedientes y adentro quién sabe.

—Buenasbuenas...

—¿Qué hay, che?

—Béin, ¿y vos?

—¿En qué anduvistes hoy...?

—Yo pesqué a un par de estos comunistas degenerados, pintaban una paré con las tales letras rojas... Ahicito, ahí nomás empezamos a darles...

—¿Cuántos eran los malparidos?

—Como seis, todo un mitin de guachos.

—Y así que se rajaron los demás cuatro...

—Y gué, nosotros éramos yo y mi ayudante, nada más, ése que me encajaron del asentamiento de centuriones granaderos... Después de la famosa fuga de la celda veinte.

—Ah, ¡el Juan Degollado...!

—Sí, siempre está como mojado con sudor de caballo.

—Jodida jedentina cuartelera se trae con él todo día que pasa pur aquí.

—Los pescamos con tarros y pinceles y pintura fresquecita. Primero los vamo a hacer cantar y después les metemos de dos añitos a seis, un año pa cada uno en cada caso y no importa cómo salgan.

—¿Y qué pudieron pintar, eh?

—Pues... “Milicos putos”, “Combatir dictadura facipatriotística”, “Pueblos unidos, puños altos”, “Viva el general del pueblo Liberegni”, y todas esas mierdas de publicidá.

—Pero che, ¡les hicieron las obras completas...!

—No se puede estar en todo, ¿no?

—Y vos, ¿qué tal?

—Nada, la zona está como quieta, un charco sin viento. Por eso hay que vigilar más, caminar hasta la suela del pie.

—¿Y vos?

—Seguimos a los que tenemos en el expediente, los tres son: Rosendo Petrarosa, Telmo Borjas y Adalberto Alturazor. En la semana no hicieron liga con ninguno.

—¿Ningún contacto?

—No, ninguno... Yo pienso que tenemos que caerles ahorita, ya mesmo.

—¿Por qué?

—Pueden salirse de la ciudad o zambullirse en la clande o írsenos de la república, mi oficial principal...

—Si los atendemos bien, ni aquello ni eso ni esto.

—Sí... mi...

—Depende de usted; podemos darle más gente pero su equipo me trabaja dos horas más; estamos de full-táin.

—Tengo a uno preso porque se cansó, él dijo, de tanta responsabilidad. Sin pan y sin agua por dos días. Y a otros tres o cuatro bajo observación y sancionados con probable disminución de soldadas y prebendas.

—Después me da los nombres de los funcionarios. Y al que está cansado... pues lo pasa al Cuerpo de Especialistas de la Seguridadadddd.

—Pero... capaz que lo escarmientan endemasiado, mi oficial principal... ¿Se acuerda que al espión Angulo Guitarra le reventaron un huevo?

—Fue una confundida, nomás. Como estaba de capucha y pierna abierta lo calzaron de atrás. Pensaron que era un subersivo, ¿entiende? Había un montón en el patio...

—Claro, mi...

—Si ya hablamos de eso en su coyuntura de tiempo, ¿eh?

—Está bien, pero al espión ahora lo tienen de portero y con una bola que solita le rebota en la bragueta.

—No queremos blanduzcos entre nosotros; si fuera un buen patriotístico, ponía duro ese huevo y seguía de espión, ¿o no?

—Claro...

—Pos que se... entonces...

—Y sí... no, sin duda.

—Por mi ordenanza se resuelve y decreta que al cansado lo pase luego de la junta nuestra. Se me comunica con el sargentón del Cuerpo. En una semanita se lo regreso, con pelotas y todo. Y muy mejorado, ya verá usted.

Recién miró para Malaventura Nervio:

—¿Cómo fue lo del mercado? Esa trompada al gurí estuvo incorrecta, ¿no? Ya fui informado.

“El estornudo llega antes que el aire...”

—Parecía una agresión a nuestra autoridad, un ataque a la dignidad de los centuriones que somos...

—Acciones como esa pueden... desfibrar la imagen frente a las masas populachescas. Por radios, semanarios, diarios y tevé una cosa; y en la calle otra, mi semioficial... ¿Cómo lo ve?

—Dimos impresión de respeto; nos golpetearon la panza y arribita, encima nos carajearon de m..., nos trataron de flojones.

—¿Y por qué no se lo trajo para aquí? Uno más para la cueva, la procesación de la justicia patriotística sería por ultraje a las energías de la centurionidad y por insulto en reiteración real, imaginaria, consecutiva y contumaz al vestido sagrado que nos uniformiza desde el barril sin fondo de la protohistoria feudal, etcétera.

El hombre de elevada graduación agarró una de las botellas, pidió un vaso, se lo burbujeó hasta el límite y bebió sin dejar que el refresco le apaciguara el elaborado ardor de su fonética.

—De acuerdo —confirmó Nervio, encabronado, caliente contra el rapaz y su propia calidad de rápida contestación.

Ya estaba pensando, en el hervor de la susodicha calentura, en cómo, cuándo, dónde y de adónde agarrar al cipotón que cipote o niño pues no lo era por cuestión de menguados años, escuincle hombruno pero de flojeras en la mandíbula, boludo afanoso en sus empresas de revistero ambulatorio, “Trabajador del papel pintado y dibujado en la mentira, no el escrito”. De cierto que se borraría del mercado por semanas de prudencia y reajuste dental, “Si tiene que volverse, ahí está su centro de ventas y reventas e intercambios”. En épocas de apretar, hasta la cuerda se ahoga.

—Y eso es todo por esta junta, ¿señores? No es muy mucho, que podamos decccir...

Malaventura dijo:

—Mi señor oficialísimo...

(Le escarbó un poquitín los ojonazos azul piedra al superior, se agradó a sí mismo en el pelo templado sobre una craneoteca inflexible y dolicocefala, un huero o rubio de unos treinta y cinco, preparado para bastante más que aquellos operativos en la colonia populera de Escandocordón, él quería aquel cargo de oficial, en verdad se decía que tenía que estar allí, echando calor y rumor del culo en la otra silla de recto y elaborado espaldar en madera de nobleza —robada quién lo sabrá de vaya a saber de cuál residencia o casa subversiva—, por dos décadas de servicios impolutos, sus cursillos en las zonas de Pamará, Porto Triste y Malos Aires, su

participada gloriosa en la reprimida lanzada tres años atrás contra los montomaros, él mismo le ingresó dos plomos al tipo de lentes, periodista comiendo su bistec tan desalertado, sangres de hombre y carnes masticadas de bestia se misturaron arriba de la mesa, la mujer ni gritó, quiso revolverle tenedores y cuchillos por la cara, dos disparos más, cortos, sucios, los metales deformándose al pasar por huesos y romperlos, en la pared cavarón dos buracos aplastados, por eso lo hicieron semioficial de la Inteligencia, “por méritos de suprema lealtad y arrojado valor patriotístico”, pero ahorita los asuntos le parecían menos legendarios, sus apelativos no emergieron más de los periódicos, lo mismito pasó con tantos colegas, sólo los Grandes Centuriones, los Centuriones Generales o los Centuriones del Mar –“por un par de barquitos de lata que tenemos...”– tenían su sitio, fotografías, desfiles y discursos, presencias conductoras rodeando al defenestrado y prognático Burroberry, al casual viejecillo doctor Vermichelli y al actual doctor o licenciaturado Aparecido Péndej, unos primero otros luego luego presidentes rentalicios de la patriótica nación que se formaba en el desafinado concierto del Coño Austral; él quería su puesto de oficial, el estudio letra por letra y mancha por mancha y hueco por hueco de cada expediente “para qué aprendí, teoría y práctica, para qué escribo mi librito, el tratado que nadie todavía aquí se animó a redactar, porque prefieren traducir del inglés y tomar sus notas o recibir ya todito traducido y hasta en disco o cassette, no basta ladrar como los del periódico, esos de *El Paisnazi* o *La Alborada* o *El diario negro* o los de *El Diadé*; practicidad y teorización van juntas, si hasta los comunoides antipátridas lo saben, ah mi librito ese de la ‘Parasicológica antirroja o elogio de la piltrafa’, ya verán cuando salga, mi amigo cuatísimo el Ministro de Represión solventará los gastos de dispendio y el sistema difusivo, y chau para vos, mi oficial superior, tu sillita es la mía, y a seguir subiendo entre el alado plumaje de nuestra sacra bandera”–, hizo una cortina con los párpados, sabía que todos lo miraban, los dedos

trepados en un fólder o carpeta verde, mostración de uñas limpi-simas, manos de suavidad hasta las marcas digitales).

—...ísimo, tal vez resulte de utilidá dar una batida genérica por toda la colonia, buscar las señalizaciones de aglutinamiento, las salas de bailar y de billar, el clú de fútbol Nueva Italia, el Vieja España, los quilombos y casas de hospedaje amoroso, los hoteles que son pocazos, los baños turcos y saunas repletos de maricas, las cantinas de pulque de pita, vinos y grapa, los abarrotes o almacenes de tequila y caña que se arrebatan de gente cada noche, entrarle al mercado desde el nacimiento de la mañana, cuando llegan los materialistas y camiones primerizos de las Mercedes y del puerto, arrasar lo posible... Pero todo sobre la base de ciertos nombres que disponemos y de lo que pueda averiguarse con los detenidos, estos delincuentísimos sin nacionalidad que se hayan bajo tratamiento...

—Estoy de acuerdo, semi-oficial Nervio.

—Y recurrir a los del Cuerpo de Especialistas de la Seguridad, suspender reposos, descansos y licencias, dar poderes totales a cada cual de nuestro personal de apoyatura, que tronchen puertas, desvirguen ventanas, despeguen los pisos entablados, se traigan muebles y vestidos de buen uso, se cojan hasta a las ancianitas en cama sumaria, y descubran lo que hoy mismo precisamos; la causa de la nación patriotística no supone la menor demora.

El oficial huero o rubio oía, anotaba en una libreta marca Escriba, miraba para los otros, radiografiaba al hablante. Dijo:

—El plancito no es original, aunque el momento, la correlación de fuerzas, digamos, es lo que importa a nosotros.

—Sí, claro...

—Pos que sí, seguro nomás...

—Ándele pues, adelante, mi...

—Propongo y ordeno declarar en estado de guerra completo a nuestro organismo para este barrio. Cada día vale por dos. Operar según planificación esquematizada. Los del Cuerpo que vengan de apuro. Los detenidos quedan todos sin comunicación con el exterior:

nadita de comida con sabor a mamá, ni ropa ni medicamentaciones. En bolas andarán cada jornada, con o sin frío, con o sin lluvia, sentados en sus colchonetas podridas, tomando el agua y el pichí de los submarinos, un pedazote de pan y alguna tazona de caldo para que se aguanten, sólo. Me los hacen picanear y colgar de las vigas así dispuestas, armen un caballete largo que ahora sí precisamos, fierro se consigue con los granaderos, yo les firmo los pedidos, y traigan los perros policiaos y algún dóberman pijudo. Y llamen al doctor Rodriguera con su equipo, del Sanatorio General de Centuriones.

Lo miró a Nervio como tirándole dos pedradas azules:

–Operativo “Quién Sabe” se llama, derivado del plan “Sulfurio” para el Coño Austral, y queda bajo su única responsabilidad. Ya ve usted cómo se acepta aquí la iniciativa de mis funcionarios... Ya había pensado que para usted, Nervio, el mercado y sus contornos, con los singulares que son, eran muy poco territorio.

Alejó la silla de dos piernazos y agregó:

–Junta terminada. Nos vemos cuando yo lo disponga y ordene.

Saludaron, re juntaron carpetas, papeles, y Malaventura Nervio dio abertura a la puerta. Todos salieron, apurados y como sudando. El oficial se le acercó:

–Hay confianza en usted; además, estará mejor con otra manera de vestirse. Ya sé bien que le gustan los pantalones de mezclilla o algodón, los suéteres y lindas chamarras apretadas, y el perfume francés de la fayuca o el contrabando, sus dos plátanos bien ricos... Ya lo sé...

Nervio cerró, qué iba a hacer si el rubio alturón o altísimo se marchaba. Saludó flexiblemente para las espaldas alejándose. Con llave en el bolsillo se regresó por las mismas baldosas cuadrículadas. Al llegar al punto donde su sombra se ajustaba a la del guardia, se paró como si frenara el pajarito Correcaminos, “Una sola sombra larga...”, y surgiendo un cigarrillo también de bagayo, invitó a fumar

al serio uniformado, al uniformado armado y tieso como cajón en cadáver, hubo unos humitos primerizos, porque estuvo la indecisión de los fósforos, el fuego temblecoso y quemador.

—¿A qué horas largás la guardia?

Humo, determinados silenciamientos, palabras:

—Como a la diez, si no hay novedá ni contraorden... mi semioficial...

—Sí, y vos mi miliquito de la guardia. Cuando salgás te vas derecho, recto a mi habitación, bien duchado y descansadito, tenemos que hablar. Vos sos casi nuevo en el organismo seis, debo darte instrucciones especialísimas, ¿entendistes?

—Si, mi oficial...

—Semi-oficial, nomás, pero que Dios te haya escuchado.

Y se dio la vuelta con un girar de nalgas y cintura, con una bajada delicadísima de párpados que solamente él se percibía (oh sutilezas de la autocomplacencia brotadas entre el crimen y la mugre), y con su suavizante taconeo dejó al soldadesco preparando el clic-clic del mortal instrumento metralístico.

Juan Degollado vio que el de la guardia se extraía de la pieza del señor semi-oficial, su señor en la altitud de los rangos establecidos. Sin el arma iba, ni botas ni casco verde, de alpargatas, la camisa alborotada como una negación de todo reglamento, otras reglamentaciones había acatado el inferior, por más que en las guerras de petate el de arriba suele quedar abajo. Desprolijísimo el soldado, con su piel color provincia al norte del río Negrazas, piel como ladrillo pálido con una pátina café, pocas sus chances para la gloria, soldadito nomás hasta el morir.

Así lo vio Juan Degollado, desde su cara que ni el oficial centurionazo se animaba a examinar, sólo del cuello de la camisa para los abajos, una cara como inventada por alguien, como sacada de algún cuento del norte más lejano todavía, haciendo frontera indecisa con los reinos voraces del Vresil, rostro trasladado a la repartición seis, en castigo y para aumento de terrores, bajo punición

sí de no tocar ni muslos ni entrepiernas ni otras cositas, “Ni una teta, ni un pedazo de cualquier culito usted me toca, ni de pasada, ¿estamos?”, y era orden directa, “Como si estos presos no fueran como los otros, los comunes, si allá en el encierro de Carreta Alta, contra la costa, todos se la dan a todos y todos muy contentos con la sabrosura, con guardias que te limpian la celda y te cosen los botones, si hasta un quilombito funciona, con las gentes formadas correctamente y esperando su turno para darle pulpa al gancho”, porque para el oficial mandante no podía haber ni una sola distracción, en tal caso de alguna aflojada o apretada —casi todo es relativo— entonces de pronto decretaba bragueta libre para todo el mundo.

Juan Degollado vio que el guardia estaría en el baño, orinando y lavándose, canillas o grifos cromados o dorados, mucho mármol, cuarto de asearse que en un tiempo usaron las personas de una familia extensa y con su situación buena en dineros que habían sido convertidos en objetos tan diferentes a sus contemporáneos (eran las sábanas inarrugables, los trastos relumbrantes, los sillones de cuero inmanchable, los lechos con angelitos y faunos en su cielo y en selva de madera laborada, la vajilla de lógica plata, los puntuales juegos de té, los armarios sin límite de la cocina y los roperos con espejos biselados de Brusales, los cantantes cristales y las lozas de la Anglaterra), tan distintos, solamente tal o cual lámpara tuerta o semiciega, con arañas atentas y sus trampas donde bailaban polillas, mosquitos y moscas enlazados para el sacrificio.

—Debe mear bonito, ese ruidón no es la pileta.

Se estuvo parado, mientras el tiempo llovía como ceniza transparente en sus contornos. Después, se arrimó a la puerta del semioficial; airecitos corriendo entre la puerta y el marco blancos. Con un dedo empujó, nadie en los pasillos a esa buena hora. Malaventura Nervio dormía con la boca torcida sobre el petate o jergón; podía ser colchón, no discutimos cuando la media oscuridad molesta las vistas. Sintió manos en los hombros, contempló una atropellada de caballos mordiéndose, olió sudores de ijares de caba-

llos, volteó para erguirse y salir al mundo, estaba el Degollado. Apenas dijo:

—¿Qué hacés aquí...?

—Y... me entré al pasar, mi semioficial.

—Pero estoy descansando, che. Hoy vamos a tener una jornada de locura.

—Y qué importa, mi superioridá efetiva. El de la guardia salió de aquí, ¿no?

—¿Y qué querés vos, eh?

—Si usted permite, mi señor superior...

Malaventura Nervio tuvo una panorámica rápida de caballos en disparada, sudores, patas, dientes de caballos, tierras descuartizadas, polvo, piedras en la cara del viento, sangre.

—Yo...

—Si me da su licencia, mi señor...

—Bueno, ¿estás autorizado a proceder...!

Que en tiempos de vértigo, hasta el torbellino se marea.

El inteligentísimo Nervio sabía que el plan propuesto era ya sabido, tuvo el chance y pateó al arco o cabaña empiolada. Ponerse en la iniciativa, proyectar en la práctica un fragmento del plan llamado "Sulfurio", terminar su tratado contra la subversión, unas paginitas más que ya tenía en estadio de borroneo mental, mientras los muchachos oficinescos finalizaban la mecanografización de las cien y tantas anteriores (material gráfico seguro que sobra). Resignó pues el mercado, aquella zona aparencial y sus bananas diarias, las paseatas por callejones frutales, mostradores de carnes compulsivas, vitrinas con ojos de chanco, yogures, carnitas, hierbas de amor y dolor, olores de ampulosidades y miserias.

¿Y el chavo o pibe aquel habría vuelto con sus revistas y hazañas coloridas? No estaba enterado, hubo primero una retracción como de uñas de gatos encelados, había que permitir atisbos de actividades enemigas; volantes interdictos, muros y paredes y columnas pintados en la instancia preparada o sorpresiva, periódicos

mínimos, una especie de carta cada quince días escrita y repartida entre las tantas gentes, protestas susurrantes, gruñonas, gritonas, conversadas, afirmándose en orejas receptivas, pliegos en petición de más salario, brazos caídos en tales centros de artesanía o en empresas de fabricación de esto y aquello, brazos llenos de tristeza y cansera, sin fuerza para agarrar buril o palanca, aguja o pala, tabla o ladrillo, pico o remo, red o barreta, y ahora sí, sacar las zarpas para afuera, apercebidas, aceitadas, puntiagudas, tajeadoras, más expertas:

–Semi-oficial Nervio, esta noche empezamos, a la hora de las brujas –entregó su orden telefónica el centurión superior, el Batman de los centuriones del seis.

–Todo listo, pronto y ya dispuesto, señor.

–Proceda pues, en positivo, usted no iggggnoa su responsabilidadddd.

–Disponible hasta el fin estoy y estamos, señor.

–Viva nuestra patriotística república, ¡paradigma del Coño Austral...!

Y le soltó el tubo contra el interruptor, partiéndole un tímpano a Nervio con un solo martillonazo sobre un yunque brutal.

Él también hizo idéntico, imitó, sin hervir, porque aquel golpetón eléctrico no era por ser nomás, “Este hijomilputa entiende bien, adivina el asunto, falla el operativo, yo me ensarto, luego arma otro mejor y se levanta pisándome el cuero de la cabeza... Cuál será el milico que está conmigo, qué oficial...”, le restaban cinco horas y una poca de minutos, prensó el teléfono y dictó sus esquematizadas instrucciones para ese mes de octubre. Fue a la mesa, consultó folletos y publicaciones yanquis, releyó materiales capturados o encontrados en calles y esquinas, estudió las fotografías con los paredones repintados, calculó la resonancia de llamamientos y consignas, armó una relación de los presos de más categoría, más de importancia, estimó los que faltaban, los que nadie aún conocía, los que andarían por otras fronteras, “Les dimos en la nuca, ¡pero cuánto falta carajo!”, aprontó su pluma de oro de verdad, presente de su

siempre presente instructor Johnson Horse Power Jr., que a las vueltas se allegaba a esas tierras patriotísticas —medio a lo fantasma— para verificar resultados, intercambiar ofrendas y visitar asentamientos de inquietos soldadescos o de oficiales malconvencidos. “Ah, ¡qué bien picanea mai fren! ¡Donde más te duele, sin prisa y sin pausa! Y esa frase unitaria que es mi divisa eterna; ¡tortura somos todos!”, y recommenzó las cuartillas finales, dictándose a sí mismo con fonaciones secretas:

—La finalidad, no. El alto propósito del supradicho tratamiento es de, no, es el de transformar, no, convertir a los... principales jefes y notorios cua..., no, dirigentes rojo-marxistas y a cuantos a ellos se asemejen, aproximen a menos de dos metros o más de dos palabras y tengan parentesco directo o indirecto, legal o consanguíneo, hereditario o sin causa de derecho-habiente, en línea vertical o en horizontal hasta la generación postrera, convertirlos se decía, ah, después de postrera va un punto y como, en ciertas y visibles piltrafas de hombre, sin necesidad de llegar al fallecimiento por falta de resistencia de los delincuentes apatridios, no, apátridos, ahorita no estoy para inventar palabras, con alimentación límite, en celdas sin luces, una salida al baño por cada día, supresión de interrogatorios según prescripción médica, continuación de acuerdo con lo apuntado en los capítulos “Tratamiento general” y ... “Tratamiento especial” paréntesis, sin excluirse el ítem de este último denominado ‘Agudización bajo tensiones psíquicas hasta niveles de carroña’ cierra paréntesis, bueno... Por lo tanto, si la aplicación es la adecuada, la debilitación, no, el debilitamiento de los rojo-marxistas será definitorio, y ante un posible recambio, nonó, una salida democratisanta, no, y ante una probable e indispensable, así me dijo mai Johnny, y ligera disposición institucional renovadora que la defensa de la protonacionalidad señale y con el que las Heroicas Fuerzas Centurionas concuerden de plano, los jefes del movimiento denigratorio, destructivo, ensuciador, amoral y falsamente revolucionario, va una coma aquí, igual la dejo, no estarán en condiciones de actuar con

su... eficacia, no, con su perversa habilidad que nuestros atentos y jóvenes pueblos conocen punto”.

Incrustó la pluma aurífera en el signo de finalización, puso un envión energético bastante regular, reflejo de su impulsora creatividad, recogió con los dedos libres la banderita patriotística que todo integrante de la oficialidad porta como pañuelo o paliacate y se la repasó por las vaporosas arrugas frontales. Escondió el trapito sedoso en la bolsa del pantalón de mezclilla y cuando iba a resguardar el plumón en su inicialada capucha fabricada con los metales del sol, vio que la punta estaba mocha, torcida, neutra, rajada, partida como lengüeta de víbora en un caminito del campo en el verano.

—¡Comunoides putos...! ¡La culpa es de ustedes!, ¡desgraciados, los hago harina, puré de mandioca, granitos de mierda seca...! Qué diría mi Johnsito si se entera que se le rompió la punta... ¡Ah, qué vendepatrias asquientos, si joden hasta cuando los estamos jodiendo!

Llamó a un chavón o muchachote de las oficinas, dio encargo urgente a refaccionar su artefacto de escriba, luego revichó sus expedientes y carpetas, fichas sueltas, fotocopias de documentos, listas de direcciones, recalculó el espacio para meter a los agarrados y/o agarrables, los quería a todos para Malaventura Nervio, nada de envíos contra recibo a otras dependencias, locales, organismos, cuarteles, infiernos escondidos.

—¡El infierno lo hacemos nosotros, yo, aquí mismito! ¡Sobra leña y sobra fuego!

Pero antes de eso mandó culminar los originales para el Ministro de Represión, su tal compadre proveniente de las ondulantes fronteras con el agigantado Vresil, el coronelazo centurión Adolphino Pajares Pum (Pototo en los resguardos de la intimidad compartida y hasta Negritogordo en las aproximaciones del éxtasis amical); porque mientras cundían las expresiones de la practicidad, “¡Así se iría asentando el necesario teoricismo que a las pocas pasaría a integrarse a la formación somático-espiritual de las emer-

gentes generaciones de dóciles educandos, vacunándolos contra cualquier infección llegada de la foraneidad, con tantos revoltorios salidos del país, largándonos basura desde sus lujosos exilios!", por tanto el libro pasaría de don Pajares Pum a las prensas afanadas, expropiadas, incautadas entre innúmeras depredaciones, rápida impresión en offset, carátula a colores con una bota negra desgranándole la cabezota equilátera a un siniestro reptil rojo, en diagonal las fajas del patriotístico estandarte centurión (fajas celeste o azul triste, un astro depositario de una cruz con patas ganchudas en sentido opuesto al caminar del reloj y de los humanos tiempos) y el correspondiente sello de la Editorial Soldadesca S.A., con la frase en primorosos tipos itálicos *militari bellum permisus intellectis est*. Y después de los infiernos, el personal paraíso de su levantamiento jerarquizante, oficialazo mandón del organismo seis, "Con sus orgasmos dos o diez", habrá imaginado para interferir con lúdica vulgaridad en nuestro relatar continuo. Y para otro luego la ascendida a la diestra de don Pajares Pum y para otro luego, pues que al sillón de noble roble y púrpuras cueros flexibles y resortes acerantes que no se hundirían porque sí o porque no bajo su asentadero retozón.

Mucha gente tenía pasado por sillones semejantes, silletas, divanes. Algunos ni tuvieron ocasión de posarse, fríos los dejaron donde estaban; en varios hubo tibieza nalgal, en varios mejor temperatura; pero la vaciedad y su horror consiguiente testificaron el desfile del acomodo, el paracaidismo, el hoyporhoy y el feazo hedor de los perfumes de la afeitada podredumbre, "Dignas renunciadas, libertad para el presidente doctor Aparecido Péndej en el imperioso reajuste del su higiénico gabinete, lo mismo con los Curules Estatales, reverdecida colección de esqueletos que se cagan sentados en las reuniones, y que hasta infartos han tenido levantando el brazo para votar que sí, que sí...; ja, ja!", yo soy de una estirpe diferente, se pensó espartano, y además, don Malaventura Nervio, para hacer quizá que suprimiéramos más verbal espacio entre las comillas anotadas. Y vaya qué bien lo probó; tuvo un infierno propio donde

lo privado en él precisaba de lo colectivo de otros. Que para hacer su terremoto, el volcán también tiembla.

—¿Cuántos detenidos delincuenciales, semioficial Nervio?

—Casi siete mil marginados... digo setecientos, mi...

—¿Cómo? ¿Quién puede creerle ese dislate disparatado? ¿O no se enteró por la Panamerican Radio que el presidente Aparecido Péndej negó la existencia de este tipo de detenidos?

—Sí, pero fueron dos meses de dele y dele... Están también Petrarosa, Borjas, Alturasor... Tengo las listas coordinadas en la computadora central que nos mandó la embajada, fue un obsequio de mi amigo, mai fren el míster Johnson Horse Power, Jr. ¡Si usted asimismo lo tiene conocido a nuestro magnánimo asesor...!

—¿Y quién queda en el barrio del Escandocordón? Clarito, ¡si hasta nos traen la comida importada de las colonias del centro! Si seguimos así, no tendremos ni cocineros ni mandaderos ni panaderos ni meseros ni pizzerías ni bodegas ni almacenes ni lecheros ni carniceros ni zapateros ni boludos ni boleros ni voceadores ni pulquerías o borracherías ni bares ni sombrereros ni electricistas ni plomeros ni prostitutas ni borrachos... ninini milicos, ¡carajo! ¡No hay ni cachorros que depositen sus mojones o cacas ensoretadas en la vereda!

Don Nervio Quietón. El oficial rubio con los ojos revolcados entre arena azul, chilló:

—¿Por qué metió en la cana al Juan Degollado y a ese guardia que ni sabemos el nombre? Usted mismo aseguró que presisábamos toda la funcionaridad y el milicaje, y los médicos de la armada centuriona, y los del Cuerpo con sus aparatos y sus ganchos, y los perros de colmillo adiestrado, y los picaneadores y los colgadores más experimentados, y los técnicos de laboratorio con sus líquidos de inyectar o sus pastillas de delirio, etcétttera, ¿o no?

—Claro, mi oficial. El caso del Degollado y el guardia fue por imponer moralidad en el organismo.

—¿El qué...?

—Moralidad centuriona. Los encontré forcejeándose el uno con el uno, iban por la cambiadita, discutían quién empezaba. A más, eso comprueba falta de confianza entre compañeros de armas y bagajes, mi oficial.

—Ya van días completitos de reclusión, a ellos también les dieron palo y lata y una golpiza por una equivocación que todos lamentamos. ¿Cómo es posible que entre hermanitos centuriones se derrame la sangre preciosísima de la patria patriota y patriotística?

—Fueron los del Cuerpo. Pero lo gravísimo de la falta, pecado para con Dios, que con su furia nos solventa, y horrisona indisciplina para con los reglamentos impolutos de la Armada Centuriona, es que los descubrí en mi austero lecho de descanso, mi oficial. El petate o colchón o jergón está ahorita ricamente estragado, se lo puedo exhibir cuando lo desee, mi...

Las piedras azules rechazaron elásticamente sus párpados, cortinajes delgados y contraídos por los efectos de la sorprendente querrela oficialasca.

—...oficial.

—En aras del operativo “Quién Sabe”, ligado al plan “Sulfurio” debemos admitir cierta... elasticidad en los hábitos de los soldadescos primarios. Nosotros somos otra cosa, semi-oficial Nervio.

Las arenas azuladas eran como un vuelo atorbellinado. Nervio hasta sintió una ventolina entre los huidizos cabellos a cuidadoso perfume bien peinados, reflejo por condicionamiento de anterior condición.

—Su verdad es total, señor. ¡Pero debemos impedir que tales habitualidades se reproduzcan! Que hagan sus cositas por otro lado; fuera del ruido del milicaje, de los hombres, y sólo bajo el silencio de Dios.

—¿Hay otros soldadescos y funcionarios detenidos?

—Sí, mi superioridad. En cifra completa son once, una buena selección pal mundial 78... Por faltas de menor cuantía; apoderamiento indebido de objetos y alhajas destinados a la oficialidad;

borrachera con vómitos en momentos de duro servicio; exceso de castigo a prisioneros delincuentes en desatención descarada a las indicaciones médicas; faltas de ortografía en la redacción de expedientes; reclamos de aprensamiento de gentes ya presas y pasadas a la justicia centuriona y patriotera; protestas por cansera y no pago de horas extraordinarias de tarea; matizaciones ideológicas, etcétera, señor.

—Sé que hubo un caso bien diferenciado, Malaventura.

—Sí, lo hubo. Un soldadescazo muy de provincia, mal preparado para estas gestiones, un primitivo sin técnicas, puro impulso nomás. No soportó ver el tratamiento con los perros policiacios y dobermanes, ni la arrancada de uñas, de manitas y patas al tal Jacobo Peretz, el jefe subversivo chillando y sin decirnos nunca nada... Y a él le dio como una variante aguda de explosión nerviosa, se reía y empezó a rascarse todito el cuerpo y a quitarse el uniforme y a romperlo. Lo mandé a la internación urgentísima en el Sanatorio Central, señor, y de ahí lo van a enviar al Locosomio número uno; con chaleco de apretar tendrá que estarse su bonita temporada, capaz que hasta después de la guerra...

Las arenillas azules se aglutinaron en dos piedras secas:

—¿Cómo reaccionaron los demás soldados y responsables policiacos?

—Unos serios como novio en boda, otros dando risaditas y jodiéndose entre ellos. Tuve que frenarlos porque se apelativaban de Loco Fulano, Loco Pardo, Negro Loco, Loco Perengano, Loco Degollado, Loco-milico-de-mierda... Todos Locos, señor. Pero eso lo terminé bien ligero; colgué a uno elegido a dedo, de brazo derecho y pierna izquierda, en pelotas y con un perrazo cuidando que ni se le movieran los poros con el sudor. En media hora pasó la onda de locura. Y fue muy productivo; ¿sabe usted cómo reiniciaron los tratamientos sobre los depravados antipátridos? Con nueva fe y sublimada descarga energética, señor.

Los cristales azules se fueron opacando:

—La verdaddd es que estuve fuera de este operativo, usted sabe, por haberme agarrado, yo nada menos ni más, una infeccecta amibiasis colérica con diarreas infinitas y sensible baja de mi peso corporal... La responsabilidad era y es suya todavía, hasta fines del año, peor yo tenía que haber estado encima de todo esttto, verdaderamente así, ¿no?

“Y cuánto te mejoraste, oficialito, se dieron cuenta de que vos eras un purá pinta, mero cogote de pavo y ojo directo como gringo, ¿qué más? Y te favorecieron con una licencia que yo recomendé al Ministro de Represión, mi cuatazo, mi amigazo, el Pototo Pajares Pum, y vos andás mirando el aire como vaca muerta panza arriba... y arriba tuyo, los buitres...”

—Mañana ya estamos en navidad, señor.

—¡Navidad, qué pronto se nos vino!

—Seguiremos golpeando hasta el día de los reyes del año que entra, justo hasta el seis de enero. Descanso de una semana y de vuelta hasta el mes que continúa, y de ese modo hasta fines de dicho año...

Los pedrones azules se hicieron pedregullo:

—Pero... semi-oficial Nervio, ¿tanto tiempo así, sin parar nunca?

—El asado se come hasta el hueso, y los dientes son míos, señor oficial.

Antes de las veinticuatro horas de cerrarse el ciclo duodecimensual, llegó el nombramiento para don Nervio: “Oficial Principal del Organismo No. 6 de la Inteligencia Centuriona, con poderes complementarios y de excepción sin término visible, cargo retroactivo a su data de inclusión como semi-oficial”. La diestra en el ministerio represivo lo aguardaba y por eso la siniestra operación debía acentuarse. “Mi librito funciona como tiro entre la milicada, si hasta lo leen en voz alta mientras llevan a la práctica los tratamientos señalados por mí, o sólo los comu-rojo-marxistas van a hacer teoría, ¿eh? Además, compra obligada con descuento del salario,

cada cantina centuriona una librería, culturalizar a la soldadesca ignara, ¡jajá! Y para futuras ediciones lo encajamos en los reformados programas de educación cívica, patriófica y democratisanta. ¿Quién dijo que los centuriones no somos intelectuales ni cobramos derechos de autor?”

El huero o rubio oficial se largó ese día exacto, que en tiempos de helada se congela hasta el invierno. Se nos fue por las horas de atardecida, no despidiéndose de Nervio porque el superior estaba en acto de depilación del cuerpo enterito (“también lo azotaba con látigo o rebenquitos de imperativa leche de murciélago”), que en esas semanas había desatendido tan estética obligación. El tal costumbre le venía de los inicios, cuando un estirado espejo le demostró el desfasaje entre su vocación más interior y aquella exagerada vellosidad pectoral, música, brazal y nalgona.

Oficiales, jefones de judicaturas, funcionarios, soldadescos, policiaos, mensajeros, chivatos, tiras, doctores médicos, verdugos especialísimos, abogados, jueces y fiscales centuriones, el gerente de Fricar S.A., el director de la empresa Chimes and Company, todos fueron a formarse o a telefonar para las fecilitaciones reglamentarias, para las ofrendas de títulos y acciones y un carro de vidrios oscuros y gruesos, y sobre todo el telegrama de “maifren Johnny”, de cuyos exaltados contenidos hacemos reserva. El Pototo Pajares Pum remitió cajas de güisqui fresquitas, recién llegadas en aviones centuriones desde la cercana e iluminada Santa María de los Malos Aires.

Cuando las campanas rebotaban como a contrapelo de su bronce, las sirenas reventaban un cielo enajenado, y los cláxones de los carros y vehículos represores y cómplices gritaban, pitaban, maullaban, berritaban, gañían, graznaban, rechinaban, el oficial principalísimo Malaventura Nervio clausuró el brindis triunfal en la salita de juntas con sus infralernos más inmediatos, y ya en el pasillo de repisoteadas baldosas, ordenó que Juan Degollado y el guardia cuyo nombre no conoceremos, se presentaran cual impecables pri-

marios en su habitación ahora muy cambiada (pintada de blanco y celeste, escritorio ampliado, biblioteca apretada de libros recientemente cosechados –“gobernar es poblar”, ¿no?– sillones y sillas de espaldares soberbios, lampadario de colores canjeables según las intenciones de su ánimo, no petate o jergón, cama sí que vemos ahora de extensión matrimonial con gran cobija tejida bajo el diseño de la patriotística enseña, “orgullosa emblema de este Coño Austral”, mesa de noche erecta de frascos perfumientos de contrabando o bagayo o fayuca).

Los ambos soldadescos, pues, se apersonaron, limpios y castrados de armas y botas y cascos. En la puerta, una rendija esfumándose en roja entonación.

–Con su licencia, señorísimo oficial de la principalidá...

–Si usted permite... señññ..

–Pasen nomás, entren, soldadescos míos.

Entráronse. Allí estaba don Malaventura Nervio, en rígida postura de milicia, con los dedos derechos sobre la sien derecha, talones reunidos, mirada hacia nadie, al pie mismo de la cama, aromatizado, perfecto, lampiño, con el primer uniforme que tuvo en la vida.

El muchachote de las revistas coloridas ingresó al mercado, avanzando la señal de su frente estigmada. Pudo vender lo que pudo, menos gente, menos barullaje, menos frutas, menos verduras, menos carne, una silenciación de moscones y perros. Se fue hasta el puesto de la señora Gordabarba, le dijo “buen día”, ella también “buen día”, “feliz año”, “feliz año”; se quitó del sobaco un paquete sujeto a cordel o chaura, lo entregó pasándolo entre racimos ya madurados, se miraron o no se vieron o se vieron, la patrona cortó unos plátanos o bananas, dijo:

–Te lo llevás, pos que parece que andás mal de comida.

–Y sí, cuántos como yo y nosotros... Por el día de reyes vuelvo. Tome, es una flor de nochebuena, bien colorada, le dicen estrella federal...

—Gracias y adiosito, miijo, cuidesé...

Una pareja vino a los minutos, personas de trabajo y cansancio.

—Dos quilitos de a cinco pesos, señó.

—Güé, aquí ya tienen todo.

Y añadió por un costado el bulto de papel que apenas le llegara, “Feliz año”, “Feliz año...”

La mujer y el hombre cruzaron callejones de huacales o cajones vaciados, un cuidador se apoyaba en la punta sin pelo de la escoba, otro se ensoñaba contra un mostrador caído.

Estábanse en la esquina misma de Agricultores con la José Artigas, pasó un autobús amarillo, no era; pasó un vehículo verde con su correspondiente carga de soldadescos, lento pasó, con sus fusiles mirando, pasó otro ómnibus, apareció el de su rumbo, se subieron, el hombre pagó cada boleto, el paquete quedó calzado entre las piernas del chofer. en la colonia de las Aguadas bajaron, un muchacho de gastadas mezcilllas, morral con libros, pelos crecientes, subióse simultáneo, pasaron calles de casonas achatadas, jardines resecos, plazas de árboles aviejados, muros con rojas letras vivas o encastradas, el muchacho arrimándose preguntó al conductor si ya llegaban a la avenida Centenario con Revolución, “Falta entuavía, unas cuadras... ¿esto es suyo?”, “Ah, sí, gracias señor...”, recogió el montoncito de hojas tan prolijamente atadas, a mano limpia lo aguantó, el camión o autobús se entredetuvo lo suficiente, descendió contra la acera, el grito del motor y el humo con su polvillo secreto como que más lo empujaron a meterse en aquellas regiones de la ciudad apretadamente habitadas por escuelas y talleres, simples casas, oficinas, otros mercados, otros plátanos, las grúas y los muelles y las gaviotas contra el mar y las fábricas.

México, octubre/noviembre 1977

**LOS DIENTES
DEL SOL**

B U E N D Í A S E Ñ O R A A M A N D I N A

DOÑA PELONA MORTE, para qué disfrazarla, para qué darle otras opciones de ser nombrada, andaba hartamente cansada de tanto haber mandado suela aquella mañana tempranera. Había surcado casi todo el rápido fragmento de invierno siguiendo su olfato, sus netas intuiciones. No siempre hallaba placer o gusto burocrático en cargarse la suficiente cuota de carnes fresquitas o sangreadas; más bien prefería situarse entre variantes decididas, que iban desde el derrumbe corrupto a la precisa palidez de un solo camino.

Fatigada pues, sintiéndose muy usada, se acomodó con su gran bolsa negra, bordada sí, con caras y ancas de angelitos desprestigiados por las habladurías de don Diablo Preto, que parecía saber su latín: "Todo ángel es putus". Pero esta es cosa delicada, marginal en nuestro tema. Pensemos en el bolsón agrandado por el peso de cuerpos tenaces, negándose a la disolución y a la nada.

Lo mismo pensaba doña Pelona Morte, y ajustaba la cinta de cuero en un nudo irreversible:

—Que lo de adentrito quede ahí nomás, para luego los terminaré de morir. Resuello me falta para lo de afuera, jodida es mi faena, pocos los jornales aprovechados, ¡qué vida la que hacemos con esta gente bien finada!

Las nalgas se le fueron endureciendo, depositadas como las puso en el límite duro de la alturada y decadente vereda.

Desde allí examinó una estirada paisajística de basurales incipientes, a medio crecer por falta de escoba y trapo. En verdad, que aquellos barrios no le agradaban un coño, sin embargo eran los que más visitaba en el invierno, tal vez por eso se inflamaba su repudio, y tanto, allá por las encrucijadas de su escondido órgano corazonal.

Se paró con cierto gasto de energías viriles, manoteó vestimentas fuera de moda y quizá de tiempo, enderezó los pelos por abajo del sombrero semialudo, y ya levitaba el bolsón cuando unas voces más o menos armadas le vinieron de atrás de su costado:

—¡Pero cómo dice que le va yendo, doña! ¿Siempre volviendo por estas pobreza?

Giró toda ella hacia la voz sorpresiva, tan tempranito y algunos levantados a volteretearse en el mero existir.

—Buen día señora Amandina. Madrugando un poquito ¿no?

Respondió con ciertos tonos de relaciones forzadas, pero ¿qué iba a hacer? Sus menesteres eran, al fin de tanto sumar y restar, una prolija sedimentación de vínculos y experiencias sociales. Doña Morte podía sospecharlo o no, y eso ¿a quién disgusta?

—Por qué no se entra a tomarse un cafesito, ¿eh?

La Amandina de Butierre, pues casada que era contra don Horizontalio Butierre, le ofreció la invitación muy sincera junto con las extensiones imaginables de su corpacho geoidal, retenido por ropas interiores provisorias y en disposición de recambio.

—“Que nunca se te ocurra alejarte de este mundillo, ¿cómo haría yo para morirte en buena calidad y holgura? ¿En qué bolsa o cesta podría alzarte?”

Cruzó su embolsado caudal entre los hombros consumidos,

previo esquite de los manotazos con que la patrona de casa y vereda quiso darle desinteresada colaboración, y de atrasito le anduvo, entraron en ese orden de lista, el café pronto y para servir soplaba sus vapores blanquientos en la mesa de la cocina-comedor-tallercito de costuras-altar incendiado de los santos de protección.

El sacón quedó debajo de la dicha mesa, los que en él estaban contenidos podrían haber escuchado los golpecitos de tazas y platos y cucharas de conducir el azúcar entre aquel calor negro y vibrante.

–Rico es su café, señora Amandina. Tiempito hacía que no le entraba a uno de sus regulares convites...

–Pero si usted sabe que a su orden nos hallamos de siempre, doña Mmm...

–Pues sí, clarito... Rico el cafecito, pongamé otro, molestia no es efetiva para usted. Quien ofrece, tiene que ace...p...tar.

Le sudaba la lengua con ciertas palabras.

La patronaza le abundó el recipiente y también le ubicó una espuma retaceada para que el café alcanzara apariencia más ennoblecida. El dulzor caliente eludió las distancias apretujadas de la habitación multifuncional.

Doña Morte chupaba las jugosidades vitales, después pediría una servilleta, de resultancia de la propia profesión tenía las más plurales y aun ociosas prácticas mundanas.

–Le gustó su muchito, no es, ¿doña amiga de nosotros?

Amandina estaba sentada a la tabla, como en otra dimensión, y no por sus grosores que no distinguían grasa de carne simple o hueso de sostén. Era una mujer total, digamos.

–Mucho, cómo no...

No quería buscarle a la dueña el contenido, la interioridad de los ojos, dos desgraciados huevitos de codorniz metidos en una tremenda cola de gallina sedentarizada.

–Aquí le doy su servilletita, doña... En confianza le informo, nadies puede acreditar de su finura, de sus procederes entre las gentes que vamos quedando. De inorantes que son, nomás, no digo que

chismorrios de maldá, porque a usted la respetan más que al señor alcalde, con toda su autoridad de él... Y responsable como es del cementerio, panteón, campo de personal entreverado...

Vio que la doña tuvo un movimiento o un resplandor de inquietud, y aumentó sus atenciones: que si deseaba lavarse, peinarse, pasar al retrete privado...

—...o descansar en la cama...

—Y su esposo, tan marido que suyo es, ¿no está acostado?

La doña pareció reírse sus pocas, bien que la confortaría meterse un par de horas a ras de dormidera, aunque sin nadie cerca ni lejos, sola.

—Eso no importa, ¿sabe? Él es muy buenito, le pido que le deje un sitiecito para usted, y chau, qué dice, ¿eh?

La doña Morte notó que la patrona se ponía demasiado expectante demás, mismo, y le llegó como un erizamiento cogote arriba. Estimó pues, que era instante de irse yendo, y se izó con cierto poso de fatiga.

—Es lástima apreciable que tenga que salirme de su casa, usted ya tiene buena idea de que en estas épocas de friaje el trabajo rebosa, me rebasa...

Su lengua se alegró, pero no pudo escanciar nuevos sonidos.

—Más que nada por estos poblados, ¿en verdad que sí? Tantas gripes y mirinjititis, y los gurises marchan con usted, y los enviejados supongo que igual o más... ¿Sabe?, ya anduve de variados velatorios qué lloraderas, mi Santo Jorge, ¡cuánta lágrima rota! Poco se come y cuantimás menos se come, cuantimás se muere... para qué le voy a contar, ¡si usted está más enterada que yo!

La doña Pelona casi suspira, le ocurría en cada desperdigado encuentro con la señora patrona Amandina.

“Buena persona, atenciosa, disuesta a ofrecimientos y bondades, no escondiendo nunca las ganas de no entrar en bolsa ninguna, sincera, blanda sin adular, dulzona tal vez, un buen bicho”, aproximadamente así ya tenía informado dos veces sobre ella.

—Güé, que ahora ni estoy aquí. Gracias, Amandina, y no moleste a su marido. Bien dormido está él, raro que no le ronque. Disculpando, digalé que no engorde ni chupe tanto vino negro ni esa caña enturbiada, alcoles me ayudan en lo que debo hacer...

La patrona apenas si pudo mirarla como una luz brevísima, se le notaba un notorio acceso de temblores, no la había visto así ni así en años que llevaba inspeccionando la zona, mientras tantas colegas suyas operaban en desparramados lugares de poblaciones y fronteras.

—Ay, doña, no me diga que ya le ensartó el ojo al pobrecito de Butierre, ¡mi maridito en acción legal...!

—No, no es eso, no me corresponde a mí...

—Y entonces, por qué las tales recomendaciones de salú; y derivados, ¿eh?

—Señora Amandina, por favor no se ponga de tal manera, como enloqueciéndose, le hace mal efe...c...to, la circulación, los nervios, el estómago... Fijándome bien, usted también tendría que rebajar de su peso, soltar unos cuantos quilitos, así nos aliviarnos las dos, en lo suyo y en lo mío, ¿qué dice usted?

La patronuda, abandonando su criterio de elefanta martirizada, reaccionó lo más bien, no vanamente se conocían de añazos atrás, aunque jamás habían accedido a tales desafíos de intimidad. Hay asuntos, pues claro, que no dependen sólo de nosotros.

—Sí, bueno, haciendo ya voy lo que usted me dice. Pero pobre y todo, soy loca por comer hasta el tope del gañote, y en amores lo mismísimamente, lo confieso a usted sola, ni al Santo Jorge le conté estas variaciones internas de mí... Del amor al comedor, así es mi vida. Yo no soy de trapos. Y Butierre es igualito, somos el uno para los dos, pero usted ya tiene que haberlo adivinado, ¿quién si no?

—Bué... ahora me marchó más tranquilizada, y una preguntita de antes de volar a mis servicios, que otros son los que me los administran y vigilan, el día es largo para mí y cortón de lucimiento para los otros, digamé, señora Amandina, ¿cuántos años tiene despachados su marido? Y usted, ¿cuántos? Le pregunto porque a veces

se me enquivocan los numeritos, y sin computadora, y no para andar resacando la libreta de control...

Amandina desreaccionó, quedó muda como una cucaracha, silenciosa como la Luna, distraída como el viejo Einstein, estatuatizada en fin, despojada de disposiciones, desnuda de sí misma, abstrayéndose de las porciones del cuerpo abismal que la sujetaba al piso de la habitación fundamental de su amorosa morada.

—Disculpémé, no se me ponga malita, tome un medio vaso con agua fresca, nueva, por el aroma debe ser de pozo limpio.

Y la doña le zambulló el copo completo, ni una gotita hizo perder entre el viaje del balde hasta la boca semiclausurada de Amandina, quien pudo sin embargo beber hondamente y, al mismo momento, percibir los hombrunos ademanes que circulaban por los dedos de su huésped.

De las manos pasó a la cara, al pelo resbalando del sombrero frente abajo, a los brazos luego, al pecho detenido entre vestiduras aflojadas, a las piernas que no se podían nada ver, a las zapatillas oscuras con las suelas de yute y polvo amarillento y restos de humedades por encima.

—Y usted... ¿qué edá dijo que tenía?

Muy natural fue su indagación, cuando la efectuó se sintió mejorada del todo, todamente ligera en su graso uniforme terrestre. Hasta sonrió junto con la doña, ahora sí ella sonreía, labios secotes, ni rastros de café o de nada.

Escuchó la cifra que le explayó la otra señora, la doña Morte, y le pareció que era legal o normal, nadie se asombraría o admiraría de tal cantidad. Si por esos pueblos el solo nacer y respirar dos puñados de aire, era como una hazaña de la Madre Iemanjá, flotando entre las flores del mar de febrero. Estar nomás, sí, era el transpirado milagro de cada día.

Entonces cambió de tópico, no fuera a olvidar la cuestión que estuvo en un tris o en un bis de plantearle al saludar:

—Doña Morte... ¿cómo halló a mi sobrinito, el de la Maruca

Alsina, que ayer no fui por allá?, en la otra calle moran, en la bajada del cerro Coquero.

—Usté es sabida de lo jodidito que estaba... fue una de las pestes de ahora, de esta época, que de las de antes no me recuerdo que pueda ser... Bueno, gracias por todo esto, que el atraso me aumenta.

Dispuso el bolsón bordado a flor de hombro. “¿¡Cómo le está pesando!?”, y rompió la vacilante luminosidad que la puerta hacía pasar continuamente.

—Ah, salude a su marido, y que no duerma tanto, eso quietiza la sangre y los hígados se ponen en tren de pereza.

Amandina no le contestaba, pues iba sintiendo en las orejas que las respiradas de la doña le traerían más palabras. Dos, tres, cuatro pasos esperó

La doña Pelona Morte le justificó la espera:

—A su sobrinito, lo llevo aquí. Me hace el favor de decirle a la señora Maruca, que no puedo devolverlo. Usté entiende bien, que ella entienda lo mismo. Y le da mi pésame, que no tuve ocasión porque había un tremendo mujererío gritando. Hay quienes nunca comprenden nada, ni las cosas más jodidas... Hasta cualquier día, desde ya le ace...p...to otro cafecito.

La señora Amandina vichó unos minutos solamente, alguien la saludó ritualmente desde alguna ventana, dio eco a los buendías y al quefrío, y entró en su casa, tan pequeña y ya oliendo, ya armando a café y al almuerzo que le atareaba los pensares, “Una buena frijolada con arroz y charque y presas de puerco y naranjas cortadas y vino negro y para mañana domingo caldo de gallina y el bicho mismito con arroz y papas y adobo y vino negro tal vez uno rosado que blanco nadies tomaba ni ella ni Butierre y un flan para sobremesa y cafecito con espuma y siesta y sueño ganado y mucho mimo hasta la última sombra de la noche que fuera”, se corrió a despertar a su marido, a aclararle los ojos, a regresarlo a su laboriosa realidad, porque a Horizontalio Butierre le era grato morrongear su tantico con ella antes de levantarse.

L A S G U I T A R R A S D E L M A R

Según el maestro Lauro Ayestarán
—cuya memoria aquí recordamos—
el primer luthier uruguayo se
llamó Sebastián Fulquet.

MIÑOCO CARMEN miró por las entrecuerdas, delgadísimas tripas o metales filudos en su cilíndrica mudez sonorante. Empezó a garrapatear en medio de los palpitosos rumbos de su cabeza asilenciada, entreverijó una danzante y hechizada salpicación de letras sueltas —matrimonios de b con a, abarragamiento de f con u, cortante mancebía de e con t— y dio estiramiento al fin a toda la clave de casi un nombrado señor, personaje, hombre, patrón, o peón hacedor de la pieza así encontrada: S B A T I A F U L E T 188.

Todo aquello abajo de la boca, enfrentando la salida de ecos rasgueados, de pifias laboriosas, de cejas pobremente ajustadas, de

armónicos retumbosos, de arpegiadas introducciones, de sílabas y notas coincidentes en innumerables núcleos triunfantes y disueltos.

La boca con su órbita de madera, la volteó contra el suelo de arenas y tierras empastadas; algunas aguas cayeron, no apercibidas para ser lluvia de sales, desmembrándose, desdibujándose, desdiluviándose hacia el sol que las resumió en sus fogones terrestres.

Algas y flores de devastadas marinerías tactaban el brazo único, endurecido por sucesiones de sudor y culminado en aquel puño de incrustadas uñas de nácar o esmalte o mármol, que de tales y cuales materias de irisamiento podían ser compuestas, texturas orgánicas, carbonatos diamantizados, cálcicas transformaciones.

Y el cuerpo con ademán de vibraciones, atado a la humedad colgante, el pecho también único cerrándose hacia la junción de la boca y su ampliado espacio ventral, y luego las curvas desmerecidas por bailes de manos o desgastes de ruidos que fueron anteriores o serían o podrían ser contemporáneos de la barcaza que asomaba los sistemas de hierro y aluminio que el mar consumiría, la barcaza de sigilosos trámites así derrotada, rota a mordeduras de roca, de pedrones musgosos, de salientes que las espumas medían y alteraban.

Miñoco Carmen sobre la orilla, eligiendo entre sus redes lo más pesante y logrado, rechazando pescados inocentes, seleccionando capturas rigurosas. Él no era gente de océano, venía de ríos discretos que marcaban fronteras barroas; en las agallas de los bichos estipulaba el tamaño de la asfixia, lo nutriente de la escamosa expectativa. Esto para comer, esto para ahumar, esto para vender. Cada vez que terminaba su colecta, ahogaba las manos en el chorro dulzón y enturbiado que cruzaba indetenido el magro largor de la Península de los Diablos, cadena de piedras rojas y fulgurosas metida revoltosamente contra aquellos mares sin mundo.

El opaco torrente se segregaba desde la terrosa bajada donde las siete hileras espinosas de acero y sus marcos de ley daban límite a los pastos engordadores de vacunos también rojizos, reflejo apa-

rencial de las vetas y los médanos solidificados tal vez en el color de borrados infernos, en el crepitar de escenas primordiales. En esas aguas permanentes se ahogaban los brazos de Miñoco Carmen, y el olor de otros peces frecuentados por un barro solamente estrepitado por los cuajarones del invierno inundador, por un momento le enfriaba la cintura con el contenido irrevelado del lagunón que tanto acechaba el ranchaje de los hermanos Miñocos, tan alejado ahora, pues sí, entre los salitrosos barullos del viento.

Él no compartía las masacres de lobos marinos, en dos o tres islas algo más acá del más levantado horizonte, cuando entre junio y julio se enraizaban musgos coagulados y los animales espejeantes y perseguidos gritaban sin poder tocar el vertiginoso cielo con su voz asesinada. Sólo una vez pudo ir, y regresó a sus pesquerías, a las olas peninsulares que año a año se ajustaban con respirada perfección al discurrir de sus brazos, al mejor elaborado penduleo de sus piernas que habían aprendido y aprehendido, y así entraban como invencibles en los impulsos de lo profundo.

Y medía sus redes, tejiendo, agregando, tactando cada fracción de aquellas extensiones que dominaba, percibiendo el roce del perjuicio, la desgarradura que dislocaría el equilibrio, la rotura que abriría las aguas a las oscuras corvinas, a los atentos sargos, a las deseadas merluzas, a los cazones inoportunos, a las urgentes palometas, al ocultante mero, a los insólitos lenguados lamedores de confusiones biológicas, pescadería toda que empezaba a perder las anchas segmentaciones de su mar.

Pero sólo eran retrocesos relativizados por huevas saturadas y alevinos pobladores, aunque estaban las galaxias de petróleos inmundos, los estanques de algosas putrefacciones.

—Este marcito no se termina, no. Qué harían por aquí mis bagres de bigote y mis quietas tarariras...

Y fue —según siempre creyó o creería recordar, quizás hasta esta propia palabra que ahora aquí se inscribe— fue ahí mismo que el lanchón de los abundosos contrabandos, desviado de sus caminos

por la necesidad o la persecución, adelantado en horas nomás al decaimiento final de la luna, el lanchón cruzó entre menguadas columnatas, desgajóse de la simetría de sus planchas aceradas, aulló con la velocidad destruida por palancas y timones, y mientras figuras como hombres retorcían torrenteras, contenían densos manantiales, abrazaban cascadas de muerte, absorbían turbiones de helada fluidez, dejaban de estar, y rápidos toques de fuego sonoro precedían a una deshilachada descarga de meneados bultos con su pellejo de material invulnerable, desde la orilla descuajada por los rocones y las arenas aún no afinadas por el abrasar del tiempo, luces también ligerísimas, mudas fundaban el sitio del último desembarco del lanchón, de la barcaza cuyos cadáveres como hombres desnudados serían clavados en playas más penetrables, ya canibalizados por cangrejos enrojecidos de rumorosa cirugía.

Miñoco Carmen ayudó a los enterramientos, nadie en la Península de los Diablos rebuscó ropas arrancadas ni documentos ni midió las llagas de cada balazo en costillares, panzas, cabezas. Enterrados a menos de un metro de las espumas visibles, los cuantos tipos, gentes, hombres fluctuarían, se moverían entre burbujas minerales según la carnalidad y el capricho y los carapachos que desvanecerían toda ilicitud a golpes de pinza, de precisos utensilios descoyuntadores, bajo el condimento de agitados saladares. Porque los huesos ascenderían, extraviados de la humanísima unidad donde se congregaran, y se golpearían contra las diamantizadas mineralizaciones de aquel cementerio con sus niveles y ángulos de piedras y aguas, huesos de lobos rasgados por las matanzas del otoño, picos de albatros dentados de cal, corruptos abanicos de gaviotas gigantes, testas vaciadas de peces huyentes, costrosos labios de almenas y ostras inusitadas, dedos desatados de succionantes cangrejales, ojos atados a miradas pedunculares, regionalizaciones orgánicas, cortes, rajaduras, tajadas, rupturas, minimizaciones, toda una cosmogonía devorada y absorbida para preservar en lo pequeño los tamaños indomables de la eternidad.

Carmen fundamentó las piedras que había recogido con sus espesas gasas de algas azules y sin flores en la oscuridad de aquel viento. Él sólo enterró, nada estuvo de conversa con los otros pocos sepultureadores, pescadores que ayudaron a enterrar: enterrar era más que olvidar, piedrizar era dar más roca y arenal y hueso adonde ya había médulas integradas a antenas mordidas por mandíbulas ya despedazados por unguiladas patas ya arenizadas.

—La playa de los enterraderos crimosos, mesmo como un grande pan mojado por una sola lluvia, y todos comen y se desaparecen y revuelven a comer...

Pero los bultos del bagayo, los paquetes del contrabando eran trepados a lanchas más surcantes y delgadas, ni color brillantísimo de ellos por allí flotaría, otras bocas devoran lo que el mar y sus ayuntados ayudantes rechazan.

—Vale más el sudor que el agua...

Miñoco Carmen con su enredaje de piolas y líneas, los corchos como quesos abiertamente porosos, las bolas de vidrio que sostenían, que geografizaban la hoz de la movediza trampa atrapante.

Miraba para el lanchón, soplo a soplo y ola a ola mordisqueado por los últimos rozamientos del río ancho como el océano que ya era, algún olor a bagre se atravesaba entre los arroyos apretados por corrientes salobres y entintadas.

¿Cuándo fue que escuchó lo que solamente el Miñoco Carmen escuchó?

¿Fue cuando se estiraba en los ateridos finales con la única mujer de la Península de los Diablos, que en tres días de cada mes hacía su zafra de pescado seco y de algunos cueros de lobo mal robados, o de pronto monedas y billetes para comprar aceite, dulces, arguardientes y tabacos del otro lado, aunque la frontera se doblaba neblinosamente en lo lejos?

¿Fue cuando se retiró del catre reformado con sus mantos

cosidos, pieles de ovejas que se arrimaron demasiado a los alambres espinosos que confinaban el latifundio?

¿Fue cuando el gusto se le escapó por los poros, cuando el cosquilleo ya no estuvo en su cintura, cuando las piernas volvieron a los requisitos terrenales del suelo de su escasa morada de piso de ladrillos aplastados que parecían desparramarse desde la cocina central, con su traje de chapas ajustadas?

—Ya vengo, insiguida, y si apuro tenés agarrá la bolsa aquella, eso es lo tuyo.

Y sin que el cuero de su cuerpacho ya desamorado le planteara cuestión de pantalones o tricotas, casi que corrió hasta la orilla planetaria de la playa deformada por el ventarrón austral, y tras los resplandores cuyas motivaciones no le interesarían nunca, la barcaza se bandeaba de proa a popa, desorientada por los metales del mar.

Y escuchó otra vez lo ya escuchado, venía como una llovizna entre los pétalos que la tempestaá acumulaba en un cielo sin altura. La mujer se estuvo un rato más, pescado comiendo y algunas papas y cervezas bebiendo, y luego se amasó los pelos embarullados por el trasiego de dedos de cuantos oficios produce el hambre y todos los deseos que son su dibujo orbital, silencio detrás de cada sílaba, picor después de botellas despreciadas, bostezo adultado desde una mala dormidera de la infancia, luces adheridas a objetos deformados que alguien desplaza sin método hacia cualquier oscuridad; se estuvo la mujer un rato más, contempló a Miñoco Carmen o tal vez el salpicón de la repentina espuma, el hueco del hombre abismado en la explosión astral del agua.

Recogió su maleta y la bolsa, no cerró la golpeteada puerta para que aquella casa primaria tuviera un regreso, y fue buscando los agujeros del viento, que en ranchos para dos jornadas aún debía presentarse; el oficio mensual se agotaría en plenitud cuando el conocimiento de los cuerpos volviera a repetirse cuando cada saludo, cada alguna incierta novedad, cada pactada juntura, cada término.

Miñoco Carmen nadaba hacia lo escuchado, pero las olas lo expulsaron, lo torcieron, lo agraviaron entre los huesos y valvas y dientes y picos y pinzas y tijeras del cementerio curvado por la presión de los rodeantes roquedales. Allí habitaba lo que estaba viviendo y lo que moría en las secretas tormentas transformadoras de los arenales enterrados y estremecientes. Y él ascendió a las piedras más superiores, y sentado y respirante se sostuvo así, hasta que la barcaza crujidora y sucumbida, más cercana y casi revelada, le entregó el destino de lo escuchado.

Y volvió al agua de salados espejos, de huecos transitados por el frío con que el amanecer resolvía su luz inundante, trepó la encalladura de musgos oscilatorios, lastimó los cortes de rodilla y pecho, los raspajes de la cara mensurada por embarulladas mestizaciones, estimuló en las cicatrices finísimas hemorragias, destejó mesanas y trinquetes, víguetas y truncadas tuberías, escalerillas breves y violentadas, alcobas escuetas cohabitadas por camadas de cámbaros, podridas metalizaciones, y llegó a lo escuchado, aquella forma con su boca alentando hacia un cielo en desintegración, acostada en una hamaca sin duda sudada por trópicos y masturbaciones, las colgaduras cubriendo todo, envolviendo, defendiendo, y él la quitó del cáñamo entrañal, la barcaza remeciendo sus rítmicos pujos y carcomas.

Miñoco Carmen levantó lo encontrado, figuras, músicas, sombras, que en el viraje que va del ademán al tacto se enmadejaban pasando por añajes de vientos y silencios, hacia el hilo hexaédrico, las seis lenguas sin hora en la noche ni tiempo en cada día, la guitarra levantó, y así penetró las aguas, remando nada más con su brazo izquierdo en lo total de cada golpe, batiendo las piernas, timoneando con la nuca en forzadas angulaciones, preservado aún el aroma que el oleaje hubiera languidecido, separado del monte, del bosque, del árbol, de la rama elegida y vertebral.

Deshumedeció la guitarra, alejándola del sol, limpiando los puntos, nudos, coágulos de la madera que aceitó con resinas y grasas

negras. Y en sus redes continuaban altas opciones y rechazos menudos, aunque ya dejando de escuchar lo escuchado, porque la guitarra, rescatada, alisada, descascarada, purificada, enquietecida, sola, restallaba suavemente o recrujía según las dilatadas cargazonas del aire.

Dejaba de oír, se le silenciaban destellos en canales ofi-
ciantes de sonido organizado o descentralizador que las aireadas
moléculas de cada ámbito rodeante o sumergido resguardaban, o aun
desataban concediendo concéntricas voluntades, desplazamientos
orbitales, calculados trayectos, cifras de chocantes materias no de-
nunciadas a la luz, al deslumbramiento que destroza los misterios y
así los cronifica, asea y acrece.

Y no toleró lo exacto de su reconstrucción, agarró con piel
violenta, sólo la piel, el utensilio que parecía tragarse o chupar o
embolsar las ruidosas categorías del viento, los despliegues inconsul-
tos de los arenales, las saluciones gastantes de los pedrones
saltados de un inubicable fuego educado por el mar, los gritos que
en los lobos decretaban ayuntamiento, fuerza exaltada o muerte, los
chasquidos de las gaviotas contra las olas alimentarias; el utensilio
sí, entre sus manos cazadoras de bagres y dorados, de tortugas
durmientes, de fáciles lambarís, dedos de agujajes interiores, otros
barros, juncales de enceguecidas mosquiterías, uñas enredadas en
las trampas oceánicas, embudos de hilos y alones de cuerda; el laúd
sin opciones para su canto, la cítara sin la espina de marfil o
inicialado hueso; el violín sin la trinante espada.

—Guitarra... violón...

En su ya abstracto ranchal de los Miñocos, tenía trasoído
toques de chamarritas y balaios fandangueros, pisadas de milongas,
inventivadas mazurcas, sobrepasos empolvados por elementales
acordeones. Él quería todo ese sonidal, miró las claves interiores casi
obstruidas por la brea: B TIA L ET 18. La oreja auscultó los labios
circulares y perfectos.

Silencio cruzado por fajas de espacio en viscerales geogra-

fías, manos de guitarreros que pasaban, caballos rutinarios pastando a la luz de las guitarras reunidoras.

Trabó el solo brazo, aquel cuello que alguien había conseguido temblar, aserró cada zona de aquel cuerpo oliente a acideces de madera única y grasa oscurecida, lo soltó en el catre, apañó la garrafa de caña que la mujer cada mes le vendía, vidrio singular también para un único trago con treguas y dejaciones.

La botella estaba azul, alzada así sobre el mar, y la playa era verde, y el sol recogía vibraciones pulsantes de fuego entre piedras y arenas enturbiándose. La expulsó brutalmente hacia la espuma movediza, cada cosa se ajustó a los colores que el aire aventaba sobre aquellos mundos, fue con la guitarra hasta la orilla rojiza, alejado de los barullos del aguaje golpeante, extraviando ya la botella su irreconocible mensajería.

—Güenas, don Carmen, al fin le conozco el estrumento...

Vio al que hablaba, cada muy tanto llegaban a la palabra: pesca, dineros, trueque, soledoso oficio en uno y uno. Era así aquella Península de los Diablos, vivienda de pocos, y poco entre los tan escasos.

—Güé, don Egesto, usté por estos lados.

Don Egesto resultaba, tal vez, el más antiguado de la península, aquel volteado edificio de gigantescos ladrillos bermejos que él había redondeado y aplastado, juntado y desmenuzado, capataz sin salario del océano.

—La mujer me dijo que usté andaba de guitarra.

—Ah, la mujer... Y vino pur iso, ¿nomás?

—Sí, por eso, yo pa hablar, soy direto.

Miñoco Carmen dispersó los arcoiris que pululaban entre sus pies. Sentía por la sombra del otro, que el otro tiritaba en hueseras y carne, enfermedad del mar, reumas, dolor soplando por tubos resecos, costras de sal que oprimen jugo y movimiento.

—Diga, nomás ¿o vamo al rancho?

—Adentro es mejor, cuando el árbol es vigüela, no quiere más viento.

Recién cuando el entrador vino costeño les ungió las encías y el abisal ámbito del paladar, cuando les alentó el calor de la boca, don Egesto dijo:

—Todo está bueno aquí, ¿sabe? Rancho firme, pesquería, algún contrabandito, hembra mensual, botella, tranquilidad, todo bueno.

Los sabores del licor le embebían la saliva, limpió el vaso.

—Pero nunca hubo músicas, quiero decirle, música propia... De paso sí, gente sabedora, manos encantadas. ¿Cuándo fue eso?

Carmen le envinó la áspera copa.

—¿Cuándo? ¿Cuándo? No le puedo risponder, yo era mozo, peón pa ovejas y pescador y bagayero y lobero, personas pasaban, más que ahora, pué, venían de todos los costados del viento.

Una ola oscura se contuvo sobre la delgada playa de vidrio, una burbuja ávida vació el mar. Miñoco Carmen inclinó la garrafa vencida.

—De a caballo, en carretones, porque aquí, en la península, hubo un boliche, daban comida, despachaban licores, al fondo funcionaba como una especie de quilombo chico, con mujeres como tasajo, charqueadas por el macherío, llegaban puesí los musicantes.

Levantó los dedos roturados por el salitre, violentados por el sufrir del fío, ahuesándose.

—Musiqueros, sí, guitarreros, cantores, me enseñaron a tocar, a descoser lo cosido, a desgarrar lo agarrado, yo era mozo nuevo, y aprendí... ¿Cuándo, cuándo?

Otra botella se desmadejó olorosamente sobre el vaso, cundieron oleajes rasantes, peñones enrojecidos por la tensión lunar.

—Don Carmen, vine a conocerle la guitarra. Con su licencia, emprestemelá.

—Como si fuera de usted, el señor quede en lo cierto.

Con un trapo emblanquecido le espantó imposibles impurezas, lo hizo discurrir por las maderas, los trastos, las cuerdas, el complejo clavijero, el contorno inmedible.

—Tiene todas las cuerdas, ¿no?

—Toditas, algunas muy flojizas, no entiendo diso.

Don Egesto tiritó casi brutalmente, manos y brazos apartando oscurísimas constelaciones, tuvo el cuerpo al fin, la curva adherida al muslo izquierdo, sinuosos dedos de ciego medraron entre las fijadas clavijas, hurgaron la sensible máquina, dispusieron expectativa de cantorales, sorpresas de olvido melodioso.

La tiesura del encordado ya era propicia, pero el viejo Egesto retenía la orden ejecutante: había visto la cifra de letras asentada debajo de la boca ventral.

—Parece un nombre, ya ni veo.

—Sí es, del que la hizo, del que tocó o de quien compró...

—Una marca de hombre, una edá. En cualquier sitio se hace cualquier cosa.

Cuándo visitó a la primera mujer que vino de la tierra a la península, cuándo incrustó en los campos grandes del fundo opresivo el poste del primer alambrado, cuándo ayudó al desembarco del primer contrabando, cuándo levantó su primera red triunfal, cuándo sonorizó su primera guitarra, cuánta tijera en sus primeras ovejas, cuánto de lo suyo en los lobos de larga voz asesinada, cuánto en lo tanto de otros, cuántas cosas tocadas, agarradas, hechas, dejadas caer, ¿cuándo?

Miñoco Carmen escuchaba el batir del hueso contra la madera, los finísimos impactos del pulso, el tráfico del sudor con la dura sangre del instrumento: escuchaba como abandonado de don Egesto, ramas y flores difundiéndose en la laguna de los bagres amarillos, aguas dulces llegadas hasta allí para el ungimiento; escuchaba mojándose ahora las manos en el vino, llevándose el vino a la cara, lustrándose las mejillas y la frente: sin beber, sólo oyendo, solamente escuchando.

Y cinco uñas imperfectas, cinco industriosas palpaciones, cinco ojos nodulares de luz encallecida, lamieron los concordados cordeles de tripa o metal, destrabándose las modulaciones, escudri-

ñándose los ritmos, despejándose el aire de silencios, de punzante sol, de doliente sal. Una lentísima milonga corregida en cada frase, punteada bajo el acumulado signo del error, señalada por el invisible tarareo que traspasaba los dientes consumidos, lastimada por artríticas desobediencias, aderezada por desoladas memorizaciones, adjetivada por pérdidas y despojos.

Irrenunciables experiencias trabajaron las manos tartamudeantes, otras redes, otras pescaderías allí regresaban, a las playas golpeadas por el vino susurrador y armonizadas por los costosos sonidales.

Y las manos, los brazos, el pecho del musicante sudaban sobre la guitarra; sudaban los ojos sangrientos, las piernas mojaban su oscura continuidad sobre el piso: Miñoco Carmen vio que don Egesto lloraba con todo el cuerpo.

Recogió el violón, lo trapeó de nuevo con la tela de limpieza, en la cama lo estableció otra vez. Luego hizo elevarse al viejo Egesto, lo caminó con él hasta el chorro de agua dulzona que hendía la Península de los Diablos, lo lavó despacio, le retiró las enfiebradas realidades, le rebajó los temblequeos. Volvieron a la moradía, lo invitó a comer un potente caldo de pescado, cangrejo, camarón. Había pan, le puso su vaso entintado al final, y le dijo:

—Voy a querer que me enseñe.

—Y si usted quiere...

—Un poquito mañana, y otro poquito trasmañana.

—Claro que sí, apuro no podemos tener, no hay necesidad...

—Pero usted mora medio lejos, vengasé praquí, de pronto, hasta nos damos alguna pescaría juntos, ¿eh?

—Hay cosas que ni se piensan en ningún sitio.

—Se viene, ¿no es?

—Me vengo, claro, aunque usted me tiene que ayudar pa traer mis pobrezas: la ré, hay una mesa, catre, aperos, en fin...

El tamaño del rancho incluyó sin dificultad a los dos hombres, las camas, los bancos, las ollas, las mantas, las cucharas, los

cuchillos, los anzuelos, las calderas; y las redes pluralizaron su esfuerzo cotidiano, más pescado se deseaba entre el humo o la sal, la leña crujidora más dispuesta a abrir su energía, la guitarra sobre la mesa de don Egesto, ahora enropada con una encerada lona verde, de allí emergería después de cada sol hacia las cuatro manos en el surtidor escondido, aguadas de lejos siempre llegando.

Uno enseñaba recordándose, otro aprendía lo escuchado, lo que parecía muerta escama de aire, rama sin movimiento, roce paralizado bajo el barro o la arena, sombrío caballaje quietísimo en los pastizales del norte, peñones purpúreos desplazados entre espumas detenidas, huesos, cartílagos, corazas, cáscaras, picos, dientes, ganchos aplastados por las transparentales patas de la luna.

Miñoco Carmen aprendía oyendo y escuchándose. Y a Egesto los años fueron colmándolo en aquellos tantos meses de vertical docencia que ni la mujer quiso ni los desesperados bullicios del mar pudieron interrumpir: velozmente ancianizaba mientras se desprendía de sus músicas, el cuerpo desmerecido por los dolores contenidos en cada dolor, enlenteciéndose los dedos, afonizándose según explicaba los acordes, los tonos, el punteo, la afinación, los armónicos lujosos, el fraseo resonante de la milonga única y total que así ni nunca ni jamás se repetiría, acosada por reflejos de fandango, toques de mazorca, revuelos de polcas y valeses extra-
viados.

—Usté ya sabe todo, agregué lo suyo, casi ni precisa...

En el catre estaba, sí, en el camastro de vigas de cuero tensionado por cuerpos sin regreso, las suyas carnaduras que él había entregado, depositado, deslizado, revolcado, tiritado, haciéndolas permanecer como cascarones planetarios hasta el final del sudor y de la música.

Una noche, todavía con estriados restos del sol, dijo:

—Don Carmen, toque un poquito fuerte... milongón y melodía, usté bien conoce...

Comió de aquel aire cerrado, dijo:

—Y me disculpa, que ya casi ni lo embromo más...

Pero esa vez sólo hablaba con las cruzantes sombras de su amigo, las rumoreantes imágenes de la comida y el vino, de los pescados reseco y las cucharas, de las fiebres detenidas y el dulcísimo torrente medicinal.

Don Egesto respiró, masticó espaciales hálitos, percibió el desajuste de oxígenos insuficientes, las mutilaciones chirriantes de piernas y brazos, la sal cegándole los poros, armó sobre la zona del corazón una retorcida matriz con sus dos últimas manos, y se decidió por el silencio.

Lavado y recogido en las ropas de lona de la guitarra, Miñoco Carmen condujo al viejo Egesto, al todo viejo Egesto, hasta un alejado océano peninsular. Desde el rojo roquedal lo envió hacia oleantes mensajerías, hacia la espuma y sus antiguas batallas.

Y reiniciadas las cíclicas empresas, la mujer accedió al rancho a tal o a cual hora de su tiempo o edad.

Miñoco Carmen efectivizó con ella compras y trueques, goces y salutations. Después se reverenció sobre el catre de Egesto, y tomó la guitarra, desnudada para un siempre total.

Y mientras la mujer se espectralizaba entre otras chozas y otros hombres, miró hacia los adentros ínfimos de la madera, ya sin claves, sin números, sin fechas, sin letras, sin palabras, sin nombre de dueño o ejecutante o hacedor, y abrió en sus dedos todos los nuevos cantorales y los cánticos: hacia el pastural del norte entenebrecido, hacia el largor estremeciéndose de la Península de los Diablos, hacia el agua devorada por la arena carnal, hacia los caballajes lunares, hacia los globales vientos, hacia el silencio enterrado en el mar.

P A S E A T A B A J O E L S O L

COMO PROTERVO Y DIABÓLICO, iba don Ángel Siemprestá, de puteada en puteada, bien sobrado de razones, bien motivado de pretextos ciertos, bien entrado en rabias furiosas, caliente como chivo en primavera.

—Esto no da para más, ¡no da!

Se insistía a sí mismo con la frase, se repetía en ella con el afán de propagar su fuerza exaltada, a riesgo de consumirla sin resultancias de buen valer.

La calle en la bajada del Cerro de Comunicaciones daba incesante apoyo a su sombra que marchaba quebrándose. Los calores del estiaje marcaban el aire con ondulaciones mareadoras, y don Ángel Siemprestá las sentía revolotear como contumaces mosquitos, tercos moscones, obcecados murciélagos.

Para empeor de los negocios, había discutido el ratificado caso con su mujer, era la mayor interesada en pirarse, rajarse del villorrio, aunque él llevaba encima un asentado aborrecimiento

después de intensas milicias nunca bien remuneradas del todo. “¿Quién se gasta la plata, la lana, la guita? ¿Quién se traga lo gordo del presupuesto?”

Permitió que el declive lo hundiera en los barrios exteriores, ya los olfatorios del mate y de las bebidas inaugurales viajaban hacia el mediodía. Entró en su primera cantina, a la izquierda de la Plaza Nacional, remecida de banderas extranjeras, porque a la derecha estaba el templo parroquial con la discreta pulcritud de sus paredes nuevas y una cruz calzada en lo firme de la única torre terminada.

Pidió una cañita con naranja o tal otro aguardiente con su limón y, momentáneamente disperso, envió unas miradas hacia el referido edificio religioso. Un par de conocidos allí tenía, dos curitas de los jóvenes que a él, justo a él, le enseñaban latín moderno, y tanteó a ojo para ver si se aparecían de adentro o de afuera. Nada hubo de pantalón o pollera. Hizo descender el breve líquido hasta la vidriosa base y otra porción demandó al servidor de una poco salpicada clientela.

Contempló las caras que al bolichón “Pueblo lindo” se repatriaban cotidianamente para embarcarse en sus habituales estructuras. Pero don Ángel Siemprestá no estaba para discriminar ocios, sufrimientos, llorados contradulterios, ganas nomás o alguna alegría. Tampoco para los saludos y esas charlas bobas con más ruido que palabras.

El mozo servidor le dijo cerca de la oreja:

—El patrón le manda una copa...

Y se la instaló al lado de la no terminada.

—Salú, don Ángel Siemprestá, salú, ¡que bien le aproveche esta vuelta que es de las mías!

Ni supo cómo pudo levantar el vaso y responder con brindis al que unos cuantos bebientes se agregaron, por simple vocación o reflejo unitario. Eso sucedía por andar demasiado entre la dificultosa gente aquella: nadie disponía de tacto para las distancias, lo lloviz-

naban de confusa saliva de confesorio o seco le gritaban de pronto, como el patrón del bar-tan ahorita-desde el jactancioso mostrador.

Prefirió soltarse a un superficial naufragio en la calle torturada por el solazo derretidor de bichos de trabajo, hombres apenas paseantes y mujeres mandaderas protestando monedas, precios y escaseces. Descolocado lo habían puesto, él no era vendedor de esperanzas ni fabricante de espejitos ni ofertador de vidrios de colores. Su existencia estaba en lo real, en lo tocable y concreto, por eso tenía errada su calculación: no todos piensan como uno mismo en lo más vivencialmente pensable.

—Si reciencito, en el momento del brindis tuve otra prueba: uno y luego dos tipos se persignaron, en pedo y todo. Pensarán que no los vi, ¡pero los deditos corrían marcando la señal! Con alcol se bautizan todos los días y noches, y conmigo, justito conmigo, a las cruces, paseándose las crucecitas por la cara, ¡qué tal!

Caminó un intersticio más de veredas fascinadas por el sol. En la siguiente esquina, varios cachorros de lengua para afuera intercambiaban estériles trepadas.

—Cuántas cosas faltan por aquí, ¡ni perras van permaneciendo! ¡Y quieren que yo siga en esta soledá!...

Pasó a un toque de silencio, porque le vino la imagen de que empezaba a dramatizarlo todo. Caminaría soslayando el centro del pueblo, no estaría mal una visita al señor Horizontalio Butierre, con él se podía hablar de lo que fuera o viniera.

Como el almuerzo resultaría con atraso a causa de la tremenda discutidera con la conyugal mujer, una conversa bien platicada con su amigo era muy recomendable, pensó.

—¿Qué vientito de calor lo trae a esta casa de pobretones como yo?

Saludo de auténtico rigor entre tales gentes. Contestó:

—El venir y el irse son el mismo viento.

El señor Horizontalio era un gordo bastante relleno, no tan reventón como estuvo durante el invierno anterior, su tratamiento

había realizado, que para eso también crecían yuyos favorables en la región de la sierra. Otras bocas, en cambio, chupaban brebajes de yuyales altos y de hierbas rastreras para calentarse hambres y compensar apetitos.

Don Ángel Siemprestá le había observado el proceso de rebaja carnal y grasosa mientras lo fue cumpliendo a fuerza de infusiones, ¡qué voluntad invertida en su hazañosa pérdida! En aquel minuto se le notaba más mejor la positiva diferencia.

Lo felicitó, tal vez porque allí veía una indeterminada concordancia:

–Impecable se le ve, Horizontalio, lo más rebién, ¡verdá!

El otro recurrió a una ingenua exhibición de sus satisfacciones personales y familiares que su visitante aguardaba sí, pero no en esas cifras.

–Miremé la panza, don Ángel...

Y se subió la camiseta, y se abajó los pantalones del piyama holgadísimo, y dio una vueltecita sobre el bieje de los talones apenas enchinelados.

–¿Vio? ¿Qué me dice, eh? Estoy hecho un balazo... para todo quehacer que dispongan...

–Lo hallo en forma, sin duda...

En los ojitos zafadores de don Butierre se estremecían los inocentes fulgureos del erotismo de maridanza, que su señora Amanda no retenía exigencias ni otorgaba treguas orales o escritas.

Don Ángel Siemprestá, pese a tanto simpatizar con Horizontalio, no se pudo sostener frente a su cárnica presencia giradora. El hombre era propietario de una verdad tamañosísima, quizá más densa que su propia barriga y los mostrados miembros y los imberbes territorios culares. Una tal versión libre de uno mismo podía romper toda geografía imaginada.

–Que siga así, mi amigo, y un abracito a la señora...

Lo sorprendió con el piyama en etapa de reubicación, y las manos se entorpecieron entre cordeles y atributos.

—Pero don, quédese un poquito bien chico, ¡le sirvo una de vino...!

Ya se había despedido, aunque le aseguró visitarlo cualquier día de la semana venidera, con botella y todo se caería por la casa. Don Butierre no se quedaría en tranquilo acecho, cogitó. Era un tipo sensible, un hipopótamo de cuero fino, terminó de cavilar.

—La cuestioncita es que no pude argumentarle mi problema, siempre escuchando a los demás que se despachen primero, ¡qué joder!

Y lo macanudo que acostumbraban palabrear entre ellos desde o casi desde su establecimiento en aquel pueblo que trataba de desarrugarse las miserias para ser ciudad más cotizable: alcaldes planificando turismos sin paisaje y clamando por facilongas inversiones. En fin, igual que la chiva del verde prado: de lo redondo no sale lo cuadrado.

Por lo tanto, mantuvo su caminada original, su paseata, ritmándola con una inquietud enlentecida. Convirtió en distancia como veinte cuadras de asfalto, piedra movediza, arenas cuajadas, tierra en trance de polvo. Hubo quienes lo saludaban según el nivel de conocimiento o la proximidad de espíritu. Hubo otros que nada. Y hubo otros que hasta a parientes profundos podían ser asimilados, en función de efectos y manifestaciones de secretas raíces que parcialmente se desnudaban, personajes de iniciáticas actividades, cazadores de alturas subterráneas, pero algo efectistas y milagrosos, dominados por la novedad y la competencia.

Las furias empezaron a orientarse nuevamente en su cabeza, langostas de acoso, cascudos girantes, putapariós y requeteputísimas danzaban con violencia delante de la trajinada boca. Nunca había tenido prejuicios contra testimonios de párpados ni de oídos. Puteaba y caminaba, y marchaba puteando y saludando de acuerdo con la persona más que con el saludo. Porque tampoco se hallaba demasiado integrado, al final de una buena añada, a los sentimientos y decires y vivires del pueblo donde discurría una parte de su complicado

contrato. Por eso su último permanente desespero y las explotadas como la que ahora iba aguantando. Él quería ciudades enormes, con bulevares rectos, anchas alamedas y casonas unas arriba de las otras, palomares de lujo, y luces que no se apagan jamás, y lugares habitados por quienes valía el esfuerzo de moverse. En esas calles de gentes nutridas no se podía pasear sueltamente, es cierto, pero todo estaba a disposición suya: raspar y comer. Y tiempo para inventar y poner firuletes y adornos a cada instante laborable, ¡qué recursos, qué técnicas a desplegar! ¡Nada de estrecheces de presupuesto, de mangoneos con los viáticos, de negación de facilidades! Y nadie te miraba ni te asomaba saluciones. Si hasta convenía no descuidarse a efectos de disimular la tentación de los desvíos y laberintos urbanos.

—Y por acá, ¿qué me queda por obrar que no haya compuesto? ¿Qué por desarmar que no haya disuelto? Esto, la pura rutina ¡y el jodido salario...!

Porque tampoco deseaba exagerar su labor, fabricar asuntos alejados de una saludable y necesaria proporción. Equilibrio y realidad podían ser su divisa.

Su desajuste se hinchaba en él hasta obligarlo a expeler insultaciones tendientes a lo abstracto. Y eso sí que no debía ser tolerado:

—Escupir por encima de uno, ¡nunca, qué carajos!

A un lado de la calcinada calle, entrevió la casita de la Mondonga Suárez. Y desestimando posibles atestaciones, clavó los zapatos ante la puerta entornada, en un movimiento entero.

—Adelante, mi compadre, ¡cada hora es buena para usted pasar!

Las frases enronquecidas le afirmaron el cuerpo, le aumentaron el aliento (terrestre cielo que se gasta sin color), lo distrajeron de sus inútiles sonidos protestatarios. Solía sucederle eso en las visitas a la Mondonga, unas cinco temporadas de trato amistoso y algo bastantico más. Aunque nunca en domingo: esa vez era esa vez.

—Me disculpa por venir de inesperado...

—¡Pero...! Haga de cuenta que no hay tablas ni paredes: aquí estoy yo solita nomás para recibirlo a según merece el señor...

—Los domingos no vengo nunca, por obligaciones mías y descanso suyo.

—¿Y una vez no puede? Tome, su asientito, y esta caña con pitangas que le preparé por lo especial.

Don Ángel Siemprestá argumentó un desleído rumor y se chupó dos vasitos, y hasta un tercero, si mal no andamos de estas entintadas memorias.

—Parece que el amigo de la Suárez trae sus preocupaciones agrandadas, ¿no es?

Le puso una mano ajetreada en cada simetría del rostro, como una rápida máscara que los dedos diluían. Y quedaba una nostalgia en la piel después de aquello, un silencio.

Y entonces el visitador empedernido fue confeccionando su crónica tan interiormente resabida que sólo daba leves embestidas a propósito monosilábicas: comunicación pero no tanto.

Las vocales triunfaban sobre las otras letras a las que asimismo se adherían. Así hablaba ahora don Ángel Siemprestá, así era escuchado.

—Yo pues en el tal sol de tu país, sí y no, voy, doy, soy, y lo mal y lo bien, y tú, y qué... Sí, más o no, ¿pues qué?

La Mondonga parecía comprender todito, el idioma general de los hombres se resumía en aquella autohistoria. En fin, una media vida de estudio forzado para traducir las conflictivas expresiones perturbadas por el séptimo alcohol, que por dicha abundancia iría pues don Ángel Siemprestá.

Entonces le planteó que por qué no se mandaba entre las sábanas y su límpido frescor de lavados recientes.

—Jazmines en pedacitos le puse a mi cama de dormir, que yo no duermo en la que me canso y bamboleo para seguir esta existencia. Acuéstese, mi compadre endiablado, ¿para qué andarse con negaciones...?

—Es que todavía no estuve de almuerzo, mi atraso es de lo mayor... Una pelea tamaña de jodidaza tuve con mi mujer, usted recuerda su información de ella, pero al presente lo único que tiene en los pensares es zafarse, rajarse de estos pueblos, ella que es natural de la frontera, y con familia de hermanas y tías y sobrinas y primas y hasta madre y abuela, todas formando un señor hembraje de complicaciones, que macho ninguno les queda ni de necesidá ni de consuelo.

—¿Y por qué usted habrá de irse? ¿Y por qué su mujer con el tal apuro? Debe ser por novedá, nomás. Hay mucho de esas novele-rías por aquí: culo ve, culo quiere... Y usted, ¿quiere?

—Es que ya tengo pedido el traslado de tiempos atrás... No entienden que lo que hice está hecho, ¿o me voy a poner a inventar cosas al santo pedo? Ellos no comprenden esto, son como una burocracia, ¿sabe usted? Ni se imaginan que aquí se apaga hasta el infierno, sol reventado y ceniza...

—Mire, hágase una siestita hasía la una, una y media, luego se me alevanta descansadito y...

—Durmiendo como el burro, ¿antes del pasto? Y vuelvo a mi casa y a lo mismo, ¿no es?

Ella le sintió la furia puteadora de nuevo: si ya estaba descansado, él funcionaba de tal manera: una burbuja en medio de un trago. Y entonces le caminó los botones desprolijos de su camisa colorada, le dio libertad al cinturón rojo con la hebilla y su ancha ese de dorados metales, le aflojó los zapatos sin pensar que no tenía puesto de antes las rodillas frente a un hombre, en el piso que nadie pisara, lo convenció mudamente de cubrirse los cuerpos con las sábanas enjazminadas.

Él hizo que lo tapara así, minutos de agitación fueron pasando, ya apartado de humedades de boca y gazzate, dijo:

—Ando con mi voluntá de dedicarme a otras faenas y comercios, de mandar renuncia, de irme también, le reconozco eso. Sólo usted se da cuenta de lo que suele ir pasando en este lugar. Digamé,

¿quién se queda en el poblado? Si dentro de unas pocas, ¡hasta van a sacar el periódico con las hojas en blanco! ¿De qué van a hablar o a mentir? El mundo se está como estancado al otro lado de las sierras, no pasa, no, de estos cerros, no llega... ¿Qué puta voy a hacer yo aquí?

–Pero tiene un sueldito, y beneficios...

–Clarito pues, no voy a trabajar de graterola, ¿no? Y resulta que si resuelvo algo grande, allá abajo se alegrarán, no van a ver que sería demasiado para estos rincones vacíos...

“Y demasiado para mí”, se soliloquió en una pausa de aparte.

–Y haga lo menos que pueda: muévase sin mover nada...

–Usted piense que eso aburre, que uno se jode por adentro. No, el asuntito es irse, el troso es volarse, que la casa y lo que hay se lo guarden mi mujer y todo su hembrerío familiar...

Don Ángel Siemprestá, refrescado, lúcido, agresivo, fuerte. La miró usando el espejito donde el rostro de la Mondonga ensombrecía, se apausaba: solamente ella pensaba en ella, pensó.

–¿Y conmigo qué pasa? ¿Nada?

Le respondió como si la propia Mondonga hablara:

–¿Le gusta la ciudad?, una ciudad en serio, con bulevares y ramblas y tupidas casas de habitar, y gentes en lote, y luces prendidas hasta en el sol... y playa y piscina para estos calorones. Por qué no me acompaña y prueba, ¿eh? Somos personas de oficio reconocido, de pronto usted hasta puede colocar un negocito... Bueno, haríamos como una sociedad...

–Usted me tienta, ¡me sale con cada diablura...! Pero usted me adelanta en muchas ventajas, don Ángel... Usted es un bichazo muy revirado...

–¿Qué? ¿No es de agradecerle esta puntita de ideas?

–El puro agrado sí, pero al final capaz que yo termino mandando lomo para su bolso de usted... No sé si me sirve, don Ángel. Acá yo me arreglo por la libre...

“Mientras te dé juego esa cola redonda que tenés”.

El visitante calzó su ropa toda, muy rapidito, como si recién empezara el día para él. Una hilacha reseca de jazmín le clareó entre el pelo regularizado, disolviéndose al momentito nomás en una caída que nadie advirtió.

—¿Eso es lo que usted imagina de este señor, doña Suárez? Si es de dicho modo, se ve que imagina bien pobre. Me extraña, de verdá le digo, que luego de tanto colchón que nos pasó por abajo juntamente, me salga con estas lindas argumentaciones.

La Mondonga no le acertaba una errática respuesta de circuito oral, menos todavía de brazos cerrados o de dinámicas estratagemas corporales contraídas en severos combates sin horario fijo.

—Hasta algún día, Mondonga Suárez, que por hoy y mañana y pasado doy por liquidadas mis visitas. ¿Qué hará usted sin mí, qué podrán hacer más de un montón en estos pueblos desmigajados?

Se saldría seguidamente; la Mondonga, con el ombligo apuntando para el techo, lo vería transparentarse en las quemazones del camino de la calle.

Pasaría después frente a la iglesia inconclusa, en formación, con las campanas todavía enclaustradas en depósitos oscurecidos: muchísimo antes de que exuberaran su primer sonido, él se iría, tal vez saludara o no a los mozos sacerdotes enseñantes, respeto es respeto. ¿Cuándo retornaría a estudiar aquel añejado idioma que le seducía la lengua y el oído?

Compraría en el casi erializado boliche o bar o cantina, una botella de la caña mejor mejorada con hierbas zumosas y singulares.

Llegaría a su recinto donde vivió lo que le fuera asignado.

Entraría, y retirado de cualquier rabia blasfemante, diría lo suficiente a su mujer, le explicaría sí que estaba de notable apuro, que se iba, se disolvía y chau, que hasta le dejaba el cargo, el puesto, su empleo, porque ella primordiales condiciones poseía, ¿por qué no dar una chance a otros?, que su femenina familia entraría en el baile, por si se daban mordidas o prebendas, ¿y él?, él era

moderno y positivo: las jodiendas del ánimo no tienen sexo y el futuroexiste.

Añadiría que tan apurado andaba, que hubo imposibilidad de redactar su escrita renuncia para los formalistas de allá abajo:

—Presentámela vos misma, inscribís también tu nombramiento, precisan gente ejecutiva, aunque de otro nivel que uno, y con algunas hembras a tu cargo debe ser más sueldo, favorcito te pido. Y la garrafa de licor que compré se la llevás a don Butierre, el de Amandina, te voy a agradecer.

Después captaría sin duda la carretera del sur, anestesiada por los vendavales del sol, sumiéndose distanciadamente en los sabrosos rumores de la ciudad grande.

EL BLANCO CIELO

LAS HOJAS ENASTADAS de los eucaliptos tremendamente abismáticos, más prolongados hacia el corto cielo de lo que él nunca hasta ese instante de desprendimiento estimara (con replegados ojos de insistido paisaje, de olvidadas y rememoradas repeticiones de cerros serruchados por el viento, de sierras castradas por veranos desolantes), los eucaliptos pues, más alejándose de las perspectivas terrestres, más adosados a los aires cuyas capas de cristales y humedades se emancipaban en figuras y pasiones no descifradas, más raigales ahora sus ramajes prolijados por una incierta primavera venida desde el sur inubicable; las hojas enhietadas de los eucaliptos cuyo olor tenía los tonos de aquellas infusiones que en las noches de hielo estremecido le aclaraban los pulmones del niño que desde ese nuevo ahora respiraba los recursos de la luz que tanto lo iba separando de perros y hocicos y uñas de perros, de sus ranchos, de sus personas de familia, de cada persona que en sí misma era una familia, pues mucho era el raro mestizaje deslizado o brutal que se había perpetuado en el Rincón de los Miñocos

(parentesco de hermanos tan totales que no se conocían los términos de papá o mamá, de padre o madre, de hijo o de hija, ¿qué es eso de nieto o de abuelo o o de chozno?); las hojas que se iban con él en su caída; las hojas de los eucaliptos le conocieron la cara.

Él ya se había apartado de los otros, por el mero sucedido de llamarse Virabosta, Miñoco Virabosta, porque ellos todos eran primero Miñoco y después lo que a cada uno se le fuera ocurriendo con las variaciones temporales de su ánimo o carnadura que en el dicho Rincón (ínsula gobernada por una geografía aislante, con tierras de trigos misérrimos, de mijos masticados por inexcrutables pulgones, de arroz apenas superando los murales gredosos de las taipas, de ovejas con pelambreras invendibles, de vacas tortuosamente cornúpetas, tierras de limos semitiernos y grasosos que corrompían arados, azadones y rastrillos, tierras que las gallinas anaranjadas tejían con su labor menuda e irrenunciable, y que los perros de irreprimible flacura desdeñaban como enterradero de huesos y piltrafas), que en el Rincón se procesaban talmente así, sí.

Porque él, pues porque él, el que sería Miñoco Virabosta, había visto que las águilas blancas, luego de incensadas generaciones y agudas batallas contra cuervos siniestros y huidizos chimangos, eran las propietarias del achatado cielo.

—Tiene la altura misma del campo, ¡los vericuetos y escondones de los cerros! Piedras livianas deben ser, por qué no caen, ¿eh?

El seco sobrante de los pastos impactaba el suelo, y él miraba eso y lo otro cuando Miñoco Macho, grandón de testa desencalvada y torrentoso de salivas, le dijo:

—Esos bichos blancos, allacito lejos y volando, se llaman de apelativo... virabostas.

—Son ricos bichos, de color gustoso, parecen, digo yo.

—Soy nombrador de asuntos, y béin sé yo que hasta se duermen en el vuelo. No pueden abajarse nunca, nunca.

—¿Y pues por qué, Miñoco Macho?

—No sabés vos, gurí, hermanito, pué... se mueren, revientan

si pisan esta jodida tierra. Tiene que ser lindo, muy lindo lo que dende allá pueden ver, lejazo y azul...

—¿Y también no consiguen los coitados pararse en algún cerro, en las piedrazas crecidas que allí hay?

—No, yo lo redigo.

—¿Y arriba de los árboles, de las matas bajas...?

—Arriba de nada, trepados en el aire, sólo, viviendo, montándose a la pasada, y volando. ¡Yo te lo aseguro béis con la fuerza de esta baba que tengo...!

—Y vos, ¿por qué sos tan babiento?

—El que es nombrador es ansí, ¿y pues qué?

Memorizó que otros babosos había entre los ranchajes amontonados del Rincón, pero aguas de silencio o gruñido o gañido o graznido no son lo igual a una salvación de continua burbuja sonora, guiante y nombrante.

Entonces metió otra vez los ojitos plegadizos por los edificios de la hierba quemándose bajo estrellas de fuego, ahí caminaban y corrían hormigas locas, bien esmirriadas de tamaño, con esqueleto corporal y piernas rojas justificadas a puro movimiento, y a los costados de las callecitas pavimentadas de arenas opacas, los cabezudos hormigones, guerreros que trituraban todo lo ajeno a su dinámica milicia.

—Y los bichos esos, los que vuelan, ¿cómo hacen pra nacer? Porque los bichos, los bichos tienen que ser chicos pra después ser grandes, ¿es? ¿O no?

Miñoco Macho mascaba una rama deformada, rumió astillas y cáscaras, la escupió rectamente en un palito luminoso que se cruzó como un súbito puente sobre la definida calle de las hormigas.

—¿Te dije que se montan a la pasada? De un plumazo justo nomás, el hermano le hace cosquillas a la hermana virabosta con una pluma dura, béis en el medio del culo, y ella pues en el aire pone unos huevos que nunca naides vio, y cuando caen se van calentando,

más viven, y antes de estragarse contra el suelo, pues ahí te nacen nomás los virabostas chicos, ¿entendistes?

—¿Y ya salen vuela que te vuela?

—Sí, yo te lo digo, ¿no?

Las babas eran un río buscando el mar, el mar innumerable que no había mojado y que no llegaría jamás a las orillas del Rincón. Una mano donde cada dedo se organizaba por su cuenta, interrumpió el desborde, porque nombrar es la espuma de lo inevitable, y las manos ayudan en esa irrevocable certeza.

—Las cortezas de cada huevo se hacen pedacitos de polvo, se marchan con el viento.

—Y nadita, ni una pizca rebota en los campos del Rincón, ni en lado ningunísimo de la laguna Asombrada, ¿nada pué?

—No, lo tal es tal, yo te lo dije, sólo. Ansí.

Los chorretes nominadores se encogieron, dudaron en unas burbujonas abiertas y explotantes, Miñoco Macho dictó:

—Ya que te gustan tanto los virabostas blancos, allá por arriba de las nubazones, por qué no te ponés ese tratamiento, te empezás a apelativar dende agora, porque solamente sos Miñoco, ¿no? Y edá vas teniedo pra atravesarte con apellido entero, de punta cabeza a punta de pata, no es, che, ¿eh, Miñoco Virabosta?

Entonces él dejó el tráfico de insectos, el naufragio en las baberas fermentales: por distanciosos altonazos viajaba el blancor de las águilas, y los brazos se le inquietaron de erizantes impulsos, cada vello remordido por un motor abulbado cuyos refinísimos conductos le encegucieron todas sus confusamente habidas dejaciones, sus recogidas sensorialidades, sus memorias profanadas por el desorden, y una fonación completa, no prevista, rodeada de albura y claridad le separó los hemisferios de la lengua, le carnalizó la voz, le abismalizó la piel completa, lo depuso y lo arquitecturizó en el temporal recinto donde se estaba:

—¡Miñoco Virabosta! ¡Miñoco Virabosta!

El nombrador se fue con su deshuesado corpón, la destarta-

lez de las piernas aplanando singulares senderos, rodando pedruscos y terrones, los pelos arracimándose en el lomo galopante, las salivaciones trastocando con su silabeado tránsito todo lo mineral, todo lo vegetal, todo lo sangrante que cohabitaba el insulado Rincón de los Miñocos.

Él siguió mirando lo que tanto había visto, el patronazgo de las carniceras blancas y sus hambres que descendían a curva de pico trozador, mala carne envasada en sarnosos cueros consumían, pero carne viva siempre: los despojos surgían de pronto como cenizas neguras desde los cielos atardecidos o en rápidos soles calcinados que desfibraban la verticalidad nocturna o en rachas de aguanieve y ásperos granizos o en rasgadas inundaciones que ahogaban a los Miñocos de indefensa edad o atoraban a los vacunos de exagerada cornamenta o asfixiaban a las ovejas que gravosamente subían a los cerros para acolcharse en el arrastre de sus melenas pegajosas y parasitadas.

Miñoco Virabosta continuó mirando, viendo con ojo plegable la imagen material de los volantes rapiñeros quietos y contenidos por una brisa sin resabios de carroña que le salpicó la cara (como ahora las hojas surgentes de los eucaliptos) y cambió de ruta, paralizó los brazos erizados, y mirando se mantuvo todo el tiempo que necesitaban los destartalados trigales y las turbulentas pariciones del Rincón para ser festejados, unos como cosechas o colectas de salvación y otras como semicrudos asados a engullir (con el solitario condimento de unas piedras de sal que la declivosa Sierra Negra a veces derramaba hasta la región de sombra de los ranchos).

Él siguió mirando las insignias de pureza y sus invisibles propagaciones, y si bien ya no habló más con el Miñoco nombrador de las cosas (porque los difuntos del Rincón eran muy discretos y Miñoco Macho había muerto espasmódicamente estrechado a una de sus hermanas en un ahogo de placer o de irresuelto silencio), enviaba resonadores mensajes a los implacables pájaros, y dibujaba en la tierra grasienta las líneas de las alas que no podía ver nítida-

mente (se redondeaba con las vivas uñas cisuradas los párpados plegables y revueltos copiados de sus hermanos mayores), y tomó costumbre de acercarse a las gallinas de vestido amarillo, porque ellas extendían sus miembros de mangas emplumadas, y algún dedo o fragmento de mano o pluma desperdiciaban en su ejercicio de justificar el aire apretado que proyectaban los ranchos por buracos aventanados y pórticos en descalabro.

—¡Estas virabostas del suelo, que ni dan un volido, sólo un salto con barullo dende una rama o una corrida saltada por susto o por comida...!

Cerca les andaba, juntándoles trébol o yuyos gordos, gusanos de barro de la laguna Asombrada, abejas lastimadas o lentas mariposas sin flor. Las bichas comían y él las investigaba, pero recién las sumergió en estado de remembranza, con peso y forma, cuando la Miñoco Quemada agarró a una por el tragante cogote y con perfecto y espiralado meneo la dispuso como cálido cadáver.

La Quemada no entendió que los pliegues de los ojos en él se tensaron, y él vio como la gallina quedaba de alas deslumbrantes y pico moquiento, las patas coloradas cruzándose sobre el gancho ensartado en el marco de la puerta, las demás reiteraron el picoteo que estaba fuera de toda muerte, y Miñoco Virabosta hasta el rancho se fue, tres pasos sin contar su largura, y vio mejor los matizados oros que declinaban, los piojillos que se aglutinaban en el muriente recoveco de las axilas, la pechuga sin tetas como una blanda espada, el fosforesceco de una intolerable respiración, las mierditas aflojadas denigrando el plumón que solamente allí se platinaba.

Siguió viendo, no toco ni olió.

—Si te gusta el bicho a comer te invito, ¿qué decís, eh?

La Miñoco Quemada era una hermana bastante encorpachada, tenía esa morada pero dormía o cocinaba o permanecía en cualquier otra del Rincón. Hacía como todos, pero era la única que podía decir lo que terminaba de expresarle al Virabosta. Ella, sí, ella lo invitaba.

—Güé, sí... me gusta verla... y comerla cuntigo.

Ella lo agarró a él, lo bordeó, le ubicó una mano en el pescuezo y los demás dedos superiores se los correteó ombligo abajo. Él tuvo como un sufrir de erizamiento en cada brazo, bien distinto del chijetazo que le sucumbió las piernas.

El rancho estaba semivacío, alguien comprobaba los propios ronquidos sobre revolcados cueros o mantas. La Quemada se extrajo la borrosa túnica donde sobrevivían telas y vestiduras, sudores y sueños, fiebres y descansos. Él abandonó los segmentos de su camisa y el textil fraccionamiento de su orinado pantalón.

La gallina se fue enfriando sin apuro normal, atropellada por moscones fulgentes y decapitada por algún perro hocicudo que despreció la sangre barrosa para gozar del jugo de la cresta y el crujido de las vértebras iniciales.

La Miñoco Quemada desjarretó canutos, tubos delicados, desgajó plumas pulidas, ultrajó reflejos, reprodujo tiznadas digitaciones en la vestidura inconsútil que se demembraba, despegó hilachas blanquecinas, desequilibró resortes apagados, tactó el agua fermentando en bulliciosas escaldaciones, lanzó las rajadas abiertas, las porciones desarmadas y los rotos apartijos al regurgitante estómago de la orbital olla patuda. Los fuegos cotidianos eran la suma de lo perpetuo: hora de comer era hora de hambre, de sed era de beber, de impulso era de refocilarse.

La Miñoco hermana todavía olvidaba su entrecosido y ascoso ropaje, le conoció las mancilladas fracturas y los amasijados chiflos de la piel de la espalda, le preguntó por qué.

—De chica fue, yo quise que dos o tres hermanos no me apañaran en uno de los ranchos, casi casi estaban pudiendo conmigo, y yo me les resabié, me les resbalé con el sudor de todos y me revolqué entre las brasas, troncos quemándose había también. Acostada de lomo quedé, y con el dolor estuve lejos, dormida o muerta un pilón de días.

Hurgó en los niveles profundos del receptáculo, hisopeó

sales, pimientos salvajes, bárbaros ajíes, chiles picorosos, desbarajustados jitomates, controló las densidades del vapor, la esbeltez del humo, dijo:

—Pur iso tengo que dormir con la boca pra bajo, de otro yeito o posición no puedo.

Por eso ella había estado con el Miñoco Virabosta, así como estuvieron, y ya de nuevo iban a estar, él con las espaldas cimentadas en el revoltijo de cueros o mantas, la Quemada envolviéndolo, encerrándolo, arrancándole íntimas sangrías, humectantes sembradíos donde se ayuntaban el goce y el desespero y el lloro, los ojos plegables y las babas parlantes, el debilitado hervor de la barriga y aquellas erizadas y tiesuras que el apogeo de sus manos en la sacrificada espalda producía, como en el sopló de desasimiento de ahora, cuando las hojas le volaron a través de la cara y los árboles, los eucaliptos transmitieron altores resinosos a las maderas relampagueantes.

Y sus brazos se fueron de ella, de la Miñoco Quemada, y los retemblones abrían portillos donde florecían vientos más desceñidos, vientos más cristalizados, más esquivados de las misturadas corambres que todo lo chupaban hacia la tierra machacada del piso del rancho, portillos, poros, agujeros para que ingresara la liviandad, la ligereza que ahora tenía asegurada, los movimientos ligados a su vestido de plumas secas, y se levantó para orinar rebullentemente, apenas de pantalón (molesta armadura, dudosa disimulación, cascaruda pertenencia, hedionda galaxia, algodones y lanas blasfemadas) y se reunió con la gregaria hermana, a comer las fragmentaciones del grueso pájaro amarillo sazonadas por las habilidades del hábito y la urgencia.

Miñoco Virabosta no recuperó su desentramada camisa, tal vez alguno de los que soñaba roncando la agregó a su ajuar de miserias, y él no se reconoció de otra manera que la de estar en medio de los alimentos envericuetados del Rincón, con su pantalón que le asfixiaba la cintura, sobre todo cuando los brazos sugerían súbitas o alegres gimnasias o reclamos de irse, de acompañar como certera

sombra la configuración de los viajes intrincados que las águilas imaginaban en el blanco cielo.

—Parece que van a dir pra ahí, ¡y se van pra otro lado! ¿Es que estos virabostas saben lo que vuelan?

Siguió mirando aquellas luces aladas renovándose entre ínfimos soles, lunas girantes que el día no borraba, astrales conjeturas, divisas fulgurantes, translúcidas banderas exaltadas por las nubes sin raíces en la indecisa primavera que avanzaba desde el impreciso sur.

Devoró el ámbito sutil que olorizaba su cabeza, tragó un deformado litraje de oxígeno, masticó gases de sabor inflamante, el vientre le empujó un reflujo de objetos ya casi ajenos, y el pantalón allí quedó, asociado a un proceso de sucieras y moscas verdonas, integrándose al desmenuzamiento de matas arrodilladas, pastos grasosos y arenillas descompuestas: era el basural de estiércol, era la zona del Rincón de los Miñocos donde se organizaban los desperdicios que ayudarían a levantar trigos vulnerables, mijos contagiados, arroces maltrechos.

Los erizamientos lo vistieron desde la uña al pelo, como ahora mismo, en que una rama le rascó la punta de una centelleante cadera, y en que algo se fraccionó, hoja o pluma o pétalo abismal, y el Miñoco Virabosta inició el ciclo de las trágicas gallinas que él hacía invisibilizar al ausentarlas de plumajes, al tragarlas por nervadas congregaciones de muslos, pechugas y cogotes violentados, al desalojarlas de huesos y moldes cartilagosos que los hocicos triunfantes se repartían y compartían.

La hermana Quemada encostró más las grasas y los humos y los tiznes de su olla insondable, y así masticaron, mascaron, descarnaron, escupieron, manducaron, absorbieron, siempre con un tenso alrededor de hijos de perros y de cachorros de otros hermanos, y aun los que dormían y roncaban en las habitaciones del festín incomprensible, manoteaban alguna dejada presa desde un sueño atento a las envolventes aperturas de la realidad.

Miñoco Virabosta empobreció todo un pueblo de aves amarillas, aunque los gallos huyeron con hembras escasas y en secretas y enmarañadas fornicaciones lograron perfeccionar por los montes de la laguna Asombrada todas sus razones de supervivencia.

Y las plumas de elaborado oro, de inflamados metales pulsátiles, fueron juntándose en un incendio de barbillas vibradoras, atadas con pegoteados hilos de ovejas, cosidas con fibras de mimbres disecados, y el traje se completó cuando Virabosta lo afincó en su cuerpo engrosado por el sabroso y múltiple crimen, y el completo trepidar de cada mástil emblemado de plumones fue un influjo en los ojos de la piel, en las médulas que agitaron una vocación ahora desatada, ahora como ahora, en que las hojas espaciales aprendieron de su jadeada asunción, en que las hojas menos frescas le raspaban la quilla aplanada del pecho, y las ramas mortificaban, destrozan como ahora mismo despegadas fracciones de volátil sustancia, y la exasperación de cada tendón, nervio, músculo ya se gastaba, y la pasión con que cada dedo enmendaba rumbos y niveles ya se desvirtuaba, y los eucaliptos neutralizando su perfume lo separaban más del propio peso terrenal que su aérea voluntad definitivamente había desechado, y la atmósfera tiznada de los rancharíos arrinconados, pertrechados de miserias, le transparentó la posibilidad única, la sola chance de otros lugares donde había otras gentes moviéndose en limpias lejanías hacia otras tierras de labranzas azuladas y otros fuegos ordenados y aguas y cielos, de otras casas configuradas por la pureza de otros vientos de color resonante, y los rostros horizontales de la Miñoco Quemada y de tantos hermanos y hermanas que lo habían visto subir, quietos y lentos, recién ahora con inesperada inmediatez se le inauguraban, y los hocicos del perraje también emergieron sangrosos y ávidos y adivinatorios de un cielo cuyo perturbado blancor aún lo enceguecía, y aquella ilimitada nube sorpresiva, inédita a tales alturas, le hundió en la crestada cabeza sus imperfectas, dolorosas, durísimas, oscuras, finales espumas de piedra.

EL DUEÑO DE LAS FLORES

*· Todo lo que es signo de augurio
los hombres llaman
siempre pájaro.*
ARISTÓFANES

LA CARTA, en caso de ser leída, porque misiva o esquila sin cartero ni lector, ni es carta ni billete ni mensaje, diría esto:

Meu querido Teofanio:

hace ya como un montón de semanas muy largas que te salistes con tu circo de carpas, ibas para Marimbao, me dejastes dicho con la Negrita, o fue ella que me dijo que le dijistes, la hermana menos loca del Pretiño, fue así que te tomastes esa decisión de irte, justito que yo andaba por volverme bien de firme en mis quererres por vos, y que ya empezaba a trabajar en las tiendas Nambucanas,

con salario regularcito pero que da para mantener las ganas de mascar algo regodeándose y tener como un sueño desbocado hasta el día que viene, que tendrá que venir entre la gente como una. Yo no esperaba que te soltaras de tal modo de mí, linda no seré mais nunca, pero puedo entrar a hacerte de lo más feliz si vos querés, el que no quiere, no y no, es mi padre, autoría sostiene sobre todas nosotras, a lazazos y tales puteadas que ni el señor cura aguanta, porque él va a las misas, salteado pero se larga a la capilla Chica, y entre cruces y palos aquí estamos todas nos.

Por eso andá haciendo lo que mejor consigas para venirme de vuelta, que yo te espero dende antes de haberte visto tu cara tan paliducha y tus ojos, Teo, que miran donde no estoy yo, y entón hasta ahí, hasta ese sitio que miran pues camino o corro, y entón ya estoy, colocada para siempremente en cada final de lo que mirastes, ¿qué estás viendo ahora, Teo? Porque en Marimbao hay mucho hembraerío de putaje, ansí que trabajá lo más béin que vayas pudiendo, venite prontiño, sin darme aviso, como te salistes daquí, pero bien pronto, con menos tiempo se espera mejor, no tengo aborrecimiento ni tengo olvido en mis amores por vos, te...

Leodilia

Leodilia no dictó la palabra "besa" porque el escribiente no llegaba a ese escalón de su confianza; con el total de intimidades anteriores había otras cuantísimas cartas, que el hombre escriba tenía por artesanal labor de subsistencia aquello de transcribir dulzores de pecado, sinsabores de indiferencia y amargores de abandono. Y en la formulación epistolar de Leodilia se entretejían inéditamente las

sequedades del papel con las húmedas circunvoluciones de una tinta salpicadora y expansiva.

—Inspiración me das con tu amorío sano y calentito.

El amanuense cupidesco así se lo significó, resignando profesionales asombros o impasibilidades. De menos le cobró, medio peso viejo por palabra corta o extensa solamente, pues de la carta guardó copia certera. (Pesos sí, pesos de primitivo y descaecido valor, axiología monetaria más fugaz aún que ciertos tonos de la pasión.) Por eso, ¡cuántos amantes serían inventados desde tal arrebató verbalmente objetivado! Y nosotros copiamos lo copiado, así como el original de trabajosa mano transcribía la situación de amor entre ella y Teofanio, que mucho duraría en lo amantísimo.

Porque amor no casi siempre es amar ni querer ni enmetejonarse ni quemar humo y jugo en la entrepierna ni alzar amistad por esas camas de la mitad del mundo.

—De esto, ¡ya ni se sabe!

El hombre que escribía le exclamó a Leodilia, mientras daba retoque a los apellidos nombradores del sobre protector. Faltaba un mensajero, alguien parece se mudaba de tren para Marimbao, y con ese señor Fulano, incierta sombra para ella y recuerdo que no nos importa para el documentador, marchó la esquila. El humo la mancharía con sus hollines, precarias desmemorias la retendrían con arrugas de una semana y pico, dedos mierdosos de yerba mate, nicotinas falsas y grasas espesas le darían la encorpadura de lo concreto y desesperado.

Teofanio descifraría el calor de ella en medio de impurezas y trasiegos: la carta diría lo que ya sabemos, carta al fin por empujadas palabras.

Leodilia armó sus horas con despatarradas estructuras de fatiga, evitó los habituales choques bélicos con sus hermanas de sangre y sus hermanistas en espíritu (porque el viejo Asencio padre era de ellas totales, por resultados de ser un tremendo montador de esposas, la segunda se ocupaba como madrastra de Leodilia y la

primera ya tenía soportado incontables generaciones de gusanitos e irreversibles evaporaciones de su agua vital) y aguardó los inesperados retornos de Teofanio, de Teo.

—Las empresas le funcionan para el costado del diñero, entonces, pra qué regresar de rápido, ¿no?

Sus tareas de vendedora en las tiendas, peleando las comisiones, batallando por una venta de pañuelos, calzones o vestidos las tardes en que la lluvia ensoledece cada calle, la obligaban a asumir fuerzas que no eran para ella. Un esfuerzo tal, y su poderío cotidiano sugería desmerecimientos, como si una debilidad muy propia le conociera todos los caminos.

De a pie y solita transitaba el rumbo inverso hasta su casa, residencia constante de griterías peleadoras. En el cogollo del barullaje, ¿quién podría atender su saludo de externas cortesías? En la plenitud babosa del combate las hallaba esparcidas en bandas, regimientos o terrorismos aislados (¡todo es tan contingente en ciertos primarios ánimos femeniles!), a sus hermanas.

Un coro de cambiantes individualidades le hacía recepción del lunes al sábado, hasta que en la noche de ese día de alborotos semihormonales, un estado de paces armadas las amasijaba en interminables intercambios de vestiditos y pantaletas o bombachas, peines, peinillas y peinetas, agüitas de oler contra la oreja, zapatotes mal armados para usos violentos, papelitos y lápices para secretas proclamas, consejos de iniciación, sugerencias de dominio: es que el bailable finisemanal se repetía y tenían que saltar, buscar abrazo, perder algún beso o tantear una boca perdida o prendida.

Don Asencio, ritual para empedarse bien borrachito el sábado coincidente con los desquiciados bailonguillos, declinaba su autoridad paternaria y mecánicamente se introducía hasta las tripas chupones de caña sin mensura, cataratas de cerveza meadora y, si su gran vecino Terengucio Silva (un nombre sin presencia para nosotros) estaba de buen mirar, también atornillaba las huyentes molé-

culas alcohólicas con un coñaque fronterizo de regular y entiemado perfume.

—¡Que salgan por ahí, al emputecimiento, mais en esta casa ninguna me trae relajo!

Antes de las diez, solo y vacío aquel rancho. Una velita se inmovilizaba en la base de un concilio de santos, fuego universal y económico de la hagiografía más profunda, guardiana de caseras tinieblas, guía de mosquitos alucinados, inquietud cegante de cascudos moribundos. Solito aquel rancho, con sus varias piezas encerradas y el patio de florales culminaciones ocultas y la cocina de gordos olores fantasmales. La vela en el cuarto principal, sol condenado y mínimo, satelizándose de bichos exasperados.

La segunda mujer de Asencio tampoco estaba, no. Hacia los cerros más escondidos íbase sumiendo. Principiaba a irse de pómulos erguidos y frente con decisiones, para disponer un regreso matinal con las espaldas dañadas, corcundas, que más se vencerían en las instancias de la misa parroquial, con el pulcro chal negro aferrado a ropas audaces y ya injustificadas.

—Cantando fui y ni chiflando vuelvo...

Los dedos discurrían susurradores entre los huevitos discretos del rosario, el señor sacerdote engrandecía la garganta en un arduo monólogo que ni Dios escuchaba (distráido quizás en bíblicas ocupaciones): que su apoderado se defendiera solo, a qué joder y mandar ojo para arriba, para el cielo de arriba, el cielo fácil y visible de arriba.

A una misa como ésa, llena de pobladores impacientes, de viejitas no sustituidas, de pecadores indispensables, de criaturas mamonas o en lance de cacas, faltó, hizo hueco don Asencio, que a las once y pocas oficiaba ingresar al templo con igual unción que al postrer boliche del sábado.

La segunda mujer no lo vio, claro, qué iba a ver si todavía ella misma misturaba el ritmo de los pontos y el enterrado clamor del terrero con el fluir colectivo del verbo sacrosanto. Luego sabría

por qué su padrillesco esposo había incurrido en ausencia, reproche del cura más adelante y ni interesa aquí cuándo lo tendrían de nuevo por el templo. Y a ella, ¿qué? Colmada de divinidades estaba, ofrecida su alma a brisas, vientos y tempestades blancas y celestes. ¿Qué, pues?

El viejo Asencio cruzó para su casa, una lavadita a media mano y buchec de menta fresca, luego a la misa, que ese domingo presentía hondas batallas. Nadie de las muchachas estaba ausente o huida, como a las veces tenía acaecido:

—Puercas son mis hijitas, no todas pero sí algunas.

Fue ahí mismo que percibió al Teofanio, semanas lejísimo de Rivamento, en otros airecitos sus máquinas de dar vueltas y divertir a tales lotes de infelices, alegría girando, girando y dispersándose también, partículas desencajadas que ya no se juntan.

El brazo del Teofanio terminaba entre las manos agarradoras de Leodilia, las manguitas del flaco camisón caídas hasta cada codo, las bocuchas de los dos colaboraban en ósculos menudos, repetidos, insistidos, fieles a su humedad natural y al limpio sol que rodaba por allá encima sin concederles la menor pelota de su redondez o aplastamiento.

“Recién cayó por aquí el cirquero éste, capaz que de la estación se le vino direto a la Leo, ¡y con lo prohibido que le decreté esos amorcitos!”

Don Asencio les prensó las extremidades ensimismadas, se las unió hueso contra hueso, y los sorprendió con un abismo súbito, y les gritó peor de lo que pensaba, para quitar nunca escasea el tiempo, rebajar después, estrangular primero.

—Te me rajás daquí, desgraciada de la peste, y vos, Teofanio, Teo, Teíto, ¡te me vas a meter los dedos en el cuenco de tu madre!

Leodilia se disparó con su vestido de sueños, pasó por el hermanaje que dormía sus placeres o sus contenciones, digestión de siete días, y enchufó la melena en el hundimiento trágico de la almohada, remedando sin querer ni imaginar a una actriz gringa que

angustiosamente vio en no sabemos qué filme de no sabemos qué cinema.

Teofanio limpió su ofendida extremidad en la otra, gemela opuesta, él entre los dos como un espejo, y lo miró al viejote don Asencio:

—Anciano desquiciado, desprecio su suciera de ademán y boca.

Era aseado al hablar, esto enloquecía, alucinaba a la Leodilia que también quería de continuo besarle la voz tan bien armada y dirigida. Y enloqueció lo mismo al viejón, de otra manera, sí, por el flanco de la iracundia senil, esas basuras no totalmente quemadas de la violencia.

—Agorita te arreglo, marica calzonudo, carpero, ¡circo de macacos tendrías que vos tener!

Y dio luz a su faca de gestas antiquísimas, de tajeaduras remotas, y hacia el lastimado corazón del amador la envió, aunque temblando de aguardientes y horas oscurécidas.

Teofanio vio la hoja de feroz cuchillería ensartarse en las tablas que limitaban la ventana, y aligeró su lugar, y mirando sólo para el frente fue hasta la esquina desteñida entre baldíos, y quebró a la izquierda, quizás para no culparse nunca de un don Asencio derrotado y vomitante de jugos amarillos contra la pared inerme y crujidora de la casa.

Cuando la segunda mujer entró en sabiduría de lo acontecido, saturó de razones la sinrazón de su esposo, fuego no apaga fuego, le misturó unas hierbas de quitoco, carqueja hembra y boldo macho con una intensa ración de tilo y carnicera colorada, más un toquecito de coronda (difícil corteza de los impolutos montes del Cuaratí), extraído esto en su totalidad de una bolsita recóndita, apañada como coronación de su heréticas vinculaciones con santuarios indios y negras diosas del nunca acariciado mar.

A la Leodilia ni la inspeccionó, con esperanzas de barriga crecedora que no se cumplirían, pero contentándose al final con la

seguridad de que las hijas de la primera mujer salieron bastante más pitipropensas que las suyas. De ella, la Leo, se encargaría Asencio, en función más que en virtud de lazos, palos y rebenques. Que rebenques poseía dos, aunque no disfrutaba de caballo alguno, pues lo había vendido en temporada de precios interesantes y para una zafra de fiambres mortadelescos que casi borra a los cansimos descendientes de heroicas caballadas liberadoras.

Y el viejonazo Asencio dio utilidad a sus instrumentos que una consuetudinaria patria potestad le autorizaba a revolver.

Leodilia, pues, entró en brutalidad febril bajo efecto de machucones, cortes, quebraduras, cicatrices supérstiles, desgarrones, pinchazos y tajos rasantes. La fiebre es un portón alucinante, y ella lo cruzó en un vértigo de resplandores que fenecieron en la verde plenitud de un campo y un bosque esfumados (ahora sin niñitas con inocentes canastos ni lobos comilones) por donde pasaba un tren lentísimo seguido por una luminosa humareda formada con alas de pájaro, y de ese verde pleno y borrado viajó hasta el rancho, se mediolevantó en el catre, sudando su curación, y con los ojos enormizados pudo capturar al bichito volador, detenido en la ebullición de los jazmines del patio.

El colibrí volaba flor tras flor, besándolas con su paciente pico de amante polígamo. Interrumpió de pronto el incontable desayuno (de otros patios y jardines y matas venía, príncipe minúsculo del oxígeno) y apuntó hacia la ventana de Leodilia, pero fue repelido por un muro de dureza transparente. Cambió de sendero y se deshizo en un breve cántico sin sombra.

Ella permaneció con la mirada intensamente extendida hacia el patio de jazmines espectralizados y solitarios.

El circo de Teofanio ya no amontonaba gente a la entrada o salida del pueblo. La rueda gigante había gastado un poco más su hierro y su madera en un girar a descompás con el del mundo; el gusano loco había galopado como un desgonzado dragón de antenas fulgurantes y lomos de latas caedizas; la calesita había desperdigado

sus potros, conejos, cisnes y gacelas cubiertos de pieles pintadas; los automóviles de chocar habían aquietado sus electrizadas ruedas.

Dos noches antes del desarme general de locales de tiro al blanco y de la carpa central con el teñido payaso etíope y su encantada serpiente a transistores, la Leodilia se arrimó corajudamente, protegida por las distracciones castigadoras de don Asencio, que cada tanto cambiaba de objetivo. ¿A quién le tocaría en ese momento? Seguro a las hermanitas en espíritu, pues la segunda mujer, asediada por lo pagano y por lo divino, también le desatendía su vigilancia.

—¡Has venido nomás, Leodilia! ¡Cuánto riesgo para tu piel!

Y ella ya lo besaba en un picaboca infinito, le vibraba la lengua abrazante, le caminaba los dientes por el entrelabio, le desmoronaba el pelo, lo transformaba en indefenso y poderoso.

—Me vas a llevar con vos, ¡nos salimos juntitos esta vez, Teo! Ya no quiero más distancia, ni cartas escritas que mandar por otro escribir, una se cansa de querer ansí, a los golpes, vos entendés, ¡vos que sos tan sabido y esperto de vida...!

—Leodilia, tú debes esperar apenas, pasado mañana partimos, reúne pues tus cosas, lo más personal que sea tuyo, lo íntimamente necesario. En Bayeté veremos de encauzar nuestras existencias bajo limpia unión y matrimonio oficial y verdadero...

Pero Leodilia, completamente entendiendo su verbo suavísimo, su mirar alejado y presente, le transitaba lo visible de su piel lunar, astral, planetaria; le tentaba las firmezas interiores que fueron siendo y haciéndose externas gracias a un proceso que la historia conoce, para extraviadamente asumirse en lo interno que ella exponía (sacrificio iniciático y alabanza que precede a todas las transformaciones).

El abarcante abrazo subsistió hasta la despedida, cerca de la casa de la amante muchacha. Lástima que un perro gritador le borró la voz cuando empezaba a contarle a Teofanio su visión de un

ferrocarril despaciosísimo y el pronóstico del pajarito bebiéndose las flores del patio deshabitado.

Don Asencio reinsistió, menos de un par de días después, en el cuidado que proyectara sobre ella, aflojando así los aprietos consumados en Aquélla, Ésta, Chevós, Venipacá, hijas suyas cuyos lícitos apelativos rechazaba por laborada caprichosidad de la memoria. Excelente ojo tenía el veterano, además de los utensilios de castigo, o quizás el hondísimo suceso antes visto se plantó con su incuestionable efecto sobre todos.

Leodilia lavaba entre cantantes espumas y agua del aljibe muy hervida, sus atavíos esenciales. Vaciaba baldes y palanganas encima de ladrillos colorados y los abandonos de su cuerpo enternecido iban entre piedras, musgos, raíces, como en un viaje por tierras confusas.

El viejo se puso y mantuvo unos ratitos al costado de Leodilia y con soles a favor. La muchacha comenzó a ver la parte del suelo oprimida por aquella sombría expresión de la luz. Pensó tal vez en una nube inimaginable, en un frío imprevisto, en una ráfaga de materias desconocidas. En el punto de incidencia que ensamblaba el arrastre de la intangible o intocable sustancia con la semivertical carnadura de turbia identidad, se aglutinaron velozmente las zapatillas desmelenadas del padre.

-Tas muy rara pa tus cositas hoy ¿no es? Ansí que lava que te lava ¡y tan lejos del sábado...!

Leodilia inclinaba la mirada, débil ante la vaciedad del aire, los silencios del cielo.

-Y por qué no estás en la tienda hoy mismo, ¿eh?, es tu trabajo de obligaciones...

Entonces la sustancia acechante segregó una prolongación indeterminada, los dedos pasaron por un brazo, ella esplendió en el dolor, la herida golpeadora, la llaga sangrante, los coágulos arracimándose.

-Tibiecita venís quedando, en una tocadita nomás se te nota.

Don Asencio sopesó los azoramientos de los poros del brazo, de las piernas desgajadas bajo el ámbito que las faldas definían.

—Te me vas pa tu pieza, no me salís por lo que falta de esta semana, ¿oístes? Y si perdés tu servicio de vendedora en el comercio de tienda, te remacho de nuevo. El que suda, se moja, ¿tamos?

Y de tales órdenes surgió el obligado afincamiento de Leodilia, su desaparición a puertas cegadas, pues las potencias de aquella pasión no se habían engarzado aún, quizás, con el esforzado y continuo procedimiento de existir en lo inmediato. Y el gran coro de hembras segunda mujer-hermanas-y-hermanastras (cómplice o enemigo según soplaran las circunstancias, según el calor de la coyuntura) colaboró en el aislamiento y el ahogo.

Colmado el tiempo, enviudadas las botellas, pulverizado el rocío reiterante, repuestas las aguas del aljibe, aparecidas otra vez las vestimentas de Leodilia (que Asencio entró en rincones inalcanzables), la muchacha salió hacia los confines del pueblo. La carne se había detenido en su cara, perpetuamente fija pareció en compactos detalles, en masas de desvalido, desvalijado color.

Porque ya iba consumando en humores, retina, nervio y sangre la suspendida representación, el rígido retrato de un terreno concienzudamente sin nadie, las torres de madera transportadas, los troncos y las ramas de metal descuartizados, los resecos animales recludos en trajinados camiones, el pasto carcomido tratando de alentar tantos verdes estragados, los sedimentos de orín fermentando burbujas hediondas, y el sobrante de papeles, comidos caramelos, naranjas agotadas, bizcochos ajados, cintas retorcidas, despoblados zapatos, que se integraba a los numerosos trayectos del atardecer donde ella sola caminaba.

Leodilia avanzó en la misma línea frontal que sus coloridas y desoladas metáforas, muchas apariencias y simulacros fueron creados hasta que, combatientes, chocaron con el prefigurado sedimento que Teofanio y las carpas y las máquinas habían propagado para la risa y el vértigo de aquellos pueblos imprecisos. Y el choque

produjo el sollozo esbozado en el encierro y el perfeccionamiento de la desgarrada lágrima.

Don Asencio y la segunda mujer la esperaban, aguantándose.

—¡Con quien primero dentre en esta casa de mierda, me caso!
¡Sí, me caso para todo lo que me queda por vivir!

Dijo Leodilia, ancianizándose, con frase de fotonovela dudosamente traducida.

Y fue a colocarse un vestido desigual; la ropita que usó, regalo permanente para las hermanas, ahora coro satisfecho, adúlón y compasivo.

El primero que los visitó (visitas escasísimas tenían) y miren que no es casual, fue el Pretiño, tal vez avisado de tanta desdicha y alboroto por la Negrita, su alocada, recadera y ovárica melliza.

Al Pretiño le gustaba todo suspiro, todo pensamiento, todo aroma, toda voz, todo gemido, todo susurro, toda sonrisa, todo meneo, toda tos, toda pausa, todo culo de lo que fuera o asemejara mujer. Y el tal domicilio de don Asencio era estímulo y desafío por lo poblado y latente, alguna cosa de allí llevaba conocida, pero no diremos quién, ni qué, ni cuál, ni cuánto.

El Pretiño, hombre de cuarteles desde bien muchacho, recibió el inesperado beneficio de un asueto mensual, y vacaciones le dio al cuerpo, desenfundándolo de su pardo ropaje, y a los pies desembotándolos y despegándoles escarpines perforados por uñas cuchillosas y vigiliás pedestres. Confianza recepcionaba de la juramentada superioridad oficialésca, había sido propuesto para coronación como cabo, y luego lo que viniera, que con fogata y agua empieza el caldo.

De gran arreglo fue, de copiosa afeitada, pelos cortones y alisados con fuerza, en algún dedazo el anillo de veraz piedra roja (hallado al paso cuando revisaron o inspeccionaron o arrasaron aquella residencia de compadres alborotados y empoliticados porque el mundo humano debe cambiar), hasta de corbata esplendorosa y cigarros de conspicuo tabaco. Y corrigiendo una pizca la estatura

con zapatos taconudos y enérgicos. Pero el aliento del patio le adelgazó los perfumes de botica y de pastilla en boca que remecía contra una lengua muy tensa y secreta.

Leodilia hizo nariz con el desdoblamiento del patio atardecido, apaciguó los párpados pues por allí rebuscaba la estatua impalpable de Teofanio con sus caminadores pedestales, y el largor borroso del tren con sus plumones saltando y desbaratándose, pájaros inapresables.

Pero tuvo que alzar la tela temblorosa, el enjambre de pelitos doblados y vencidos por las confusas descripciones de la realidad: el hombre en traje de fiesta cotidiana se autonombraba, heraldo anunciante de sí mismo casual y predestinado.

Ella saludó, no olvidándose de su utilitaria y liviana amistad con la melliza Negrita, tan igual al hermano, tan descolocada sin embargo en una alteradísima geografía de novios y noviazgos.

—¿Cómo dice que está el señor?

—Bienbién, ¿y usted, y cómo andan todos pur aquí, eh?

Él le pasó las experientes vistas por lo visible y adivinable, el labio de abajo tuvo una inclinación, un reflejo, un deslizamiento maligno.

“Aquí hay mujer, sí, clarito, ¡ya no es una moza...!”

Leodilia le formó el diálogo:

—¿Qué tal me ve?, ¿tanto sin vernos?, mi padre piensa que ando distinta.

El Pretiño halló natural pasar del soterrado monólogo a la garganta sonora. Curiosamente se realizó el tránsito y eso duró como unos cuantos minutos. Leodilia ya había sido pesada, estimada, tasada y medida; él era un simulacro, una fotografía parlante y seca que ella jamás rellenaría con lo humano indispensable.

Don Asencio entró a saludar también, cuando la conversa se asentaba y el Pretiño planificaba su táctica agresiva, su metodología directa. El viejazo quería verlos juntos, solazarse con la elección de Leodilia que se había, por sí misma, predeterminado así, a

aquel tipo roturador de mujeres y hasta marido profesional de maricas encumbrados y solventes.

—Ah, meu amigo, este ranchito es suyo, ¡su casita de usted!
¿Cómo marcha la actividad del cuartel? Contrabando siempre, ¿no? Y encima con estos revoltijos de sidisión revolucionada, mais aínda, ¿no?

—Pues clarito, cosas jodidas todas, hay que meterles mano y que vuele la suciera. Negociaderas y políticas, pra fuera con ellas, ¿no halla usted?

—Cierto, Pretiño, ¡buena carrerita vas a echar todavía!

Y dijo para la Leodilia:

—Traete una garrafa de caña, tiempo es de aperitivo.

La cáscara de naranja endurecía su espiral de prolija factura, mientras los dos hombres lamían el vidrio de las confesiones y estiraban el advenimiento de la despedida.

Leodilia avisó que la comida esperaba, una cena sencilla y más bien rápida, que el futuro inmediato señor cabo supiera disculpar. Y así fue que comieron, los machos solos. En la cocina y otros sitios domésticos, el vagínico coro se enardecía en intervenciones sofocadas.

Don Ascencio despidió a su primer yerno, quien entre bebida dominante y comida rudamente condimentada, se largaba medio convencido de la relativa intactez de Leodilia, disposición exigente para donaires y machísticos señoríos fronterizos.

—Sabés béin que es bravo saber iso, la segunda mujer capaz que me averigua...

—Todo clarito, pa felicidad y contento...

No dijo de quiénes o de quién, pero muy difícilmente imaginaba cosas en plural: la muchacha era de palmario buen sabor, algo entristada, y él andaba en necesidad de casamiento (su futuro en la milicia debía complementarse con esposa oportuna, higiénica y no jedionda, de cama caliente y olla nutrida).

—“A mulher é casada,

o marido é solteiro...”,

pero su tarareo interno fue suspendido:

–Leodilia, vení pacá que don Secreto Zuculotto se nos va...

–Don Asencio, ¡soy el Pretiño...!

–Y a mí qué, ¿eh? Tus apelativos son los que dije, ¿o no son?

–Sí, pero soy el Pretiño, más bien.

Le depositó unos ojos coagulados y densos, el viejote se olvidó para nunca más de aquel secreto y de aquel Zuculotto, pues ¿para qué recordar lo que el pueblo total ignoraba?

La muchacha Leo trajo su cuerpo al límite de la mesa, desprolija de miguitas reamasadas y huesos mecánicamente picados por moscas nocturnas, preguntó quequé, y le contestaron que acompañara al señor Pretiño, riguroso defensor de patrias y banderas, hasta la puerta.

Enseguida y más allá de enseguida, la calle con sus cueros aplastados y opacos, escamas, placas, láminas. Leodilia no pudo con el terror de tanta sombra, extrajo las manos que el hombre empezaba a devorarle y se lanzó hacia parajes imprevistos, países, ciudades, poblaciones, hervores de luces y caminos, máquinas de alegría e inmedibles cúpulas cruzadas de flores.

Desordenado era su viaje, un círculo cuyo átomo central estaba radicado en las desfallecidas estrías del corazón (entraña que Leodilia –como tantos seres ambulatorios o sedentarios– no podría sustituir, y que, latiente y machacadora, tendría que usar por un tiempo más inmortal que este dolorido registro de pasiones).

Y tropezó con la segunda mujer, la segunda mujer chocó con ella. Leo fue levemente abrazada, estrechada aligeramente, ni de guría pequeña su madrastra la había rodeado así. Fue soltada y quedó sin libertad, en lugares habitados y solos.

La segunda mujer se insertó en la cama, apartó al montador y estimulado Asencio, y ahí nomás, para contenerlo un poco, le

estableció la certeza de que la Leodilia mantenía la cuca invicta. Y entonces el viejito entró a dormir, eructando y como sonreído.

Leodilia cercenó sus empresas domésticas de la tarde. No demoraría su vuelta el sargento primero don Pretiño (siempre en su secreto de Zuculotto) y ella, como esposa incansable y fatigada, zampó agua en caldera y caldera en fogón, que el mate de amarguear debía esperar al hombre del cuartel con espumas subidas y paladeantes.

Luego dio una vichada de poca exigencia para las dos crías, fabricadas en su desplacer y desgarradamente colocadas entre un dolor más general (Leo tenía llorado mucho cuando, bajo el vientre opresivo del Pretiño, sintió unos grititos, unos chillidos delgadísimos y sin procedencia que le anunciaron turbios nacimientos y complicaciones transformadoras del cuerpo maternal no preparado, y las dos veces fue lo mismo de igual, el Pretiño encima, doblándola con su deseo ya sin gusto, con ella revañchándose y con aquel amante Teofanio, huido y herido entre lonas y máquinas y carpas, y dejando sin su vuelo a los esmirriados pajaritos de los cuales nunca nada ella le refiriera o contara), las dos niñitas, una apenas si en pie y la otra sentada y lejanísima.

El Pretiño arribó a las casas, pasado bastante de la hora del mate, ella anudando sus sabidos ajetreos, injertada la calmadora tetita derecha en las bocas chupantes y moviéndose entre paredes ya crepusculares y de vacilante límite. Llegó el Pretiño, la chaqueta como despilfarradas colgaduras, élitros arrugados en arrastres y acechos, y el pantalón con una difundida mancha, una extensión de rojiza suciera que involucraba la descubierta alteración de los botones delanteros (avanzada en hilera contra campos enemigos, terrenos adversarios a destrozar, a salpicar, a inundar, a taladrar, a sembrar de sal transportada por ácidos destacamentos aceitados).

Ella, la Leodilia, lo mantuvo a pura mirada sobre el duro madero de la puerta, más bien él allí permaneció, gozante y exhibido.

—Güé, por aquí me tenés, con ganitas de matear y luego una rica yanta y su vino...

—Te caliento el agua de nuevo, de mientras te trocás de uniforme, jodidos servicios se ve que tuvistes que hacer...

Puso a las gurías en los catres, una densísima debilidad le masticaba las piernas, un fuego seco le afiebraba el paladar, unas largas y flexibles espinas le transitaban los burbujeantes senderos de la barriga. En un cajoncito se sentó, no lejos del fogón, y de pronto, sin que ella tanteara con su deshilachada oreja los ritmos del aire, pantalón y chaqueta y calzoncillo y camisa la golpearon juntamente.

El Pretiño, bravo sargento primero, dijo, así nomás dijo:

—Andá lavando, linda mano tenés para eso. Y que no quede manchita ninguna. Para mañana lo quiero todo, en lo temprano del sol: es mi deber soldadesco.

Leodilia agarró aquello como si de carnes de hombre y mujer musgosos se tratara, pero —el Pretiño a la mesa y mateando y comiendo y sorbiendo su medido vino— antes del lavado lo apretó, le ensartó los desesperados dedos, los colmó de jugos innobles, los saturó de derrames aberrantes, de caldos fermentales, de salivaciones incontenibles.

Y el cuartelero y patriotístico esposo, luego de lindas horas de sedimentado sueño resposante, pudo reusar aquellas ropas de mancilladas dignidades, bien lavadas y secas, oreadas y organizadas en pliegues y líneas al calor fulgente de la plancha de fierro y su tripaje de braserío infernal.

Claro que primero chupó unos matecitos lentos, mirándola a Leodilia (ella sin peinar, con el mismo y exacto camisón de soltera de los tres o cuatro ciclos anuales de casorio), ocupada en la inicial preparación de mamaderas y propio desayuno; mirándola a través de una espera cortona, lucida y desafiante; mirándola y tocándole ya las cosas de ella que tenía dispuesto agarrar para la noche, pues durante lo anterior nocturno no pensó porque había llegado extraña-

mente satisfecho, más aún que de otros enredijos (como esos bichos que forman felices gorgoritos en su charco).

—Bueno, no estaba mal esta yerba mate, doña Leo.

Según el hábito de ser solo, no volteó nadita, ni esto, para ver a sus hijas, algo movedizas en el catre común, tal vez naciendo para ese día que traería otro día y otro día encadenados a su luz.

—Ta luego, Pretiño.

El hombre, muy uniformado en la relativa rigidez de su estatura, caminaba de ligero hacia el cuartel, menos de un kilómetro entre casas plantadas junto a un castigado monte de eucaliptos.

En eso estaba Leodilia, describiendo para sí misma las imágenes del marido que se le iban, cuando una pluma verde y altamente dorada le sesgó los ojos, deleznablezándose en el urgente semicírculo de ligustros desaparejos, de naranjos desatendidos, de limoneros espaciados, de malvones sin flores a la orilla de su flor.

Rápida ella fue en su parpadear, pero la hoja fulgurante estaba perdida. Otros colores y fuegos la restituyeron confusamente, y Leodilia estuvo a punto de soñar.

Un lloro simultáneo de las niñas la regresó a sus tramas cotidianas, que se fueron realizando en recaudados cansancios. No hizo siesta, porque dormir no es garantía completa de las visiones necesarias; prefirió limpiar sábanas conyugales y trapitos de infantil incontinencia. Así estaría en los viajes del agua y en las corrientes de olorosas burbujas, lavaría sin prisa y sin término, con las hijitas a vuelo de retina y gozando sus vidas entre el pasto primordial y las piedras redondeadas por indiscernibles espumas.

Tal dispuso para la tarde, fiesta de pureza y sacrificio.

Flaca de energías, dio emplazamiento a las anchas sábanas encima de hierbas cuidadosas y sin trazos de hombre o de animal. Los espacios blanquísimos la obligaban a restañar rugosidades invisibles, a homogeneizar ángulos y superficies.

—Ventanitas de agua blanca, da gusto mirar así...

Pero no logró entrar en aquella perspectiva, en cuyo final

hallaría sin duda a Teofanio o, en una mínima esperanza visionaria, la sombra de los pasos del amante o las huellas de carpas de ilusión y máquinas de felicidad. Raramente para ella, jamás se contemplaría (quizá por pudores de su plegadiza memoria) en las desbordantes jornadas de besos ni en el abrazo único y global bajo lonas y mástiles a punto de dispersión.

Y no pudo, no consiguió penetrar aquel escorzo de revelaciones, porque una pluma azul con nervaduras de un metal de oro y delicadas parcelas de verde perforante y patitas encogibles y largos labios violadores, paralizó el paisaje de telas reivindicadas y le perfumó la nariz con atomizados jazmines, ahora resucitados y vivientes.

La más vieja de las niñitas, dedo en ristre como lanza inocente, murmuró, dijo, cantó:

—¡El pajalito, el pajalito...!

Y el colibrí se levantó sobre los campos de desperdiciados verdes, sonoramente iluminado se alzó sobre tantas residencias de pobreza, la pesada formación de los cuarteles, las vacas como islas de carnes enflaquecidas, la estación con su desequilibrado local y las vías de hierros inertes, el humo en las fronteras despegadas del mundo, el humo del tren avanzando con su lastre de postes, palos pulidos, roldanas, vigas, cuerdas, cables, hilos, nudos, desataciones, bestias aladas, bestias de cuero pintado, dragones desarticulados, vehículos chocantes, ruedas despojadas de altura, usinas de alegría, el humo del tren regresando con sus plumas sin color desde Bayeté, desde Marimbao, desde Rivamento; el colibrí se enaltó sobre los cerros, las nubes girantes.

En apenas llegando el Pretiño Secreto Zuculotto, vestido de sargento primero prepotente y con empuje retocado de alcoholes empedantes, Leodilia le pidió que le prestara el carro y el caballo, ¿para ir adónde?, pues a la estación, que si nunca ella tenía ido casi, pues que alguien pasaría por allí, ¿que cómo ella sabía eso?, pues a ella le tenían informado..., un mensaje, ¿qué mensajecito y de

quién?, pues se lo había traído el viento flojo de la tarde (algo similar parece que le expresó), ¿qué te pensás vos, tas loca de los celebros?, pues que yo..., ¡vos no me vas a estación ninguna!, quedás aquí con las crianzas, en tu lugar, ¡qué tantísimo joder con cositas del aire!, pues que yo... yo mesmo voy, ¡vamo a ver quién es que viene o pasa por aquí!

Y nada de carro, claro, sólo con su caballo de tiro, que el de montar habitaba golosamente los galpones cuartereros.

El revólver cobijó en el cinturón; chaqueta y pantalones ya diferentes.

—Por las dudas dijo un cura... y se compró una cama de matrimonio... o por las ciertas. La Leo tanto incomoda con tales imaginativas, que uno termina como empujado: acredita o desconfía... ¡Qué mujeres del carajo! ¡No prestan ni pal catre!

Los murmullos del tren tropezaban con las curvas que iban ondulando los cerros aplastados, hubo señal de paso, de entrada, de detención por diez flexibles minutos, locomotora y pasajeros cambiarían de aguas, bajarían paquetes prohibidos, subirían ambiguas mercancías, los vagones vulnerables desnudarían el trajinado cargamento del circo de diversiones que no sería instalado en aquel panorámico desamparo, Teofanio pondría breve pie en los andenes desprolijos, requeriría rasgos, demandaría nombres como el de Leodilia, el de Leo, esquematizaría situaciones, reingresaría a su plaza polvorienta, a su asiento de incomodidades, vería la mirada desgajada de un hombre cruzando todos los rostros, surcando el suyo, inconfundible sería por simplemente distinto, vería una pistola al ser tanteada y apresada, un arma que saldría de una cintura demorada, recelosa, un ojo de perfecto acero que percibiría la cara del hombre y la suya mezclándose en los manchones del vidrio mugriento, vería una mano con rojez de anillo pasando por la frente, las mejillas, la boca salivienta, las orejas duras y los pelos diversos del hombre carnal, para diluir la cara entreverada con el blancor de la suya o superpuesta en los cristales borroneados de tierra escupida,

no vería nada más de la estación ni escucharía los pitazos de la vía abierta, sólo retendría por un tiempo inrevelable aquel exasperado desplazamiento batallando contra la velocidad del tren y suprimido en una ráfaga de plumas incandescentes, humo vibrante entre el humo desordenado, ensoñecida experiencia que una muchacha lejamente inaugurada por su perpetuo amor no le narró, no le contaría siemprenunca, y el hombre, el sargento primero Pretiño Secreto Zuculotto volvería a sus domicilios, se arrojaría sobre unos tragos de caña para juntar el ardor de afuera con el hervir de adentro, cabalgaría a su mujer según se prometiera, repercutiría en la mudez de la dulce víscera, marcharía a su cuartel en lo temprano del día, pensaría en cambiarse de lugar, en solicitar un traslado por mejoría de servicios, Leodilia iría hasta el mismo sitio del arroyo enlentecido, lavaría fríamente la mocedad del cuerpo, de su cuerpo en ella, la junción de las piernas lastimadas, el amargor de cada axila, lavaría el camisón utilizado y débil, y vestida con la ropa elemental, con la túnica exacta que le daba forma y luz entre tantas ajenidades y extrañamientos, se sentaría a respirar alientos de jazmines, naranjos y malvones, como esperando al voraz coágulo de fuego verde, de fuego azul, el colibrí, el príncipe violador, el insaciable dueño de todas las flores.

EL VUELO DE BAGUALDINO CUERVO

EN TODA SU LARGURA indecisa y en toda su enajenada anchura, la frontera entró a llorar. Indecisa, porque el más acá del más allá y el menos allá del otro allá, ni aquí ni ahí bien se conocen. Enajenada, porque los señores del Brésil Corporativo compraban tierras, ganados y gentes —esas gentes de cuero al viento que andan como naufragadas ente pastizales desperejos y ranchales pulgorosos. La línea fronteril, pues, engordó en su eterno viboreo, y el regular país, ahora sufriente bajo los mandatos de los centuriones patriotísticos y los potentes caballeros del dinero, adelgazó hasta descubrirse con menos kilómetros cuadrados que los exhibidos en las quincallescas ediciones escolares que durante un siglo habían sido consultadas y memorizadas con fervores de calenturientos enciclopedismos.

Sí, la frontera lloró como siempre que lloraba: con rigurosa manera, con restringido modo. Ya veremos luego por qué. Pero que ese luego no se nos demore, para que cada mitad de nuestro informe

se deslice buscando los extremos de sus respectivos fines y principios.

Bagualdino Cuervo, uno de los muchachones Cuervo, tal vez el más estirado de estatura hacia arriba de todos ellos (los demás llevaban la elevación corporal extendida en anchor, altos de hombro a hombro, continuados en brazos sin mensura, agarradores de ganados y volteables mujeres, manos finales en tal proporción, uñas y sin piedad ninguna por cosas vivas o muertas), salióse una mañana sencilla de resurgida primavera. Previamente, mates largos con yerba del otro lado y aguas de hondo aljibe, amargor de reconfortaciones y bondad en el estímulo y la inquietud del intestinal triperío.

Salió sin novedad, sabiendo que mientras revisaba la tensión de las llantas de su camioneta, bichote ruidoso de tanto motorearse por las geografías aquellas que no respetaban banderas ni históricas señales ni edificios de aduana ni cuidantes uniformados; sabiendo que enseguida llegarían las campanas para sonorizar el aire y juntarse con el silencio de bronce de enfrente (porque en Rivamento el horario se adelantaba o atrasaba una hora, por decreto de los centuriones, tan deseosos de luz como de ahorro energético).

Y llegaron los efectos del golpeteo campaneril. Bagualdino escuchó con beneficio aquel ritmo que alguna entretela de sus carnes tocaba, pues había sido monaguillo cuando el cura Torreón era un semimaduro orador de púlpito tonante.

“Un biblia quieta dicen que ahora es él”, y se echó a mirar las mugres grasientas del motor. Ubicó un par de cables imprecisos, estimó el aceite, examinó el radiador, manoseó con afectuosa innecesidad las bujías.

De chapa estaba regularcito su carricoche azuloso; dos puertas y nada de asientos atrás: era el sitio para el amor o el contrabando. Que de eso subsistía Bagualdino Cuervo, razones últimas que lo confirmaban en la región donde tenía nacido. Pensaba en ese minuto que “Qué joda es esto de marchar y moverse cada día”.

Incómodo entre las ropas que su mamacita (sólo para eso la

pusimos aquí, para que diera aguante al muchachón Cuervo con alimentaciones y vestiduras) le preparaba con eficaz rutina; incómodo cuando dormía, encuerado y solo, o encuerado y con su encuerada amiga la Gualteria, alias la Pantera Rosa (así apelativada por su frondosa cola color atardecer y por el uso que daba a sus dedos en el fingido o veraz momento culminante del cariño); incómodo cuando despierto chupaba a bombillazos sus mates, materiales por la gran pluralidad de yerbas y sabores; incómodo, molesto, impaciente, ansioso en el comienzo, en el durante y en el después. Bagualdino Cuervo.

Todo estaba ya revisado y revirado. El motor roncó lo justo, expulsó las toxinas de la inicial combustión, la camioneta bordeó el centro de la ciudad, buscó caminos que tajeaban los cerros, el paso estaba al costado o a cualquier costado de la cabina aduanera más abajo del declive que daba fin a la Plaza Nacional.

Bagualdino discurrió un saludo de mano izquierda hacia el ínfimo local de ladrillo pintarrajeado de blanco y celeste, con un sol de guerra encima de la puerta.

La voz costosa, dura y entonada del encargado, milico desde antes, ahora disfrazado de funcionario, le masticó las oideras:

—Che, Bagua, tené tus cuidados, que el asunto está apretado pur ahí...

El de los Cuervo semifrenó:

—¿Apretado, por qué?

—Vos sabés, todo mundo quiere morder. Hasta mi centurión tiene apetito... él, que tan derecho parecía.

—De ver comer empieza el hambre.

—Sí, pero que no te coman a vos... ni a mí. Las cosas en el cuartel ya no son de jodedera.

El Cuervo pensó, frenado en su yeguarizo de ruedas. Dijo:

—Por mí, no cargarás problemas. Yo resuelvo lo mío más lejos, entrando por la Laguna Negra. Estrada incomodante, barriales colorados, pero se pasa.

—No... dale pur este lugarcito, es lo tuyo y lo de mí. Probá suavetón, nomás. Y atendolo al centurión corporativo, ese tal Antonieta Silva de Buarque Preto: es de los bravos. Trabaja en combinación con los de acá. La quedás del lado de ellos, y nunca mais, meu amigo.

—Se agradece, sar... funcionario Facundo. Yo soy Cuervo, pero no carne para chimangos.

—Ándele, pues, se regresa a la hora de siempre, yo lo espero.

Del tú al usted o del vos al usté había una intangible diferencia que sólo Bagualdino se sabía: acuerdo final por esa jornada, contrato oral, tanto y cuanto para cada uno.

Pasó enseguida la línea de frontera; excavó el terregal que contra el suelo esperaba los vientos del mediodía o las lluvias salteadas que solían desprenderse en breves vértigos empapadores, san Pedro meando, tierras mojando; apartó la imperfecta avenida que apuntaba al aeropuerto militar; transitó sombras de ceñidos eucaliptales; llegó a los portones del turco Salem, alguien le hizo entrada, al final del terreno, delante del extenso barracón se detuvo.

Había que aguantarse unos minutejos, costumbre del señor Salem. Para Bagualdino aquello era impaciencia, deshábito atentatorio contra su mero estilo de clara eficacia, y cierto deshonor para un cliente como él, que desde tiempos se surtía allí. Por supuesto que fumó dos cigarros, sentado, con la cabeza soltada para atrás, descansando de las primeras irritaciones cotidianas.

Apareció el turco, un muchachito de unos veinte lo seguía, “Ahí llega Alí Babá, seguro que se mandó sus lavadas de mano, de cara, de pelo, palangana de bronce usa, comprada a los gitanos que, antes frontereaban bonito, o robada, ¿quién sabe eso?, con don Salem no existen leyes”, él no bajó para saludar, no debía poner zapato en esa tierra extranjera.

—Buen día, señor, ¿todo bueno?

—Tudo béin bon, sí, béin bon, ¿y tú?

El chavote los miraba, pelos negrones y exaltados, huesón

de cuerpo total, inflexible de músculos, los ojos aindiados, sin ninguna apariencia, tres vellitos en el lugar del imposible bigote, la ropa indispensable para no andar desnudo como ya seguramente anduviera. Limpio el ayudante de Alí Babá. Había otros sinónimos como aquél: capangas, cuidaespaldas, pseudoempresarios diligentes, cocineros, choferes, milicos rentados, porque la empresa era tamaña, de complejas administraciones, y el turco quería asalariados, semi-esclavos, ningún socio.

—¿Qué mercadería tenemos para hoy, señor Salem?

—Eletrónica, che, pura eletrónica, ¿te sirve?

Bagualdino Cuervo miró la colilla extinguida, humo extrañado.

—A mí me sirve todito, bien que lo sé colocar.

—Iso me agrada, che, iso mesmo, otros a las veces se mandan pendejadas, no quieren tevés o radios o pilas o cargas de madera cepillada o ganado grande o cueros de oveja o macoña pra endrogar, no, no quieren, y qué hago yo, buen turquito de Alá y su profetería, ¿eh?, pos que no les vendo mais, y ansí se joden y rejoden.

—Conmigo siempre el asunto es directo, no hay confusiones.

El señor Salem rompió su verticalidad en una reverencia que Bagualdino requeteconocía, aunque esa vuelta pareció más corta, menos deslizada, “Se estará poniendo gagá”, y continuando el movimiento, señaló con sus dedos diestros y fulgurantemente anillados el galpón gigantesco, “La cueva de Alí Babá”, y dijo para el ayudante:

—Traele lo que preparamos anoche, mijito, váyale, pues...

El de los Cuervo comentó:

—¿Es nuevo aquí el rapaz, no? No lo tenía visto.

—Sí, bastante nuevito. Del servicio de la casa lo pasé a esto otro. Es bueno para lo que venga...

—Aspecto de eso tiene él.

—Fervencio se llama, yo le digo Ferve.

Y Ferve trajo el bultaje del acuerdo, Bagualdino puso mano

en el acomodo y disimulo con que debía cargarse todo en los espacios traseros de su vehículo, agradeció al jovenazo, a ojo le tanteó las grosuras musculares, “El turco viejo no le afloja a las virtudes que se trajo de su patria”, país indescifrable, abandonado a la historia cincuenta años atrás, a veces recurso de sorpresivas memorias, idioma original casi perdido entre las borroneadas voces de aquellas dos regiones pegadas como nalga en pantaleta. ¿Cuál la carne, cuál la tela?

El de los Cuervo cumplió la paga en las tres monedas que allí se aceptaban: cruzerones, centuronios y dólares. Si alguien piensa que los primeros son o serían o podrían ser cruzeiros, los segundos pesos nuevos y los terceros lo que son, piensa en lo correcto. Pero esto es papel, aquí el dinero tampoco huele, y las basuras y la lluvia sólo ensucian y mojan a los de adentro, no a usted, ni a ti, ni a vos, ni a mí, ni a vosotros, ni a nosotros, ni a ellos.

Pagó lo suyo, sí, aceptó el quiebre de cintura con que el turco Salem lo despedía —¿así con todos?—, puso el pulgar del dedaje derecho para arriba, saludó a la pareja negociadora y salióse al camino de polvos herrumbrados. De inmediato el portón quedó clausurado, como si el tal misterio no tuviera su claridad: ¿cuántos no entraban como asociados laterales del consorcio, cuántos no habían visto el propio esqueleto desparramándose por umbríos pedregales o montes hirsutos al rechazar, sólo por rechazar, ávidas mordidas y/o profundas confabulaciones del milicaje fronteril?

“Bien enganchado está Alí Babá, tanto que hallo que ni él puede ya salirse de esto”.

Iba eludiendo los piquetazos del sol contra el vidrio delantero, cuando una tolvanera enrojecida se le cruzó sin aviso, sin claxon ni disparos a las nubes (según la retórica que ayudaba a una definición de sus negocios), y fue como empujado hacia los árboles, los firmes alambrados de púa y acero, cerca del marco que testimoniaba la infructuosa línea de aquellos límites.

De la camioneta yipe, oscura en su verde, brincaron cuatro tipos, manoteando armas y pedacitos de tierra voladora.

—¿Adónde es que va, señor, eh?

—A Rivamento, pues, sólo.

Dos soldados en cada ventanilla, el quinto seguía en su puesto de conductor, operativo sencillo, resuelto automáticamente. Uno era el superior, dijo:

—Déme su nombre, documentos personales, registro de carro, autorización para manejar, certificado de vacuna antivariólica, libreta de casamiento si es casado, registro domiciliario en Rivamento, credencial de votante, carné de trabajo, comprobante de impuestos al día, acta de empadronamiento... Saque todo lo que traiga, rapidito.

—Bagualdino Cuervo, ahí tiene lo que hay. Y usted, ¿quién es y qué grado lleva?

—¿Qué mierda te interesa, seu Corvo?

—Me agrada saber con quién estoy platicando, ysi es alguien de arriba, un tantito más, por eso.

—Oficial centurión corporativo Antonieto Silva...

—...de Buarque Preto, ¿o no?

—¿De ande sabés iso?

—Usted es persona de conocimiento en la zona, tan vinculado a sus muchos colegas rivamentinos.

—¿Por qué sabés iso? Bajate, agora mesmo, ahorita.

Bagualdino colocó los zapatos en el polvo removido, piedras pequeñas también había, hojas quemadas, hormigas agitándose acezantes, camino partido por el golpeteo del sol, por los lengüetazos lijosos del viento, para él un pantano de imprevisible hondura.

El centurión corporativo le hizo un fichaje primario, metió entre los casilleros de información de su especializada cabeza los perfiles de Bagualdino, estimación de estatura a talón con talón, marcas en el rostro, tamaño de nariz, proporción de las orejas, algún

temblor de nervios permanente, si andaba de reloj o anillos, modo de peinarse y calidades del pelo, tendencia a barbón o lampiño, toda la cáscara pues, con los tonos de piel completos, porque ahí, en la estrada pública le ordenó que se desnudara desde el cogote a las patas, desplumado en medio de las tierras que venían del aire, viajeras molestosas del verano.

“¡Coño!, siento que me hundo mientras sigo así, desbolado frente a este fiadaputa...”, sin hablarle durante el examen, los otros revisaban, investigaban la camioneta y le daban al risoteo, lo carneaban rebonito, y él en tal postura, como santo en la gran joda o mártir emputecido, se encabronó porque el cuerpo le daba un picor de sequedad, un desajuste, un rebote ansioso que quién sabrá o supo de dónde le aparecía, y le expresó al Antonieto:

—¿Hasta cuándo con este circo? Terminamos el estriptise, ¿no cree, señor oficial Silva de Buarque Preto, eh?

—¿No me digás que agora también sos de los guapos? Como estás de prisa, te llevamos a la jaula, ¿o no? Aquí se da preferencia a la ley. Ese contrabando tuyo es para quién lo decomisa, ¿tamos?

—¿Por qué para usted si el trabajo es mío?

—Yo soy la ley y le doy el reglamento que quiero. ¿Qué te esplico? Aínda mais, el vehículo tiene su culpa por llevarte y traerte en esto, se queda con nosotros. Y vos te vas, pero a vestirme de tu lado, a tu país de mierda que ya compraremos cuando mais lo abaraten.

—¿Por qué no marcha también conmigo, oficial? Tantas culpas que cargo encima.

—Esta vuelta no, tamos de mucho servicio. Una solita alvertenencia, no me crucés mais pra este lado. Sos una buena porquera, castellano. Y ni imaginés ir al Chalé Verde, que la reina de ese cabarecito es mía, la Gualteria, la Pantera Rosa, me la agarré pra mí, ¿béin?

Al de los Cuervo se le erizó la entrepierna, no quiso inventarse nada, imagen ninguna, escena ninguna. Se inclinó para orga-

nizar su ropaje polvoso, el cinto separado del pantalón de mezclilla, los zapatos sin cordel. Fue ahí que le reventaron las nalgas a patadas, cayó enterrado, sumergido en toses rojizas, después lo pisotearon a lo largo y a lo ancho, de frente y de perfil, hasta el conductor se deshizo del yipe y le ubicó algunos disparos de pierna derecha, Bagualdino no se enteró de nada más.

Se levantó como el primer hombre tal vez se levantara, con el dolor de la huesera estirándose, no pudo adaptarse enseguida a la propia distancia de sus ojos hasta el suelo, hasta los árboles corroídos por el ventarrón ahora sí saturado por los hedores de las vanguardias lluviosas del norte.

Apoyado en el marco fronterizo, especie de gastada pirámide de ladrillo y cemento, con las respectivas placas y escudos de bronce enverdecidos por historias aún no acabadas de contar, se calzó telas y cueros. Al tiro nomás lo picoteó el agua, cada goterón un torrente encendido. Entonces se voló las ropas, alzó los brazos y abriendo los labios rajados, allí quedó dejándose lavar, impuro en lo necesario, fuera de cualquier intención o voluntad o símbolo que no fuera eso: agua y carne, hombre y lluvia, barro y aguacero.

Facundo no lo vio regresar, el funcionario miraba las confusiones del cielo, las dispersiones terrestres. Mate un poco, y más el aguardiente. Dio fin a su horario, vino el recambio de guardia y fuese por el rumbo de las cantinas de la Plaza Nacional, a terminar el día o a comenzar la noche nueva.

Bagualdino estuvo una semana y algunas horas en domicilio de amigos, es decir, se metió en el queco donde, quince años ya, conociera mujer tras el rito inaugural de jabones y perfumes floridos. En verdad de la verdad, nunca había desertado por completo. Iba de tanto en cuando, si el escozor de adentro lo revolvía demasiado, creemos que pensando en el ejercicio de ciertas formas escondidas de la fidelidad. Tomaba un parcito de cervezas, le daba al lengüelengüe con porteras y dueñas, hasta irse de cama con cualquiera de las muchachas, porque para él, todas, gordezuelas o bresilianas,

uruguayanitas o mensas, flaqueronas o mulatas, hábiles o cansadas, eran como una misma y sola. Menos la Pantera Rosa, allá en el Chalet Verde.

Las inquietudes de adentro le picaban bastante más que los daños soportados en las afueras del cuerpo, así que empezando el octavo día de recuperaciones y pensares ansiosos, saludó en agradecimiento y despedida a las femeninas gentes del quilombo y enseñidita estuvo en su casa de usted, cambiando de vestimentas y con voluntad de emparejar el desequilibrio que los centuriones corporativos le habían impuesto.

Por eso es que lo que se documenta de inmediato, parece de desconfiar: Bagualdino tenía copia de su llave camionetera, rompió la línea por el punto más flaco (terrazza alta de los Hoteles Cansino) y buscó el depósito de Decomisos Regionales y Federativos, no lo habrán visto porque llegó justamente cuando la polvareda rojienta se espiralaba desde la calle hasta el fondo del local (todo saturado de carros, televisores, pasadiscos, sacos de azúcar, tonelajes de arroz, trigo, maderas nuevas, hasta un caballo atigrado detenido y preso con su fayuquero propietario y allí en depósito sin comer ni beber y estercolando las escasas cercanías), descubrió la camioneta azulencia, hizo penetrar la llave, al principio el motor no quería, luego enruidió un aviso de primera fuerza, el equino recluso lo miró de frente al de los Cuervo. Bagualdino se bajó por unos fragmentos de minuto y cortó las correas de cuero oscuro, el bicho no esperó el golpe en las nalgonas para rajarse de allí, y bien de apuro, porque al salirse ya casi le tocaba la cola despeinada el hocico del exasperado vehículo que huía, mientras los escasos soldados corporativos (agarrrotados por tedio, aguardientes y radionovelas) no tuvieron opción ni para protestar.

Antes de volver a Rivamento, arriesgando en la bajada lo ganado en el repecho, pasó por la recatada residencia de Gualtería, la encontró en su bata rosada de sueño bostezado y ronroneo, le gritó lo que no podemos repetir (por luces de entendimiento, nada más),

le ajustó sus ricos manazos, y volteada primero en el piso pelado y despuesito en la cama de sábanas rosicler bordadas con flores purpurientas, le inyectó sus furias viriles a ritmo desesperado. La Pantera Rosa rugió para los interiores de su sorprendido espíritu, ni pataleó ni se opuso al jadeo de aquel silencio: a veces no. Pensar que el apurado Antonieto siempre procedía de modos similares, y como estaba algo entredormida y ensoñada, casi los entrevera a los dos en un mismo acto de forzado amor.

Bagualdino sofrenó su animal enllantado, se metió en la casa, tomó un baño largo de regadera tibiona, llamó a la mamacita y pidió de comer. Mientras esperaba, dándole al mate de amargas yerbas, imaginaba las trayectorias del polvo bajo la lluvia del mundo.

Advino una época de abstinencias. Precautorios giros astrales. Horas de calculaciones. El centurión corporativo Antonieto etcétera lo olfateaba entre aguadales irregulares y barros de costra polvienta. ¿Cuánto se espera esperando, cuánto duele al sufrir, cuánto gozo da el placer? Bagualdino era Cuervo, y tuvo que volar.

Porque una tardecita de sol ya consumido y lejanas nieblas crecientes de otoño, en uniforme de civil y desasido de ademanes aduanales, llegó a visitarlo, a matear y chupar vidrio, Facundo.

—Andás medio sumido, Bagua, ya ni se te ve...

—No ando, estoy nomás aquí y así.

El vaso iba de uno a otro, tragos certeros, limpios. El mate por lo mismo, líquido verdinoso y caliente. Encima del fuego, la caldera chifladora.

—Tendrías que salir a tus negocios, abandonás tu buena plata en esta quietú.

—Prefiero estar de espera que arrancar a los tropezones. Tortuga que mucho nada, termina en algún anzuelo.

Facundo buscaba la verdad de sus argumentaciones en el hueco oloroso del vaso:

—Lo que sucede, pué, es que cuantimás te demorás, pior va a ser la arrancada... Te vas a oxidar, pienso.

—Mire, señor Facundo. Vamos a platicar derechamente. Si usted vino, es porque yo le hago falta, ¿o no? Yo suspendo mis empresas y usted pierde sabroso dinero, sí, ¿verdad?

—Pero meu amigo Bagua, señor Cuervo, aquello fue un mero incidente del oficio: quién hace, deshace. Es ley. Y entuavía tiene el otro asunto, tan redelicado que ni por amistá se lo menciono...

—El nombre del asunto, ya sé, es el de la Pantera Rosa. No me encabrone ni esto más, yo no ventilo sábanas de nadie.

Bagualdino manoteó la botella, hinchó el recipiente que el otro le había regresado, de un trago seco inició un violento viaje visceral de aguardiente. Sirvió igual para Facundo, una absorción experta y todo como antes, pero algo era distinto.

—Bagua, ¿por qué no nos largamos suavcito hasta los bares de la línea?, las tales hembrachonas tienen allí.

—Es temprano, ¿no le va pareciendo?

El de los Cuervo se removía en su silla, Facundo inmobilizado como lagarto con frío. La garrafa quedó hecha el puro vidrio, nada más. Bagualdino la pescó del pescuezo y le dio un breve vuelo hasta un rincón del patio, que en el patio estaban, ensombrecidos.

Carbones y leñas tenían apenas un humo sin calor, la yerba muy gastada, incolora el agua.

—Vámosle, pues, señor Facundo. A que bailen los huesos.

—Pos béin clarito, llevamos la camioneta, ¿no? Así nos levantamos dos tipas de las macizas, ¿quién dice, señor Cuervo?

—Puede ser, ¿y por qué no?

—Dispués va a ver que se hallará mejor dispuesto, a seguir con su empresa, a pasarse a esos milicos por el sobaco, ¿eh?

Facundo se estuvo a la puerta de calle; Bagualdino se puso pantalón de salir, camisa de algodón de reciente limpieza, una chaqueta de cuero liviano, pañuelo de discreto colorido al cuello, botas cortonas y de elaborados brillos. Peine, perfume, dinero bien estimado. Se observó en el espejo como quien toca un último rostro. En eso emergieron las antiguas campanas, que ya se sacudían antes

que él hubiera sido monaguillo, marcaron la hora diez, sonantes y campantes. Miró más atrás del cristal y el azogue, grandes cirios encendidos, músicas irrepetibles.

En el cachivache azul, castigado por polvos y lodos, llegaron a la cantina principal, enfrentada a la plaza. Atendían mujeres, llenando copas, aguantando borrachos, acompañando hombres a los locales reservados, hacían las cifras mínimas de los consumidores, les dolía el esqueleto mientras se ancianizaban. Gentes de hacienda, funcionarios, pulcros servidores de bancos y comercios, fayuqueros en trepante subida, viejos derramados en babosidades, milicos de uniforme y desarmados, policías centurionescos cuidando los posibles relajos y tratando de voltearse de gratis a alguna de aquellas hembras, de las más jovenzuelas, que las había de toda dimensión y todo pelo.

Escasas las mesas sin nadie, a una se sentaron y ya tenían a los costados unas viejas muy al gusto. Garrafas de güisque de alquimia sospechosa, algo para picar, tapás, botanas, jamones, quesos chiapanenses, aceitunas negras y pálidas, cortezas, cacahuates enchilados, papas fritas enfriadas, galletitas, cascós de chorizo rojo.

Sólo beber, botanear, agarrar de las tales viejas lo mejor para la mano, danzar un tango y un samba y un tristísimo bolero, Bagualdino removiéndose en la silla, con las piernas de la tipa arriba de sus rodillas, con la lengua de la diestra escarbándole las orejas, con cinco dedos rascándole las pelambres y con otros cinco desbraguetándolo de a pocas. Facundo estaba tan entreverado, misturado con la otra dama, que se había echado las puntas de la camisa como un sombrero aplastado o una cachucha o un gorro de abuela dormilona; se reía y danzaba también, "Como un bicho metálico", tan como midiendo su estadía en la cantina, parecía briago, muy en pedo, pero Bagualdino vio que estaba en tren de precauciones, no para desbolarse hasta el infinito, según el ánimo que tanto le sabía.

—Pos que sí, Bagua, son buenas minas, pero ningunita de todas ni todas juntas, como tu amiga tuya, la Panterita Rosa, ¿eh?

Le puso la frase en el tímpano, como quien sopla en la enorme oscuridad. El Cuervo tragó del vaso los restos, los sedimentos de todo, pagó a lo rápido, y se fue con su viaje a uno de los reservados, los pelos lastimándole los ojos, sencillamente a hacer con ella lo que no podía cumplirle a la Gualteria. ¿Pero qué amor borra el amor?

Junto a la camioneta estaba Facundo, depurado de alcoholes y dispuesto a los juegos de la eternidad fronteriza.

—Esto estuvo rebueno, pero nada superior al Chale Verde... Si allá lo espera su mujercita, la Pantera Rosa, rosada...

—El milico corporativo Antonieto dice que ahorita es para él. Me aguanto y chau. Usted sabe que tengo prohibido cruzar al otro lado, donde ellos mandan.

—Pero si tiene su vehículo: de noche, todos los carros son pardos. Y va conmigo, Bagua...

—No, ni arma tengo, nunca llevo nada de cortar o agujerear. Es otro mi modo.

—Yo le empresto mi revólver, es legal, sólo pa defensa, pa asustar a estos centuriones putos.

—¿Putos? ¿No son de los suyos, su gente uniformada?

—Del otro lado de la línea, resultan diferentes: más duros, más fuertes que los de acá. Si hasta nos... les enseñan a meter picana, a arrancar dientes, a colgar de los huevos, a interrogar en tributo de la patriotística bandera... Estamos en guerra, ¿no?

—¿Todo eso le hacen al personal de Rivamento? ¿Por qué me lo cuenta?

—Pa que sepa béin lo que son los Antonietos y compañía, y se le quedó con su mujercita y usted está conmigo, con Facundo Sarmento, y le doy mi arma de reglamentación, calibre cuarenticuatro, seis balas con camisa de acero, ¿quéin no lo va a respetar? Viene conmigo, qué espera, ¿eh?

Y le dio, le incrustó la pistola gigantesca en el cinto, apretada entre cuero y barriga, Bagualdino quieto por fin.

—Sí, vamos al Chalé Verde, tiene su aceptable razón.

Facundo, cuando casi llegaban por aquel camino de oprimidos eucaliptales, preguntó medio baboso, o parecía así la pregunta:

—¿Y usted sabe tirar con eso?

—Apenitas, la llevamos de adorno, nomás.

Procuraron ubicación adecuada por alguna rápida estampida que podía darse, muchos carros de lujo, hasta choferes, no era la cantina de la Plaza Nacional. Tres pisitos el edificio, con torres de irreconocible arquitectura, una alberca ondulosa, luces de colores cegatones, flores, risas, risitas, risotadas, aullidos y botellas de champaña explotando cada tres minutos, y muchas músicas, una arriba de la otra, Bagualdino no soportó lo que ya tanto llevaba conocido.

—Hay que irse, Facundo. ¿Qué tengo que hacer aquí?

—Pos que viene por su mujercita, ¿o no? Está calzado, problema ninguno, dificultades no existen, vámosle.

Pero el de los Cuervo estaba molestado, tal vez por el peso del pistolón contra su panza escueta; picado porque la Pantera Rosa quién no imagina si andaba a las trepadas con el corporativo Antonieto. Y fue así el sucedido: que en aquel ir y venir, llegar y rajarse, meterse en el cabaret buscando la recámara placentil de la Gualteria y volverse hacia las modestas cantinas de la línea, o porque se aparecieron por el aire enfresquecido de los cerros algunos campanazos de gustoso metal; fue así que Bagualdino permaneció temblando de picazones, aquietado como estatua de barro estremecida y caliente de pie junto a su camioneta, Facundo jalándolo ya de un brazo, desgarrándolo cuando lo miraron a morir, sonriéndose y ademanzando y gesticulándose todito como poniendo alfombras y señalando las carreteras del paraíso carnal:

—Bagua, la Pantera Rosa es suya de usted por el mero derecho de lo hecho...

Bagualdino Cuervo iba a contestar un definitivo “No me joda, que aquí simplemente estoy para irme”; entonces, de pronto,

los milicos, cuatro, claro, y el centurión corporativo Antonieto mandando el procedimiento.

Facundo susurrohabló:

—Salú, boa noite, meu oficial centurión, ¿todo bueno?

Y se apartaba de Bagualdino, un paso cada dos sílabas, haciendo estimación de un discreto ritmo, total, él ahí no importaba mucha cosa.

—Ah, meu amiguíño Corvo, ¿de novo por tierra que no es la de usted?

Un solo silencio.

—¿Por qué cruzó, luego de robárseme su carro que ya no era por nunca mais el suyo? Mal feito, no tiene yeito, ¿sabe? Y venirse a este sitio de relajos diversos, a olfatearle la cola a la Pantera Rosa, hembrita mía nomás, trabaja pra mí.

Las luces confusas del Chalet Verde caminaban por la espalda del milicaje. Bagualdino no adiyinaba brillantez de mirares, sólo movimientos expertos de armas en preparación. Desnudo como en el camino colorado. El centurión le escupió feamente la cara, otros también, una mano le refregó la saliva engargajada como Dios fabricando un bicho de asco, Bagualdino era Cuervo y abrió las alas, una sola, la derecha, con dedos de pluma negra peló el pistolonazo (Facundo creyó decirle que “No, no se le ocurra, no me queme ansí”, creyó, ¿se habrá olvidado?) y le dio una apretada al gatillo, el ruido resultó como un ventarrón enfueguecido, dos ruidajes iguales enseguida, y la respuesta de los cuatro soldadescos emitiendo estrellas estallantes que para Bagualdino fueron mudas, el puro color golpeante que lo desmenuzó en innumerables matices contra el pasto, los árboles, las piedras.

El centurión Antonieto era una bolsa de sangre oxidada, y sus ayudantes lo metieron de apurito en el yipe. Nadie salió a curiosear nada: respetada ley, ciega y tranquila. Facundo Sarmiento tanteó, toqueteó, rascó lo oscuro y pudo salvar su pistola recalentada.

Luego rescató para su peculio la camioneta del Cuervo y se borró de esta anécdota.

Por eso dijimos de comienzo que la frontera lloró: desde acá lloraron y desde allá asimismo, pero no fue, no, una sola lágrima.

Al de los Cuervo lo autopsiaron los médicos corporativos, le sacaron plomo, lo aliviaron de agujeros y lo mandaron a su casa en una larga urna bastante decente, cerrada bajo siete sellos, aunque a través de un vidrio en óvalo, como en el fondo de cualquier vaso, podía verse una de las últimas caras ya aflojadas de Bagualdino. Así, intocada, fue bendecida por el súbitamente reaparecido cura Torreón, quien tal vez imaginó recuperar entre dos misas aquella alma indócil y volandera.

El centurión Antonieto fue subido un grado más en su carrera que allí se había terminado, y lo velaron a guardia plena los soldaderos del Cuartel General.

Y la Gualteria, alias la Pantera Roja, dejó momentáneamente de agitar la rosadez de la cola, y enlutada como viuda de guerra anduvo de velatorio en velatorio, bebiendo el café de la mamacita huérfana, emotivamente abrazándose al ya designado remplazante de Antonieto; de entierro en entierro anduvo, llorando con los hermanos Cuervo solamente con un ojo, el irritado por las contorsiones del rojo polvaderal, y con el otro, cercado entre pestañas de agregarse y asegurado por cosméticas dimensiones, pues lloró mientras la lluvia encharcaba hondamente la colorida bandera corporativa —posada sobre el lujoso cajón— que daría fe de una podredumbre rápida, golosa, inevitable.

C U E N T O S S U E L T O S

V E T E R A N O

EL INVIERNO empezaba bien: un domingo tibio, lleno de parejas y de neños. Un domingo de fútbol, por supuesto.

El viejo se bajó a una cuadra de la cancha y empezó a caminar nerviosamente, disimulando un poco la renquera. Otras personas seguían también el mismo rumbo, riendo con libertad o fumando profundamente.

Al llegar, se acomodó con sutileza detrás del arco que daba a la calle. Por las dudas. En un barrio que no era el suyo, sin ganas de meterse en cualquier lío, debía sostener dignamente su indisimulado orgullo de veterano.

Las hinchadas estaban tranquilas, reservándose para el partido de fondo. Se disputaba el preliminar. Hubo sólo un entrevero sin consecuencias, por un penal —cuándo no— mal cobrado. Al final, los abrazos de rigor y a la regadera.

Durante veinte minutos se aburrió el viejo, parado junto a un palo. Las redes parecían un resto de desprolijas pesquerías.

—Lugar seguro, sí. Estos chambones no meten ni una —dijo bien bajito, conversándose a sí mismo.

De golpe, entraron los del primero, con camiseta nueva y juntando los omóplatos. Ahí fue cuando los fanáticos empezaron a moverse, mirando cara por cara, buscando extranjeros, inventándole malas intenciones a cualquier desconocido.

—¡Qué cuadrazo! ¡Esta vuelta los llenamos! —aulló un partidario de los locales.

—¡Llenariola, vo, cara e'tacho!

—¡Callate, culo suelto! —contestaron voces de trogloditas, lo que provocó un peligroso desplazamiento de masas.

Pero no pasó nada. El viejo, decepcionado, se revolvió en su sitio. Encendió un cigarrillo negro y se puso a mirar a los capitanes que, en el centro de la cancha pelona, cambiaban banderines y apretones de mano. El juez, muy serio y con muchos raviolos y vino tinto encima, lanzó la monedita al aire: rápida luz disolviéndose en la luz.

—Pensar que en mis tiempos ninguna llegaba al suelo... ¡Y un vintén era un señor vintén! No como los de ahora, que se te escurren por los bolsillos... —despotricó el veterano, apoyándose en la fuerza del humo.

Empezó el partido: de entrada, todas las cargas contra el arco que daba a la calle.

—Si centrea puede venir... no, muy cerrado. Están jugando para el arquero. ¡Pegale de cachetada! ¡No te dije: te la pelaron! ¡Cabeceá para la derecha! ¿No ves que el insai te ayuda? ¡Ahí está! Largala, largala, ¡rápido! Ahora, a la olla, no driblés... ¡Pateá! No te digo: otra vez a las manos... ¡Para el arquero!

Por la media hora, el árbitro tocó pito. Explicaciones, insultos, invasión, pelea general. Arriba, un aire tibio y polviento. El viejo encendió otro negro. Recién al rato pudieron cobrar la falta.

—Ese fau, así no... Muy alta. Scarone sabía cómo se pateaba.

Una vez me dijo: “Pegale así, con esta parte. No se levanta nunca.” Eso era fóbal: chiquitas, tuya y mía, taponazos. ¡Si sabré lo que es esto!

Miró al muchachote que lo escuchaba desde hacía rato, con el labio de abajo colgándole como algo innecesario.

—¿No te parece? ¿Dónde van a encontrar un jugador como aquéllos? Decime, ¿dónde?

Una “y” desfalleciente fue resbalando, salivosa, por el labio del otro.

—En aquel tiempo, mirá, jugábamos tres o cuatro partidos por domingo. Hoy, les dan la pichicata esa para que aguanten los noventa minutos. ¡Como a caballos de carrera!

Mientras hablaba, se arrimaron varios escuchas más.

“Se llenó la platea”, pensó el viejo, observando el efecto de sus invencibles argumentaciones.

—Fíjense nomás en ese entrea: se las come todas. Si no gambetea a cinco, se agarra un complejo. Para eso, Scarone. Me gritaba: “¡Correte ahora!” Y la pelota me caía dormida en los pies. ¡Pases de treinta, de cuarenta, de cincuenta metros! O si no, una seña así, con esta mano. ¡Y yo entraba embalado por la punta! —terminó, encendiendo el último cigarro.

Los escuchantes, rodeándolo, asentían como avergonzados, mientras el partido seguía jugándose a morir. A los cuarenta del segundo tiempo, gol de los del barrio y nueva invasión de cancha. Más polvo en el aire entibiado. Los escuchas esperaban el comentario.

—¿Ven ese gol? ¡De casualidad! El pie lo tenía como para patear a la derecha, ¡y le salió para el otro lado! Eso lo hacía Scarone, pero sabía lo que estaba haciendo. A la carrera, la cabeza levantada, esperando que el arquero se le tirara. ¡Eso era fóbal! Este... ¿tiene un negro? Gracias... ¡Mire, mire eso! Esta carga me gusta para el empate.

La pelota, planeta de pesado cuero, cayó en el área: las visitas vieron la última oportunidad que les quedaba. El entrea maldecido por el viejo, saltó y pudo cabecear con energía. Pero el

balón rebotó en el horizontal, y alguien lo sacó fuera del campo, de apuro, al córner.

—¡Qué animal, con semejante arco! ¿Vieron? Tenía toda la izquierda libre...

—Cabeceó muy obligado... —observó uno, ¿quién?, tímidamente.

—¿Qué obligado ni obligado? Cuando cabeceaba Scarone, siempre era un golzao. Me decía: “Le ponés la frente así, para abajo le das, y chau...”

—Atilio también las hacía picar en la línea...

El viejo iba a despedazar al atrevido, cuando cobraron el tiro de esquina. Estaban prácticamente todos los jugadores arriba del arco, repartidos empujones, codazos, escupidas, insultos a la sordina. El juez, rostro congestionado y pelos polvorientos, miraba el curso de la pelota.

Otra vez alcanzó a cabecear el aborrecido entrea: hubo un nuevo rebote, y el mismo atacante, al fin, marcó el tanto que empataba el partido. Los locales enmudecieron: ver sin creer.

—Pero ché, ¡qué suerte! Le cayó en el zapato... ¿Quién no hace un gol así? Hasta mi nieta la más chica...

—El asunto es meterla, don. Goles son goles, ¿no? —dijo el labio colgante.

Hubo otra voz, ¿cuál?:

—Al fin de cuentas, ¿por qué no entra a la cancha y nos enseña? ¿Eh?

Los otros miraron al viejo. Éste, asediado en un punto intocable, tiró la colilla entre el polvo y la aplastó con un experto pisotón.

Contestó, dejando que el último hilo de humo se mezclara con las palabras:

—Lástima para ustedes que no puedo, caballero. Me rompí una pierna practicando con los inmortales, los del combinado del treinta...

–Se la habrá roto al bajar la vereda, don... –se atrevió el labio colgante, brillante de ágil saliva.

–¡Mal educado, faltar el respeto! ¡Hijo de una gran...! –casi gritó el ofendido, amagando irse encima al salivoso. La pierna no respondió, y las risitas de los otros lo enardecieron. Pero ya no había arreglo. Lo mejor era irse enseguida, antes que el ridículo se volviera más espeso.

El viejo soltó una mirada de indulgencia más allá de las cabezas que aún lo rodeaban, más allá del polvo enfriándose, e inició una prolija retirada. Lo dejaron ir hasta la parada de autobuses: allí recibió la primera naranja. Después le acertaron con otra, luego con una piedra. Pero él no se movió, atento a la llegada del ómnibus.

Al pisar el estribo, el peldaño demasiado alto, la pierna fracasó nuevamente, y el guarda tuvo que ayudarlo a subir: “Como a un botija...”

Se sentó con el aliento desgarrándole el paladar. Pagó su boleto y se puso a arreglar con cuidado el sobretodo gris, para que el cuello le tapara la mitad de las orejas.

1959

LOS GLADIADORES

EL CHAPULÍN NEGRO sintió que las frecuentes manotas de Pancho Amargo le punzaban la espalda. También le entró por la distorsionada oreja derecha aquella orden machacada por séptima vez:

—¡Ándale, negrito mío! ¡A ver si me lo truenas de entrada, nomás!

Sabía que los dedazos de aquellas manos pasarían enseguida por sus nalgas, en un gesto propietario que le erizaba las tripas. En los entrenamientos era lo mismo, y hasta con más pesadez. Pero ahora varios ensombrecidos montones de ojos estaban mirando con párpado excitado todo lo que ocurría y tendría que suceder sobre el refidero.

“¡Pos que no me toquetees así, Pancho...!” casi le respondió, porque ni pudo juntar un buche del aire cercano que flotaba entre iluminaciones polvorientas, cuando fue empujado, cuando ya tenía hechos los dos pasos de reglamento: había cubierto el espacio preciso que indicaba al juez —una especie de indio con ancha osamenta— su disposición al combate.

Los lomos desnudos y las nalgas apenas vestidas con un reluciente calzón de seda negra percibieron un alivio, la breve lejanía implantada entre el gladiador y Pancho Amargo. El segundo paso —que era también el ansioso final del primero— había dado testimonio de la cojera extravagante del Chapulín Negro. Éste escuchó con su oído diestro el risoteo que saltaba, entre vahos de tequila y cerveza, de la platea formada por cuatro anillos de apretadas butacas.

“Con una pantalla solita, menos se oye, pues...” se consoló instantáneamente y como siempre el Chapulín Negro. No necesitó acordarse de cómo le habían explotado el tímpano izquierdo y lastimado el derecho: un par de golpes simultáneos con la palma de la mano curvándose en busca del vacío brutal. Fue en su primera presentación, en su primera victoria, sobre aquel mismo palenque redondo, ya como un año y feria hacía de eso, aunque el Tecolote Gris decía que algunos meses más o algunos días menos.

La renquera fue generada de otro modo: pocas figuraciones le quedaban de cuando lo arrancaron de un sitio bienoliente a cilantro, a mangos abiertos, a uvas de cristal verde, a chile seco, a rábanos dulces, a humo de carne roja, a sol. Una mujer aullaba con raro silencio, derramada en el piso desprolijo del mercado. El Chapulín Negro nunca oyó, ni siquiera en aquel momento que solía repetirse como una nube confusa en la tela de su memoria, los tonos desesperados del aullido; nunca oyó, ni siquiera en aquel momento que solía repetirse como una nube confusa en la tela de su memoria, los tonos desesperados del aullido; nunca oyó el ruido de las lágrimas que golpearon un rostro de pronto solitario. Recordaba certeramente, sí, la forzada y desgarrante doblez de su pierna, las tiras de cuero invencible, los ganchos y remaches de blanco metal. Todo ese tiempo así, mientras huesos, nervios y tendones se encogían.

El pie retorcido se clavó en la lona mancillada por mocos, escupitajos, coágulos, manchas indescifrables. El Chapulín Negro dejó de oír los pujos de angustia que estaban por desatarse en el interior de cada turbia risotada proveniente de la platea circular. El

rival designado a través de sombríos acuerdos entre el Pancho Amargo y el dueño del denominado Grupo de las Iguanas, era en esta ocasión el Gran Lagarto.

—¡Es un chingón del carajo, ese bicho mañoso! —había insistido como tantas veces el Tecolote Gris durante la temporada de luchas, que ocupaba las semanas más frutales de la primavera.

El Tecolote era un gladiador suelto, sin equipo, sin dueño, como cada uno de los que entrenaban con el Pancho Amargo, menos la bola de novatos de la que era parte el Chapulín Negro.

—Tú y los otros, carnal, son propiedá de ese baboso. Mírame nomás: yo ando libre, peleo por mi cuenta.

—No chingues, hijo: tú también comes de sus tortillas, ¿sí o no?

—El elefante hablando de orejas... Él de mí sí que no se aprovecha. Los gastos de entrenamiento bien que se los descuenta con mis peleas. Así ganamos él y yo...

—Ahí queda, güey...

Las pláticas entre ellos dos siempre tenían como un perfume reiterado de flores fatigadas. El aliento de aquellas conversaciones se enraizaba demasiado en un clima de crueles sudores, de aceites y cremas que templaban músculos y huesos, de suaves olidas de pegamento, de algún toque a veces, de un necesario y discreto alcohol.

Al sentirse nombrado, el Chapulín Negro enderezó los ojos hacia el juez, quien sin mirarlo lo presentaba a los sórdidos murmullos y a las chocantes risadas circulares. Enseguida trató de ubicar el punto de donde emergería el Gran Lagarto, porque el reglamento no marcaba ese detalle. Asunto a resolución o capricho del juez. Era un mundo redondo, infinito, solamente limitado por el tiempo.

—Y este indio, ¿de quién depende...? El modo de ingresar al refñidero podía convertirse en una ventaja previa. Cuando el árbitro dio el nombre del Gran Lagarto, éste apareció casi a espaldas del

Chapulín Negro, del lado de su pierna mala. Una horrorosa gritería despertó de golpe.

—¿Y qué pasó con los dos pasos que yo tuve que dar? Este cabrón se metió así nomás...

El juez se apartó como quien huye de su propio cuerpo.

—¡Cuídate, pendejo! ¡Aguas!

¿Eran las desquiciadas voces del Tecolote Gris? ¿Eran sus tripas profundas que gritaban de miedo? En sus cuatro combates anteriores había sido igual: el estómago devorándose a sí mismo, el hígado soltando burbujas apestosas, los riñones congelados, el intestino queriendo vaciarse en el mero calzón de seda negra.

Era mejor, sin dudas ningunas, estarse el santísimo día cojeando y arrastrándose por las calles mugrosas y movidas de gente, alejadas del barrio de Tepoti, de mano aventada y abierta a toda limosna o lo que fuera. Así anduvieron añares, media vida o más, con el mismo Tecolote Gris. Y también con el Rambo Chico y el Jesús Diablo: uno muerto por ahogamiento en el reñidero, otro pisoteado por el camión de un cafre endrogado hasta las manitas.

La cola del Gran Lagarto le castigó fugazmente las rodillas y los testículos. Se fue en una rápida caída, rodando sobre la pierna buena, alejándose del segundo coletazo. Su oreja siniestra no escuchó los chillidos desbordados, totales, que sí recogió la otra pantalla en una traducción simultánea de los ánimos de la platea.

—¡Están contra mí, chingaos! ¡Pa esto les hice ganar su buena lana con el Rambo Chico!

Pudo respirar mientras el Gran Lagarto, con su ojo único y chorreante, lo buscaba bajo las luces de los focos amarillos y rojos y azules y verdes y blancos.

El Chapulín Negro miró desde la lona pegajosa: ¿una lengua saliéndose entre colmillos increíbles?, ¿dos patas en alto con uñas exageradas?, ¿dos patas de sostén como columnas rotas?, ¿una cola doble cargada de garfios y cuchilladas?, ¿un ojo apagado por un párpado oscuro?

—¿De dónde salió tamaño alebrije? ¡Hoy ni el Tecolote Gris apuesta por mí!

Por la pierna mala le corrió un súbito regreso de añejos dolores: las correas y ganchos y anillos de metal forzando posturas de suplicio. Y recordó lágrimas destrozadas contra el piso en desorden del mercado de aquel barrio de Tepoti.

A punta de pupila procuró al Pancho Amargo entre el humo enredado y ruidoso de la platea que lo separaba de calles lluviosas y de gentes en movimiento. Creyó oír los chillidos acuciantes del Grupo de las Iguanas. Quiso escuchar del Tecolote Gris sus apuradas advertencias de guerra.

Entonces vio al ojo único y espeso del Gran Lagarto dirigido contra él, contra su figura apretada al pie de uno de los postes, al borde del mundo. Se agarró de las dos líneas de grueso mecate y, al levantarse, le llegó el otro coletazo. Trozos de su piel y de su sangre fueron absorbidos por las sombras chillonas de la primera fila de sillas o bancos o butacas.

Fue en ese instante que se resolvió a saltar, como apoyándose en el nuevo sufrimiento. Sus manos se aventaron sobre la áspera garganta del Gran Lagarto.

Después del silencio, rumbo a las regaderas y saliendo ya del local vacío, el Tecolote Gris sintió que los dedos del Pancho Amargo le tocaban la cintura. Supo que luego resbalarían hacia las nalgas. Se aguantó.

—Dime, Tecolotito, ¡Bonita lucha!, ¿verdá? ¿Apostaste bien?

—¡Qué pasó, Pancho! No me toques esa canción...

—No jodas, güey. Ya está hecho, la hicimos.

—Pos..., ¿qué?

—Sí, tu pelea con el Gran Lagarto. La finalísima de la temporada. Y apostaré por ti.

EL NIÑO DEL NOMBRE ESCONDIDO

HOY QUIERO HABLARTE de un niño algo diferente de los demás. Porque no tenía nombre, mejor dicho, su nombre estaba escondido, oculto en algún lugar de los muchos lugares del mundo donde habitaba. Esto es raro quizá para ti, pues tu nombre —bien tuyo— desde siempre te acompaña: Pedro o María, Rosana o Antonio, Ambrosio o Judith.

¿Cómo hacía la gente para nombrarlo? Con extraños movimientos de manos y brazos. O hablándole con sonidos complicados que no se parecían a ningún nombre que podamos recordar.

El niño vivía lejos de todos los pueblos y muy lejos de todas las ciudades. Su casa se afirmaba sobre raíces de tablas y piedras y ladrillos de terrón, al lado de un antiguo camino surcado por un viento de polvo.

Antes, la casa había vivido adentro de uno de esos campos enormes, sin límite ni tamaño, de donde su dueño (un poderoso señor de la tierra) la expulsara, para que incontables vacas engordaran sin

apuro, comiendo y comiendo pasto y más pasto. Fue así que la casa, con sus piedras, sus ladrillos y sus maderas (una especie de breve equipaje) se instaló como apenas pudo, cerca del camino.

Dije "su casa", pero no era suya. Pertenecía a unos campesinos, amigos laboriosos y viejos, que cuidaban al niño desde casi sus primeros días. En la ciudad (¿cómo sería la ciudad?) estaba su madre, allá se había ido simplemente a trabajar, pues ¿qué podía hacer con sus dos manos solas, en aquellos sitios tan solos y polvorientos? Por eso el niño no tenía nombre, porque los amigos profundos, obreros del suelo y de la lluvia, esperaban que ella volviera, para así decirles dónde se hallaba aquel nombre escondido (el nombre que da nombre a este cuento).

—Tu madre sigue con tanto trabajo en la ciudad... Pronto vendrá a verte.

Así le habían explicado durante ese tiempo, su tiempo, años como los dedos de una sola mano saludando. Cada vez que le hablaban de esa manera, el niño los miraba, y luego al llegar el silencio, se marchaba rápidamente a jugar con piedritas y palitos. Jugaba o construía, ¿quién lo sabe? Pero siempre levantaba una pequeña casa nueva.

También jugaba con el agua del arroyo, que cerca de allí soltaba su carrera entre árboles numerosos y erguidos como lanzas. ¿Qué hacía el niño con el agua?, la golpeaba despacio, sin romper ninguna gota, sin abrir las burbujas de la espuma. Los peces pequeños y aun los mayores se acercaban a escuchar aquellos golpecitos que debajo del agua movediza y limpia debían resonar como una música o un canto.

Y jugaba también con las flores, sin arrancarlas ni cortarlas. Quería verlas tal vez como tú, llenas de un perfume vivo.

¿Qué hacía con las flores? Las tomaba del tallo y las hojas hasta que temblaban contra el aire, con total suavidad. Y esto no sucedía solamente en primavera, sino en otras épocas de cada año.

¿Y qué pensaban las flores? Seguramente se sorprendían al notar que de sus pétalos salían canciones a todo color.

Si te digo que jugaba con las estrellas, no lo creerás. Pues sí, jugaba también con las estrellas. Las miraba y miraba, de día y de noche. De día, eran sombras azules detrás de un humo luminoso. Y de noche formaban el sistema de Orión, el grupo de los Diamantes, la flotante Cruz del Sur, más allá de la Luna y el Sol.

Y, finalmente, las dejaba caer en sus ojos, para recogerlas luego como si fueran monedas de cristal. Entonces las arrojaba hacia el cielo, y cada estrella se colocaba de nuevo en su lugar. Pero al volar hacia arriba o hacia abajo (ya que el cielo está en todas partes) iban derramando en su viaje una canción de luz.

El niño hacía todo eso sin saber que buscaba su propio nombre escondido entre las cosas. Hasta jugaba con los animalitos del campo y el monte, que cantan a su modo, y que a veces ni tú ni yo somos capaces de oír bien. Nuestros ojos no pueden escucharlo todo, aunque estoy seguro de que el niño sí los oía como perfectos sonidos redondos.

Un día regresó su madre, según habían prometido los amigos campesinos, ahora más viejos y más buenos. Se despidieron como si recién se encontraran: así es la amistad verdadera.

El camino se extendía largamente, cruzado por el viento y el polvo. Fue entonces que la madre se detuvo, aunque parecía caminar todavía. Lo miró con cariño y alegría. Su palabra fue sencilla como un pétalo. Le dijo:

—Tu nombre es Juan.

Sólo así habló, y el niño quedó unido para siempre a su nombre.

Jamás se separaría de él, ese soplo sonoro difícil de olvidar.

Tú dirás que es un nombre muy usado, muy conocido, muy gastado. ¡La tierra entera está poblada de Juanes! ¿Por qué se llama así el niño de este cuento? Porque hizo que las estrellas, el agua y las flores cantaran. Porque supo escuchar a los hombres y compren-

der la voz secreta de los animales. Porque descubrió que una gran canción corría por el mundo.

Por eso su nombre es Juan, y se parece tanto al de todos nosotros.

1977

G L O S A R I O

- aínda*: todavía.
- abacaxí*: piña, ananá; lío, problema.
- agora*: ahora, en este momento.
- arrumar*: arreglar, componer.
- até*: hasta.
- asude*: tajamar, azude, presa.
- apañar*: agarrar, coger; recibir un castigo.
- bagaso*: despectivo que designa a gentes de baja condición social, pelusa.
- bater papo*: hablar dos o más personas entre sí.
- bomba*: cometa redonda con flecos y cola.
- bicha*: cola, fila de personas; homosexual.
- bagayo*: contrabando, bulto que lo contiene.
- baxiño*: de poca estatura.
- berso*: cuna.
- bombear*: vigilar, vichar, espiar, mirar.
- brinquedo*: juguete.

- bochechas*: mejillas.
cara: tipo, hombre.
coitado: desdichado, infeliz.
caneco: vaso de lata con asa.
cañoto: zurdo.
cachorro: perro.
cachorriño: perro de poco tiempo.
cuiá: jícara de mate, calabaza.
copo: vaso.
cachasa: aguardiente de caña.
cédula: papel moneda, billete.
careca: calva/o, pelado/a, pelón.
cuadra: medida inferior a la hectárea.
capanga: matón o asesino a sueldo de los poderosos.
cueca: calzoncillo.
cumprido: largo, alto.
culiersiña: cuchara pequeña.
catigudo: maloliente, que hiede a sudor.
chimango: ave de rapiña.
chero: olor.
chapeu: sombrero.
despacho: paquete conteniendo brujerías que se deja en ciertos sitios, cruce de calles, caminos, etc.
danado: malo, mañoso, sinvergüenza.
doensa: enfermedad.
doido: loco, trastornado.
desmanchar: deshacer.
encrenca: pelea, lío, discusión.
empurrar: empujar, impulsar.
escuyambasón: caos, relajo, confusión.
enfeitado: adornado, bien arreglado o acicalado.
ferruyenta: herrumbrada, color herrumbre.
fiasquento: que hace fiascos o cae en ridículo.

- fazenda*: estancia, establecimiento rural de cierta extensión.
falatorio: chismerío, rumor insidioso.
frío: falso, sin valor.
fresco: marica, homosexual.
forceyando: forcejeando, esforzándose.
friyera: obrera de los frigoríficos.
fedor: olor desagradable.
ficar: estar, detenerse, quedarse en un lugar, convertirse en otra cosa.
franguino: pollito, polluelo.
fariña: harina de yuca o mandioca.
fraco: débil, sin fuerzas.
feiyón: frijol, alubia, poroto.
feiyuada: comida popular a base de frijoles y arroz.
fregués: cliente.
fumasa: humareda, humo.
fasero: contento, alegre.
fuyir: huir, desaparecer.
gurí: niño.
gaita de boca: armónica.
gaiola: cárcel.
guascón: gente de campo de toscos modales.
garmendia: guirnalda de bombitas eléctricas.
lembrar: recordar.
logo: luego, después.
largar el bolo: soltar rumores.
lenso: pañuelo.
lensol: sábana.
mormaso: aire caliente.
mocotó: comida preparada con leche y patas de vaca sin casco.
marimondo: especie de avispa; nombre de ciertas cometas o volantes por el ruido que producen con el roncador.
morsego: murciélago.
magriño: diminutivo de magro (flaco, delgado).

- milico*: designación popular de soldados y policías.
- maiziña*: madrecita, mamita.
- mano boba*: la que efectúa caricias furtivas o dudosas, o que hurta descuidadamente.
- mala*: maleta, valija.
- miñoca*: lombriz.
- noyo*: asco, repugnancia.
- noyento*: asqueroso, repugnante, desagradable.
- nicle*: menudo, monedas de poco valor.
- pipoca*: alimento hecho con granos de maíz reventados al fuego; pororó.
- pandorga*: cometa, volantín.
- panela*: olla, cacerola.
- pingo*: gota.
- podre*: podrido, corrupto.
- piquena*: pequeña.
- pular*: saltar, brincar.
- puera*: polvareda, polvo.
- ponto*: verso cantado en algunos ritos afro-brasileños.
- quinela*: quiniela, juego de azar.
- queco*: prostíbulo, lupanar, quilombo.
- resmungo*: rezongo, murmullo.
- roncador*: trozo de papel que produce el zumbido de ciertas cometas.
- revista a cuadriños*: fotonovela; relatos ilustrados con fotografías para el gran consumo.
- soziña*: diminutivo de sola, solitaria.
- suyera o suciera*: suciedad, mugre.
- seismaría*: medida equivalente a 87 hectáreas.
- sedo*: temprano.
- simpatía*: invocación para curar enfermedades.
- trosos*: asuntos, negocios, empresas de variado carácter.
- terso*: oración, tercera parte del rosario.
- tapera*: en el campo, restos de vivienda abandonada.

tregar: copular.

turma: grupo de personas vinculadas entre sí; patota, palomilla, barra.

trayo: traje de hombre.

travesero: almohada.

tabuleiro/a: vendedor/a que ofrece su mercancía en una bandeja o cajón con tapa de vidrio.

terreiro o terrero: local donde se celebran diversos cultos afro-brasileños; templo de la religión umbanda.

troco: monedas sueltas, menudo.

vontade: deseo, voluntad, ganas.

vosés: ustedes.

vigarista: persona de mal vivir; el que engaña para robar.

vidriño de pílulas: frasco con pastillas.

vianda: recipiente para trasportar comida; marmita.

yeito: modo, manera, maña, habilidad, criterio, inteligencia.

Cuento a cuento, segunda edición, se terminó de imprimir en el verano del 2002, en Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V., Av. México-Coyoacán No. 421, Col. Xoco General Anaya, México, D.F., C.P. 03330, Tels.: 5688 9112, 5604 12 04 y 5604 72 63. La edición consta de 2 000 ejemplares.



"Ibargoyen recupera desde la distancia un lenguaje oral que no tiene precedentes escritos en la ficción uruguaya: el lenguaje del área fronteriza del norte del país, limítrofe con el Brasil y sometido a una intensa influencia de brasilerismos. El autor inventa y recrea palabras en libertad poética de una madurez creadora que evoca las mejores páginas de Augusto Roa Bastos, en *Yo, el supremo*, y de José María Arguedas, los grandes artífices latinoamericanos del bilingüismo literario."

FERNANDO AINSA



EL MUNDO DE LOS
EÓN